Revista Iberoamericana

Organo del Instituto Internacional
de
Literatura Iberoamericana

Duke University Library
MAR 12 1941
Durham, N. C.

Volumen III Febrero de 1941 Número 5

G. E. STECHERT & CO.

FOREIGN AND DOMESTIC
BOOKS AND PERIODICALS
NEW AND SECONDHAND
31-33 East 10th Street, New York

LATIN AMERICAN BOOKS

ACEVEDO DIAZ, E.: Cancha Larga. Bs. A. 1939 ..... $ 0.75
ALVAREZ DEL VAYO, J.: La Guerra Empezó en España. México 1940 ..... 1.40
BELTRAN, O. R.: Historia de la Literatura Hispanoamericana. Bs. A. 1938. Cloth 1.35
BELTRAN, O. R.: Historia de la Literatura Española. Bs. A. 1938. Cloth 1.35
CASAIS, Dr. J.: Un Turista en el Brasil. Río de Janeiro 1940 .... 2.50
CUEVAS, M.: Historia de la Nación Mexicana. México 1940. 4° Cloth 7.50
FIELD, R.: El Cielo y Tú. Bs. A. 1940 ..... 0.90
GALLEGOS, G.: Eladio Segura 1.00
GOMEZ DE LA SERNA, R.: Goya. Santiago 1940 ..... 0.90
HERNANDEZ, J.: Martín Fierro. Edición E. F. Tiscornia. Bs. A. 1940 ..... 0.75
HUXLEY, A.: Un Mundo Feliz. Bs. A. 1940 ..... 0.90
MACHADO, A.: Poesías Completas. Bs. A. 1940 ..... 0.75
MACHADO, A.: Obras Completas. Bs. A. 1940. Bound in flexible leather 5.25
MARTI: Félix Lizaso: Martí, Místico del Deber. Bs. A. 1940 ..... 1.40
MARTIN ECHEVERRIA, L.: España. El País y los Habitantes. México 1940. Cloth 5.00
NERUDA: Amado Alonso: Poesía y Estilo de Pablo Neruda. Bs. A. 1940. ..... 1.50
OLIVA, T. OTERO: Usurpación de la Soberanía Popular. Bs. A. 1940 ..... 1.00
OSSORIO, A.: Orígenes Próximos de la España Actual de Carlos IV a Franco. Bs. A. 1940. Cloth 1.10
PALACIO VALDES, A.: Marta y María. Bs. A. 1940 ..... 0.75
PEREZ DE AYALA, R.: Las Máscaras. Bs. A. 1940 ..... 0.75
PRADAS, J. GARCIA: Cómo Terminó la Guerra de España. Bs. A. 1940 ..... 0.65
ROBLES, F.: Sucedió Ayer. México 1940 ..... 0.75
ROBLES, F.: La Argentina También es México. México 1940 ..... 0.75
SALAZAR, A.: La Rosa de los Vientos en la Música Europea. México 1940 ..... 1.00
SAHAGUN, Fr. B. DE: Historia General de las Cosas de Nueva España. 5 vols. México 1938 ..... 13.50
SANCHEZ TRINCADO, J. L.: Gramática Castellana. Santiago 1940. Cloth 1.50
SANTAMARIA, F. J. y DOMINGUEZ, R.: Ensayos Críticos de Lenguaje. México 1940 ..... 1.00
SANTILLAN, D. A. de: Por qué Perdimos la Guerra. Bs. A. 1940. 0.90
SIERRA, J.: Evolución Política del Pueblo Mexicano. México 1940. Cloth 5.00
TERAN, E.: El Cojo Navarrete. Quito 1940 ..... 1.00
TRAVEN, B.: La Rosa Blanca. México 1940 ..... 1.00
VALLE-ARIZPE, A. de: Notas de Platería. 4° México 1941 ..... 6.00
VELAZQUEZ CHAVEZ, A.: Tres Siglos de Pintura Colonial Mexicana. México 1939. Cloth 5.00

(Prices are for books in paper covers unless otherwise stated)

OUR LATEST LISTS OF LATIN AMERICAN BOOKS
WILL BE SENT ON REQUEST.

MEMBERS AND SUBSCRIBERS

THE *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* was organized in 1938 in the City of Mexico by the First Congress of Professors of Iberoamerican Literature, and reorganized in 1940 in the City of Los Angeles by the Second Congress. The main purpose of the *Instituto* is to broaden and intensify cultural relations among the Americas. To this end it has provided for the publication of the REVISTA IBEROAMERICANA, the only complete panorama of Iberoamerican Literature in existence today.

The *Instituto* maintains standing committees to promote and direct the exchange of professors, men of letters and science, artists and students among the Americas; the printing and distribution of books and articles on Iberoamerican culture; the creation of chairs of Iberoamerican Literature (Spanish American and Brazilian) in the United States, and chairs of North American Literature and Culture in Iberoamerican Universities; and the study of Iberoamerican Culture.

Members of the *Instituto* will meet every two or three years in the form of a Congress, the third meeting having been set for December, 1942, at Tulane University, New Orleans, La.

Members of the *Instituto* are of two categories: *regular members* who pay $4.00 yearly, and *patron members* who pay a minimum of $10.00 yearly. Many institutions —universities, colleges and libraries— will become *subscribers* (at $4.00 a year), or *subscribing patrons* (at a minimum of $10.00 a year) without holding membership in either case. All members and subscribers receive the REVISTA IBEROAMERICANA, but *patrons* (whether members or subscribers) receive in addition the printed MEMORIA (containing the proceedings of and the studies presented before the various Congresses) and other publications of the *Instituto*, such as its CLASICOS DE AMERICA. Patrons' names will be printed in the REVISTA IBEROAMERICANA at the end of each year.

If you personally are unable to become a patron of the *Instituto*, we urge that you obtain a *patron subscription* for your school library, which will then receive the full cultural benefit of our publications. May we not count on your support and cooperation? Please make checks payable to the *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*.

Name of regular member or subscriber ($4.00) .....

Name of patron member or subscriber ($) .....

Address .....

Mail dues to Dr. L. B. Kiddle, Tulane University, New Orleans, La.

CONDICIONES DE VENTA Y CIRCULACION DE LA REVISTA IBEROAMERICANA

La REVISTA IBEROAMERICANA es el órgano oficial del *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* y por ahora se publicará tres veces al año, en volúmenes de unas 250 páginas. La REVISTA IBEROAMERICANA se sirve gratuitamente a todos los socios del *Instituto*.

Los socios del *Instituto* son de dos categorías: el *socio de número*, cuya cuota es de *cuatro dólares* al año en los Estados Unidos y *dos dólares* en todos los demás países; y el *socio protector*, cuya cuota mínima es de *diez dólares* al año, lo mismo en los Estados Unidos que en otros países. Las bibliotecas, universidades, colegios y demás instituciones que se subscriban a la REVISTA IBEROAMERICANA se dividen también en dos categorías: el *subscriptor corriente*, cuya cuota es de *cuatro dólares* en los Estados Unidos y *dos dólares en otros países*, y el *subscriptor protector* cuya cuota mínima es de *diez dólares* al año. Tanto los *socios protectores* como los *subscriptores protectores* (universidades, colegios, bibliotecas y demás instituciones culturales) recibirán gratis, además de la REVISTA IBEROAMERICANA, las MEMORIAS de los Congresos Internacionales de Catedráticos de Literatura Iberoamericana, los volúmenes en que se recojan los trabajos de investigación, interpretación y crítica literarias presentados a dichos Congresos por los delegados que a ellos asistan, y todas las demás publicaciones del *Instituto* tales como sus CLASICOS DE AMERICA. Los nombres de los *socios protectores* y de los *subscriptores protectores* se publicarán en la REVISTA IBEROAMERICANA al fin de cada año. Tanto el giro por el importe de la cuota de socio o de subscriptor como la orden o solicitud respectiva deben enviarse al Tesorero del Instituto, Dr. L. B. Kiddle, Universidad de Tulane, New Orleans, La.

Ni el *Instituto* ni la REVISTA tienen agentes ni representantes fuera de los Estados Unidos; por consiguiente, quienes deseen recibirla —lo mismo individuos que bibliotecas, instituciones y librerías— deben enviar *por adelantado* el importe de la cuota o subscripción, en forma de giro postal o bancario pagadero a la orden del *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* y dirigido a su Tesorero.

El *Instituto*, deseoso de obtener la cooperación de las instituciones docentes y culturales y la de los catedráticos y hombres de letras de Iberoamérica, ha decidido reducir en un 50% la cuota de los socios y subscriptores allí residentes.

La REVISTA IBEROAMERICANA sólo establecerá un limitado número de canjes con las publicaciones análogas, cuando así lo solicite por escrito.

Revista Iberoamericana

Organo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Publicación a cargo de:

Francisco Monterde: Director Técnico
Universidad Nacional de México, México, D. F.

Carlos García-Prada: Editor en Jefe
University of Washington, Seattle, Wash.

Coeditores:

William Berrien
American Council of Learned Societies
907 Fifteenth St.,
Washington, D. C.

John E. Englekirk
Tulane University
New Orleans, La.

Raimundo Lazo
Universidad de La Habana
La Habana

Sturgis E. Leavitt
University of North California
Chapel Hill, N. C.

Concha Meléndez
Universidad de Puerto Rico
Río Piedras

Arturo Torres-Rioseco
University of California
Berkeley, Cal.

John A. Crow
Encargado de la sección de anuncios
University of California
Los Angeles, Cal.

Mesa Directiva del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Presidente

John E. Englekirk, Tulane University, New Orleans, La., E. U.

Vice-Presidentes

William Berrien, American Council of Learned Societies
907 Fifteenth St., Washington, D. C.
Raimundo Lazo, Universidad de La Habana, La Habana, Cuba.
Raimundo Lida, Universidad de La Plata, La Plata, Argentina.

Secretaria

Dorothy Schons, University of Texas, Austin, Texas, E. U.

Tesorero

L. B. Kiddle, Tulane University, New Orleans, La., E. U.

Editor en Jefe de la Revista Iberoamericana

Carlos García-Prada
University of Washington, Seattle, Washington, E. U.

Delegados

Roberto Brenes-Mesén
San José, Costa Rica
Jorge Carrera Andrade
Quito, Ecuador
Clemente Estable
Montevideo, Uruguay
Cecilia Meireles
Río de Janeiro, Brasil
Mariano Picón-Salas
Caracas, Venezuela
Alberto Tauro
Lima, Perú.

SECCIONES PERMANENTES DEL INSTITUTO

I. Sección de Coordinación de Investigaciones Lingüísticas y Literarias.
Presidente: E. K. Mapes, State University of Iowa, Iowa City, Iowa, E. U.
Vocales: Julio Jiménez Rueda, Leavitt O. Wright, Edward Neale-Silva, Raúl Silva Castro.

II. Sección de Bibliografía.
Presidente: Ernest A. Moore, University of North Carolina, Chapel Hill, North Carolina, E. U.
Vocales: Raymond L. Grismer, Rafael H. Valle, John T. Reid, Ralph E. Warner.

III. Sección de Publicaciones.
Presidente: Carlos García-Prada, University of Washington, Seattle, Washington, E. U.
Vocales: Arturo Torres-Rioseco, Otis H. Green, John Van Horne, Concha Meléndez.

IV. Sección de Intercambio.
Presidente: John A. Crow, University of California, Los Angeles, California, E. U.
Vocales: Lawrence Duggan, Concha Romero James, Alberto Lopes, J. R. Spell.

Esta Revista aspira a constituir, gradualmente, una vital representación de los grandes valores espirituales de la creciente cultura iberoamericana.

Sus directores, así como el Instituto, quieren hacer vivo el lema que cifra el ideal de su obra: A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA.

Se reflejará en sus páginas una clara imagen del pensamiento de Iberoamérica.

SUMARIO

Editorial 9

Estudios

Luis de Zulueta. El porvenir de la lengua española . 13
John E. Englekirk. Unamuno, crítico de la literatura hispanoamericana 19
Carlos García-Prada. Julio Arboleda y su "Gonzalo de Oyón" 39
A. Torres-Rioseco. El nuevo estilo en la novela . . . 75
Julieta Carrera. Claudia Lars 85
Antonio M. de la Torre. Apuntes y documentos para la biografía de Rubén Darío (II) 95
J. M. Chacón y Calvo. Evocación del viejo Colegio . 109
Raimundo Lazo. El sesquicentenario del "Papel Periódico" de la Habana 117
Edith L. Kelly. Observaciones sobre algunas obras de la Avellaneda publicadas en México 123
Harvey L. Johnson. Notas relativas a los corrales de la ciudad de México 133
Helen Phipps Houck. Las obras novelescas de Martín Luis Guzmán 139
Fernando Díez de Medina. Perfil de la literatura boliviana 159
Robert C. Smith. Los estudios brasileños en las universidades de los Estados Unidos 167
A. Ortiz-Vargas. Perfiles angloamericanos 175

Reseñas

THEODORE ANDERSON. *Estudios de literatura chilena*, por Domingo Melfi Demarco 195

L. LOMAS BARRETT. *Viaje a Ipanda*, por Rafael Arévalo Martínez 199

ZELMIRA BIAGGI. *Noviembre* y *Trabajadores. Recuerdos de un muchacho desvalido*, por Humberto Salvador 203

CÉSAR BRAÑAS. *Mástiles al sol*, por Gregorio Castañeda Aragón 204

———. *Los de en medio*, por Augusto Morales Pino . 206

EDUARDO CARRANZA. *Blasones*, por Alfredo Gómez Jaime 207

ESTHER J. CROOKS. *Heredia en La Habana*, por F. González del Valle 208

J. M. CHACÓN Y CALVO. *Historia de Cuba*, por Emeterio S. Santovenia 209

JOHN E. ENGLEKIRK. *Avanzada*, por Mariano Azuela . 208

———. *Indice de Doce Mil Autores Hispanoamericanos*, por Raymond L. Grismer. 214

ESPERANZA FIGUEROA. *Indagación y crítica; novelistas cubanos*, por Ciro Espinosa 216

EUNICE JOINER GATES. *Obras completas*, por Castro Alves 219

WILLIS KNAPP JONES. *Destinos*, por Eugenio González 221

RAIMUNDO LAZO. *Cuatro poemas*, por Eugenio Florit. 222

———. *Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral*, por Norberto Pinilla 224

CONCHA MELÉNDEZ. *Moche*, por Arturo Jiménez Borja 225

———. *Los perros hambrientos*, por Ciro Alegría . . 226

ANTONIO REBOLLEDO. *Ponzoñas*, por Pablo Domínguez 228

———. *Parásitas negras*, por Julián Padrón 229

A. TORRES-RIOSECO. *Don Alberto Blest Gana*, por Hernán Díaz Arrieta ("Alone") 229

———. *América: novela sin novelistas*, por Luis Alberto Sánchez 231

A. Torres-Rioseco. *Historia de la literatura americana y argentina,* por Fermín Estrella Gutiérrez y Emilio Suárez Calimano 231
Medardo Vitier. *Sobre los problemas sociales,* por Carlos Vaz Ferreira 232

Bibliografía

Ernest R. Moore. Obras críticas y bibliográficas referentes a la novela mexicana anterior al siglo XX . 235

Información

A los colaboradores, autores y empresas editoriales . . 265
Advertencias 266

Vol. III. México, D. F., 15 de febrero de 1941. Nº 5

EDITORIAL

LOS ESTUDIOS IBEROAMERICANOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

CON el título de *Latin American Studies in American Institutions of High Learning*, editó la División de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana —que dirige con tanto acierto y diligencia doña Concha Romero James— un extenso volumen que contiene el resultado de una larga investigación acerca del estado en que se encontraban los estudios iberoamericanos en las instituciones de enseñanza de los Estados Unidos y sus Territorios, durante el año lectivo de 1938-1939, y se compara con el mismo en los años lectivos de 1930-1931 y 1935-1936.

El resultado de dicha investigación es sugerente y prometedor, y prueba de modo terminante que el interés que en los Estados Unidos vienen despertando las cosas de Iberoamérica crece cada día más y más, y se afirma y orienta hacia una meta ideal de noble contenido y significación. Una simple ojeada del volumen lo demuestra

claramente: en más de cuatrocientas universidades, colegios y escuelas normales de los Estados Unidos y sus Territorios, se dictaron en 1938-1939 *novecientos ochenta y un cursos* de historia, de literatura, de geografía, de arte, de etnografía, de ciencias sociales y políticas, de arqueología, de zoología, de botánica, etc., *iberoamericanas*, tomando parte en ellos *setecientos veintinueve* profesores especializados y más de *diez y siete mil ochocientos estudiantes* de ambos sexos. En 1930-1931 sólo se dictaron cuatrocientos treinta y seis cursos, y tomaron parte en ellos menos de nueve mil estudiantes... En 1900, ¡apenas se discutía en las universidades del Norte la *posibilidad* de ofrecer cursos de estudios iberoamericanos!

El progreso de los estudios iberoamericanos en los Estados Unidos es asombroso: se multiplican los cursos dictados en sus universidades y colegios; aumenta el número de estudiantes; se preparan libros de texto y de consulta; se enriquecen las bibliotecas con obras de autores iberoamericanos; se preparan bibliografías; se hacen viajes por las tierras del Sur en busca de datos y conocimientos. Y no se trata tan sólo de estudiar y conocer la potencialidad económica y las condiciones políticas de esas tierras, pues se trata también de estudiar y conocer su pasado histórico y cultural, y las gentes que las habitan y las aspiraciones que las animan y los ideales que persiguen. De todos los cursos ofrecidos en las universidades y colegios de los Estados Unidos sobre cuestiones iberoamericanas, los más populares son los de historia y de literatura, y por lo mismo son ya miles y miles las personas que allí conocen la obra de nuestros poetas, nuestros novelistas, nuestros historiadores, nuestros artistas. ¡Hace cuarenta años, apenas si algunos eruditos conocían sus nombres!

La América ibera no puede permanecer indiferente ante el esfuerzo que en los Estados Unidos se hace por conocerla y apreciarla, antes bien debe corresponder a dicho esfuerzo, estimularlo, reconocerlo y orientarlo. No podemos limitarnos los iberoamericanos a ver que los angloamericanos se acercan a nosotros. Tenemos que acercarnos a ellos, y conocerlos y apreciarlos también. La lagloamericanos se acercan a nosotros. Tenemos que acermiento mutuo: sólo así lograremos la amistad que puede unirnos y que debe existir para la común defensa de la cultura del mundo de Colón.

¿Se estudia la historia, la literatura, el arte de la América del Norte en las universidades y colegios de Iberoamérica? ¿Qué se hace en ésta para tratar de conocer a aquélla?

El Porvenir de la Lengua Española

LA Bogotá de hace setenta años veía andar por sus calles a un mozo ensimismado, de aspecto endeble, frente pálida, oscuro el cabello, llenos de espíritu los ojos. Caminaba con la cabeza inclinada, abstraído en sus pensamientos. Su vestido era modesto pero cuidado; llevaba bajo el brazo unos libros. Parecía un místico o un amador, y era ambas cosas a la par.

Don Nicolás Bayona Posada, en el hermoso prefacio que ha escrito para la nueva edición, publicada por él, de las *Disquisiciones filológicas* de Rufino José Cuervo, nos muestra cómo el genial gramático, en sus años juveniles, cuando la vida cantaba en su corazón, no se detenía a contemplar las muchachas asomadas a los balcones o a las rejas de las ventanas. No. Cuervo atraviesa la ciudad "sin inquietarse por las beldades que cuchichean con sus prometidos..." "También él —prosigue Bayona Posada— tiene una novia a quien adora: es su lengua"... "Rubia y morena, terrestre y celestial, virgen y madre, ninguna mujer más atractiva, más variada, más bella"... La amada de Cuervo es el habla castellana.

La admira él, la sirve y cultiva, la posee con pasión de enamorado. Pero, al mismo tiempo, la estudia con el más puro criterio científico. "En la elección de mil estudios —confiesa el propio Cuervo— hubo sin duda de obrar el cariño a la lengua materna; hecha la elección, nada puede ni podrá apartarme de la independencia científica"... Y esa fusión del amor al idioma, al verbo, a la palabra, por la que el hombre se hace hombre, y de culto a la ciencia, a la verdad, por

la que el hombre se hace libre, nos da la clave de la labor fecunda, de la obra magnífica del más grande de los filólogos de la lengua española.

* * *

Antigua es la sentencia que une el amor a los dos grandes principios antagónicos: la vida y la muerte. En el amor, padre de la vida, veía el poeta pesimista al hermano de la muerte. *Fratelli a un tempo stesso amore e morte...*

Rufino José Cuervo, como enamorado de su lengua materna, admira en ella la vida y, a la vez, tiene el hondo presentimiento de que el habla castellana ha de morir un día. Amante apasionado, piensa en la vida y en la muerte. Nadie ha explicado mejor que él que la lengua es una cosa viva, en constante cambio y evolución, en perpetuo movimiento, en renovación incesante. Pero nadie tampoco mejor que Cuervo ha insistido en el penoso pronóstico de que, por efecto de esa misma transformación, el idioma español está llamado a descomponerse y fenecer un día, como acabó el latín, para dar nacimiento a nuevos y diversos lenguajes. La lengua de Cervantes será un día una lengua muerta como la de Horacio.

Contra la terquedad académica que se obstine en fijar un idioma, sostiene Cuervo que el habla, como la vida misma, es una continua evolución. "El lenguaje —nos dice— está en constante movimiento"... "Un idioma no es idéntico ni en el tiempo ni en el espacio: basta abrir un libro, de ahora dos o tres siglos, para persuadirse de que entonces no se hablaba como hoy, y trasladarnos a unas cuantas leguas del lugar donde nacimos, para notar diferencias de pronunciación, vocablos nuevos y frases extrañas"...

Nuestro idioma vive y, porque vive, cambia inevitablemente. Cambia el castellano en la propia Castilla; cambia diversamente en las distintas comarcas españolas; cambia en las diferentes naciones de América; cambia en las Islas Filipinas o en el norte de Africa. Varía inquietamente, debe variar, y sus variaciones son normales, vitales, legítimas siempre que respondan a la evolución del espíritu humano y al genio interior del habla.

Dentro de estas condiciones, las nuevas voces, los nuevos giros del idioma son perfectamente aceptables, lo mismo si se producen en cualquiera de las regiones de América que si nacieran en Avila de los Caballeros o en Madrigal de las Altas Torres. Los "americanismos" gozan de igual derecho de ciudadanía que los "castellanismos" en el ámbito total de la lengua española.

* * *

Hasta aquí hemos empleado indistintamente, para designar nuestro idioma, las palabras "español", o "castellano". Recientemente se ha publicado en la Argentina un documentado estudio sobre el uso de los términos "español", "castellano" y "lengua nacional" en los distintos países de América: la elección de uno u otro obedece con frecuencia a razones profundas. El Diccionario de la Academia, que antes se llamó "de la lengua castellana", se llama ahora "de la lengua española". Y el propio Rufino Cuervo, en un pasaje de *El castellano en América*, escribe incidentalmente: "El castellano (o digámoslo mejor, el español)"...

Castellano y español ¿no serán, en realidad, dos cosas distintas, dos hablas de matiz diferente? Considerando como "castellano" el lenguaje que se habla y escribe en Castilla, podríamos llamar "español" al idioma, mucho más vasto, común a veinte naciones, con sus múltiples variantes dentro de la misma Península (una de las cuales, y muy ilustre, sería el "castellano") y en las diversas regiones de América.

Todas esas variantes se influyen recíprocamente y forman, en su conjunto, el actual idioma "español", la amplia lengua internacional, verbo de todo el mundo hispanoamericano, idioma que abarca una gran parte del planeta, y se enriquece, se transforma, evoluciona de cara al porvenir.

* * *

Evoluciona porque vive y porque vive ha de morir, diría melancólicamente Rufino José Cuervo. El amador ve en su amada la vida y la muerte. Alma de asceta, el insigne filólogo medita en que su lengua maternal es perecedera.

Ese mismo temor apunta ya también en la *Gramática* de Andrés Bello. "Pero el mayor mal de todos —se lee en el Prólogo— y el que, si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América y, alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros, embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fué la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín. Chile, el Perú, Buenos Aires, Méjico, hablarían cada uno su lengua, o, por mejor varias lenguas, como sucede en Italia, España y Francia"...

Lo que en la *Gramática* de Bello aparece como un peligro evitable se presenta en Cuervo con la grandeza de la fatalidad. Precisamente porque, para él, el idioma es un ser vivo, está, cual todo lo que vive, condenado a muerte. La disolución de la lengua española y su desmembración hasta trocarse en nuevas y diferentes hablas, tendrá que ocurrir necesariamente en el futuro, aunque quizás en un futuro muy lejano. Y no, ciertamente, por culpa de América. "La evolución del lenguaje —explica Cuervo— es natural y forzosa, y la extrañeza que causan a los españoles las peculiaridades de los americanos, es tan poco razonable como la que sintiera un americano por las novedades que cada día se admiten en Castilla".

Lo mismo que con el idioma español ocurrirá con el idioma inglés. Las dos hablas mundiales habrán de perecer en su día, transformándose cada una de ellas en los diferentes países, hasta que de tales divergencias vayan surgiendo las nuevas y distintas lenguas neohispánicas o neobritánicas.

La unidad del habla, en opinión de Cuervo, se irá perdiendo en cada uno de los dos casos, como se perdió la del latín con la decadencia del imperio romano, a medida que decline el influjo espiritual de las viejas metrópolis, y a causa, sobre todo, de "la incomunicación en que viven los Estados americanos"... "Con el aislamiento en que por lamentable necesidad vivimos los pueblos americanos —insiste Cuervo— irán creciendo cada día las diferencias existentes".

"Incomunicación"... "Aislamiento"... ¿No es cierto que las mismas razones en que Rufino José Cuervo fundamenta su triste profecía al final del siglo XIX, nos servirían ahora para refutarla a la nueva luz del siglo XX?

Ya no hay, ya no podrá haber, incomunicación ni aislamiento en el mundo. Entre dos villas de España, en la época en que se formaba nuestro idioma, había más separación, mayor distancia efectiva, que la que hoy existe entre Madrid y La Habana o entre Buenos Aires y la ciudad de Méjico. Atravesar un Continente, cruzar un océano, nos es hoy más fácil de lo que era para Rufino José Cuervo viajar de Bogotá a Medellín. La radiotelefonía nos permite escuchar sin esfuerzo, desde un valle de los Andes, los acentos de la lengua española en todas las capitales de América. Con la radio y el avión, con la técnica moderna, los millones de hombres de habla hispana, lo mismo que, por su parte, los de habla inglesa, mantienen un constante coloquio en toda la extensión del planeta. Ya no es un problema la unidad del idioma.

El idioma seguirá su evolución porque ella es su vida; pero su vida no traerá forzosamente su muerte. Los cambios que en el habla se produzcan a orillas del río de La Plata se escucharán por radio inmediatamente en las laderas de los Andes; los de las vertientes andinas resonarán en el Mar de las Antillas; los de América se oirán en España, los de España en América, y, por otra parte, la nave aérea llevará en sus alas, con el libro y el periódico, la unidad de la lengua, integrada por la espléndida variedad de sus múltiples matices en todo el mundo.

* * *

En la recogida plaza de San Carlos aparece ahora la estatua de Rufino José Cuervo entre las verdes ramas de los árboles y los rojos tejados de sus viejas casas. Completan el ambiente, en el fondo, las cúpulas de la Catedral. Allí, Cuervo, entre la pluma y el libro, inclinada la noble frente, parece meditar todavía en la vida y la muerte de su amada.

Pero se oye en el aire el zumbido lejano de un avión. Luego, por un balcón abierto, las notas de un aparato de ra-

dio quiebran el sosiego de la antigua plaza. Vienen de una emisora de la Isla de Cuba, donde una voz de mujer, inconfundiblemente española, canta un tango típicamente argentino... En esta plaza santafereña se juntan de pronto los muelles de La Habana, los jardines andaluces, los arrabales de Buenos Aires...

No, no se disgrega el idioma español, sino que sus diversas modalidades se unen y combinan en cada lugar. Con la técnica del siglo XX está asegurada la universalidad de la lengua. La amada de Cuervo es inmortal.

Inmortal, en cuanto alcanzan las humanas previsiones. Cuando pasen, tras los siglos, los milenios, nadie sabe lo que acaecerá en la Tierra, ni si la humanidad hablará toda ella un solo idioma, o habrá quedado ya, definitivamente, en silencio.

Mas, en lo que cabe prever, no parece probable que se repita en América el bíblico relato de la Torre de Babel. Más bien está ocurriendo el inverso milagro: hombres de todos los pueblos, de todas las razas del Globo, cuyos abuelos hablaron en lejanos climas los más distintos y extraños lenguajes, vienen a unificarse todos, a comprenderse todos, expresándose todos en una misma lengua, nuestro dulce y fuerte idioma común, bajo el claro cielo de América.

LUIS DE ZULUETA,
Bogotá.

Unamuno, Crítico de la Literatura Hispanoamericana

ENTRE los primeros escritos de Unamuno figura ya uno sobre la literatura hispanoamericana. El maestro empezó a escribir poco antes de 1890. Están aún por coleccionar los ensayos y los artículos con que por aquel entonces contribuyó a periódicos de Bilbao y de Madrid. (1) El primero de los reunidos en la edición de sus *Ensayos* es de 1894, el mismo año en que apareció en la *Revista Española* de Madrid el célebre ensayo sobre *Martín Fierro* con que el joven profesor salmantino inició sus trabajos como crítico de la literatura hispanoamericana. Tan espontáneo y tan penetrante salió el ensayo, que al autor se le concedió en seguida un puesto muy alto entre los pocos españoles que hasta aquel momento habían demostrado un interés sincero y comprensivo en la vida cultural de América.

Pero a pesar de la estima y de la fama que ganó por su honda apreciación del *Martín Fierro,* Unamuno no volvió a escribir otra crítica de libro americano hasta cinco años después, cuando en las páginas de *La Ilustración Española y Americana* apareció su estudio de otro libro gauchesco, *Nastasio,* de Francisco Soto y Calvo.

Pasaron otros dos años, sin embargo, antes de que Unamuno se dedicara a una crítica seria y continua. Cuando la redacción de *La Lectura* buscó a quien encargar de la sección hispanoamericana, no encontró a nadie mejor preparado que Unamuno para la tarea de comprender y apreciar la América

literaria. Unamuno aceptó y en el primer número de *La Lectura* que salió a luz en enero de 1901, apareció su primer artículo titulado "De literatura hispanoamericana". Por seis años, con una regularidad sorprendente, Unamuno mantuvo al día a los lectores de la revista sobre el movimiento literario americano, ofreciéndoles una crítica nutrida y sólida de más de cincuenta libros contemporáneos de allende el mar. Confesó al principio que iba a dar más importancia a las letras argentinas por ser las que mejor conocía. Y en efecto así fué, porque resulta que casi la mitad de las obras que criticó son argentinas.

Una ojeada rápida de los títulos y de los autores de estos libros revela que Unamuno leía una gran variedad de obras: poesía, historia, geografía, crónicas, crítica, viajes, novelas, ensayos, traducciones, estudios lingüísticos, y revela también que muchos de estos libros y autores han desafiado el transcurso del tiempo, habiendo entrado de lleno en los anales de la historia de la literatura hispanoamericana. Sería bien recordar aquí unos cuantos libros y autores de los que más le entusiasmaban a Unamuno. Además del *Martín Fierro,* habría que citar *Idolos rotos* y *Sangre patricia,* a cuyo autor, Díaz Rodríguez, no vaciló en llamar "el mejor de los novelistas sudamericanos" que hasta aquel entonces conocía; *España contemporánea,* de Darío, a quien —a pesar de que siempre estaban opuestos en cosas de arte— dijo que le debía gratitud porque el americano hasta cuando combatía sus puntos de vista, le trataba con la mayor consideración; *Vivos, tilingos y locos lindos* de Grandmontagne, "el libro moderno de más enjundia y más meollo" que había recibido de América, y "uno de los libros de mayor contenido y de más fuerza" que había leído, en español, en esos años; *Prosa ligera,* de Miguel Cané, "libro, ante todo, de buena voluntad, moderado, equilibrado siempre, sin llamativas de ninguna clase, algo como la conversación de un hombre de mundo que ha viajado, ha visto y ha oído mucho"; *El éxodo y las flores del camino,* de cuyo autor dijo: "Hace augurar que Nervo dará obras de gloria a su patria"... a juzgar por "todo lo que hay de delicado, de cordial, de íntimo y de hondamente humano en él"; *Carácter de la literatura del Perú independiente,* de José de la Riva

Agüero, "tesis que debe hacernos esperar que su autor llegue a ocupar, con el tiempo, uno de los más eminentes puestos en la república de nuestras letras —una misma allende y aquende el Océano—; una tesis tan llena de sana y sólida doctrina, de juicio independiente y sereno, que sorprende proceda de un estudiante que termina su carrera"; y *Viajes por la República Argentina*, de Manuel Bernárdez, que obtuvo del crítico la siguiente confesión: "Libros así nos indemnizan a los aficionados a cosas americanas de esos otros libros que no saben a tierra alguna, y en que en una lengua que ni es castellano ni es idioma nacional de parte alguna se nos cuentan ñoñeces clásicas o modernistas traducidas de cualquier traducción".

Unos 24 son los libros que Unamuno acogió con amabilidad si no con entusiasmo. Por estar éstos entre los dos extremos, me permito el no citarlos. Además, con mencionar ahora los que apenas toleraba, quedarán apartados aquéllos en la bibliografía del final.

Una docena son los que, no obstante sus esfuerzos por decir todo lo bueno que podía, sólo le servían de blanco para poder señalar más enfáticamente lo débil y lo malo de las letras americanas. Entre éstos los que con menos disgusto había leído eran *Las sombras de Hellas*, de Leopoldo Díaz — "Hellas" debiera ser "Hélada", según el profesor salmantino de lengua y literatura griegas, para no rimar con "ellas"; *El castillo de Elsinor*, de Pedro-Emilio Coll, libro en que es demasiado marcada la influencia francesa; y *El triunfo del ideal*, de Pedro César Dominici, "Una novela de tesis... (que) ...suena... a falso y a frío". Los que más le disgustaron fueron: *Los nuevos caminos*, de Alberto Ghiraldo, cuya principal característica "se llama simplismo"; *Nostalgia*, de Francisco Soto y Calvo, que le parecía una equivocación... "novela realista en verso"; *Un país nuevo*, de Benjamín Vicuña Subercaseaux, libro que le hacía reír y burlarse del patriotero autor; y *La ciudad de las ciudades* del mismo autor, "excelente como tipo de una dolencia de que apenas si empiezan a curarse los americanos de lengua española", libro que no pudo soportar por el exceso de galomanía que lo caracteriza y que le arrancó este consejo para el joven chileno: "Alíviese,

pues, el Sr. Vicuña Subercaseaux, de su afrancesamiento, y por patriotismo, pues tan ardiente patriota es, cuelgue su pluma y busque el servir a Chile de otra manera, y será uno de los mayores servicios que pueda rendir a su noble patria".

El último artículo que en su función de crítico escribió para *La Lectura* es el que apareció en los números correspondientes a septiembre y a octubre de 1906 bajo el título "Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana", el cual se recogió más tarde para el tomo VII de sus *Ensayos*. En éste, Unamuno repitió, "ampliándolas y remachándolas, no pocas de las reflexiones" que venía dejando caer en sus notas sobre libros americanos.

De aquí en adelante las actividades de Unamuno como crítico de las letras americanas son más conocidas aunque mucho más reducidas y de menor significación. Su valiosísima colaboración en *La Lectura* le había puesto a la cabeza de los críticos peninsulares que por aquel entonces se preocupaban de literatura americana, y era de esperarse, por ende, que los editores le pedirían "prólogos" para los libros americanos que publicaban. De éstos los más conocidos serán los que escribió para la edición de *Poesías* de Silva, para *Alma América* de Chocano, y para *En voz baja*, de Nervo. Pero aunque seguía interesándose en la literatura hispanoamericana y continuaba revelando sus opiniones y su apreciación de libros y de literatos americanos, interpolándolas de vez en cuando en sus obras posteriores, la época en que realmente se formulaba el criterio con que juzgaba las letras americanas se reduce al período anterior a 1907, más aún, a los seis años en que sirvió como crítico de *La Lectura*.

En los primeros apuntes que nos proporciona en el artículo sobre *Martín Fierro*, Unamuno nos revela ya una de las normas que le han de guiar en su apreciación y su estima de la literatura americana: la de que la literatura americana escrita en lengua española no pudiera menos de descubrir rasgos comunes con la peninsular, rasgos que se transparentan con más claridad precisamente en las obras más netamente regionales. Por eso llama ridícula la pretensión de los argentinos de considerar *Martín Fierro* obra de "una literatura *privativamente argentina*", obra que brota "de un espíritu

nuevo que diferencia a los argentinos de los demás españoles", y por eso también afirma que de todo lo hispanoamericano que conoce es "lo más hondamente español... poema de un Hernández, hijo de un Hernando español"... "poema español hasta el tuétano" — afirmación que, claro está, no les cayó bien a los "argentinistas". Huelga decir que para Unamuno toda la literatura gauchesca forma parte más bien de la gran literatura hispánica que de una literatura exclusivamente argentina.

Este espíritu español lo buscará Unamuno en toda obra que lea y en casi todas lo encuentra en una forma u otra. Lo ve en esas páginas de *Viajes por la República Argentina* de Bernárdez en que "se lamenta de la sed de las tierras y de lo mucho que necesitan de agua", páginas que le parecen escritas en España y para España, sólo que —interpone el salmantino— "la que llamamos aquí política hidráulica va en la Argentina más en serio que en España". (2) La literatura antioqueña, que dice muy simpática, "sí que es parte de nuestra literatura y nos suena a cosa nuestra y muy nuestra". Y Colombia toda le parece "un país nuestro... hasta en el carácter de sus luchas civiles... con la diferencia de que... en Colombia, los liberales son los insurgentes y los del Gobierno son los carlistas". (3) ¡Qué no dirían los compatriotas de aquel "vigoroso y genialísimo Sarmiento" —a quien le quitó el igualmente vigoroso Unamuno toda la furia de su hispanofobia al afirmar que sólo exteriormente era antiespañol— al leer: "La verdad es que la historia argentina —cuanto más la conozco más me corroboro en ello— es uno de los capítulos más profundamente españoles de la historia del pueblo de lengua castellana."! En apoyo de su aserción puntualiza Unamuno estos rasgos de la historia argentina: "el tan característico cantonalismo incrustado en el alma española... la falta de espíritu público... el echar la culpa de todo al otro... y lo de que la revolución de la independencia pretendió pasar de un salto 'del estrecho régimen virreinal, a sistemas antagónicos de democracia pura, sin adaptaciones ni evoluciones previas'." (4) Y conforme a su conocida teoría de que "cada región, cada casta de las que componen a España debe procurar acusar, corroborar y fijar su propia

personalidad..." para no perderla en el espíritu común sino más bien para poder contribuir así al enriquecimiento de ese mismo espíritu colectivo — "para que cada cual dé mejor su fruto y puedan tomar de él los demás lo que les convenga", (5) Unamuno no ve nada incompatible en que una obra como *Alma América* sea a la vez "muy americana sin duda, pero no menos española". (6) Santiago Pérez-Triana es "colombiano de la más pura cepa española". (7) En *Nuestra América* se revela Bunge como "un escritor honda y radicalmente español..." (8) La literatura peruana de después de la Independencia es "literatura castellana provincial, ni más ni menos que la de las islas Canarias, o de Aragón o Murcia, por ejemplo, puesto que nada tiene que ver con la literatura la dependencia o independencia política de la región donde se cultiva". (9) El negar esto sería el "aplicar a cosas del espíritu un criterio meramente topográfico. Aquello es una continuación de la España del siglo XVI tanto como esto, y en ciertas regiones americanas, en parte de Colombia, verbigracia, aún más fielmente que esto". (10) Que no es lo mismo decir, desde luego, que la región de donde la lengua procede da, o debe pretender dar, el tono ni a la lengua ni a la literatura.

Unamuno nos descubre ya desde el principio lo que para él sirve de nexo más fuerte entre España y América, lo que más aviva el españolismo americano: "...me parece que más que con la sangre les va a los sudamericanos el españolismo con la lengua...", (11) y característicamente —en su capacidad de profesor del idioma español y de escudriñador de lo eterno del espíritu hispánico— casi siempre trata, juntamente del idioma y del espíritu, identificándolos. Así es que su primera contribución a *La Lectura* se abre con esta afirmación: "Como la lengua es la sangre del espíritu del pueblo, y base de toda disposición orgánica la sangre, hay entre nuestra literatura y la de las naciones americanas de lengua castellana una hondísima comunidad mucho más honda de la que por allá se sospecha y cree". (12) Y en su "Prólogo" a *Alma América* vuelve a afirmar: "Sí, la lengua, que es la sangre del espíritu, es el fundamento de la Patria espiritual; y, más dueños de América nos hace Cervantes que hizo a nuestros abuelos Colón".

Era de esperarse, pues, que al escarnecerles a los argentinos por su ridícula pretensión de considerar *Martín Fierro* obra de una literatura *"privativamente argentina"*, a la vez se mofaría de ellos por calificar "pomposa y disparatadamente de *idioma nacional* (argentino, se entiende) el castellano popular y neto en que está escrito *Martín Fierro*, repleto de términos que por designar objetos del nuevo mundo tienen nombre aquí desconocido, de modismos, fonetismos y formas dialectales tan poco indígenas de la Pampa, que aún se usan en no pocos lugares de España. Y cuando los vocablos del *Martín Fierro* no son españoles, son indios, pero no argentinos. ¡Cuándo les entrará a esos americanísimos lo que les dijo su compatriota Calixto Oyuela, que 'la historia nos enseña que de los idiomas formados y fijados sólo pueden salir jergas informes'." (13) Y que más tarde atacaría también al catalán que se figuraba había de nacer un nuevo idioma distinto del castellano — ya que no pudiera "catalanizarse a los hispanoamericanos..." (14) Jamás se cansa de repetir que el español de América y el de España "no se diferencia tanto en el fondo popular, hablado y vivo, cuanto en la espuma literaria escrita y en cierto modo muerta". (15) No puede aguantar la manía de los poetas americanos de plagar su poesía, sin venir a cuento, "de biguás, caicobés, cipós, ceibós, curupés, chajás, umburucuyás, mamangás, ñandús, y otros avechuchos, animalejos y yerbajos por el sólo empeño infantil de hacérnoslos más extraños a los españoles!" (16) Pero aún y con todo prefiere este cargamento de terminachos americanos a los galicismos de que harto abusan tantos neogongoristas, culteranos, coloristas, decadentistas, parnasianos, víctorhuguistas y otras especies de estufa que se le cuelan de allende el mar. Atento siempre a las peculiaridades lingüísticas introducidas a sabiendas o sin saberlo en los libros americanos, Unamuno no puede menos de señalarlas —y repetidas veces— a la atención del lector, como, por ejemplo, lo hace cada vez que tropieza con la ortografía nacional de "México". No puede empezar su artículo sobre Nervo sin primero manifestar, en descargo de escrúpulos de su conciencia, la repugnancia con que escribió "México" con "x" en vez de "Méjico" con "j", "que es como racionalmente debe escribirse,

pues esa 'x' es de lo más absurdo y más anacrónico que conozco, y más que pueriles, las razones que se dan por su empleo". (17) Un año después, para no ultrajar más su conciencia ya tan maltratada por la avalancha de "x" que le llega de la Nueva España, se niega a escribirlo con "x" porque le parece acto de cobardía de parte de la raza el acomodar la ortografía de "México" a la de "Texas" para no ofender a los gringos. (18) Y tanto le confunden a Unamuno como a nosotros las dos enes con el apellido del inescrupuloso general "mejicano", "Santa Anna". (19) Menos severo con el rioplatense Bernárdez, "cuyo castellano corriente y excelente (está) limpia y correctamente construído de ordinario, pero con cierto dejo criollo que le da gracia y originalidad propias", se burla de él por el uso del verbo *"ubicar"*, "que huele a cosa técnica en frases como 'ubica el joven ex ministro todo el ímpetu de sus optimismos...' donde diría el español lisa y llanamente *pone"*, añadiendo "como no sea que el Sr. Bernárdez rehuye el verbo 'poner', como rehuye, cual buen criollo argentino, el verbo 'coger', tan corriente, tan inocente y tan usual en España". (20)

Unamuno está de acuerdo con Miguel Cané en que "la pobreza de la autoridad de la Academia Española y el 'mandarinismo' estrecho de sus preceptos, fueron y han sido parte no exigua a mantener vivo el espíritu de oposición en las comarcas americanas", y de acuerdo también con lo que decía Juan María Gutiérrez al pedir "la lengua española, una e indivisible, bien común de todos los que la hablan y no petrificada e inmóvil, patrimonio exclusivo no ya de una nación, sino de una autoridad". (21)

Concurrentemente con estas cuestiones de españolismo y del idioma español en América, se plantea la del americanismo. ¿Cuáles serán las ideas de Unamuno sobre este tan asendereado tema? Respecto a las diversas clases de americanismo señaladas por Riva Agüero: el *histórico,* el *regional* y el *descriptivo,* observa satíricamente que "el histórico, cuando busca asuntos en la época precolombina, fracasa, porque los americanos son poco menos extraños que nosotros a las civilizaciones quechua, azteca o guaraní". (22)

Para Unamuno el americanismo más legítimo es el des-

criptivo, y el problema todo se resuelve sólo con tal que los americanos se americanicen: que dejen de descubrirles Europa a los europeos y que se dediquen a descubrir para sí todo el mundo nuevo que les invita inspiración. Existe una hondísima comunidad entre la literatura española y la de América, eso sí, pero existe también "no poco de diferencial, debido a lo que el cambio de clima y de íntimas condiciones de vida y la mezcla de diversas sangres materiales modifica..." (23) En hacer resaltar esta diferencia lograrán la originalidad literaria y no en ver y en juzgar a sus respectivos países a través de libros europeos. Por eso Unamuno se entusiasmó tanto por *Martín Fierro:* lo que muchos críticos no comprenden es que para Unamuno el poema "apenas tiene sentido alguno desglosado de nuestra literatura" pero no quita en nada el que sea a la vez gran obra argentina o americana. Ya hemos visto que *Alma América* le parece "muy americana sin duda, pero no menos española", e *Idolos rotos* le parece una novela "venezolana, americana" no obstante que muchos elementos de la obra son "de innegable filiación europea". Fuera de esto no nos queda sino un ejemplo más con que nos aclara un tanto su concepto del americanismo. En su crítica de *España contemporánea* dice que Darío piensa "en genuino americano", añadiendo que "hay algo de inarticulado, de desgranado, de discreto (en el sentido etimológico de este vocablo, el que a *concreto* se opone), de invertebrado en el decir y exponer de Darío; más que línea seguida, sigue línea punteada... es cinematográfico, hasta en el titilar de las imágenes que se suceden... y así es su pensamiento". (24)

Bien poco y nada muy concreto, como se ve, es lo que de americanismo nos dice Unamuno. Creo, sin embargo, que su actitud toda para con el españolismo y el americanismo está admirablemente expresada en aquel consejo tan franco y tan escueto que dió a los chilenos: "No, el roto chileno, ni es latino, ni tampoco araucano-gótico... El chileno es chileno y debe bastarle, y su lengua es lengua española". (25) Y creo además que si le hubieran pedido una definición del americanismo habría contestado de la misma manera en que respondió a la pregunta: "¿Qué es la hispanidad?", y, conociéndole, no tendríamos derecho a esperar otra respuesta. Si el

que tanto deseaba saber lo que era la hispanidad, confesaba que no lo sabía, que aprendan de su respuesta una valiosísima lección los que se afanan por saber el sentido y el significado del americanismo: "¿Qué es la hispanidad? Ah, si yo lo supiera... Aunque no, mejor es que no lo sepa, sino que la anhele, y la añore, y la busque, y la presienta, porque es el modo de hacerla en mí". (26)

En vista de que sus actividades como crítico de la literatura hispanoamericana coincidieron con la invasión de tanto libro americano plagado de "arlequinados pendejos y de gongorinas lentejuelas" de origen parisiense-bulevardero, milagro hubiera sido si el reconocido misogalismo o francofobia de Unamuno —de la cual no sentía deseo alguno de curarse— no hubiera rebosado tras la lectura de tanto fárrago galicista. El autor que atrajo sobre sí el ataque más fulminante de cuantos dirigía Unamuno contra los sudamericanos afligidos de galomanía fué el chileno que se mostraba más Subercaseaux que Vicuña por haber llamado a París "la ciudad de las ciudades", epíteto que le sirvió de título para todo un libro en que nos viene "repitiendo las mil y una vaciedades que acerca de su superioridad estamos oyendo hace un siglo". (27) ¿Por qué tan acentuada allá en América la influencia francesa? La respuesta de Pedro-Emilio Coll le pareció bien a Unamuno, quien aceptó, en parte por lo menos, la teoría "de que se encuentran analogías entre los efectos del calor sobre el individuo y los que determina una civilización avanzada: la sensibilidad nerviosa, la hiperestesia psíquica...", y, añadió el vasco, "la preocupación erótica". (28) Las letras francesas son "lógicas y sensuales" —"dos cualidades que antes me repelen que me atraen"— y por eso les requieren "menos esfuerzo de comprensión" a los americanos "atacados como nosotros de *ideofobia*": "es... muy natural la fascinación que la literatura francesa ejerce sobre sociedades en formación cultural, pues ofrece papilla espiritual para espíritus tiernos. No exige mucha masticación ni digestión laboriosa. Es clara, transparente, accesible; demasiado clara, demasiado transparente, demasiado accesible. Buena, muy buena maestra de

cultura es Francia, pero no olvidemos nunca aquel tan exacto verso de un soneto del gran crítico y poeta Mathew Arnold:

France, famed in all great arts, in none supreme (20)

Lo que más le fastidia a Unamuno es que la mayoría de los americanos imitan casi exclusivamente a los franceses —sin buscar en otras literaturas otras insinuaciones— y, lo que es peor, casi siempre imitan a los *poseurs* bulevarderos: a De Groux, a Jean Moreas Papadiamantópulos —"fatuo, insoportable e hinchado"—, al mixtificador Remy de Gourmont, pontífice de los *mercuriales,* en vez de inspirarse en los valores sólidos de la cultura francesa. Grave error también lo de que los americanos creen que es "la literatura francesa la que mejor refleja y reproduce el espíritu clásico de la antigüedad, prejuicio naturalísimo en quienes no conozcan esta antigüedad sino a través de traducciones e imitaciones francesas y tampoco conozcan cómo otros pueblos cultos la han traducido e imitado". (30) Y lo que imitan es el muy falso helenismo del parisiense bulevardero "con todos esos enredos pseudo-clásicos y todos esos embrollos que les meten en la cabeza en ese cacho de París". (31) Revélase naturalmente en todo esto su menosprecio de los modernistas a quienes condena por buscar la reforma del verso castellano, o su modernización, por vías francesas... como si fuesen lo mismo ambos idiomas...: "si (la lengua española) ha de cumplir sus fines en los vastos territorios por que hoy se extiende... no es lo mejor moldearla a la francesa, ya que no deja de ser un disparate, eso de que la lógica universal sea la lógica francesa". (32)

Alrededor de estos puntos, que son los que más le sirven de norma: españolismo, lengua, americanismo y galomanía, gira gran parte de la crítica de Unamuno. Los demás no suelen repetirse tanto. Cosa que le preocupa casi por igual, sin embargo, es la cuestión religiosa. Echa muy de menos la preocupación religiosa en América, y a la falta de ella achaca, en parte a lo menos, que "los hispano-americanos no tienen ni han tenido ideal propio, y probablemente no lo tendrán en mucho tiempo". (33) Por la misma razón teme que, mien-

tras florece allá —en donde parece a ratos que va a soplar un nuevo soplo de paganismo sobre la tierra— la poesía que hable a la voluptuosidad de vivir, se ahogue esa otra poesía, íntima, recogida — la poesía religiosa. (34) Por eso también los americanos corren el riesgo gravísimo, tanto como los españoles, del mamonismo: la prosperidad material, sin contrapeso. (35) Y por eso llama "triste honor" el de la literatura chilena " 'por haber desterrado del laberinto histórico... la conciencia que lucha entre el saber y la fe'," añadiendo, con motivo de la afirmación de Vicuña Subercaseaux de que " 'Santiago de Chile es una ciudad eminentemente intelectual'," que "la intelectualidad no basta para la cultura, ni menos para la dicha". (36) Cree que la manía anticristiana, tan acentuada en muchos libros americanos, como, por ejemplo, en *El triunfo del ideal* de Dominici, "tiene por base un acentuado desconocimiento de la esencia e íntimo espíritu del cristianismo", (37) y cita esta manía como prueba de que todavía por allí "toman en serio la religión comtiana".

Le inquieta grandemente esta falta de preocupación religiosa; pero el exceso de patriotismo americano sirve para volverle a alentar. Una de las cosas por las cuales Chile le era tan simpático —y lo era para él muy de veras a pesar de lo mucho que se burlaba de los chilenos— es el patriotismo de sus escritores y la manera tan ingenua que ellos tienen de ensalzar a su patria, dejándose "llevar a deprimir las de los demás pueblos sudamericanos". (38) Le deleita en especial mofarse del pobre y muy burlado Vicuña Subercaseaux por su desenfrenada patriotería, que no le reprocha sin embargo, por considerarla como obra moral para los chilenos "mejor que lo nuestro, cual es lo de rebajarnos y hasta calumniarnos a todas horas". Como buen vasco —para quien los vascongados son los mejores hombres de España— Unamuno aplaude la intensa confianza del chileno en afirmar que los chilenos son los mejores hombres de Sudamérica: "Lo bueno, de dentro; lo malo, de fuera. En Chile se debe todo a los chilenos, como en mi Vizcaya se debe todo a los vizcaínos". (39) Tampoco puede menos de aplaudir al hispanoamericano el "delicioso" trabajo de Nervo que en París sale del paso en mil ocasiones con un *chez nous* que le obliga al francés, *épaté*,

a repetir con cierta condescencia: *"Qu'est-ce qu'on va faire... chez lui c'est comme ca."* La tan arraigada galofobia de Unamuno le reclama esta aprobación regocijada: "Tiene razón el hispanoamericano, amigo Nervo, y hace bien en esgrimir su *chez nous,* y en enseñar a los animales condecorados que no saben geografía, que hay otros países, y otras costumbres y otros modos de pensar y vivir que no los suyos... Que si Méjico es un 'accidente geográfico', un accidente geográfico es también París; y en cuanto a las puestas de sol del Brasil, no sé en qué o por qué hayan de ser menos hermosas que esas puestas de *nuances,* de los tan sobados *nuances,* y del rosa muerto, el fresa *fané,* el azul tenue y el malva discreto". (40).

El artículo sobre Riva Agüero le proporcionó a Unamuno la oportunidad de secundar ciertas conclusiones del peruano sobre el carácter de la literatura de su patria, a saber: la literatura del Perú es incipiente y predominantemente imitativa, y en ella escasean las *obras definitivas,* conclusiones que el salmantino encontró aplicables en general a toda la literatura americana. De otros estudios sacamos estos defectos —los últimos que aquí puntualizamos— a que llama atención en su análisis de las letras americanas: las obras históricas y científicas suelen ser "declamaciones políticas"; los literatos americanos sufren del mismo vicio de los españoles: la vanidad literaria aún más poderosa allá —"si es que esto es posible"— que en España; y, añade, sufren de otro vicio también, que es el *esnobismo,* vicio igual o peor que el de España que es la ramplonería.

Pero no debemos creer que sólo encontraba defectos y vicios en la América literaria; (41) los que señalaba se los reprochaba por considerar a los hispanoamericanos miembros de la gran familia hispánica y por haber intentado arrancar estos mismos defectos de su propia patria literaria. Veía mucho en América que le gustaba profundamente, y la mayoría de los autores que apreciaba: Sarmiento, Zorrilla de San Martín, Rodó, Darío, Díaz Rodríguez, Silva, Palma, Martí, González-Prada, figuraban, y seguirán figurando, entre los más ilustres literatos americanos. Jamás pasó a América; la conoció sólo mediante la lectura de libros americanos; (42) pe-

ro tan penetrantes y tan agudas eran sus facultades críticas y tan apasionados sus anhelos de conocer esta América española, que para él seguía siendo prolongación espiritual de su querida España, que no había nadie en Europa, en aquella época por lo menos, que la comprendiera y la interpretara tan bien como él.

Por la sinceridad y la franqueza con que les decía a los americanos lo que les dolía, tenía que soportar a veces ataques muy injustos de los que más padecían del *esnobismo* y de la vanidad literaria. Fué esta, sin duda, la razón de por qué América perdió tan temprano los servicios de su más esclarecido intérprete y amigo. En mayo de 1903 Unamuno salió a su propia defensa, revelando entonces que más de una vez le había pesado el haberse metido a crítico de literatura americana. Confesó que era profesión dañosa para el que la ejerce y que él no servía para crítico por carecer de "cierta imperturbabilidad y hasta dureza de corazón", si había de ser sincero siempre. Pero hay que repetir sus propias palabras: "Y esto es lo más terrible del oficio de crítico, lo verdaderamente terrible de él: el tener que engullirse tanto fárrago, perdiendo un tiempo precioso... Y esto se agrava cuando de jóvenes literatos americanos se trata. Conservo una carta de un joven escritor venezolano en que me declara que he perdido a sus ojos y he caído del pedestal en que me tenía puesto, por una leve indicación que hice respecto a un libro suyo, dejando entrever que el tal libro me pareció, y sigue pareciéndome, una obra mediana y sin valor. Entonces descubrió en mí al español, al español rudo y beocio, sin chispa de espíritu ático, que está oculto bajo apariencias de europeo moderno". (43)

Unos años después Unamuno entregó a Ugarte su pluma de crítico para no volver a meterse sino contadas veces a publicar opiniones e impresiones de la literatura americana. Pero antes de ceder su puesto habló lisa y llanamente a sus compatriotas, señalándoles el rumbo que debían tomar en el futuro respecto a sus relaciones con la América hispana, consejo que tan digna y tan concienzudamente ponen en práctica hoy los que como sus discípulos reanudan la labor del maestro salmantino.

"...me parecen dañosísimos y disparatados los pujos de magisterio literario respecto a América, que aquí en España se dan muchos, el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo, y establecer aquí la metrópoli de la cultura... La necia y torpe política metropolitana nos hizo perder las colonias, y una no menos necia ni menos torpe conducta en cuestión de lengua y de literatura podría hacernos perder —si estas cosas se rigieran por procedimientos de escritores y literatos— la hermandad espiritual. Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de madre patria, y comprender que para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarle de par con los pueblos americanos y recibiendo de ellos, no sólo dándoles". (44)

(1).—Véase: Angel del Río, "Miguel de Unamuno", *Revista Hispánica Moderna*, I, 1, octubre de 1934, p. 14.

(2).—*La Lectura*, V, 49, enero de 1905, pp. 70-73.

(3).—Estas reflexiones salieron de su lectura de *Inocencio* de Rendón y *Emociones de la guerra* de Max Grillo. Véase *La Lectura*, VI, 61, enero de 1906, pp. 84-93.

(4).—(Lucas Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo)*, *La Lectura*, V, 50, febrero de 1905, pp. 190-194.

(5).—*El porvenir de España*, p. 124.

(6).—"Prólogo", *Alma América*, p. XI.

(7).—*(Reminiscencias tudescas)*, *La Lectura*, III, 30, junio de 1903, pp. 240-242.

(8).—*La Lectura*, III, 32, agosto de 1903, pp. 532-538.

(9).—Citado de Riva Agüero. Véase *Ensayos*, VII, p. 123.

(10).—*Ensayos*, VII, p. 136.

(11).—*La Lectura*, III, 32, agosto de 1903, pp. 532-538.

(12).—*La Lectura*, I, 1, enero de 1901, pp. 58-63.

(13).—*Loc. cit.*

(14).—"De literatura hispanoamericana", *loc. cit.*

(15).—(Soto y Calvo, *Nostalgia*), *La Lectura*, II, 16, abril de 1902, pp. 646-651.

(16).—"El Gaucho Martín Fierro", *loc. cit.*

(17).—*La Lectura*, III, 33, septiembre de 1903, pp. 96-101.

(18).—Véase *La Lectura*, IV, 41, mayo de 1904, pp. 98-105.

(19).—*Ibid.*

(20).—*La Lectura*, V, 49, enero de 1905, pp. 70-73.

(21).—Véase *La Lectura*, III, 34, octubre de 1903, pp. 237-240.

(22).—*Ensayos*, VII, pp. 136-137. ¡Cuán típica la razón que nos

da del éxito de *Tabaré* y de la belleza y valor del poema: "De las obras inspiradas en el amor a esos antiguos pueblos indígenas sólo conozco una de veras hermosa, el más sentido y más hermoso poema americano que conozco, y es el magnífico *Tabaré*, del grande, del grandísimo poeta uruguayo Zorrilla de San Martín. Y es porque en ese poema se canta precisamente la extinción del pueblo charrúa, su forzosa desaparición ante la raza española"!

(23).—"De literatura hispanoamericana", *loc. cit.*

(24).—*La Lectura*, I, 7, julio de 1901, pp. 116-119.

(25).—*La Lectura*, VI, 62, febrero de 1906, pp. 207-220.

(26).—Véase Alonso, *Antología de ensayistas españoles*, New York, Heath & Co., 1936, pp. 70-71, citado de *Síntesis*, Buenos Aires.

(27).—*La Lectura*, VI, 62, febrero de 1906, pp. 207-220.

(28).—Véase ("Notas sobre la evolución literaria en Venezuela"), *La Lectura*, I, 6, junio de 1901, pp. 63-72.

(29).—*La Lectura*, VI, 62, febrero de 1906, pp. 207-220.

(30).—*Ibid.*

(31).—*La Lectura*, III, 36, diciembre de 1903, pp. 535-537.

(32).—*La Lectura*, III, 33, septiembre de 1903, pp. 96-101.

(33).—Citado de Riva Agüero, *Ensayos*, VII, p. 139.

(34).—Véase el "Prólogo" de *Alma América*, p. XIII.

(35).—Véase *Ensayos*, VII, p. 140.

(36).—*La Lectura*, IV, 42, junio de 1904, pp. 224-232.

(37).—*La Lectura*, I, 7, junio de 1901, pp. 116-119.

(38).—*La Lectura*, VI, 62, febrero de 1906, pp. 207-220.

(39).—*La Lectura*, IV, 42, junio de 1904, pp. 224-232.

(40).—*La Lectura*, III, 33, septiembre de 1903, pp. 96-101.

(41).—No viene al caso ni atacar ni hacer apología de las ideas que sobre América expresó. Basta señalar que los hispanoamericanos mismos antes que nadie se dieron cuenta de la profunda verdad de su crítica, o por lo menos comprendieron los motivos que a veces le llevaron a la exageración. Veamos, por ejemplo, lo que dice Luis Echavarri en su artículo "Unamuno y América" en que estudia en términos generales la actitud del salmantino para con la América hispana: "Otra cosa se precisa tener en cuenta. La época en que Unamuno escribió sus estudios referentes a América está ya algo lejana. Una veintena de años, en los tiempos modernos, cambia mucho las cosas. Debemos confesar, por lo tanto, que aunque algunas de las modalidades espirituales atribuídas por Unamuno a los países de América ya han desaparecido o se han transformado mucho, lo esencial subsiste todavía, pues los pueblos no suelen cambiar de alma de un día para otro". (*Cultura Venezolana*, XIII, 101, febrero a marzo de 1930, p. 242).

(42).—Su padre sí conoció personalmente a América, a donde fué como joven con sus tres hermanos. Pasó unos años en "la región del Pacífico" de México donde recogió una biblioteca de unas quinientas obras "útiles". Con estas obras —"y acaso por eso menos plata"— volvió a su

tierra. Fué en esta biblioteca familiar de su padre donde Unamuno aprendió a interesarse por las cosas de la América Española. Dejémosle hablar al hijo mismo respecto al significado de lo que arriba queda dicho: "... como se dice tanto... de lo que los 'indianos' o 'americanos' han contribuído a la formación de la conciencia pública en esas regiones (cantábricas) a la mejor educación de sus hijos, y a la liberalización del espíritu social... Si mi padre se hubiera quedado en su pueblo nativo, es más que seguro que me habría faltado lo más de la base sobre que se formó mi conciencia civil, mi espíritu público... Por mi parte, no espero la difusión de ese ni de ningún otro producto espiritual y artístico de la América Española, de eso que se llama ahora intercambio intelectual, y más si ha de ser universitario; sólo la espero de que algún americano los traiga acá como mi padre trajo antaño algunos libros... y que parte de una futura generación española se instruya en el conocimiento de las cosas de allá". Véase "La biblioteca de mi padre", *Volantes de El Libro y el Pueblo*, I, 2, abril de 1932, pp. 12-14.

(43).—"Entremés justificativo", *La Lectura*, III, 29, mayo de 1903, pp. 95-98.

(44).—*Ensayos*, VII, pp. 134-135.

BIBLIOGRAFIA DE UNAMUNO SOBRE LITERATURA IBEROAMERICANA

"El Gaucho Martín Fierro", *Revista Española*, I, 1, 5 de marzo de 1894, pp. 5-22 (firmado en Salamanca, febrero de 1894).

"La literatura gauchesca" (Sobre *Nastasio* de Francisco Soto y Calvo), *La Ilustración Española y Americana*, XLIII, 27, 22 de julio de 1899, pp. 44-46.

"Carta-Prólogo" a Francisco Soto y Calvo, *El genio de la raza*, Chartres, Imprenta de Durand, 1900, pp. IX-XIII.

"De literatura hispano-americana", *La Lectura*, I, 1, enero de 1901, pp. 58-63.

"*Idolos rotos*, por Manuel Díaz Rodríguez; 'Notas sobre la evolución literaria en Venezuela', por Pedro-Emilio Coll", *La Lectura*, I, 6, junio de 1901, pp. 63-72.

"*El triunfo del ideal*, por Pedro César Dominici; *España Contemporánea*, por Rubén Darío", *La Lectura*, I, 7, julio de 1901, pp. 116-119.

"*La ciudad indiana*, por Juan Agustín García", *La Lectura*, I, 8, agosto de 1901, pp. 285-294.

"*El fin de Satán y otros poemas*, por José Santos Chocano; *Notas e impresiones*, por Miguel Cané; *Prosa rural*, por Martín Gil", *La Lectura*, I, 12, diciembre de 1901, pp. 913-918.

"*Vivos, tilingos y locos lindos*, por Francisco Grandmontagne", *La Lectura*, II, 13, enero de 1902, pp. 125-129.

"*Los nuevos caminos*, por Alberto Ghiraldo", *La Lectura*, II, 15, marzo de 1902, pp. 491-493.

"*Nostalgia*, por Francisco Soto y Calvo", *La Lectura*, II, 16, abril de 1902, pp. 646-651.

"*El castillo de Elsinor*, por Pedro-Emilio Coll", *La Lectura*, II, 18, junio de 1902, pp. 248-251.

"*Primavera sentimental*, por Fabio Fiallo; *El alma encantadora de París*, por Enrique Gómez Carrillo; *Ensayos de crítica e historia y otros escritos*, por Alberto Nin y Frías", *La Lectura*, II, 23, noviembre de 1902, pp. 351-359; *ibid.*, como "Prólogo" a Alberto Nin y Frías, *Nuevos ensayos de crítica*, Montevideo, s. f., pp. XVI-257.

"*Sangre patricia*, por Manuel Díaz Rodríguez", *La Lectura*, III, 28, abril de 1903, pp. 612-616.

"Prólogo" a Manuel Ugarte, *Paisajes parisienses*, París, Garnier Hnos., 1903, pp. XVI-248.

"Entremés justificativo", *La Lectura*, III, 29, mayo de 1903, pp. 95-98.

"*Reminiscencias tudescas*, por Santiago Pérez-Triana", *La Lectura*, III, 30, junio de 1903, pp. 240-242.

"*Nuestra América*, por Carlos Octavio Bunge", *La Lectura*, III, 32, agosto de 1903, pp. 532-538.

"*El éxodo y las flores del camino*, por Nervo", *La Lectura*, III, 33, septiembre de 1903, pp. 96-101.

"*Prosa ligera*, por Miguel Cané", *La Lectura*, III, 34, octubre de 1903, pp. 237-240.

"*Las sombras de Hellas*, por Leopoldo Díaz", *La Lectura*, III, 36, diciembre de 1903, pp. 535-537.

"*Dos mil setecientas voces que hacen falta en el diccionario*, por Ricardo Palma", *La Lectura*, III, 36, diciembre de 1903, pp. 537-539.

"*Mi año literario*, por Arturo Reynal O'Connor", *La Lectura*, IV, 38, febrero de 1904, pp. 221-222.

"*La victoria del hombre*, por Ricardo Rojas", *La Lectura*, IV, 39, marzo de 1904, pp. 364-366.

"*Vida nueva*, por E. Rodríguez Mendoza", *La Lectura*, IV, 40, abril de 1904, pp. 516-517.

"*Las grandes mentiras de nuestra historia*, por Francisco Bulnes", *La Lectura*, IV, 41, mayo de 1904, pp. 98-105.

"*Un país nuevo (Cartas sobre Chile)*, por B. Vicuña Subercaseaux", *La Lectura*, IV, 42, junio de 1904, pp. 224-232.

"Prólogo" a Clemente Palma, *Cuentos malévolos*, Barcelona, Salvat, 1904, pp. XVI-169.

"*Los poetas del siglo VI de Roma*, por José Tarnassi; y crítica de las traducciones de Esquilo por Juan R. Salas E. y de Virgilio por Joaquín D. Casasús, y de tres conferencias sobre literatura griega por Jesús Urueta", *La Lectura*, IV, 48, diciembre de 1904, pp. 453-456.

"*Viajes por la República Argentina,* por Manuel Bernárdez", *La Lectura,* V, 49, enero de 1905, pp. 70-73.

"*La anarquía argentina y el caudillismo,* por Lucas Ayarragaray", *La Lectura,* V, 50, febrero de 1905, pp. 190-194.

"*De litteris,* por F. García Calderón", *La Lectura,* V, 54, junio de 1905, pp. 197-198.

"*De literatura colombiana*", *La Lectura,* VI, 61, enero de 1906, pp. 84-93.

"*La ciudad de las ciudades,* por B. Vicuña Subercaseaux", *La Lectura,* VI, 62, febrero de 1906, pp. 207-220.

"*Geografía argentina,* por Carlos M. Urien", *La Lectura,* VI, 63, marzo de 1906, pp. 332-336.

"Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana", *La Lectura,* VI, 69, septiembre de 1906, pp. 1-15, 113-126; véase también *Ensayos,* VII, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1918, pp. 99-156.

"Prólogo" a José Santos Chocano, *Alma América. Poemas indo-españoles,* Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1906, pp. XXII-346. "Prólogo" pp. XI-XIX.

"Prólogo" a José A. Silva, *Poesías,* Barcelona, [Imp. de P. Ortega], 1908, XIV-159 pp.; véase también *Poesías,* París-Buenos Aires, L. Michaud, [1913?], 251 pp. (Ed. definitiva—Colección de Autores Hispano-Americanos). "Prólogo", pp. 7-27; *Poesías,* Nueva edición, Barcelona, Maucci, s. f., pp. 190. "Prólogo", pp. 5-17; (1) véase también *Poesías,* Nueva edición, corregida, Barcelona, Maucci, [1918?], 239 pp., "Prólogo", pp. 5-22.

"Estudio preliminar: Don Quijote Bolívar", pp. I-XVI, a *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur,* Madrid, Buenos Aires, Renacimiento, 1914, 542 pp. Unamuno, editor.

" 'La voz baja', de Amado Nervo", prólogo a *En voz baja,* Madrid, Imp. de Juan Pueyo, 1920. (Biblioteca Nueva, Obras completas, tomo VII). "Prólogo", pp. 9-23.

"Sobre el estilo de Martí", *Germinal,* 1921, II, 3-4.

"Hommage à Juan Montalvo", (Discurso), *Revue de L'Amérique Latine,* X, 2, agosto de 1925, pp. 106-107.

"La biblioteca de mi padre", *Volantes de El Libro y el Pueblo,* I, 2, abril de 1932, pp. 12-14.

"Carta-Prólogo" a Francisco Soto y Calvo, *El genio de la raza,* Buenos Aires, s. f.

JOHN E. ENGLEKIRK,
Tulane University.

(1) No he visto la primera edición publicada por Maucci en 1908; por eso no sé si en ella figura este "Prólogo" que fechó Unamuno en Salamanca en marzo del mismo año, el cual sí figura en la sacada el mismo año por P. Ortega.

Julio Arboleda y su "Gonzalo de Oyón"

AL hablar Menéndez y Pelayo —con especial simpatía y encendido entusiasmo, ya que no con mucha originalidad— de don Julio Arboleda y de su obra poética, nos dice que este colombiano, "espíritu de rara distinción", fue "el tipo más caballeroso y aristocrático que en los sangrientos anales de la democracia americana pueda encontrarse"; que "su brillante existencia" se pareció a las de los guerreros soldados del siglo de oro español, "salvo que a Arboleda no fuele concedido morir con la muerte de los bravos, como a Garcilaso, a la luz del sol, asaltando una plaza de armas, como a su valor cuadraba, sino que cayó en una emboscada nocturna"; que sus poesías sueltas "son casi todas de amor o de política, impregnadas las más de suavísima ternura, de una como devoción petrarquesca y espiritualizada; rebosando las otras de férvida indignación, entusiasmo bélico, odio y execración a toda tiranía", por estar hechas de versos "que huelen a pólvora" y semejan "rugidos de león más que obras de arte"; y que su gloria literaria se cifra principalmente en su *Gonzalo de Oyón*, que, "incompleto y todo, es el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica", si bien lo vence, "en pormenores de dicción y de estilo", la versión que del *Orlando enamorado* hizo don Andrés Bello.

Con tal introducción, escrita en 1893 por el reconocido "príncipe" de los críticos españoles, —bella en su concisión, y certera y precisa aun a pesar del dejo de parcialidad "clásica" y peninsular que en ella se siente— imposible sería no querer estudiar la personalidad de don Julio Arboleda y no

experimentar el deseo irresistible de valorizar hoy su *Gonzalo de Oyón*, poema tan poco conocido en las últimas "promociones" literarias, con todo y tener el puesto tan alto que a él le asignó quien la escribió.

* * *

Nos cuenta don Miguel Antonio Caro que era don Julio Arboleda vástago de hidalga familia antigua. Ya en 1676, el Maestro ecuatoriano Jacinto de Hevia, en su *Ramillete de varias flores poéticas* (Madrid, Nicolás de Xamares), que dedicó al Licenciado don Pedro de Arboleda y Salazar, afirma que "Bien sabe el mundo que después de haber los Arboledas ilustrado en Francia famosos varones, pasaron a España", para venir más tarde a la ciudad colombiana de Popayán, donde se emparentaron con otras familias ilustres, los Pombos, los Ulloas, los Caldas, los Valencias...

El mismo don Julio dice que "nació en un desierto, en medio de las selvas incultas que orlan el mar Pacífico", pues sus padres, don Rafael Arboleda y doña Matilde Pombo y O'Donell —descendiente ésta de ilustre familia irlandesa de guerreros y tribunos—, al verse perseguidos por las fuerzas españolas realistas que intentaban recuperar para Fernando VII el dominio de la América revolucionada habían huído de Popayán y se habían refugiado en su hacienda de *Timbiquí*, situada en las márgenes salvajes del río Telembí.

Allí nació, el 9 de julio de 1817 —de junio, según dice Gustavo Otero Muñoz— el poeta soldado. ¡Romántico comienzo de una romántica existencia rica en episodios y aventuras, brillante y seductora!

No fué don Julio a la escuela. Sus primeras letras las hizo en su casa, y "con la leche mamó los sentimientos cristianos" que en su agitada y noble vida "siempre se honró de profesar". Su abuela materna, doña Beatriz O'Donell, le enseñó el francés, y su abuelo, don Manuel Antonio de Pombo, le dió lecciones de latinidad, de castellano y de geometría. En 1830, fue llevado por su padre a Inglaterra, y en Londres continuó sus estudios y se "hizo dueño de la lengua inglesa hasta el punto de escribir en ella con propiedad y atildamien-

to". Tan rápidos fueron los adelantos del joven payanés, según Torres Caicedo, "que a la edad de catorce años ya era contado entre los más distinguidos corresponsales del *Mechanic's Magazine*, periódico científico que se publicaba en Londres, y en cuyas columnas se encuentran interesantes producciones" suyas.

En la Universidad de Londres obtuvo Arboleda el grado de Bachiller en Artes. Estuvo luego en Francia y en Italia, y regresó a Popayán en 1838, y en su Universidad del Cauca estudió leyes y dictó cursos de literatura, en una época de violentas sacudidas políticas en que se desangraba la Nueva Granada, recientemente independizada de la Monarquía española.

En Popayán, don Julio y sus amigos, "la flor de la juventud payanés", según el señor Caro, fundaron una sociedad intitulada "Filológica", que pronto hizo sentir su influencia "primero en las elecciones" y después "en el conflicto de las urnas"... Esa sociedad de "filólogos"... luchaba pues contra la anarquía de los tiempos y buscaba la restauración de las clases dirigentes del país amenazadas por el pueblo en armas. Y don Julio, espíritu vehemente, dominador y fiero, se vió envuelto en una de las "más desastrosas" guerras civiles que "han asolado a la Nueva Granada". Abandonando su casa y su fortuna, y aun a la bella dama prometida a quien entonces cortejaba y con quien se casó más tarde (en 1842), Arboleda empuñó la espada del guerrero, luchó con habilidad, gallardía e "intrepidez generosa", y terminó su primera campaña con el título de Teniente Coronel, habiéndola comenzado con el de Teniente. Sirvió sin recibir sueldos ni recompensas, y perdió gran parte de su fortuna, que le fué confiscada por sus enemigos. Así pudo exclamar: "Yo no he ido a vender mi vida por una paga vil, sino a rescatar con mi sangre y con mis propiedades la libertad atacada por la anarquía!"

Para 1843, terminada la guerra, Arboleda se dedicó a sus negocios particulares y a las labores del campo, y, en el retiro de su hacienda, puso manos a su *Gonzalo de Oyón* y escribió algunos cantos del poema "que miraba entonces con entrañable cariño, como a hijo mimado de su entendimiento".

Fué luego al Congreso, como representante. Su apari-

ción, dice José María Samper, como orador parlamentario, "fué deslumbradora". Incisivo, ágil, correcto de ademán y de palabra, variado en su elocuencia, erudito, vigoroso, irónico y sarcástico a veces, y otras agresivo, cortante y patético, don Julio era "arrebatador"... Inquieto y batallador, y nada propenso a la adhesión incondicional, siendo conservador y católico se afilió a la causa de la oposición parlamentaria, y se mostró como "el más poderoso y temible acusador de los Jesuítas, influído" por las lecturas de Michelet y de Quinet. En 1848 publicó contra ellos su famoso y virulento panfleto *Los Jesuítas...*, "movido por una convicción errónea, pero sincera", que más tarde habría de cambiar.

De vuelta en su hacienda del Cauca, Arboleda se dió a escribir para los periódicos contra los abusos sociales y las ideas positivistas que defendían sus enemigos, y por ello fué puesto en la cárcel, hecho éste que le inspiró dos de sus más valientes y briosas poesías, "Estoy en la cárcel" y "Al Congreso granadino", únicas en la literatura de su patria.

En 1851, Arboleda, que era enemigo de los "revolucionarios", se hizo revolucionario: el gobierno "liberal" de entonces predicaba la lucha de clases, y la fomentaba, y Arboleda era amigo de la ley y del "orden"... Destrozadas sus fuerzas, el guerrero poeta se asiló en el Perú hasta principios de 1853. En Lima se ganó la vida dictando lecciones de literatura y escribiendo para la prensa local.

En 1854 ocurrió algo un tanto insólito en la historia de Colombia: el General José María Melo —antiguo soldado de la Guerra de la Independencia y aventurero de odiosa memoria en los anales patrios—, por medio de un atrevido golpe de cuartel se hizo dictador y jefe supremo de la república y quiso explotarla a su antojo. Contra el usurpador se levantaron los legitimistas de los dos partidos tradicionales de Colombia, y Arboleda, "siempre impaciente y ávido de servir y de ejercitar su bravura personal", regresó del destierro y se puso al frente de un ejército con el cual luchó hasta vencer y restaurar el orden y la ley. En seguida se fué a vivir a París, con el objeto de educar a sus hijos. Mas no había de ser larga su permanencia en la capital francesa. Una nueva gue-

rra civil, que duró dos años, estalló en la anárquica y joven república que él amaba tanto y que servía con eficacia ejemplar. Don Julio volvió a la Nueva Granada en 1860, y después de larga y hazañosa campaña, en la cual desplegó todos los recursos de su genio militar, —astucia, valor, actividad, dón de mando, audacia, resistencia, agilidad y conocimientos— y logró memorables triunfos y "la gloria de los caudillos invictos", cayó asesinado, en 1862, en las ominosas Montañas de Berruecos, cerca al sitio donde años antes y en circunstancias semejantes, había caído el puro y magnánimo don Antonio José de Sucre, Mariscal de Ayacucho y Lugarteniente de Bolívar.

Asesinado cobardemente cayó don Julio, a los cuarenta y cinco años de edad, en la plenitud de su preciosa existencia, y después de haber luchado sin cesar durante veinticuatro, como guerrero, como orador parlamentario, como escritor, como poeta.

Y murió tal y como él mismo lo había presentido, y aun anunciado años antes en alguno de sus escritos! Extraño poder intuitivo el de este varón singular: aun el sitio donde había de caer lo había él predicho!

No murió don Julio, como Garcilaso, a plena luz y en el asalto de una plaza de armas y como correspondía a su valor. Murió como un mártir de la democracia, como correspondía a su virtud ciudadana, como Lincoln, como Jaurès...

En los turbulentos anales de su patria, don Julio brilla con luz propia:

Se ha dicho de él que, como guerrero, es émulo de Bolívar.

Como orador, se distinguió en tierras de oradores.

Como caballero, para hallarle pares es preciso leer historias antiguas o leer romances medievales...

Como poeta... conviene ahora analizar y valorizar su obra.

* * *

Ya se han citado en este estudio las palabras de Menéndez y Pelayo en relación con la obra poética de Julio Ar-

boleda, palabras que en parte repiten más tarde —eco de ecos— Isaac J. Barrera, en el Ecuador, y Calixto Oyuela en la Argentina... Veamos lo que dicen otros críticos españoles y americanos.

Cejador y Frauca —esta vez quizás escribiendo sin olvidarse de que el poeta payanés fué autor de un brioso panfleto contra los miembros de la Orden a que aquél pertenecía—, dice sin reparos: Arboleda "hizo poesías amorosas (1840-1850), otras satíricas de política bélica contra la tiranía, y el poema no acabado *Gonzalo de Oyón* (1851), conocido por borradores, de mucha fuerza épica y gallardo decir, por el estilo del *Moro Expósito*, del Duque de Rivas, y del poema de *Granada*, de Zorrilla, poetas con los cuales se encadena Arboleda, bien que diste infinito de ellos, por ser un verdadero clásico de la escuela del Siglo XVIII, de no muy rica fantasía ni sensibilidad. Dijérase un erudito que rima ideas prosaicas y frías". Cita además Cejador y Frauca la opinión de Menéndez y Pelayo según la cual el *Gonzalo de Oyón* es "el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica", y concluye: "No estoy conforme con el Maestro: *Tabaré* se levanta muy por cima de este poema, que es demasiado clásico, frío y seco, comparado con el de Zorrilla de San Martín y aun con *La cautiva*, de Echeverría".

Luis Alberto Sánchez, en cambio, afirma —en ligerísimo comentario— que Arboleda "fué el prototipo del romanticismo colombiano", hombre "de un temperamento grandemente emotivo" y "adversario desde joven de don José Eusebio Caro y de su escuela política y literaria". Admite Sánchez que Arboleda hiciera uso del tema indigenista, pero sólo "en el sentido descriptivo y externo en que lo cultivó Echeverría", y termina sosteniendo que "la naturaleza merece continuas estrofas de Arboleda y el Tequendama parece como su numen tutelar".

¿Es Arboleda un poeta clásico, amigo de rimar ideas frías y prosaicas, como quiere Cejador y Frauca, o es el prototipo del romanticismo colombiano, a quien inspira el Tequendama como su numen tutelar, tal y como nos lo dice Sánchez?

Con perdón de los dos eruditos, el peninsular y el perua-

no, diremos nosotros: No fué Arboleda adversario de la escuela política de José Eusebio Caro —los dos fueron íntimos amigos, conservadores y católicos defensores de la misma causa—, ni tampoco de su escuela literaria, ya que el cantor de "En boca del último Inca", "En alta mar", etc., don José Eusebio, fué romántico hasta los tuétanos, y su poesía lo es en forma y contenido; y si es cierto que Arboleda canta a menudo la naturaleza, su "numen" no fué el famoso Salto del Tequendama... sino el río Cauca, y su Valle y las montañas y mesetas que lo circundan. ¿Frío rimador el autor de "Estoy en la cárcel", "Al Congreso granadino", *Gonzalo de Oyón?*... ¿Frío y "clásico" el vehemente poeta payanés cuyos versos le parecieron a Menéndez y Pelayo rugidos de león y le olieron a pólvora, unas veces, y otras lo arrullaron con suaves ternuras que recuerdan a Petrarca y logran íntima y noble idealidad?

Cejador y Frauca, y Sánchez, no debieron de leer con cuidado toda la obra de don Julio... Bueno es que consideremos otras opiniones.

Gómez Restrepo —tan justo y penetrante siempre en sus juicios literarios— dice que Arboleda no era "un lírico por el estilo de Caro, sino un poeta épico y objetivo"; que "perdura en la forma de sus versos algo de la tradición clásica del siglo anterior"... "pero el espíritu de su poesía es francamente romántico"; que si sus descripciones del paisaje caucano "ofrecen a veces la armonía de luces y colores del arte clásico, otras tienen la grandiosidad abrupta y trágica, los violentos contrastes de líneas y de sombras propias de la nueva escuela" (la romántica); y que si de su obra "se tienen en cuenta los grandes cuadros, aquellos que habrían podido servir de tema al pincel fantástico de Gustavo Dorée, debe reconocerse con justicia que un poeta de esa imaginación, de ese brío, de esa arrogancia de dicción, de ese arranque varonil y magnífico, no es indigno de figurar en el coro que ilustran los autores de *El Moro Expósito* y de *Granada*". (Se ve que esta opinión de Gómez Restrepo puso en *guardia* a Cejador y Frauca, ¿verdad?... ¡Pero no era para tanto!)

Finalmente, don Miguel Antonio Caro, editor de las *Poesías* de Arboleda, humanista y crítico literario de alto vuelo

—humanista y crítico sin rival en la América hispana—, nos dice:

"Arboleda era un gran improvisador, escribía muy a la ligera, pero luego, por amor y respeto al arte, corregía una y muchas veces.

"Formó su gusto principalmente en la lectura de los poetas italianos, a que era aficionadísimo, y de los ingleses, que conocía muy bien; y en sus versos se mezclan en raro concierto la galanura, viveza y calor meridionales, con cierta misantropía nebulosa del Norte". El poeta "es original en el estilo, sin ser revolucionario en el lenguaje"; es, "como conviene, fogoso y enérgico, ora describa un arranque de desesperación, ora un riña sangrienta"; y a veces su poesía "corre con ligereza y gracia, o se desliza con maravillosa blandura".

Así, cual lo afirman Caro y Gómez Restrepo, es la poesía del guerrero payanés.

Don Julio Arboleda —su temperamento, su vida y el ambiente en que nació, vivió y actuó—, por una parte, y por otra su obra poética, se compenetran tanto, que en realidad constituyen una admirable ecuación, casi una identidad: nada falta en ninguno de sus dos términos para hacerla perfecta, ni siquiera el carácter fragmentario que los distingue.

Vástago de ilustre familia hecha al lujo y al refinamiento de una ciudad antes opulenta y culta, don Julio nació en medio de una selva tropical: Su poesía, de clásicas formas refinadas, es a menudo desigual, tumultuosa, ardiente, o suave y delicada...

Hijo de padres ricos y sedentarios, don Julio fué inquieto, arrebatado, diligente: Así son sus poesías políticas...

Hombre nacido para la meditación encumbrada y el razonamiento lógico, en el sosiego del bufete, la cátedra o el templo, vivió mucho al calor de las fogatas de guerra, y tuvo que improvisarlo todo, sus huestes indisciplinadas, sus discursos parlamentarios, sus poemas de lucha social...

Educado en Europa, actuó en una nación joven y anárquica, y afrontó continuamente el peligro, en lucha contra la naturaleza, contra los hombres, contra las ideas que amenazaban la vida misma de las que él había aprendido en sus vie-

jos centros culturales: Su poesía —de contenido europeo en cuanto a sus ideas directrices— es libre y aun contradictoria, y rebosa de americanidad...

Lector enamorado de los poemas renacentistas italianos y de los clásicos ingleses, don Julio tuvo que escribir, entre batalla y batalla, y a menudo mientras viajaba por valles y montañas y bosques y praderas, hallando inspiración en tierras vírgenes habitadas por una raza en gestación, híbrida, agitada e informe: Su poesía le hace eco a la de Ariosto y Petrarca, y Milton y Byron... pero sus temas son americanos!

Político de altas prendas, y caudillo invicto digno de la consagración, y digno también de lograr una vejez rodeada del respeto y el halago populares, don Julio murió asesinado alevosamente, en plena juventud, en el seno tenebroso y agorero de una montaña inmensa: Su mejor poema, *Gonzalo de Oyón*, de simbolismo tan sugerente y arrebatador, quedó también mutilado por el pueblo para quien lo escribió...

Romántica en su esencia fué la existencia luminosa del vate payanés: se orientó siempre hacia los valores eternos, —la justicia, el amor, la libertad—, sin alcanzar ninguno de ellos: Así su poesía...

En espíritu su arte es romántico, a pesar de su forma clásica, y es rico de subjetividad, a pesar de su objetividad aparente, superficial. Ese arte es trasunto fiel de su malogrado autor, hombre en quien de continuo se reveló una profunda dualidad:

el noble payanés, fiel a su raza española y su glorioso pasado, era hijo de América y vivía enamorado de su independencia;

y siendo de raza de azores, —fiero, enérgico, inflexible, tremante de aristocrático orgullo y de ansias invioladas de poderío y de *imperio* se sabía ser hijo de la Revolución americana, y sentía el amor del Nuevo Mundo y sus razas de color, y anhelaba, como ellas, la justicia social que desciende, rutilante, de los brazos abiertos de la cruz!

En Arboleda se anidaba la soberbia patricia de su ciudad natal, —así llamaba él a Popayán, aunque no había nacido en ella— la embrujada ciudad de la cual pudo decir:

...*"Centinela tú fuiste del imperio y sus blasones; y en la abyección universal, tú sola quedaste libre, honrada y española"*... Pero se anidaba también en él la voluntad *americana* de darle al continente adolorido y sangriento libertad, orden, ciencia, luz, igualdad, humanidad.

Leal a la *hispanidad* pura, eterna y universalista, y leal a su pasado medieval y renacentista, don Julio era un demócrata genuino, que aborrecía todas las tiranías del vicio, de la crueldad o de la fuerza. Y siendo hombre de espada y *caballero,* amaba la palabra y reverenciaba la virtud y le rendía culto a la Ley. En su sentido más noble, podría decirse que era *don Julio* —así lo llamaron siempre sus conciudadanos— un verdadero *cruzado* en tierras de América, abiertas a todos los vientos del Espíritu. Y así es su *Gonzalo de Oyón.*

* * *

Se ha dicho ya que la gloria literaria de Arboleda estriba principalmente en su *Gonzalo de Oyón,* la gloriosa leyenda mutilada que, para nosotros, encarna un hondo simbolismo y tiene en estos momentos una *actualidad* verdaderamente inquietante.

"Siendo muy joven, —según escribe don Miguel Antonio Caro— concibió Arboleda la idea de componer un poema o leyenda sobre algún argumento sacado de la conquista y colonización de América por los españoles; y registrando sus crónicas, se fijó en el episodio histórico de Alvaro de Oyón, que sobre ser de carácter americano, tenía para el novel poeta el encanto de estar conexionado con la ciudad de Popayán, cuna de sus mayores".

Esta noticia es interesante. Se ve que Arboleda, —que en Popayán de seguro había leído la bella prosa científico-romántica escrita por su muy ilustre pariente, don Francisco de Caldas (1770-1816) y también las poesías románticas de José María Gruesso (1779-1835), y que había estudiado en Londres— no recibió del argentino Echeverría, —"precursor del romanticismo en América"— ninguna influencia directa, y que por cuenta propia buscó en las crónicas payanesas el asunto para una leyenda líricodescriptiva... Y más intere-

sante, para la historia del romanticismo, es que Arboleda recogiese (quizás de la *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, de Fernández de Piedrahita, quien refundió en ella muchas crónicas antiguas), un episodio de escasísima importancia histórica, para infundirle un sentido trascendental y personalísimo: la rebelión de Alvaro de Oyón (1552).

La primera versión escrita que tenemos de dicha rebelión se halla en la "Elegía de Belalcázar", del candoroso y locuaz cura de Tunja don Joan de Castellanos, pero Arboleda no pudo sacarla de allí, pues bien sabido es que las famosas *Elegías de varones ilustres de Indias* —si bien escritas en el Siglo XVI— no fueron impresas sino años después de comenzar el payanés su poema.

Según Castellanos, era Alvaro de Oyón "arrojadizo, torpe, mentecato — Mas del mundo tenido comúnmente — Siendo hombre temerario, por valiente". Era natural de Huelva de España y nieto del *comunero*, don Pedro de Oyón. Envuelto en la rebelión que en el Perú encabezara Gonzalo Pizarro, y con él vencido, vino Alvaro de Oyón a Popayán, y de allí pasó a Santa Fe de Bogotá, donde lo conoció Castellanos, y pudo decir:

> "Hombre más que mediano, bien fornido,
> Y no de entendimiento delicado,
> Pues aunque fidalgo conocido,
> Bronco me pareció y avillanado.
> Andaba del demonio revestido,
> El rostro torvo, melancolizado"...

De Santa Fe, don Alvaro volvió a Popayán, *"revestido del demonio"*, y se dió a luchar por enseñorearse de aquella Gobernación, para luego marchar sobre Quito y extender si fuere posible su dominación hasta Lima. Reunió armas y compañeros, atacó varias poblaciones, y levantó pendón dándose el título de "Príncipe de la Libertad". En 1552 avanzó hasta amagar a Popayán y su plaza principal. La ciudad fué defendida por el Capitán Diego Delgado y el Obispo don Juan de Ovalle. Los rebeldes, en número de setenta y cinco, fueron derrotados y aniquilados:

"Al Oyón y otros tres hicieron cuartos
Como culpados más en los excesos;
Cuelgan catorce de ásperos espartos
Sin gastarse papel en los procesos;
Manos y pico también cortaron hartos
De los que constó ser menos aviesos,
Y los otros, a penas más ligeras,
Azotes o prisiones, y a galeras".

Así habla Castellanos, y en eso... consistió la rebelión de Alvaro de Oyón, "Príncipe de la Libertad", nieto del comunero Pedro de Oyón, compañero de los Pizarros en la conquista del Perú, conspirador en Lima, en Quito, en Santa Fe de Bobotá y en Popayán, uno de los primeros *españoles* que en tierras americanas levantó pendón (¡en 1552!) contra la tiranía de los reyes peninsulares... Poca cosa, sin duda alguna, fué el tal don Alvaro de Oyón, el "torvo", "melancolizado" y "avillanado" aventurero de quien nos habla Castellanos, y poca cosa sería su vida trágica y extravagante... Empero, un poeta que tenía ribetes de genio sacó de ella materiales suficientes para forjar una noble leyenda de recóndito y singularísimo sentido.

* * *

De joven comenzó Arboleda el *Gonzalo de Oyón*, pero sus manuscritos se perdieron en el aciago saqueo de que fué víctima su hacienda de Caloto, en 1851. Por fortuna, como él tenía para recordar sus versos "una memoria facilísima", en 1858 reconstruyó e hizo poner en limpio una parte de "su leyenda querida", y se la remitió a su amigo Lázaro María Pérez, —con una carta en la cual afirma que en su forma primera "tenía veinticuatro cantos", y que había gastado en escribirla "como diez años"—. Pérez publicó dicha parte en Bogotá.

Más tarde, en París, Arboleda revisó algunos cantos. Según dice Torres Caicedo, "en París vieron algunos fragmentos del *Gonzalo de Oyón* los señores Francisco Martínez de la Rosa y don José Zorrilla, y ambos literatos tributaron grandes elogios al autor", opinando que "la literatura espa-

ñola al fin iba a tener un poema épico que merezca tal nombre"...

El poema no se publicó en París. Arboleda remitió los manuscritos a Colombia. Cayeron éstos en manos de sus enemigos, y fueron destruídos! Lo que nos queda son los fragmentos publicados por Pérez, y lo que don Miguel Antonio Caro pudo salvar de algunos borradores que halló en manos de la familia Arboleda.

Dice don Miguel Antonio que Arboleda bosquejaba algunos cantos y episodios que iba luego modificando. "En los manuscritos que se han conservado se ven entrerrenglonaduras, enmiendas y apostillas sin cuento, estrofas truncas, lugares marcados como 'corrigenda', y lo que pone el colmo a la confusión, la numeración de los cantos varía y es contradictoria; unos mismos pasajes repetidos en diferentes partes, los más de los cantos inconclusos o fragmentarios, y trozos sueltos sin referencia alguna. Mezclados se reflejan en ese manuscrito en singular consorcio, el esfuerzo perseverante del poeta que venciendo dificultades lleva adelante su predilecto trabajo, y la irregularidad, el desorden a que están condenados hombres y cosas en medio de las agitaciones democráticas y de la anarquía crónica en que vivimos". Todos estos materiales los ordenó como pudo el señor Caro, dividiendo el poema en *catorce cuadros* —los tres últimos inéditos hasta entonces—, precedidos de un "Preludio", y bautizándolos con títulos bastante afortunados. La edición del señor Caro, publicada en forma definitiva en Nueva York, en 1884, es pues todo lo que queda de un poema que parece haber nacido bajo el signo de la tragedia en que vivió su nobilísimo autor.

* * *

"El plan del *Gonzalo* —dice don Miguel Antonio— por la inexperiencia propia de los pocos años que contaba el poeta cuando lo trazó, adolece de grandes defectos, que ni el trabajo de la lima ni una refundición a medias hubiera sido parte a salvar"... "No hay allí una acción principal a que se refieran las empresas accesorias, y que avivándose a las veces, entreteniéndose otras en agradables episodios, progrese a la continua hasta llegar a su fin".

Muchísima razón tiene el señor Caro. El poema carece de unidad y de acción propiamente dicha, y la poca que revela muy a menudo se ve interrumpida por largas descripciones de la naturaleza y por reflexiones de orden moral, político, religioso y teológico que la hacen confusa, vaga, casi imposible de seguir... Y sin embargo, lo que sí se siente siempre en el *Gonzalo* es la personalidad de Arboleda y por lo mismo la trayectoria irregular de un gran pensamiento, la visión genial del destino mismo de la América hispana, como lo hemos de ver.

Arboleda no se ciñó a las crónicas coloniales relacionadas con la rebelión de Alvaro de Oyón. Con libertad de romántico, él creó personajes, y episodios, y les dió a unos y a otros un inquietante valor simbólico cuyo sentido —que nosotros sepamos— nadie todavía ha querido explicar, quizás por hallarse envuelto en velos de misterio, o porque la historia todavía no se ha desenvuelto suficientemente para revelarlo en todo su rigor. Nosotros vamos a intentar aquí una interpretación del *Gonzalo de Oyón.*

Siguiendo, cuadro por cuadro y verso por verso, el desarrollo de la leyenda, podríamos decir que su argumento es, o fué, quizás, así:

Gonzalo de Oyón, hijo de don Gaspar de Oyón, y nieto del *comunero* de Huelva, don Pedro, viene de España con los conquistadores. Después de haber ejecutado varias proezas en la campaña de Pasto —región del sur de Colombia habitada por tribus de indios muy aguerridos e independientes—, llega a Popayán, ciudad poco antes fundada por don Sebastián de Belalcázar (que también llaman algunos Benalcázar). Allí don Gonzalo intercede por el Cacique Pubén, que iba a ser sacrificado por los españoles, y le salva la vida. Ocurre, empero, que Fernando Belalcázar, hijo del fundador, pone atrevidos ojos en Pubenza, enamorada de don Gonzalo e hija del Cacique. Fernando condena a Pubén y a uno de sus hijos a muerte, y la infeliz india, a trueque de redimir a su anciano padre, se resigna a casarse con Fernando, sin amor, pues es novia de don Gonzalo. Don Fernando, celoso y vengativo, calumnia y destierra a su rival, y éste se retira a vivir vida de ermitaño en los bosques.

Pocos años después, desterrado por rebelde del Perú don Alvaro de Oyón, hermano de don Gonzalo, vuelve armas contra la autoridad del rey de las Españas, y asistido por su cómplice, el pirata Walter, busca auxiliares entre las tribus indígenas que quieren sacudir el yugo español, reúne un ejército y marcha sobre Popayán. Gonzalo, que pasaba por muerto, aparécese de pronto en medio del combate, y lo decide en favor de la causa del rey. Fernando lo reconoce, y obedeciendo a una inspiración diabólica, lo declara fuera de la ley, lo tacha de traidor y pone a talla su cabeza. Pubenza, que no se ha olvidado de su Gonzalo, le escribe una carta pintándole el peligro que lo amenaza, y rogándole que se ponga en cobro. Gonzalo se ausenta y busca abrigo entre las tribus salvajes. Propónenle los indios que tome el partido de ellos contra los españoles; él se niega a hacer traición a su raza; intentan matarle, huye él, y se hospeda en la guarida de Caleb, misterioso ermitaño de las montañas de Toribío.

Entre tanto, don Alvaro rehace sus huestes y torna a amagar a Popayán. Otro batalla: preséntase Gonzalo de nuevo como en la primera, y lo mismo que entonces decídela en favor del pendón real. Ocúltase Gonzalo, pero a campo raso y en la oscuridad de la noche, se encuentra con su hermano Alvaro, sin reconocerlo. Luchan gallardamente los dos hermanos. Vence Gonzalo, y al reconocerse, cada uno alega las razones que le asisten para seguir adelante: Gonzalo, en defensa de la causa real, y Alvaro en su contra.

Hay una tregua. Gonzalo se ve con la india Pubenza. Sorpréndelos Fernando, se vuelve loco, huye y mata a sus tiernos hijos, y sólo en sueños lo ve Gonzalo.

Los partidarios del rey español les ofrecen perdón y olvido a los sublevados que acaudilla don Alvaro. Rehusa éste la gracia, y dispersa a los indios que lo siguen y que, al despedirse, le ofrecen regalos de oro que él de un puntapié echa a rodar al suelo. Amotínanse contra él los indios gritando: "¡Traición!". Don Alvaro ahorca a los principales, y concluída la tregua, y vencido por las lágrimas de su madre, *María*, levanta el sitio de Popayán y desaparece para siempre.

En este argumento vemos ya las fuerzas opuestas que

luchan entre sí sin que ninguna de ellas logre el triunfo definitivo. En su desarrollo, veremos mucho más.

"En Arboleda —dice Menéndez y Pelayo— se ve intención deliberada de envolver en su sencilla fábula"... "un pensamiento mucho más alto, una especie de filosofía de la conquista española en sus relaciones con las razas bárbaras y con el futuro destino de las sociedades americanas".

Ya había escrito antes el señor Caro: Arboleda confronta a los dos hermanos de Oyón, y su lucha es "controversia... de valor altísimo, porque refiriéndose ocasionalmente a un episodio fantástico, tiene aplicación natural a la pugna perpetua que ha sostenido y que sostiene en nuestra América española el patriotismo genuino y anchuroso que respeta las tradiciones y ama la unidad nacional, contra esas ambiciones bastardas que, proclamando la libertad, sólo aciertan a dividir las voluntades concordes, y a demoler la existencia".

De veras, en el *Gonzalo de Oyón,* Arboleda, apoderándose de un episodio insignificante de la conquista de América por los españoles, construye una "fábula", en parte "fantástica", y se levanta a grandes alturas, haciendo intervenir personajes alegóricos, —la Fe, la Religión y otros— en las relaciones entre los personajes históricos, —Alvaro de Oyón y Fernando de Belalcázar— y los que son pura creación del poeta, —Gonzalo de Oyón, su madre *María,* la india Pubenza, el pirata Walter y otros. El poema está cargado de simbolismo, en la *caracterización* de los personajes históricos y legendarios, en las situaciones, y, por encima de todo, en la intervención *romántica* del poeta, quien a menudo se proyecta en la acción dramática y la interrumpe por medio de reflexiones y discursos lírico-apologéticos acerca del ideal religioso que encarnó la España aventurera e imperial del Siglo XVI y que, en estos momentos, adquiere nueva beligerancia no sólo en la Península sino en América.

Desde luego, en el poema los dos personajes centrales son Gonzalo y Alvaro de Oyón. Vienen en seguida Pubenza, Fernando, el pirata Walter, *María* y otros. Sin duda alguna, todos son personajes simbólicos que encarnan las ideas éticas, sociales, políticas y económicas —y las fuerzas y hechos

a ellas concomitantes— que el poeta ve en juego dramático disputarse entre sí el predominio de América.

Gonzalo de Oyón, —en quien Arboleda quiso retratarse a sí mismo sin lograrlo— es en el poema el caballero sin tacha, leal a su dama y a su patria española. Es un joven idealista, valiente, quijotesco, que desciende de una raza "clara en bélicas hazañas" y que "sigue la paterna huella" porque "en esos tiempos la virtud guerrera — temprana herencia de los hijos era". Es el soldado de la España imperial, fiel y piadoso, que "lidia de honor sediento", a quien "la hueste ibera" sigue con entusiasmo por ser tan grandes "su prudencia y su virtud". Es el consejero, el héroe invicto, "ídolo de las huestes vencedoras", "amparo del infeliz americano", "alma gentil" que sólo anhela el bien de todos y que para todos lucha, "ora modesto, intrépido a su vez". Es el *cruzado de la causa*...

"¡Flor solitaria en espantoso yermo,
Que Dios puso entre espinas y entre abrojos
Por dar alivio a los cansados ojos
Heridos del calor del arenal!
¡Unica fuente en árido desierto
Que refresca al sediento peregrino!
¡Sola enseña de bien en el camino
Por donde siembra la conquista el mal!"

En cambio, su hermano Alvaro de Oyón, compañero de Pizarro y "en valor su rival, mejor guerrero", varón "con voluntad de hierro", "activo, emprendedor", es un ambicioso, "sin ideales":

"Don Alvaro de Huelva, belicoso
Hijo de España, y su enemigo crudo:
Don Alvaro, rebelde y orgulloso
Nieto de Oyón el comunero rudo,
Don Alvaro, enemigo del reposo,
En cuyo pecho empedernido, mudo,
Arde perenne de ambición la tea,
Y en la sangre y la muerte se recrea.
Su amor la guerra, el pabellón del cielo
Su mejor techo; el césped esmaltado
Su lujoso sillón; su lecho el suelo,

Y su festín el campo ensangrentado;
Su deleite las armas, el desvelo,
El peligro afanoso y angustiado:
Avida sed de imperio y de renombre;
Su mundo él, y su juguete el hombre".

Don Alvaro de Oyón, "rebelde, y de rebeldes hijo y nieto", es un espíritu egoísta para quien "es tráfico su fe" y la conducta su propia "conveniencia"; es un espíritu diabólico, cuyo "ánimo guerrero" no reprime "el santo temor de Dios", y para quien "fué su dios la Venganza, y su derecho"; es un temible individualista, de "raza noble y altanera", que "jamás a la ley tuvo respeto" y para quien es "la autoridad quimera, lentejuela de teatro, cuyo precio ignora el débil y deslumbra al necio": es un hombre "denodado y fuerte" cuyos blasones son la audacia y el valor, el desprecio de la muerte y de la suerte. Es un aventurero que persigue "con esfuerzo y esperanza un objeto tan sólo — la venganza".

Y sin embargo, siendo hermano de Gonzalo, hijo y nieto de *comuneros* de Huelva,

"Sólo una alta virtud su seno abriga
Inextinguible, como el puro fuego
Que conserva la vestal antigua;
Y arde su llama en plácido sosiego,
Sin que del mundo injusto la enemiga,
Ni el furor de ambición violento y ciego,
Su luz apaguen. A sus padres ama
Aun más que trono, y vida, y dicha, y fama".

Como vemos, Arboleda establece un contraste extremoso entre los dos hermanos de Oyón: angélico el uno, el otro diabólico... Y no obstante, los dos son *hermanos* y *españoles*, y por lo mismo tienen un mismo e idéntico origen, y un mismo destino. ¿No tendremos el derecho de decir que don Gonzalo y don Alvaro son el desdoblamiento —poetizado— del alma española y su proyección en la América? La situación antagónica en que Arboleda los coloca en su poema —de la cual hablaremos algo más—, y el hecho de unirlos en el amor de sus padres, así parece indicarlo.

* * *

Vimos antes que Luis Alberto Sánchez —a quien tanto preocupa el indigenismo— sostiene que Arboleda trató el *tema*, y que lo hizo "en el sentido descriptivo y externo en que lo cultivó Echeverría". No lo creemos nosotros. Al contrario, diremos que el poeta de Popayán no sólo comprendió el *problema* indígena, sino que lo sintió en toda su punzante realidad histórica y vital, y que de él hizo uso en su *Gonzalo de Oyón*, idealizándolo y dándole por lo mismo una noble y alta proyección. En efecto, en el poema la raza indígena —ternura, pureza, mansedumbre, belleza moral, esteticismo hondo y noblemente espiritualizado— se halla hecha carne en la figura simbólica de la india Pubenza, hija, nieta y biznieta de caciques indios del hermoso Valle de Pubén, asiento de la patricia ciudad de Popayán. En el poema, Pubenza es nada menos que la amada del angélico caballero don Gonzalo, encarnación él del más puro y genuino y noble españolismo quijotesco. Arboleda busca inspiración en las baladas germanas, y colores en el petrarquismo renacentista para pintarnos a la *india* Pubenza:

"Dulce como la parda cervatilla,
Que el cuello tiende entre el nativo helecho,
Y, a la vista del can, yace en acecho,
Con sus ojos de púdico temor;
Pura como la cándida paloma
Que de la fuente límpida al murmullo,
Oye, al beber, el inocente arrullo,
Primer anuncio de ignorado amor;

Bella como la rosa, que temprana,
Al despuntar benigna primavera,
Modesta ostenta, virginal, primera,
Su belleza en el campo, sin rival;
Tierna como la tórtola amorosa,
Que arrulla viuda, y de su bien perdido
La dura ausencia en solitario nido
Llora, y lamenta su incurable mal;

Brillante como el sol, cuando refleja
Sus rayos el cristal de la montaña,
Si ni la lluvia, ni la lluvia empaña
Su naciente, purísimo esplendor:
Majestuosa cual palma, que se eleva,

Y ostenta en la vastísima llanura
Su corona imperial y su hermosura,
Desafiando el rayo del Señor".

Y sigue la "descripción" (?) de la india en cuya "frente pálida vagaban el dolor y la negra pesadumbre"; "india en amar, en resistir cristiana", "malhadada" princesa en quien "todo respira amor, pureza, hermosura"; mujer de alta y noble virtud sobre quien pesa "el yugo de despótico señor", ya que, siendo la enamorada de don Gonzalo, tuvo que sacrificarse a sí misma y casarse con don Fernando Belalcázar para salvar así la vida de su padre, el indio Pubén.

¿Y quién es este don Fernando, y qué pasiones lo mueven? Oigamos al poeta:

"Fernando Belalcázar, el soberbio,
Ama a Pubenza, adórala; alimenta
Su alma altanera, indómita, violenta,
La inextinguible, la feroz pasión:
Y de todo es capaz: un pensamiento
Ocupa entera su existencia amarga,
Y del funesto amor bajo la carga,
Se agita su rebelde corazón.

Y poderoso, del poder abusa;
Y celoso, corteja la venganza;
Y furioso de amor sin esperanza,
Busca en el crimen su único sostén;
Su carácter de fuego no permite
Contradicción ni leve resistencia,
Y en su absurda despótica potencia
Busca el camino de un soñado Edén.

Cetro de hierro empuña; vida y honra,
Todo está a su capricho encadenado:
En el imperio vasto conquistado
No hay más que su firme voluntad;
Ella manda, ella impera, ella se cumple,
Ni hay donde huír del lúgubre tirano;
Que se siente doquier su férrea mano
Cual vasta, universal calamidad".

. . . . . .

Don Fernando es la encarnación del *conquistador* de América, del déspota violento que, movido por la pasión, y haciendo uso de la amenaza y de la fuerza, llegó, —en el poema— a maridarse con la dulce Pubenza, encarnación ella de la ternura y la pureza indígenas, así como tantos de su clase, —en la historia— se maridaron también y echaron en el vientre de las indias la simiente de una pasión que no era el amor!...

Cierto es que el "romance" de don Gonzalo y de Pubenza no llega en el poema a desenvolverse plenamente, y que allí aparece, platónico y tímido, y medio oculto en velos de misterio, bien porque el poema nos quedó mutilado, bien porque así convenía a la manera romántica que Arboleda amaba, a pesar de su "clasicismo" tradicionalista...

Y aquí es bueno hacer una consideración de enorme interés:

En el poema, Gonzalo, "amparo" de los indios americanos, caballero ideal, *no lucha contra el despotismo legalista y violento de don Fernando, ni contra sus injusticias;* no lucha contra el *rival* que le roba a su amada Pubenza, y que sin motivo legítimo lo pone fuera de la sociedad, y lo calumnia llamándole "traidor", y lo persigue y pone a precio su cabeza... ¡No! Gonzalo no lucha, como debe, sino que se retira a vivir en las selvas —penitente sin pecados que expiar—, solo, humillado, escarnecido!... Y quien sí lucha contra el tirano a quien ampara la santidad de la "ley", es el "rebelde" y vengativo don Alvaro!... Detengámonos un poco en este punto, de tan singular sentido histórico y vital para nuestra América.

Arboleda, —español de sangre y por tradición, americano de nacimiento y en esperanzas— quiso que su *héroe* Gonzalo fuese el tipo ideal del caballero leal a su Rey, a su Patria y a su Dama, y que su *antihéroe* Alvaro fuese la encarnación de las "ambiciones bastardas" de que en su comentario nos habla don Miguel Antonio Caro. Pues bien: Quizá inconscientemente, Arboleda le dió a don Alvaro mayor grandeza y energía que a don Gonzalo. La paradoja es brillante: Nos parece que el poeta, con todo y a pesar de todo, se sentía más *americano* que español!

Veamos qué hace don Alvaro en el poema, y oigamos de sus propios labios las razones que lo mueven a levantar pendón contra el Rey de las Españas.

En primer lugar, don Alvaro busca una doble alianza, con los indios, por una parte, y por otra, con el inquietante pirata *bretón* Walter, "hombre en apariencia misionero"..., "raro peregrino" cuyo destino es "anarquizar el mundo", que les sirve a los rebeldes "en odio a España", y que, siendo "diestro en el mal, y para el mal nacido", ha venido a la América española con miras ocultas y siniestras.

Aliados don Alvaro y Walter contra el Rey de las Españas, tienen un proyecto de épica grandeza: la conquista, para ellos y para la libertad, de toda la América!

Solos, en la selva, don Alvaro y Walter contemplan el mapa del continente americano, con sus montañas riquísimas en maderas de construcción y en metales preciosos y útiles, y sus ríos de enorme caudal y sus inmensos lagos, propios todos para la navegación, y sus mares, que lo comunican con el resto del mundo... Y se exaltan los dos, y hacen votos de dominar a la América entera, y de construir en ella, no sólo grandes caminos que la crucen en todas direcciones, sino canales que comuniquen sus mares. Así habla don Alvaro:

"Ya de Colón el genio sin segundo,
De una idea profético inspirado,
Y de su audacia y su saber llevado,
Buscó un estrecho para unir el mundo,
Que paso entre los trópicos le diera
Y en uno los dos mares confundiera.
No existe, nó; pero en la tierra adentro,
No lejos del escudo de Veragua,
Manso se extiende el lago Nicaragua
Del istmo estrecho carcomiendo el centro,
Y arroja un río sobre el mar de Oriente,
Y enlázase al Managua hacia el Poniente.
Que nos sirva el Atrato, o ese lago,
Si al fin nuestro dominio establecemos,
Justo será que el sueño realicemos
De tanta dicha y de poder presagio.
Y que de Asia y de Europa el rico fruto
Pase, y pague al pasar, pingüe tributo".

Don Alvaro aspira a construir grandes astilleros en varios lugares de la costa del Pacífico, y quiere tener una armada, más que un ejército. Se siente atraído por el mar, que anhela someter a su señorío:

"Dueño del mar, de aquella ruta vasta,
Que al impulso recórrese del viento,
Deberé mi poder al movimiento.
Un puñado de fieles: eso basta;
Ese puñado, con honor, doquiera
Tremolará, triunfando, mi bandera.
Brazos me sobrarán. Ya con decoro
Al Italiano, al Portugués invito,
Y la nativa emulación excito
Con regia pompa, y con honores y oro,
Que así la ciencia me enviará su tropa,
Que los reyes desprecian en Europa".

Realista, ambicioso, imaginativo, heroico es en verdad don Alvaro... Nada tiene que envidiarles a los grandes conquistadores del mundo, cuya técnica y cuya diplomacia conoce tan bien!

Sigue el "rebelde" hablando en detalle de las posibilidades y potencialidades de la América que quiere dominar, y exclama:

"¡Oh! parece que el Ande me adivina
Y ante mi voluntad el lomo inclina!"

"Todo es propicio aquí: las ensenadas,
Las islas protectoras y bahías,
Los esteros innúmeros, las rías,
Brindan seguro asilo a las armadas,
Que esperan de las selvas su sustento,
Y su fácil y rápido incremento".

¡El mar!... ¡El mar!... Porque

"Poderoso auxiliar en su corriente
Tendrán el estadista y el soldado;
Porque este mundo, Walter, le domina
El primero que tenga una marina".

. . . . . .

"El que domine el piélago profundo,
Y en su furor se extasie y se divierta;
El que poblando su extensión desierta,
Se adueñe de ese vínculo del mundo,
Ese, por las tormentas arrullado,
Tendrá en su diestra al mundo encadenado.
Y no será europeo, que sus reyes
Son muchos, fuertes son sus disensiones;
Se espían, se aborrecen las naciones;
Tienen distintos usos, varias leyes,
Y la unidad de acción y pensamiento
Es base del poder y su elemento".

. . . . . .

"Alega el rey de España sus derechos
A este nuevo y magnífico hemisferio!
¿Qué derecho tiene él sobre un imperio
Que han conquistado nuestros altos hechos?
Colón le halló, y a su hijo el grande hombre
Sólo legó sus grillos y su nombre".

. . . . . .

"Al fin aquel intrépido marino,
Pesar sintiendo en su cerebro el mundo,
Se abrió por entre el piélago profundo
A su creación fantástica el camino;
La halló; y mi padre, de Colón amigo,
Le vió morir la muerte del mendigo!
Sin embargo, mi padre generoso
Volvió a verter su sangre en esta tierra:
Por el Rey, para el Rey hizo la guerra:
Sacrificó familia, hogar, reposo,
Todo para ser muerto oscuramente,
¡Ay! y dejar la infamia en nuestra frente.
Sus canas, sus servicios, no pudieron
Redimir el honor del buen anciano.
¡Así nos paga el Español tirano!"

Como se ve claramente, don Alvaro —*antihéroe* del poema—, no se rebela contra su patria, ni contra su raza (ya vimos que "a sus padres ama aun más que trono, y vida, y dicha, y fama"), *sino contra la ingratitud del Rey, contra su injusticia,* manifiestas las dos no sólo en lo que hizo contra el Descubridor de América, sino contra quienes (como el pa-

dre mismo de don Alvaro y de don Gonzalo de Oyón) habían sacrificado "familia, hogar, reposo", en tierras de América. Don Alvaro, en su "rebeldía", se niega a reconocer el *derecho* que el Rey reclama para sí de dominar las tierras que el *pueblo español* ha conquistado con sus "altos hechos" de valor, de audacia, de abnegación, de resistencia y de perseverancia inauditas en la historia.

Esta actitud de don Alvaro se realza más en otra parte del poema. Al encuentro en que, a campo raso, en la oscuridad y de espada a espada luchan sin reconocerse al principio los dos hermanos de Oyón, y en el cual quedó herido y vencido, temporalmente, don Alvaro, sigue una disputa verbal entre los dos. Don Alvaro le explica a su hermano por qué ha levantado pendón contra el Rey de las Españas, por qué arde en ansias irresistibles de venganza: porque el Rey traicionó a Colón, y porque el Rey persiguió a los españoles que en Colón veían a un gran benefactor de España y de su raza, y entre aquéllos a don Gaspar de Oyón, que tan noble y gallardamente había luchado en América por el Rey. Y porque, allá en la Península,

> "Veintitrés hidalgos (¡oh, qué hidalgos!)
> Dijeron bajo santo juramento
> Que de esta tierra espléndida el invento
> No era obra del piloto genovés"...

y porque

> "¡Oh vergüenza! esos actos oprobiosos
> De ingratitud flagrante y cobardía
> Los inspiraba el Rey, los protegía
> Con una vil y sórdida intención"...

y porque don Gaspar de Oyón, hombre "sencillo, generoso, abierto", compañero de los Pizarros en la conquista del Perú, de Quito y luego de Benalcázar, en la conquista de Popayán, había caído, calumniado y deshonrado por "esos malvados" que "con el foro y la ley sólo especulan", y había sido condenado a muerte y confiscadas sus propiedades "en nombre del Señor de España", y por "el asesino" que en Popayán

vivía, imperaba, castigaba y robaba sin piedad!... Don Alvaro, pues, lucha contra la "justicia" que se hace en nombre del Rey, y porque quiere hacérsela con sus propias manos de guerrero independiente. Así exclama:

"Yo soy hijo y soy súbdito; un delito
Me privó de mi padre, y fué maldito
El pueblo que lo quiso consentir.
Verdugos fueron jueces y testigos;
Mas cuantos el delito permitieron
A par de los verdugos delinquieron,
Y deben por sus crímenes morir!"

. . . . . .

"La autoridad, cuando en su nombre imperan
La envidia vil y la cobarde intriga
Es un mal, no es un bien; es la enemiga
Del hombre, y él la debe derrocar.
Contra los fuertes se inventó el Gobierno
Para dar protección al desvalido
Contra el malvado aleve y atrevido,
Para dejar al bueno descansar.

¿Mas quién se atreve a sostener que el hombre
Renunciase a su dulce independencia
Para entregar la cándida inocencia
Al perjuro, al falsario, al impostor?
Más vale la elevada tiranía
Que ejercen los valientes con la espada,
Que esta coyunda vil que nos degrada
Haciendo al más cobarde el opresor".

Y en seguida, en un arranque democrático, revolucionario y americano, don Alvaro invita a su hermano a que lo siga en su lucha contra el Rey y sus Tenientes, contra la "informe" y "gastada" máquina de la monarquía, que deben destruir, y "otra nueva" alzar "sobre cimientos sólidos", en el "mundo virgen" americano, donde conviene elevar un "monumento a la filial piedad", y erigir "un trono a la justicia". Y es elocuente, animoso, inflexible: "¡Vén!" —le dice:

..."los jueces no lidian. Esas hienas
Togadas, sólo con la pluma tratan:
Cuando ellos nos deshonran y nos matan,

Es porque está a cubierto su maldad.
Los jueces son invulnerables. Ellos
No tienen quien los hiera ni los veje:
Si el malo los corrompe y los protege,
Los tolera la imbécil sociedad".
"Vén, vén hermano! La virtud vencida,
Mísera y pobre por la tierra vaga,
Mientras el mundo en su abyección halaga,
Premia y corona al crimen vencedor".

. . . . . .

Las razones de don Alvaro —que serían las de tantos otros soldados y colonos del pueblo a quienes aniquilaron mil veces los togados y burócratas que con el Rey de las Españas administraban *sus* posesiones de América, que aquéllos regaban con su sangre— no convencen a don Gonzalo el *héroe* quijotesco del poema... Al contrario: don Gonzalo sigue siendo leal al Rey, en cuyo nombre lo persiguen; a su dama (Pubenza) y a quien un Teniente del Rey maltrata y humilla; a su patria lejana... que gime dolorida entre las garras de una burocracia que se precia de hidalga y valiente, y sólo es togada, envidiosa, cobarde e injusta.

¿Y qué razones alega a su turno don Gonzalo para explicar su lealtad conmovedora, patética y sublime? Varias, que pueden sintetizarse en una palabra: ¡Dios!

No cree don Gonzalo que puede ser "justa" la *rebelión* de su hermano por más que se vea éste perseguido por la llamada justicia del Rey y su representante en Popayán. Porque don Alvaro "no tiene derecho" para hacer causa contra el Rey, en compañía de un pirata inglés enemigo de los españoles, y en la de una "turba de sacrílegos bandidos que al resplandor de la incendiaria tea, en salvaje algazara se recrea con esa sangre en que embriagada va..." Gonzalo no puede ni siquiera imaginar que con esos elementos podrá su hermano vengar la muerte de su padre:

....."Con traidores
No se lava el honor amancillado,
Ni se reforma el hombre. Tú inmolado
Serás de esos malvados al furor."

Así arguye, magníficamente, el caballero. Y continúa:

"¡No! Jamás el delito regenera;
Que está en el cielo y en la tierra escrito
¡Ay! que el delito engendrará delito,
La infamia infamia, la traición traición!

Y aunque logres vencernos, nunca, hermano,
Conocerás la paz ni la ventura:
Dolor interminable, honda amargura
Tus hechos y doctrinas brotarán.
Los que a vencer por interés te ayuden
También por interés te harán la guerra,
Y aspirando al dominio de la tierra,
Como calculas tú calcularán.

Y se equivocarán, cual se equivoca
El hombre siempre, en su opinión falible;
Y en desorden satánico y horrible,
La ambición empujando a la ambición,
A la envidia la envidia, el lucro al lucro,
Y el egoísmo torpe al egoísmo,
La sociedad sin fe, sin patriotismo,
Hervirá en loca, eterna confusión.

En caos espantoso, donde el crimen
Con que pretendes dominar el mundo,
Será tan sólo en crímenes fecundo,
Tanto que de tus obras temblarás,
Y en lugar de juntarse, separados
Los pueblos por la fuerza del delito,
Cada cual contra ti lanzará el grito
Que con tu ejemplo autorizado habrás".

. . . . . .

....."No pienses que a la lumbre

. . . . . .

De sacrílega espada parricida
Cobre vigor la sociedad herida;
Al vicio le corrige la virtud:
La virtud, que redime y no esclaviza".

. . . . . .

Y como don Alvaro le pregunta: ¿qué es virtud?, contesta:

—"El sacrificio
Del yo por los demás: el santo olvido
Que hace del hombre calumniado, herido,
Un héroe en el amor y en el perdón",

para ganar así

....."la dicha
De todas las naciones, que se extiende
Como el ejemplo se propaga, y prende
El bien de corazón en corazón...

Eso es virtud: el interés no dicta
¡Sér mártir y hacer bien! Tal es la santa
Ley del linaje humano redentora:
Imitar la paciencia bienhechora
Del que bajó a morir por la verdad,
De su alto ministerio el ejercicio;
Ella se da a sí misma en sacrificio
Y muere por salvar la humanidad".

Don Alvaro quiere saber quién premia el dolor de los leales que sufren y luchan como su hermano, y éste responde: ¡Dios!

....."La humanidad se postra
A adorar el poder, no la virtud!
Sé que al brillo del oro, y al reflejo
De la grandeza, múdanse los hombres
Y a los delitos dan brillantes nombres
Que engañan a la imbécil multitud.

Porque todo es mentira acá en la tierra:
Nos miente la criatura a quien amamos,
Miéntennos los objetos que miramos,
Nos miente y nos engaña el corazón.
Miéntenos la esperanza que nos guía,
Nos miente la lisonja y nos acecha,
Miéntenos la venganza, aun satisfecha,
Nos miente, aun victoriosa, la ambición".

. . . . . .

"El poder no es justicia, aunque los hombres
Al vencedor adulen"...

Empero, las sublimes razones —quijotescas— de Gonzalo no convencen a don Alvaro, de la misma manera que las de éste —tan realistas— no convencen a aquél: los dos hermanos viven en mundos diferentes y tienen dialécticas opuestas, idealista la una, la otra materialista, y su conflicto es eterno. Y sin embargo, al seguir debatiendo la cuestión, don Gonzalo menciona a su madre *María*, y el filial recuerdo conmueve profundamente a su hermano, tan profundamente, que se suspende el debate, y continúa la acción del poema, con sus batallas, sus visiones, etc., para llegar a su "final" (?), en una escena de hondísima ternura: el "satánico" don Alvaro se retira definitivamente del campo al ver que *María* llora por la suerte de los dos hermanos...

Sin duda alguna, *María* es, como los otros, un personaje simbólico que tiene el poder de *hermanar* las fuerzas opuestas que encarnan en don Gonzalo y don Alvaro, identificándolas en su origen y su destino, y dándoles virtualidad creadora aun en medio del conflicto. ¿Será este personaje el símbolo de la hispanidad misma, o tendrá relación con el culto *mariano* que persigue en su trayectoria histórica?

A España y a la América les corresponde contestar esta pregunta.

* * *

"Si se atiende a su acción —dice Menéndez y Pelayo, siguiendo en ésta como en otras opiniones a don Miguel Antonio Caro—, obscura en la historia y de interés muy secundario en la conquista de América, el *Gonzalo de Oyón* más bien merece el título de leyenda o de novela en verso, como algunas de Walter Scott, que el de poema épico en el sentido clásico", y "aunque en algunas cosas se aparta del tipo de los poemas italianos, en muchas otras los recuerda, y para leyenda resulta demasiado largo y solemne".

Considerando pues las rígidas categorías de la preceptiva, el *Gonzalo de Oyón* no es novela, ni leyenda, ni poema épi-

co... ¿Qué será esta mutilada obra, cuyo sentido quisiéramos conocer a ciencia cierta?

En el *Gonzalo de Oyón* usó el poeta de varios metros y formas estróficas. En la narración impera la octava rima en dos distintas formas: una, la clásica y tradicional, la octava italiana de Ariosto y del Tasso, "que Arboleda maneja con singular gallardía", y otra romántica, compuesta de dos cuartetas, sin más enlace que el de los finales agudos: es la octava que hemos llamado *bermudina* en América, por haberla usado con mucha gala y muy a menudo el poeta español don Salvador Bermúdez de Castro, que no fué su inventor: es una estrofa lírica de "engañosa facilidad" y muy propensa al amaneramiento, y que, "si algún ejemplo pudiera redimirla, sería ciertamente el del *Gonzalo de Oyón*". En otras partes del poema, Arboleda usó de sextinas, y aun de cuartetas en esdrújulos, que amaron los románticos de aquende y allende el mar...

El poeta fué libre en la escogencia de la materia del poema, los personajes, las situaciones, y las formas métricas. Y fué más lejos:

Si en ocasiones se esmera en la pintura animada, dramática, fiel y seductora de algunos incidentes, o en la colorida y leal de la naturaleza ambiente, no se niega a hacer que en la acción dramática tomen parte figuras alegóricas y sobrenaturales, ni titubea al echar mano de toda clase de elementos, visiones fantásticas, apariciones, y demás del arsenal romántico, porque

> "Si las vagas visiones de la mente
> Nos parecen ensueños y quimeras,
> Esas sombras errantes, pasajeras,
> Forman parte también de la Creación".

Y como la tragedia se cierne sobre todos los personajes y situaciones del *Gonzalo de Oyón*, resulta éste algo menos que epopeya... un drama descriptivo, lírico y épico, algo en parte semejante a los dramas griegos donde la sombra de un destino inexorable revuela en torno de los héroes y las cosas.

Contiene el *Gonzalo de Oyón* muchos versos débiles, frases prosaicas, pasajes incorrectos, y reflexiones que a veces

pecan de vaga y vana palabrería... Pero contiene también mil rasgos de feliz ingenio y brillante imaginación; dicción pura, fácil; versos melodiosos, y sentencias expresivas, metálicas, penetrantes... Y principalmente, muy notables descripciones, entre las cuales se distinguen y han logrado mucha fama la del caballo y la del duelo —espada a espada— que tienen don Alvaro y don Gonzalo, tan valiente, vigorosa, vívida e impresionante. Arboleda, como dice Isaac J. Barrera, al expresar en su poema "la inquietud vivaz de su espíritu", logró crear "ciertos rasgos esenciales de un romanticismo que influyó notablemente en su patria y en buena parte de América".

* * *

Mucha razón tuvieron Caro y Menéndez y Pelayo al afirmar que el *Gonzalo de Oyón* es "el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica", y ninguna tuvo Cejador y Frauca para no aceptar esa afirmación que *limita* y *clasifica* la obra de Arboleda, sin quitarles valor a otras, tales como el *Tabaré* y *La cautiva*, que son de índole diversa, como todos lo sabemos, y que en realidad no pueden llamarse "narraciones épicas".

Al emitir su opinión, Caro y Menéndez y Pelayo, aparentemente, pasaron por alto *La Araucana*, de Ercilla, sin duda por considerarla obra de "ingenio español", que no americano, y pasaron por alto el *Martín Fierro* —que ellos admiraban muy sinceramente— quizás porque el poema argentino no es precisamente una "narración" y porque, siendo esencialmente popular, no sigue las normas "clásicas" de las epopeyas modernas a la italiana.

Mas no se crea que Caro y Menéndez y Pelayo le daban más importancia, como *poema épico*, al *Gonzalo de Oyón* que a *La Araucana*, obra para ellos *española*, a pesar de estar henchida de cierta inconsciente americanidad que brota, no sólo de las descripciones de la naturaleza chilena —no muy *sentida* por Ercilla—, sino que también de la caracterización de los indios araucanos a quienes el conquistador poeta supo de veras respetar por la virtud, la dignidad, la fiereza y el "pa-

triotismo" con que lucharon. Lo que hay es que, por razones de conveniencia, tanto Caro como su amigo Menéndez y Pelayo a menudo llaman "español" a todo autor anterior a la guerra de la independencia y nacido en la Península o en América, y llaman "americano" a todo autor nacido en América después de dicha guerra "civil", sin cuidarse de si eran argentinos, colombianos o mexicanos... Para el amplio y noble patriotismo de los dos príncipes de la crítica española, lo "español", antes del Siglo XIX, era tanto lo de allende como lo de aquende el mar, y después, lo "americano" era todo lo comprendido entre California y el Estrecho de Magallanes.

Razón tuvieron Caro y Menéndez y Pelayo al considerar el *Gonzalo de Oyón* superior, como "narración épica", al *Tabaré* de Zorrilla de San Martín y a *La cautiva* de Echeverría.

Tabaré (1888) parece "bella serie de poesías líricas, en las cuales la acción se va desenvolviendo" en un ambiente admirablemente sentido por el autor, como nos lo dice don Juan Valera. Envuelta en velos misteriosos —de origen becqueriano—, aparece allí la figura del mestizo Tabaré y "queda siempre en esfumada indeterminación lírica"... Y aunque el final del poema es trágico y sombrío y está escrito en versos de "un brío gráfico y fantástico", no deja aquél de ser más lírico que épico, y más descriptivo que narrativo. El *Gonzalo de Oyón*, en cambio, es épico casi siempre, y sus figuras centrales, don Alvaro y don Gonzalo, son precisas, plásticas, que se ven y se tocan y tienen contornos bien destacados, aun a pesar de que, en algunas ocasiones, se ven como Tabaré envueltas en luces de orden sobrenatural.

La cautiva de Echeverría, "leyenda trivial en la concepción, pobre y apenas rasguñada en la forma" —como opina José Enrique Rodó—, es nada más que un bosquejo en el cual la acción dramática vale muy poco, aun si se la compara con sus descripciones, que no tienen la fuerza bravía de las famosas del *Martín Fierro*. El autor de *La cautiva* carecía de genio épico y su leyenda, —que tiene algunos méritos indiscutibles— es, como narración épica, bastante inferior al *Gonzalo de Oyón*, cuyo autor no sólo poseía ese genio, sino que lo expresaba, y no sólo en sus poemas, con la pluma, sino

XUM

en la vida, con su espada de caudillo invicto, en la época más animada, dramática y guerrera en la existencia de su patria colombiana.

Verdad es que Arboleda, en ocasiones, trae a su poema reflexiones e ideas (¿frías, señor Cejador y Frauca?) de orden ético, social, político y teológico, que interrumpen la acción a veces y otras disminuyen el *tempo* de su movimiento. En cambio, en la narración, y en la descripción, el poema supera en brío, en fuerza épica, en objetividad y en colorido a todos los demás ensayos americanos del Siglo XIX.

* * *

Grande lástima fué que Arboleda, el poeta soldado, no hubiese podido dejarnos concluído su *Gonzalo de Oyón*. Noble, culto, entusiasta, inteligente y dotado de viva imaginación, don Julio quiso dejar en su obra su propia filosofía de la conquista de América por los españoles, y quiso señalar para siempre el destino del Nuevo Mundo, que entreveía en el Misterio, gracias al dón poético supremo de su intuición... Empero, don Julio nació y vivió bajo el Signo de América, y su poema, como él mismo, nos quedó mutilado, y en sus octavas clásicas, y en sus *bermudinas* musicales, sólo percibimos el trágico aliento que anima el Continente de la libertad. El Continente que anhela vivir en orden y bajo el imperio de la ley, sin renunciar a los fueros eternos del individuo y del espíritu.

CARLOS GARCÍA-PRADA,

University of Washington,
Seattle, Wash.

OBRAS CONSULTADAS

Arboleda, Julio:
Acentos republicanos (Discursos). Popayán, 1850.
Ed. Bogotá, Biblioteca Popular, Nº 96.
Al Congreso Granadino (Discurso). Popayán, 1851.

A los señores editores de "La Gaceta", "El Neogranadino" y "El Conservador". Bogotá, 1850.

A sus compañeros de armas. Popayán, 1856.

Gonzalo de Oyón (Fragmentos). Bogotá, Imp. de la Nación, 1856.

Ed. Bogotá, Biblioteca Popular, núms. 97 a 99 *bis*, 1917.

Guerra con el gobierno del Ecuador. Popayán, 1854.

Los Jesuítas. Bogotá, Imp. de Sánchez Caicedo y Cía., 1854.

El Misóforo. Popayán, Imp. de "El Día", 1850.

Poesías. Bogotá, Librería Americana y Española, 1883.

Poesías. Colección formada sobre los manuscritos originales, con preliminares biográficos y críticos por M. A. Caro. Nueva York-Appleton, 1884.

Ed. París, 1890.

Los tres candidatos para la presidencia de la Nueva Granada. Bogotá, Imp. de N. Gómez, 1845.

Visita del General Tomás Cipriano de Mosquera a Popayán. Bogotá, Imp. de la Universidad, 1854?

Barrera, Isaac J.: J. A., en *Historia de la literatura hispanoamericana*. Quito, 1935, pp. 353-359.

Caro, Miguel Antonio: "Gonzalo de Oyón", en *Obras completas*, t. iii, pp. 414-431. Bogotá, Imp. Nacional, 1918-1928.

Id., "Noticias biográficas de J. A.", en *id.*, pp. 372-413.

Castellanos, Joan de: sobre la rebelión de Alvaro de Oyón, en *Elegías de varones ilustres de Indias*, Parte III, Bibl. de Autores Españoles de Rivadeneyra, t. iv. Madrid, 1847.

Cejador y Frauca, Julio: J. A., en *Historia de la lengua y de la literatura castellana*, t. vii. Madrid, 1917.

Fernández de Piedrahita, Luchas: sobre la rebelión de Alvaro de Oyón, en *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, libro xii, cap. viii. Amberes, J. B. Verdussen (1688).

Ed. con prólogo de don Miguel Antonio Caro y una noticia biográfifica por Joaquín Acosta. Bogotá, Imp. de M. Rivas, 1881.

García-Prada, Carlos: J. A., en *Antología de líricos colombianos*, t. i, Bogotá, 1937.

Gómez Restrepo, Antonio: J. A., en *La literatura colombiana*. Bogotá, Ediciones Colombia, 1926.

González Palencia, Angel: Ed. *El discurso de Drake*. Madrid, 1921.

Holguín y Caro, Hernando: *Discurso en el centenario de J. A.*, en "Biblioteca Aldeana de Colombia", t. 73. Bogotá.

Menéndez y Pelayo, Marcelino: J. A., en *Antología de la poesía hispanoamericana*. Madrid, 1893.

Id. en *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid, 1913.

Ortega, José J.: J. A., en *Historia de la literatura colombiana*. Bogotá, 1934.

Ed. Bogotá, 1935.

Otero Muñoz, Gustavo: *Semblanzas colombianas*, J. A., en t. ii. Bogotá, 1938.

Oyuela, Calixto: J. A., en *Antología poética hispanoamericana*, t. ii, vols. i y ii. Buenos Aires, 1919.

Réclus, Eliseo: *La poésie et les poétes dans l'Amerique espagnole*. París, 1864.

Rubió y Lluch, Antonio: J. A., en *Estudios hispanoamericanos*. Bilbao, 1923.

Samper, José María: J. A., en *Galería de hombres ilustres o notables*, t. i. Bogotá, Imp. de Zalamea, 1879.

Sánchez, Luis Alberto: J. A., en *Historia de la literatura hispanoamericana*. Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1937.

Torres Caicedo, J. María: J. A., en *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispanoamericanos*, t. ii. París, 1863-1868.

Valencia, Guillermo: *Discurso en el centenario de J. A.*, en *Cromos*, t. 4. Bogotá, 1917.

Valera, Juan: *Cartas americanas*. Madrid, 1889.

Id. Nuevas cartas americanas. Madrid.

El Nuevo Estilo en la Novela

CUANDO leí *La Amortajada* de María Luisa Bombal me quedé pensando y sintiendo intensamente. Una mujer, amortajada ya, abre los ojos, ve, siente y rememora. Nada nuevo en el tema, de suyo muy difícil, pero la autora posee una sensibilidad finísima y un dón de decir admirable y la novela resulta nueva, intensa, de pura poesía, o de pura novela, que es lo mismo.

Se acerca María Bombal a la perfecta expresión artística, a la pureza sintética de Juan Ramón Jiménez, a la clara sencillez de Pedro Prado en *Alsino*, a la quemante suavidad de Pablo Neruda en *Angela Adónica*. María Bombal es poeta, ve la vida en belleza, interpreta la vida en forma artística, escribe con gracia de mujer privilegiada.

La Amortajada es una mujer que ha vivido con intensidad, a través del amor, del odio, del sufrimiento, de la madurez. Ahora, en su último sueño, nos habla del amante, del esposo, de los hijos, de la vida que despunta en la muerte. Ahí está, inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho, "sus manos que han adquirido la delicadeza frívola de dos palomas sosegadas". María Bombal entra en su tema. Es la agonista de su propia obra; ella misma, la amortajada. Trae a su relato cálidas formas de recuerdo, vitales ansias de vida y muerte, símbolos y frescas imágenes, frases de sangre y de ternura.

Llegan a su lado el novio de gesto dulce y terrible; la hermana bella y triste; el hijo devorado por los celos; el detestado confidente; el marido enamorado al principio, despótico y cruel más tarde; la nuera de inverosímil belleza; la hija fría y tierna.

Y se llevan su cuerpo. Se abre el cielo a sus ojos; está ya en el jardín; echa a andar el cortejo sobre el césped; pasa por la gran calle de árboles, álamos, eucaliptus; se interna en el bosque. Ahora va campo traviesa y en breve llega al cementerio del pueblo:

> Y he aquí que ella se encuentra sumida en profunda obscuridad.
> Y he aquí que se siente precipitada hacia abajo, precipitada vertiginosamente durante un tiempo ilimitado hacia abajo; como si hubieran cavado el fondo de la cripta y pretendieran sepultarla en las entrañas mismas de la tierra. (1)

Y empieza la desintegración de su cuerpo; el descenso hacia las vertientes subterráneas. Nuevas ondas de vida agitan su cuerpo, pero ya es tarde:

> nacidas de su cuerpo, sentía una infinidad de raíces hundirse y esparcirse en la tierra como una pujante telaraña por la que subía temblando, hasta ella, la constante palpitación del universo.
> Y ya no deseaba sino quedarse crucificada a la tierra, sufriendo y gozando en su carne el ir y venir de lejanas, muy lejanas mareas; sintiendo crecer la hierba, emerger islas nuevas y abrirse, en otro continente, la flor ignorada que no vive sino en un día de eclipse. Y sintiendo aún bullir y estallar soles, y derrumbarse, quién sabe adónde, montañas gigantes de arena. (2)

Se deja estar. Había sufrido ya, dice la autora, la muerte de los vivos; ahora, desea la muerte de los muertos.

Hemos dicho que el mérito de *La Amortajada* no reside en la trama. La obra es demasiado breve y poemática para que se espere mucho de la presentación de los caracteres.

Con todo, algunas figuras están exaltadas en dos o tres páginas, descritas o reveladas en maravillosa piromancia. La figura de Ricardo, el amigo de la infancia y amante más tarde, está señalada con primitiva intensidad. La rebeldía de su carácter se revela al ser castigado por una mala acción:

> "¡Fuera!" —murmuró sordamente, entre dientes, tu padre.

> Y como si aquella interjección colmara la medida, recién entonces desataste tu rabia en un alarido, un alarido desgarrado, atroz, que sostenías, que prolongabas mientras corrías a esconderte en el bosque. (3)

La fuerza de su pasión se comunica a los aspectos físicos y Ricardo es como una llama que fuera quemando todo lo que toca y dorándolo al mismo tiempo de belleza sensual:

> Atardecía cuando irrumpiste en el comedor. Yo me hallaba sola, reclinada en el diván, aquel horrible diván de cuero oscuro que cojeaba, ¿recuerdas?
> Traías el torso semidesnudo, los cabellos revueltos y los pómulos encendidos por dos chapas rojizas.
> —"Agua"—ordenaste. Yo no atiné sino a mirarte aterrorizada.
> Entonces, desdeñoso, fuiste al aparador y groseramente empinaste la jarra de vidrio, sin buscar tan siquiera un vaso. Me arrimé a ti. Todo tu cuerpo despedía calor, era una brasa.
> Guiada por un singular deseo acerqué a tu brazo la extremidad de mis dedos siempre helados. Tú dejaste súbitamente de beber, y asiendo mis dos manos, me obligaste a aplastarlas contra tu pecho. Tu carne quemaba.
> Recuerdo un intervalo durante el cual percibí el zumbido de una abeja perdida en el techo del cuarto.
> Un ruido de pasos te movió a desasirte de mí, tan violentamente, que tambaleamos. Veo aún tus manos crispadas sobre la jarra de agua que te habías apresurado a recoger. (4)

Antonio es el marido joven, viril, tierno, de quien va separada siempre por el recuerdo de Ricardo; el esposo enamorado que busca siempre la maravilla de su rostro: ("Iremos mañana, hoy, déjame mirarte, déjame quererte"); el hombre digno aunque humilde sólo con ella:

> "Ana María, dime, ¿alguna vez llegarás a quererme como yo te quiero?"

El fué quien despertó su cuerpo a los placeres del amor y por quien ella repitió tantas veces:

> Ay, no se duerme impunemente tantas noches al lado de un hombre joven y enamorado.

La transformación de Antonio ante la indiferencia de la joven esposa es definitiva. Después de unos meses de ausencia vuelve ella a su lado.

> Llegaba exhausta del fundo y no atinó tan siquiera a arreglar sus trenzas deshechas, su tez fatigada. Entró directamente al sombrío escritorio donde su marido la esperaba fumando.
>
> —"¡Antonio!"
>
> —"¿Cómo estás"—replicó una voz tranquila, desconocida.
>
> Muy poca cosa consigue resucitar de aquella entrevista que ahora sabe definitiva.
>
> Reconsidera y nota que de su vida quedan, como signos de identificación, la inflexión de una voz o el gesto de una mano que hila en el espacio la oscura voluntad del destino. Qué absurda, qué lejana debió parecerle a Antonio, en aquel momento, la pasión que abrigó por la muchacha ahora despeinada y flaca que sollozaba a sus pies y le rodeaba la cintura con los brazos.
>
> La cara hundida en la chaqueta de un hombre indiferente, ella buscaba el olor, la tibieza del fervoroso marido de ayer.
>
> Recuerda y siente aún sobre la nuca una mano perdonadora que la apartaba, sin embargo, dulcemente...
>
> Y así fué luego y siempre, siempre.
>
> Vivieron en el fundo que ella indicó, el que le había dado su padre por dote. Pero Antonio guardó su selva negra, conservó su casa y sus intereses en la ciudad. Un tono fácil, amable, pero jamás en él la alusión, el gesto que la permitieran rehabilitarse. Sin esfuerzo se había desprendido del pasado que a ella la había hecho esclava. Y de noche su abrazo era fuerte aún, tierno, sí, pero distante.
>
> Entonces había conocido la peor de las soledades; la que en un amplio lecho se apodera de la carne estrechamente unida a otra carne adorada y distraída. (5)

La personalidad de Fernando está trazada con vigorosos rasgos: Fernando, el hombre moreno, enjuto, de piel manchada y agrio carácter, cuyo amor humillaba a Ana María; Fer-

nando, que haciéndose su confidente se volvió en su vida un mal necesario:

> Oscuramente presentía que Fernando se alimentaba de su rabia o de su tristeza; que mientras ella hablaba, él analizaba, calculaba, gozaba sus desengaños, creyendo tal vez que la cercarían hasta arrojarla inevitablemente en sus brazos. Presentía que con sus cargos y sus quejas suministraba material a la secreta envidia que él abrigaba contra su marido. Porque fingía menospreciarlo y lo envidiaba: le envidiaba precisamente los defectos que le merecían su reprobación.
>
> ¡Fernando! Durante largos años, qué de noches, ante el terror de una velada solitaria, ella lo llamó a su lado, frente al fuego que empezaba a arder en los gruesos troncos de la chimenea. En vano se proponía hablarle de cosas indiferentes. Junto con la hora y la llama, el veneno crecía, le trepaba por la garganta hasta los labios, y comenzaba a hablar.
>
> Hablaba y él escuchaba. Jamás tuvo una palabra de consuelo, ni propuso una solución ni atemperó una duda, jamás. Pero escuchaba atentamente lo que sus hijos solían calificar de celos, de manías. (6)

Fernando es el hombre egoísta que, enamorado terriblemente de Ana María, despierta a su realidad fría y pequeña, ante su muerte:

> Ana María, ¡es posible! ¡Me descansa tu muerte! Tu muerte ha extirpado de raíz esa inquietud que día y noche me azuzaba a mí, un hombre de cincuenta años, tras tu sonrisa, tu llamado de mujer ociosa.
>
> En las noches frías de invierno mis pobres caballos no arrastrarán más entre tu fundo y el mío aquel sulky con un enfermo dentro, tiritando de frío y mal humor.
>
> Ya no necesitaré anegar la angustia en que me sumía una frase, un reproche tuyo, una mezquina actitud mía. Necesitaba tanto descansar, Ana María. ¡Me descansa tu muerte! (7)

María Bombal es una escritora de temperamento y de cultura; sabe ella que el color, la línea, el ritmo, la temperatura, los olores, los sabores, son elementos indispensables en la

prosa nueva. Nada mejor para describir paisajes, sus pequeños paisajes, que el movimiento suave de este estilo:

> La lluvia cae, fina, obstinada, tranquila. Y ella la escucha caer. Caer sobre los techos, caer hasta doblar los quitasoles de los pinos, y los anchos brazos de los cedros azules, caer. Caer hasta anegar los tréboles, y borrar los senderos, caer. (8)

A ratos se acerca a la manera de Ricardo Güiraldes en sus aguas fuertes tan reales:

> Allá lejos, a la extremidad de una llanura de tréboles, bajo un cielo vasto, sangriento de arrebol, casi contra el disco del sol poniente divisé la silueta de un jinete arriando una tropilla de caballos.
>
> Eras tú. Te reconocí de inmediato. Apoyada contra el alambrado pude seguirte con la mirada durante el espacio de un suspiro. Porque, de golpe y junto con el sol, desapareciste en el horizonte. (9)

Movimiento lento, sensualidad, olor de tierra mojada, sol, vuelo de pájaros, neblinas, exaltación de la naturaleza, todo se encuentra en la vibración de su apasionamiento natural:

> Anhela ser abandonada en el corazón de los pantanos para escuchar hasta el amanecer el canto que las ranas fabrican de agua y luna, en la garganta, y oír el crepitar aterciopelado de las mil burbujas del limo. Y aguzando el oído percibir aún el silbido siniestro con que en la carretera lejana se lamentan los alambres eléctricos, y distinguir, antes del alba, los primeros aleteos de los flamencos entre los cañaverales. (10)

Movimiento lento y sensualidad que hasta pueden revelar a una persona, más allá del significado conceptual de las palabras:

> Sus pupilas tenían el color de la miel y despedían siempre la misma mirada perezosa y dulce. (11)

La alta forma poética es frecuente en su estilo, una ex-

presión llena de luz, o de sombras, de originales imágenes y palabras selectas:

> Había en el cielo un hormigueo tal de estrellas, que debí bajarlos casi en seguida, presa de vértigo. Vi entonces el jardín, los potreros crudamente golpeados por una luz directa, uniforme, y tuve frío. (12).

Y por esta forma se va hacia el eterno enigma de las cosas, hacia un mundo metafísico de raras posibilidades de belleza:

> No se mueva. ¡Ay qué silencio! El aire parece de cristal. En tardes como ésta me da miedo hasta de pestañear. ¿Sabe uno acaso dónde terminan los gestos? Tal vez si levanto la mano, provoque en otros mundos la trizadura de una estrella. (13)

Que penetra por fin en la zona del misterio, del estremecimiento astral, llena de zozobra, de divinos hallazgos:

> Entonces ella vió, pegada a la tierra, una enorme cineraria. Una cineraria de un azul oscuro, violento y mojado, y que temblaba levemente.
> Durante el espacio de un segundo el niño y ella permanecieron con la vista fija en la flor, que parecía respirar.
> De pronto Fred desvió la luz y la tétrica cosa se hundió en la sombra. (14)

Todavía usa esta escritora instrumentos antiguos de trabajo, pero sus manos los mueven con nueva pericia. Aquí vemos el uso del color azul —tan grato a los modernistas— alivianando el paisaje:

> Los cipreses se recortaban inmóviles sobre un cielo azul; el estanque era una lámina de metal azul; la casa alargaba una sombra aterciopelada y azul. Quietos, los bosques enmudecían como petrificados bajo el hechizo de la noche, de esa noche azul de plenilunio. (15)

María Bombal alcanza una perfección técnica en sus descripciones variadas de paisaje. A veces, en golpe rápido, en pulsación de fiebre, nos revela un mundo natural o fantástico:

XUM

> Da un paso. Y atraviesa el doble anillo de niebla que lo circunda. Y entra en las luciérnagas, hasta los hombros, como en un flotante polvo de oro. (16)

Pero no sacrifica nunca la exactitud de detalle, y sus adjetivos (precipitados, secos) llegan a su frase con pasmosa docilidad:

> Mientras tanto, a lo lejos, la campana de alarma del aserradero desgajaba constantemente un repetir de golpes precipitados y secos. (17)

A veces su voz se hace más profunda, como si quisiera resumir en dos líneas largos momentos de éxtasis o de meditación:

> Hénos de pronto sumidos en la penumbra y el silencio, el silencio y la penumbra eternos de la selva. (18)

En imágenes audaces nos dará sensaciones distintas de desolación y de tristeza:

> Una tarde de invierno gané el bosque. La hojarasca se apretaba al suelo, podrida. El follaje colgaba mojado y muerto, como de trapo. (19)

Pero volverá siempre a lo que ella misma llama el goce plácidamente sensual del paisaje, al deleite del ensueño frente al mundo tangible; placer del cuerpo y del espíritu ante la belleza clara de la vida:

> La masa oscura y ondulante de la selva inmovilizada en el horizonte, como una ola monstruosa, lista para precipitarse; el vuelo de las palomas, cuyo ir y venir rayaba de sombras fugaces el libro abierto sobre mis rodillas; el canto intermitente del aserradero —esa nota aguda, sostenida y dulce, igual al zumbido de un colmenar— que hendía el aire hasta las casas cuando la tarde era muy límpida. (20)

En la obra de María Bombal el estilo ha descargado ya su lastre inútil, los viejos pleonasmos románticos, las suntuo-

sas formas decorativas del modernismo, las imágenes delirantes de los surrealistas, y ha encontrado felices correspondencias en una constante auscultación de la vida y en una natural simpatía con los fenómenos de la naturaleza.

A. TORRES-RIOSECO,
University of California.

(1).—*La Amortajada*, p. 119.
(2).—*Ibid.*, pp. 121-122.
(3).—*Ibid.*, p. 19.
(4).—*Ibid.*, pp. 21-22.
(5).—*Ibid.*, pp. 96-98.
(6).—*Ibid.*, pp. 56-57.
(7).—*Ibid.*, pp. 78-79.
(8).—*Ibid.*, pp. 11-12.
(9).—*Ibid.*, p. 39.
(10).—*Ibid.*, pp. 116-117.
(11).—*Ibid.*, p. 82.
(12).—*Ibid.*, p. 76.
(13).—*Ibid.*, pp. 62-63.
(14).—*Ibid.*, p. 71.
(15).—*Ibid.*, p. 34.
(16).—*Ibid.*, pp. 52-53.
(17).—*Ibid.*, p. 21.
(18).—*Ibid.*, p. 24.
(19).—*Ibid.*, p. 27.
(20).—*Ibid.*, p. 31.

Claudia Lars

DE acuerdo con sus condiciones sociales y económicas, la literatura expresa las características de un país. Partiendo de este aserto, se constata en El Salvador una adecuación perfecta entre poesía y medio. El Salvador es una tierra erizada de volcanes. Zona agrícola por excelencia, de tensión y de trabajo, en la que lo político sirve apenas de paramento. El hombre de esta república se caracteriza por su mudez. Raramente demuestra propensiones a la lírica. La canción no florece en sus labios y cuando lo hace, es para diluir alarmas, penas y sinsabores. El indio es triste, de una dolida y reconcentrada tristeza. No en vano lleva siglos de sufrir maltratos y violencias. Por regla general, el salvadoreño carece de donaire. Es formalista y propenso a la religiosidad. El catolicismo en estas tierras ha echado raíces profundas. La liturgia atrae, sobre todo a la mujer. El esplendor del culto viene a ser una válvula de escape, un cauce para desviar reprimidas apetencias. La mujer, en este medio, es por esencia productora. Trabaja tanto o más que el hombre. Cuando no es sierva, a más de compañera es colaboradora. Maternidad y trabajo coinciden aquí. En los mercados, en los caminos, en las alquerías, tuve ocasión de ver a las mujeres laborando con el hijo a cuestas.

El hombre es propenso a la bebida porque en la embriaguez encuentra un medio de fuga. La mujer sufre las consecuencias de esta actitud. Por eso es triste y reconcentrada. La falta de libertad política y la religión influyen en los módulos literarios. La literatura en este país es esencialmente forma-

lista. El formalismo se nota hasta en el ansia de polemizar por nimiedades. Los escritores se apasionan por digresiones teosóficas. El acento lo da la metafísica, no la dialéctica. Se va al arte como a un medio de escape: un escape lánguido y sin alegría.

Sírvame lo que vengo diciendo para explicar el lirismo de Claudia Lars. Por su temática, esta mujer es en buena parte romántica. Pero una romántica de actitud, no de escuela. Es el suyo un azorado discurrir, un verterse en los cauces de un dolor humilde, resignado y consciente, que no se resuelve por la queja ni desemboca en la rebeldía. En esto ha dejado de ser romántica. Hay tan crecida dosis de serenidad en sus versos, que no se compagina con lo caudaloso y erizado del romanticismo. Quiere, sobre todo, desvestir su alma, y nos lo dice en forma alquitarada y trémula:

> "Jirón de altura que la entraña esconde.
> Abismo en que me abismo. Ojo al vacío.
> Complicación de luz y sombra, en donde
> urde el miedo ancestral su calofrío."

En otra estrofa de este mismo poema, se ve a la autora remover las influencias ancestrales, y acertar al describir su estirpe:

> "Melancolía que del indio llega.
> Inquietud que se lanza a los caminos.
> Vibración misteriosa que me lega
> la raza celta de los nervios finos."
> ("Estrellas en el pozo").

Mas esta poesía, henchida de reminiscencias, no tiene la soltura necesaria para que traduzca sus sueños. El formalismo, pesándole en el alma, limita su circunstancia y le quiebra el sobresalto. Claudia Lars permanece simbolista. Su poesía, por lo menos en la primera parte del libro *Estrellas en el pozo*, conserva un eco de González Martínez, sobre todo en "Canto de regreso", "Canción de la noche profunda", "Aspiración" y "Dos sonetos a un místico". Su arte, con ser subjetivo, no ha roto los puentes con el mundo, y permanece ligado a los con-

tornos de la realidad. En el segundo de los citados poemas, logra imágenes de plasticidad auditiva, como cuando dice:

"Los cerros tienen actitud de espera.
Con mil lenguas azules canta el viento.
Y va clavando espinas en el tímpano
el constante chis-chis de los insectos."

Es evidente que Claudia Lars, en un estilo limpio, de metáforas puras y finas alusiones, logra mantener la elevada tensión de su alma. En el agro clásico han ganado sus sonetos, en especial ese claro y rotundo "Dueño Fuerte", que con tanta hondura trae reminiscencias del ardiente verbo de Teresa de Jesús. De aquellas virtudes acendradas por la antigüedad se muestran llenas las poesías donde Claudia Lars narra su contacto con la muerte, la supervivencia del pasado jubiloso en la removida tierra del recuerdo, y las alarmas de su corazón extraviado en la hurañez y la tristeza. Con límpida serenidad cuenta en los romances de "La Niña Dina" y "La que murió solita", el tránsito del alma hacia las vías del eterno enigma; y lo consigue con envidiable acierto de fondo y forma. No sucede lo mismo en ese "Laude a San Francisco de Asís", de un ritmo dulzón y soporoso, que dista mucho de acoplarse bien a las urgencias del sentir moderno.

La actitud neo-romántica, interferida de simbolismo, de Claudia Lars, se patentiza por modo sensible y delicado, con una dulce gravedad y un bien regido espíritu de contención, en esas dos canciones del recuerdo y de la dulce vida, en las que hay estrofas de una armonía profunda, como ésta:

"Me deslicé en tu mente más sutil que el ensueño.
Me enlacé, liana fuerte, al árbol de tu vida.
Y en un rincón del alma, a pesar de tu empeño,
callada y dolorosa me llevas escondida".

No menor intensidad refleja en estos versos:

"Quiero gustar la vida, completa, sin reserva,
como quien a su tiempo muerde fruta madura.
Para el alma que sabe y la mente que observa,
es más profundo el goce y es mayor la dulzura".

Hay aquí emoción callada ante las cosas, plenitud de trino y profundidad de raíz, deleite en el regustar claras impresiones, que atrae en el conjunto del libro, un poco antiguo y trascendentalista, a pesar del ansia, manifiesta en la poetisa, de darle limpidez y hacerlo airoso, íntimo y profundo. Esta lucha tenaz entre espíritu y forma, entre las incitaciones del instinto y la atracción de la racionalidad, entre lo realista y lo metafísico, alcanza su *climax* en "Vida, yo te bendigo", poema que ostenta magníficos chispazos. Así, en una de sus estrofas, de enérgica armonía, sintetiza todo un programa estético-vital:

> "Porque tengo las manos tiernas en la caricia,
> y ahora se me han vuelto hábiles y hacendosas.
> Yo te bendigo, vida, porque trabajan bien
> estas manos nerviosas".

La segunda parte del libro, "Cantos de la madre", es en realidad la que ha revelado al público la gran poetisa que hay en Claudia Lars, mutilada en sus poemas anteriores por el formalismo y la preocupación religiosa, de cuyo acento no ha podido emanciparse totalmente. En "Cantos de la madre" hay sólo versos de carácter íntimo, versos para acunar, que se tararean y musitan más con el alma que con los labios. Estos cantos no son en total sino ocho romances y cinco composiciones de metro vario —tercetos monorrítmicos y estrofas dodecasilábicas—, en las que apresa ternuras, mimos, alegrías, temores y dolor de la maternidad, sentida con honda inquietud psíquico-biológica, y con una gran fe puesta en el hijo, para quien desea caminos serenos y despejados.

En estos cánticos maternales se alberga una desnuda y trémula sencillez:

> "Sé valiente ahora, pobre cuerpo mío
> preso entre las garras del amc dolor:
> ten lista en los labios la canción de cuna,
> que un precioso niño me trae el amor".

Hay también comprensión tierna, cariciosa y elemental:

"Jamás he sentido una igual ternura,
un mayor encanto, más dulce dulzura.
¡Bañada estoy toda como en gracia pura!

A la madre mía más la sé querer;
ya su amor profundo puedo comprender
y entiendo el misterio que hay en la mujer".

Comprensión que a ratos se convierte en un recogimiento emocionado, en una imprecisa y retozona alegría, en la que gestan los versos más delicados que ha escrito Claudia Lars:

"Hijo que estrecho en los brazos,
aquí, sobre el corazón,
carne de la carne mía
y canción de mi canción.
¿Que de dónde a mí llegaste?
¡Quién lo pudiera decir!
Sólo sé que en mí has vivido
desde que empecé a vivir.

En mi palpitar primero
vibraba tu esencia pura,
y mi primera sonrisa
ya anunciaba tu dulzura.
Eras semilla preciosa
que en alma y cuerpo traía.
Por eso mi sér entero
alegremente crecía,
amando la vida bella
sin saber por qué razón:
era, porque tú ya estabas
dormido en mi corazón.

. . . . . .

¿Que de dónde te he cogido?
De lo más grande y mejor.
¡Cielo que bajó a mis brazos
por la puerta del dolor!"

("¿Que de dónde a mí llegaste?")

Considero que esto es suficiente para justificar el calificativo de gran poetisa que le he dado a Claudia Lars; calificativo que ella ha sabido justificar plenamente con su segundo libro: *Canción redonda*. El mayor encanto de esta poe-

sía, el encanto que nadie osará discutirle, es una simplicidad ardorosa y sensible. No hay en su verso ni boato millonario de rimas, ni metrificación difícil e imprevista ni despliegue de conocimientos retóricos. Su procedimiento ha ganado en parquedad, en sencillez y buen gusto. Los temas que escoge son los corrientes de la vida cotidiana. El hombre con el que no se tiene nada de común, el encanto de una noche bella, la ansiedad viajera, las florecillas de verano, el paseo apacible en compañía de tres amigos. Todos ellos acontecimientos banales, que no están señalados sino por una mayor intensidad emotiva. Es precisamente la intensidad de esos breves sucesos, de esos acontecimientos cotidianos, lo que les convierte en causa de emoción. Hay en ellos crisis —ya que todo hace crisis en la existencia—, pero crisis minúscula, sentida apenas como un *chock*, en la subconsciencia.

Una poesía de lo cotidiano, pues. Pero esta sería sólo una definición parcial. Agreguemos desde luego: de lo cotidiano femenino. El universo de Claudia Lars, es, esencialmente, de mujer. La casa, el campo, el goce de la amistad, los niños, las preocupaciones de un amor que se presiente tornadizo y se quisiera inmutable. A las preocupaciones del amor le gusta unir un sentimiento de lo cósmico, una profunda apetencia metafísica, que no alcanza estatura angustiosa, pero sí talla de pequeño suceso dramático. Añadamos, para mayor exactitud, que el universo de Claudia Lars es el de las mujeres de la clase media.

¿De dónde viene su importancia? Viene de que Claudia Lars ha sabido ser ella misma. Por eso está salvada. Tiene razón de pensar que lo intenso y lo sencillo es lo que nace con vocación de perdurabilidad. En todos sus poemas ha puesto la mujer un tono persuasivo, un dejo de confidencia, un decir las cosas con una voz íntima, como si a espaldas de las convenciones literarias, la poetisa se confesase con cada uno de sus lectores. Así acontece en "Nada en común tenemos", poema en el que hay esencias sugerentes, difícilmente superables en su sencillez. Al hombre joven que le ofrece amor, a quien deja entrever un sofocado impulso, la mujer un poco desencantada, que padece el drama de no haber encontrado

su par, al hombre suyo que la comprenda, con voz estriada de lágrimas, no puede sino decirle:

"¿Qué podría ofrecerte? ¿Qué sabrías
de mi pena apretada,
de mi amor mutilado y retorcido,
qué sabrías de mi alma?

¿De mi canción que vuela hasta el lucer
y camina descalza?
¿De mi sed de belleza? ¿De mi sueño
que me duele y me salva?

Nada entiendes de mí. Sólo me quieres.
Me codicias por rara.
¡Juventud delirante que desea
siempre lo que no alcanza!"

Canción redonda es libro de amor, en el que una sensibilidad delicada, traduce sobriamente, en palabras sutiles —sutiles a fuerza de uso—, las tensiones angustiosas y los movedizos sentimientos que provoca el querer. En apariencia no es una sensual. Pero en el fondo, muy en la entraña, se la siente arder. Su amor, su camaradería, se enmarcan en paisajes quietos, callados, en los que a ratos, aunque de manera muy velada, se siente caminar a García Lorca. Así cuando dice:

"El viento no se movía...
Donde la ciudad comienza
el cementerio olvidado
tenía quietud de piedra.
Altos cipreses, en fila,
estiraban puntas rectas.
Se balanceaba en la sombra
el candil de la luciérnaga,
y de los campos mojados
subía pesada esencia".

Como muy pocas mujeres, ha sabido reflejar el goce de la amistad y el magnetismo del paisaje anochecido, en un romance lleno de gracia, en el que hay versos que constituyen un hallazgo.

"El pájaro de la noche
afina en la pluma el pico,
y el primer lucero tierno
abre su broche amarillo".

("Romance de los tres amigos")

No menor intensidad refleja al presentir, más en el hondón de la subconsciencia que en el conocimiento razonable, la configuración de la personalidad en la raza india simbolizada por manera mística, en "La Virgen de las Tunas", a la que reclama:

"No mires el pasado, ni el mañana indeciso
turbe tu faz serena.
Recuerda que tu raza, oscura y misteriosa,
nunca levanta queja".

"Ha de sobrar amor para ese niño tuyo,
caído en tu tristeza.
Tal vez habrá de ser el correr de los años,
al amor de la tierra".

Este acto de suprema fe, este anonadamiento del sér en la maternidad, se paraleliza, por modo sensible, al acto de renuncia que es la entrega al sér amado. Son pocas las mujeres capaces de amar como el ardiente sér que traduce sus sentires y quereres en estos versos. Claudia Lars sabe llegar lejos en limpidez expresiva de la pasión amorosa. De ese permanecer en la atmósfera pasional, extrae a ratos estancias más desnudas, pero no por eso menos castas, en las que alumbran en la sombra, los relámpagos vagos del deseo carnal. Así en "Canción de medianoche".

"Esta noche podría quererte más que nunca.
Hay en mi corazón humilde vencimiento.
Tiembla en la mano inquieta la caricia de espera,
y queda el beso tibio en los labios suspenso".

Todos los seres que la amaron la hicieron padecer. Pero eso no le importa a quien lleva señalada el alma con la marca indeleble del amor. Al fin llega el momento en que un hombre otorga la gracia del instante puro. También con ese recuerdo, Claudia Lars construye unos versos finos:

"Todos los que me amaron algún dolor me dieron,
y todos los que amé un dolor me dejaron.
Sólo tú me alegraste como un día de fiesta.
Sólo el momento tuyo fué un perfecto regalo".

La vocación romántica hace su aparición a ratos, acicateándola con deseo de perdurabilidad. Vuelta al centro de su alma, nutrida de emoción, quiere otogarle permanencia al hombre amado, al hombre en quien cree encontrar el arquetipo de sus sueños. Para él traza en versos sencillos, esa "Antífona del Amor inmutable", donde la quejumbre del alma se muestra en estancias maestras:

"He de llevar en el oído fino
tu suave voz lejana,
y en el pequeño corazón rebelde
tu misteriosa marca.
Porque me amarra a ti nudo de siglos,
y saltando distancias
fuí, persiguiendo en encontrados rumbos
la huella de tu planta".

Para hacer más adelante su confesión más profunda, en ese "Arbol de sangre", pieza de alta espiritualidad, una de las más puras e intensas del lirismo americano. La Maternidad, en el símbolo, adquiere categoría de árbol, de árbol nutrido en sangre propia y en sangre de universo. Y en comunión con el amado, al pensar en los días de la vejez, y en el alto y joven brote del hijo, dice la poetisa:

"Su savia de dolor, potente y victoriosa,
multiplicada en cantos, trocada en gallardía,
empinada al azul y en el lodo sembrada,
ha de ofrendarse a todos en dádiva sencilla.

"Y tal vez una tarde, cuando estés viejo y solo,
y en el recuerdo se abran puertas de lejanía
te ha de llegar un soplo de fragancia olvidada...
¡Sangre transfigurada en florescencia viva!"

Y cuando la decepción le siembra las primeras sombras, cuando tiene que volverse, como nunca antes, al meollo de su angustia, cuando enfila interrogaciones a su propia soledad,

no se le presenta la muerte como un acto terrible, como una renuncia total, sino que la ve como el principio de una cadena de renacimientos. La poetisa, que vive ardientemente, vuelca su ardor en el acto de morir, y canta:

> "Cuando termina el canto en una boca
> en otra boca empieza.
> ¡Y del lodo podrido se levanta
> la nueva primavera!"

Su poesía, destilada de los redaños más trémulos del mundo de la subconsciencia, ha llegado, después de mucho esfuerzo, a obtener una luminosa simplicidad. En estos romances puros y sencillos, en estas estancias diáfanas no hay complicaciones psicológicas ni imágenes novedosas, pero la poetisa ha logrado impregnarlos de emoción legítima. En la desnuda sencillez, precisamente, halló Claudia Lars los mejores arpegios de sus cantos, y es esa poesía retozona, íntima, serena y limpia, la que nos hace aquilatar el nombre de quien laboró hasta topar en lo profundo de su alma y de su sangre, con el secreto armonioso del sér femenino".

JULIETA CARRERA,
La Habana.

Apuntes y Documentos para la Biografía de Rubén Darío

II. Algunos problemas relacionados con la estancia del poeta en Chile

FRENTE al copioso caudal de interesantes pero no siempre precisos datos biográficos que se conocen respecto a la estancia de Darío en Chile, yace la necesidad de un fundamental panorama cronológico de las andanzas del peregrino poeta, y muy especialmente de las correspondientes a todo el año 1887 y principios del siguiente. Dentro de la relativa obscuridad que reina respecto a esta época, se ocultan tales informes como su paradero durante el Certamen Varela, la fecha de su ruptura con Pedro Balmaceda, y, como luego se verá, tal vez aun la naturaleza de tal desavenencia. Las noticias que acerca de todo esto nos dan los escritores chilenos son vagas en unos casos, y, en otros, incompatibles con ciertos hechos que es menester tomar en consideración. Para mayor claridad, tratemos de rastrear los pasos del poeta desde su llegada a las costas de Chile.

Hoy se sabe que Darío desembarcó en Valparaíso el 24 de junio de 1886 y que el 5 de agosto se hallaba ya en Santiago colaborando en el aristocrático diario de Eduardo Mac Clure. (1) Según Armando Donoso, quien se ha ocupado extensamente de la estancia del poeta en la capital, "...Darío no logró gozar por mucho tiempo del modesto sueldecillo que le pagaba *La Epoca*. Bien pronto se encontró sin empleo y

en situación harto precaria, viviendo poco menos que de lance, gracias a la bondadosa magnanimidad de un generoso amigo. Felizmente para el poeta, llegó bien pronto en su ayuda su protector de siempre, Eduardo Poirier, que le pidió a Pedrito Balmaceda obtuviera del Presidente el nombramiento de guarda inspector en la aduana de Valparaíso". (2) ¿Se refiere tal vez este pasaje al período comprendido entre fines del año 1886 y principios del siguiente? El señor Donoso, como se ve, no especifica fecha alguna. Nada se puede deducir, por otra parte, del puesto que Darío ocupara en la aduana de Valparaíso, pues por una inexplicable razón no ha quedado ningún documento a este respecto. "En vano hemos revuelto los decretos de Hacienda de los años 87 y 88 —escribe Raúl Silva Castro— y en vano hemos ojeado las notas de la Superintendencia de Aduanas que se guardan en el Archivo Nacional". (3) A lo cual añade más adelante, refiriéndose al año 1887: "Durante este año, por lo demás, no se sabe que Darío fuese a Valparaíso". (4)

En una obra posterior, sin embargo, después de haber ensanchado considerablemente sus investigaciones, el mismo autor, cuyos datos bibliográficos y consiguientes deducciones nos servirán de punto de partida y principal base de comparación en el presente estudio, expone las siguiente razones:

1.—Que el poema "Anagke" salió a luz en *La Epoca* el 11 de febrero de 1887, y luego comenta: "Cosa curiosa: al pie de este poema —que está dedicado a Pedro Balmaceda Toro,... lo que prueba que no ha podido ser escrito antes de que Darío estuviera en Santiago, que es donde seguramente conoció a Balmaceda— se lee: Valparaíso, 1887. Este dato, unido a la irregularidad de la colaboración de Darío en *La Epoca*, por lo menos en la primera mitad del año 1887, indica que la vuelta del poeta al puerto se ha realizado más pronto de lo que era corriente conjeturar".

2.—Que el señor Orrego Luco "habla también de que el viaje de Darío a Valparaíso se efectuó cuando se hacía la impresión de *Abrojos*". (5)

3.—Que " 'El fardo', publicado en la *Revista de Artes y Letras*, fué reproducido en *La Epoca* el 30 de abril de ese año (1887). Y, como se sabe, este cuento... fué escrito en Val-

paraíso, donde el poeta servía —según se ha dicho, desde luego por él mismo— un puestecillo aduanero..." (6)

4.—"No dudo de que Darío fuese entonces a Valparaíso a desempeñar un cargo en la Aduana. El señor Ossa Borne me lo ha asegurado como uno de sus recuerdos más claros de Darío. (7) Pero es preciso confesar que es extraño cargo el que se desempeña en una repartición pública sin que quede testimonio escrito alguno en la documentación del servicio".

5.—Que "la permanencia del poeta en Valparaíso debe haber durado poco tiempo. Ya en septiembre de 1887 la colaboración de Darío en *La Epoca* de Santiago, que había sido escasa en los primeros meses del año (hipótesis en favor de la permanencia del poeta en Valparaíso), se hace frecuente... Esto dura hasta el final del año. A comienzos del 1888 el nombre de Darío pasa a *La Libertad Electoral* [de Santiago] simultáneamente con su efímera colaboración en *El Heraldo* de Valparaíso, iniciada el 11 de febrero y prolongada hasta el mes de junio".

Luego, a manera de conclusión, añade: "Mi hipótesis es que el poeta viajó entre las dos ciudades más de una vez, en busca de mejores condiciones para su vida y su trabajo... Todo esto queda en el terreno de las conjeturas y no puede zanjarse en definitiva por falta de documentos satisfactorios. Por el tiempo transcurrido, los que fueron amigos del poeta han olvidado muchos detalles que habría sido útil tener presentes. En todo caso, Darío estaba en Valparaíso el 3 de febrero de 1889, fecha en la cual pasó por el puerto el *Almirante Barroso*, a cuyo bordo viajaba el príncipe don Pedro del Brasil". (8)

De la comparación de tales estudios con ciertos documentos que el señor Silva Castro evidentemente no ha tomado en consideración, resaltan significativas confirmaciones, aunque también algunas diferencias. En lo que corresponde a su "hipótesis en favor de la permanencia del poeta en Valparaíso", como él modestamente llama las razones que a este respecto expone, hay que añadir tres datos que, no obstante figurar en la sección bibliográfica de su libro *Obras desconocidas de Rubén Darío*, no las toma en cuenta en su estudio biográfico,

que forma parte del mismo volumen. Así, en dicha bibliografía, vemos que en Valparaíso fueron fechados también, respectivamente en marzo y abril de 1887, los poemas "Aviso al porvenir" y "A Rosa". (9) A estos datos, en el orden cronológico en que aparecen, les precede otro que indudablemente es uno de los más significativos de cuantos tenemos a nuestra disposición: "30. Darío (Rubén). *Album porteño.* (Poemas en prosa). En *Revista de Artes y Letras,* 1887, p. 98, t. 10". (10)

El valor decisivo de este informe resalta a la vista al considerar que este *Album porteño* representa una serie de cuadros de verano en las inmediaciones de Valparaíso, cuadros que forzosamente deben haber sido concebidos, si no compuestos, durante el estío de 1887 puesto que éste fué el único que mediara entre la llegada de Darío a Chile, junio de 1886, y la publicación de tales composiciones.

En lo que toca a la vuelta de Darío a Santiago, no hallamos ninguna evidencia de que ésta se efectuara antes de llevarse a cabo el Certamen Varela —principios de octubre—, no obstante las deducciones en sentido contrario que hace el señor Silva Castro, basándose, como se ha visto, en que "Ya en setiembre de 1887 la colaboración de Darío en *La Epoca* de Santiago, que había sido escasa en los primeros meses del año..., se hace frecuente". Evidentemente se trata de un error, pues tal afirmación de ninguna manera coincide con los datos de la sección bibliográfica de *Obras desconocidas de Rubén Darío,* en que se ve que la colaboración del poeta en *La Epoca* durante el mes de septiembre —dos composiciones— apenas iguala a la de los meses de enero y febrero, respectivamente, siendo aún menor que la correspondiente a los meses de marzo y de abril. (11) En octubre, igual que en septiembre, figuran sólo dos composiciones. No es hasta noviembre que tal colaboración se hace más frecuente que en los meses anteriores, lo cual coincide precisamente con el dato: "Santiago, Noviembre de 1887", que se lee al pie de "Un soneto para bebé", que, según la ya citada bibliografía, es la primera composición que durante este año aparece fechada en la capital.

La discrepancia que surge entre las deducciones del señor Silva Castro y los datos que acabamos de citar, como se ve, atañe al paradero de Darío durante los meses de septiembre y octubre, período de no escaso interés biográfico, pues dentro de él se encierran las actividades del poeta relacionadas con el Certamen Varela. Los documentos que acerca de tales actividades han quedado no llegan a abarcar todo el período en cuestión, pero sí indican claramente que la permanencia de Darío en Valparaíso se extendió por lo menos hasta la fecha a que se refieren.

Consideremos, en primer lugar, dos cartas de Pedro Balmaceda Toro dirigidas al poeta. En la primera, fechada en "Santiago, setiembre 1º de 1887", se lee: "Mi querido Darío: ... Un consejo, que espero seguirás con entusiasmo. Es un deseo de amigo. Puede traerte provechos de consideración. El señor Varela ha abierto un nuevo certamen para el mes de setiembre". — Y luego continúa: — "1. Doce composiciones subjetivas, por el estilo de las de Bécquer. 2. Un canto épico a las glorias de Chile... Trabaja y obtendrás el premio, un premio en dinero, que es la gran poesía de los pobres..." (12) En otra carta, fechada igualmente en "Santiago, setiembre 17 de 1887", escribe Balmaceda refiriéndose a las poesías de estilo becqueriano que el poeta preparaba a la sazón para dicho certamen: "Junto con ésta van las *Otoñales*... Ojalá corrigieses las que te envío y en época oportuna me las remitas todas; que los dos, Manuel y yo, nos encargaremos de llevarlas a la Universidad". (13) Por estas últimas palabras se echa de ver que hasta entonces Darío no había manifestado intención alguna de emprender viaje a la capital en el próximo futuro. Es de observar, además, que las *Otoñales*, que juzgando por el pasaje que acabamos de leer aún se hallaban en preparación a mediados de septiembre, están fechadas en "Valparaíso, 1887". (14)

Las circunstancias en que Darío preparó su "Canto épico a las glorias de Chile", para el mismo certamen, también indican que esta composición fué escrita en Valparaíso, tal vez aún algo más tarde que las *Otoñales*, o *Rimas*. De lo que luego reveló uno de los protectores del poeta en Valparaíso, en cuanto a la historia de este "Canto épico", se echa de ver

que el nicaragüense no dió principio a tal poema hasta ya bien entrado el mes de septiembre, después de haberse preparado para desarrollar un tema distinto al que finalmente decidió utilizar, y cuando ya apenas le quedaba tiempo de hacer el trabajo para el certamen, cuyo plazo para la admisión de composiciones había de expirar el 1º de octubre. Así escribió el patriarca de las letras porteñas, don Eduardo de la Barra, en un artículo polémico sobre Darío a raíz del Certamen Varela, refiriéndose al "Canto épico": "Cierto que yo le hice algunas indicaciones de forma... y una de fondo... A él le agradó mucho ese recurso épico que yo le ofrecía; mas como nada supiera de nuestra guerra, como no conociera su origen, ni los hechos gloriosos llevados a cabo, ni los lugares donde se desarrolló el gran drama, ni los héroes que en él intervienen, y ya como tiempo no quedaba para ese estudio, ya que él se había limitado a estudiar el episodio de Iquique, me dijo que no podía ejecutar mi idea por más que le agradara. Yo le salvé esta dificultad y, apelando a mis recuerdos, le escribí en el acto apuntes en prosa que él convirtió en lindos versos..." (15)

Desde la temporada a que se refiere este artículo, la cual evidentemente se extiende hasta fines de septiembre, se pierde todo indicio del paradero de Darío hasta noviembre, mes en que aparecen las primeras indicaciones de su nueva estancia en la capital. Esta falta de noticias biográficas coincide muy aproximadamente con un paréntesis de silencio que se abre en la producción del poeta.

Desde el día en que su triunfante "Canto épico" salió a luz en *La Epoca* de Santiago, 9 de octubre, su colaboración en los periódicos y revistas de Chile cesa por completo hasta el 2 de noviembre, fecha en que vuelve a aparecer en el mismo diario, haciéndose desde entonces notablemente más frecuente y regular que en todos los meses anteriores del año. (16)

A falta de noticias más exactas, bien se puede suponer que Darío se trasladara a Santiago dentro de este lapso de tiempo. El mismo hecho de no haber en las cartas de Balmaceda nada que sugiera que el poeta tuviese a la sazón este viaje en perspectiva, parece indicar que su vuelta a la capital

se debiera directamente al premio de 300 pesos otorgado a su "Canto épico" a principios de octubre.

Como queda dicho, la composición titulada "Un soneto para bebé" es la primera que durante este año aparece fechada en Santiago, en el mes de noviembre, siguiéndola luego "La copa de las hadas", en diciembre. (17) Existen, además, tres composiciones que indican la presencia de Darío en Santiago hasta principios de febrero del año siguiente. Entre éstas se encuentra "La lira de las siete cuerdas", fechada en "Santiago, enero de 1888", recientemente publicada por Julio Saavedra Molina, habiendo permanecido hasta entonces inédita en el álbum de Elisa Balmaceda Toro. (18) Por una interesante referencia de Darío, se ve que este poema fué escrito precisamente en casa del Presidente Balmaceda: "Una ocasión —dice el poeta en el capítulo que a tal lugar dedica en su libro *A. de Gilbert*—, hallándose don Carlos en Santiago, me mostró Pedro el álbum de Elisa: '¡Y bien! Tú que tienes humos monárquicos, date el lujo de escribir tu firma después de la de un rey!'... Antes que el príncipe habían escrito sólo dos personas; el ilustre padre de la niña, que puso en la primer hoja del libro una página de su corazón, y el poeta Guillermo Matta, que había rimado un hermoso soneto. Con cierta justificada vanidad por entrar en tan honrosa y noble compañía a aquel jardín delicado de un ángel, yo dejé mi ofrenda. Escribí 'La lira de las siete cuerdas', versos inéditos hasta ahora..." (19) La representación de *La Dama de las Camelias* y de *Hernani* por Sara Bernhardt, en el Teatro Municipal de Santiago, fué también el objeto de dos composiciones que se hallan fechadas en la capital, respectivamente en enero y febrero de 1888. (20) Evidentemente estos artículos tampoco llegaron a publicarse en Chile, pues no figuran en el trabajo del señor Silva Castro.

Para terminar de una vez esta monótona cuanto fundamental demarcación cronológica, añadamos que en su artículo inicial de la serie titulada *La Semana*, en *El Heraldo* de Valparaíso, consta que Darío se hallaba ya de vuelta en la ciudad porteña a principios de febrero del mismo año: "Yo, que casi nunca veo la aurora —decía el poeta el 11 de dicho mes—, estaba preocupado por tener que iniciar hoy estas revistas se-

manales de *El Heraldo* y, lo que es peor, sin hallar sobre qué escribir la primera... Fuí, pues, a las orillas del mar nacarado y medio dormido, siempre solemne... El pobre narrador de cuentos, el pobre poeta, meditaba en lo dificultoso de su situación de revistero. Y sobre todo, de revistero en la buena ciudad de Valparaíso". (21) Según todas las indicaciones, el poeta hubo de residir en Valparaíso durante el resto de su estancia en Chile; por lo menos no conocemos ningún dato que sugiera lo contrario.

No dejan de ser interesantes algunos contrastes que sobre este panorama cronológico surgen de entre lo que se ha escrito respecto al período que acabamos de recorrer.

En lo que toca a la ya bien analizada y frecuentemente combatida *Autobiografía*, más cabe ahora, en verdad, sacar a relieve lo que en ella se ha callado. "Por Pedro —dice el poeta inmediatamente después de rememorar sus impresiones durante la temporada que sirviera de repórter en *La Epoca* de Santiago— pasé a Valparaíso, en donde —¡anomalía!— iba a ocupar un puesto en la Aduana. Valparaíso, para mí, fué ciudad de alegría y de tristeza, de comedia y de drama y hasta de aventuras extraordinarias. Estas quedarán para después. Pero no dejaré de narrar mi permanencia y mi salida de la redacción de *El Heraldo*. Lo dirigía a la sazón Enrique Valdés Vergara. Era un diario completamente comercial y político. Había sido yo nombrado redactor por influencia de don Eduardo de la Barra, noble poeta y excelente amigo mío. Debo agregar para esto la amistad de un hombre muy querido y muy desgraciado en Chile: Carlos Toribio Robinet. Se me encargó una crónica semanal. Escribí la primera sobre *sports*. A la cuarta me llamó el director y me dijo: 'Usted escribe muy bien... Nuestro periódico necesita otra cosa... Así es que le ruego no pertenecer más a nuestra redacción...' Y, por escribir muy bien, me quedé sin puesto". (22) Los datos que siguen se limitan virtualmente a sus últimos días en Valparaíso antes de embarcarse para Centroamérica.

Mucho más completa, desde nuestro punto de vista, es la narración que aparece en su autobiográfica "Historia de un sobretodo", que no deja de guardar significativa armonía con los datos arriba examinados; excepción hecha, desde luego,

del evidente anacronismo en cuanto a su "sueldo" en *El Heraldo* de Valparaíso. Gracias a la valiosa labor de investigación del señor Silva Castro, hoy se conoce toda la colaboración del poeta en tal diario. Fuera de "La canción del oro", que se publicó el 1º de junio de 1888, dicha colaboración se reduce a la ya mencionada serie de artículos semanales de carácter local, evidentemente escrita a "sueldo", habiéndose extendido desde el 11 de febrero hasta el 14 de abril, o sea, aproximadamente, durante el verano de 1888. Pues bien, el poeta escribió:

"Es el invierno de 1887, en Valparaíso... Hace un frío que muerde hasta los huesos... Yo voy tiritando bajo mi chaqueta de verano, sufriendo el encarnizamiento del aire helado, que reconoce en mí a un hijo del trópico. Acabo de salir de la casa de mi amigo Poirier, contento, porque ayer tarde he cobrado mi sueldo de *El Heraldo*, (23) que me ha pagado Enrique Valdés Vergara, un hombrecito firme y terco... Poirier, sonriente, me ha dicho, mirándome a través de sus espejuelos de oro: 'Mi amigo, lo primero, comprarse un sobretodo!'... He allí un almacén de ropas hechas... Desde que entro hago mi elección... Es un *ulster*, elegante, pasmoso, triunfal... 'Ochenta y cinco pesos!' ¡Jesucristo!... Cerca de la mitad de mi sueldo; (24) pero es demasiado tentadora la obra y demasiado locuaz el dependiente... Pago, pido la vuelta, me pongo frente a un gran espejo el *ulster*, que adquiere mayor valer en compañía de mi sombrero de pelo, y salgo a la calle más orgulloso que el príncipe de un feliz y hermoso cuento.

"Ah, cuál larga sería la narración detallada de las aventuras de aquel sobretodo! El conoció desde el Palacio de la Moneda hasta los arrabales de Santiago; él noctambuleó en las invernales noches santiaguesas, cuando las pulmonías estoquean al trasnochador descuidado;... él conoció de cerca a un gallardo Borbón, a un gran criminal, a una gran trágica; (25) él oyó la voz y vió el rostro del infeliz y esforzado Balmaceda..." (26)

Uno de los casos que menos armonía guardan con los documentos que hemos analizado, es el que se da con la versión

que de la ruptura de Darío con su amigo Pedro Balmaceda aparece en la bien conocida obra de Armando Donoso:

"Pobre Pedrito!, a medida que su enfermedad le hacía sentir más inmediata la realidad de la muerte, su carácter se tornaba más propicio a las susceptibilidades, que a veces llegaban a convertirse en él en femeninos rencores. Irascible y violento, un día rompió para siempre con su amigo Rubén, a quien acababa de conseguirle un empleo en la Aduana de Valparaíso. Acompañado con el poeta se dirigió cierta tarde a buscar al común amigo Samuel Ossa Borne, secretario por ese entonces en la administración del Correo: al descender los peldaños de una escalera, Rubén dió un tropezón violento y, tratando de buscar donde asirse, tuvo la mala fortuna de colocarle la mano en la espalda a Pedrito. ¿Creyó éste que Rubén se valía de un pretexto para tocarle la corcova, siguiendo aquello del adagio popular de quien toma la joroba del jorobado alcanza buena fortuna? Así pareció justificarlo su ira violenta e inmediata contra el poeta, que también hilaba delgado en los fueros de su orgullo para no sentirse ofendido ante aquel incomprensible exabrupto. Desde ese momento Rubén y Pedro Balmaceda no se volvieron a ver ni a tratar.

"En el libro sobre su amigo, que poco más tarde publicó Darío en San Salvador, refirió la historia de este rompimiento atribuyéndolo a circunstancias que le hicieron aparecer ante él como 'sirviendo intereses políticos contrarios a los de su padre' y sobre todo a razones 'que bien podrían llamarse explotación de la necesidad'.

"¿Tal vez encontró el poeta demasiado grotesca la verdadera causa de su ruptura con Pedrito que, sin embargo, resulta más humana y comprensible que la de razones políticas en quien jamás supo nada de ella ni participó de sus mezquinos enredos, hasta resolverse a silenciarla en cambio de una explicación muchísimo más singular?" (27)

Como se ve, el señor Donoso dice que este incidente ocurrió cuando Pedro Balmaceda "acababa de conseguirle un empleo en la Aduana de Valparaíso". Para precisar más la fecha, añadamos un pasaje que de la misma obra citamos anteriormente con respecto a la primera temporada que el poeta

pasara en Santiago: "Darío no logró gozar por mucho tiempo del modesto sueldecillo que le pagaba *La Epoca*. Bien pronto se encontró sin empleo y en situación harto precaria, viviendo poco menos que de lance, gracias a la bondadosa magnanimidad de un generoso amigo. Felizmente para el poeta, llegó bien pronto en su ayuda su protector de siempre, Eduardo Poirier, que le pidió a Pedrito Balmaceda obtuviera del Presidente el nombramiento de guarda inspector en la aduana de Valparaíso". (28) Es decir, estamos a fines del año 1886, o, cuando más tarde, a principios del 1887. En vista de que "Desde ese momento Rubén y Pedro Balmaceda no se volvieron a ver ni a tratar", como afirma el señor Donoso, ¿cómo es posible explicar las cartas que con fecha del 1º y del 17 de septiembre escribiera Balmaceda a Darío? ¿Ni cómo es posible reconciliar tal aseveración con la intimidad de los dos amigos en la primera parte del verano de 1888, al calor de la cual vertiera el poeta su "Lira de las siete cuerdas" en el álbum de una de las hermanas de Pedro? Es de advertir, además, que no falta evidencia de que esta amistad se extendiera hasta después de haber vuelto Darío a Valparaíso en el verano de 1888.

"Hallándose Pedro en Lota —escribía el poeta en agosto de 1889— hará como un año, sufrió uno de los más formidables ataques de su dolencia. Estaba en una fiesta. 'Sentía —me dice en una carta—, sentía morir lejos de mi familia, y lo que más me martirizaba era morir de frac y de corbata blanca' ". (29)

Con tales antecedentes, veamos de lleno la versión que nos da Darío de su ruptura con Balmaceda: "Yo no le volví a ver desde a mediados de 1888. Además, acaecimientos penosos nos separaron. Nuestra amistad fraternal tuvo una ligera sombra. A ella contribuyeron situaciones que me hicieron aparecer ante él como 'sirviendo intereses políticos contrarios a los de su padre', rápidos relámpagos de carácter, y sobre todo, razones que bien podrían llamarse la explotación de la necesidad. No estreché su mano al partir". (30)

No dudamos que ocurriera el incidente que nos narra el señor Donoso; pero, desde luego, no es posible aceptar a la vez las consecuencias que él le atribuye y la fecha que él indica.

En tal alternativa, optamos por aceptar la fecha, pues claro está que si al poeta le hubiese parecido "demasiado grotesca la verdadera causa de su ruptura con Pedrito", como supone el señor Donoso, fácil le hubiera sido guardarla dentro de un comprensible silencio, sin que le fuera menester, en todo caso, inventar razones tan evidentemente humillantes para él como las que "bien podrían llamarse la explotación de la necesidad". En fin, lo que cabe afirmar es que la amistad de Pedro Balmaceda para con Darío se extendió hasta pocos meses antes de que éste abandonara las costas de Chile.

ANTONIO DE LA TORRE,
University of Oklahoma.

(1).—Raúl Silva Castro, estudio introductorio en *Obras desconocidas de Rubén Darío*, Santiago, Chile, 1934, p. XVII.

(2).—Armando Donoso, "Rubén Darío en Chile", en *Obras de juventud de Rubén Darío*, Santiago, Chile, 1927, p. 71.

(3).—Raúl Silva Castro, *Rubén Darío y Chile*, Santiago, Chile, 1930, p. 26.

(4).—*Ibid.*, p. 35.

(5).—Este libro debe de haber salido a luz a principios de 1887, pues la reseña que de él escribió Eduardo Poirier lleva fecha de marzo 21 de dicho año. Véase la bibliografía compilada por Raúl Silva Castro, en *Obras desconocidas*, etc., pp. CXII y CXIII.

(6).—Raúl Silva Castro, estudio introductorio en *Obras desconocidas*, etc., pp. XXVI y XXVII.

(7).—Al pie de la p. XXXI de *Obras desconocidas*, etc., se lee: "En carta al autor el señor Ossa Borne precisa más: '... en cuanto al empleo en la Aduana, lo obtuvo Pedrito Balmaceda Toro gracias a su pariente don Jil Alberto Fernández, que tenía empleo no menudo e influencias en la Administración de la Aduana". Por cierto que también el mismo Darío escribió: "Por Pedro Balmaceda Toro pasé a Valparaíso, en donde —¡anomalía!— iba a ocupar un puesto de aduana". *Autobiografía*, Ed. Maucci, p. 75.

(8).—Raúl Silva Castro, *ibid.*, pp. XXXI-XXXIII. Su mención al *Almirante Barroso* se refiere al artículo que a tal respecto escribió Darío en Valparaíso.

(9).—*Ibid.*, p. XCIV.

(10).—*Ibid.*, p. XCIII.

(11).—He aquí el número de composiciones de Darío que aparecieron en *La Epoca* durante el año 1887, mes por mes, según la ya citada bibliografía, pp. XCIII-XCVII: enero, 2; febrero, 2; marzo, 3; abril, 4; mayo, 1; junio, 1; julio, 0; agosto, 0; septiembre, 2; octubre, 2; noviembre, 5; diciembre, 4.

(12).—Carta reproducida en Rubén Darío, *A. de Gilbert*, Madrid, pp. 194-5.

(13).—*Idem*, p. 197.

(14).—Véanse las dos ediciones que existen de las *Otoñales*, o *Rimas*: Rubén Darío, *Rimas y abrojos*, Madrid, p. 54; y *Obras de juventud de Rubén Darío*, edición ordenada por Armando Donoso. Santiago, Chile, p. 193.

(15).—Artículo reproducido en Armando Donoso, o. c., p. 89.

(16).—Consúltese la bibliografía compilada por Raúl Silva Castro, o. c., véase también nuestra nota 11.

(17).—Raúl Silva Castro, *Bibliografía*, o. c., p. XCVII.

(18).—Rubén Darío, *Poesías y prosas raras*, compiladas y anotadas por Julio Saavedra Molina, Santiago, Chile, 1938, p. 9.

(19).—Rubén Darío, *A. de Gilbert*, Madrid, pp. 63-4.

(20).—Rubén Darío, *Páginas de arte*, Madrid, pp. 119-128 y 129-144.

(21).—Reproducido en *Obras desconocidas de Rubén Darío*, edición recogida por Raúl Silva Castro, pp. 111-2.

(22).—Respecto a esta versión del poeta, ha escrito Silva Castro: "...lo que Darío dice sobre su colaboración en *El Heraldo* es casi todo falso. Desde luego, firma ocho crónicas (no cuatro) en el diario porteño, bajo el título común de *La Semana*. Todas ellas son comentarios livianos de los hechos del día. No es la primera la que versó sobre los deportes, como Rubén Darío quiere hacernos creer. La dedicada a ese tema ocupa el séptimo lugar en la serie y se lee en la edición del 7 de Abril de 1888". Y luego añade en una nota marginal: "Si se relacionan las fechas de la colaboración de Darío en *El Heraldo* se advierte que pasó en Valparaíso la temporada veraniega de 1888. La suspensión de sus publicaciones en ese diario, ¿no se debería a que con el fin de aquella temporada disminuyó la circulación de *El Heraldo*? Es más lógico esto que atribuir la suspensión a que el colaborador escribía demasiado bien..." o. c., p. XXXII. Esta no es la única vez que Darío atribuyera la pérdida de su puesto en *El Heraldo* a las razones que indica en la *autobiografía*, escrita en 1912. Siete años antes ya había escrito a su amigo Emilio Rodríguez Mendoza: "El pobre Valdés Vergara, ¿no me suprimía mis crónicas de *El Heraldo* porque escribía demasiado bien?" Este pasaje, que copiamos de Armando Donoso, o. c., p. 81, evidentemente es sacado de la famosa "Carta confidencial", del 10 de febrero de 1895, y publicada más tarde por Rodríguez Mendoza en su libro *Como si fuera ayer*, en 1922, obra que no nos ha sido posible consultar.

(23).—No es éste el primer caso de anacronismo que se haya dado en cuanto a la colaboración de Darío en *El Heraldo;* ya Silva Castro ha llamado la atención al que cometiera Armando Donoso. Vide Raúl Silva Castro, o. c., p. XXVII, nota marginal.

(24).—El hecho de que 85 pesos fueran "casi la mitad" de su sueldo, como dice, muestra que no podía haberse referido al precio que *El Heraldo* le pagara por "La canción del oro", publicada más tarde, sino efectivamente al "sueldo" que ganara por su colaboración semanal.

(25).—Si este sobretodo efectivamente conoció a Sara Bernhardt, "la gran trágica", y a don Carlos, "el gallardo Borbón", se ve que no es nada improbable la fecha a que esta "Historia" se refiere, bien pudiendo el sobretodo haber sido comprado con el sueldo que el poeta ganara en la Aduana. Lo más probable, sin embargo, es que se refiera al invierno de 1886, apenas llegado a Valparaíso este "hijo del trópico", vistiendo "chaqueta de verano".

(26).—Rubén Darío, *Impresiones y sensaciones,* Madrid, pp. 163-7.

(27).—Armando Donoso, o. c., pp. 53-4.

(28).—*Ibid.,* p. 71.

(29).—Rubén Darío, *A. de Gilbert,* Madrid, pp. 173-4. La fecha de agosto, 1889, en que se escribió esta obra, aparece en p. 181.

(30).—*Ibid.,* p. 174.

Evocación del Viejo Colegio

Rdo. Padre Rector:
Reverendos Padres:
Señoras: Señores:

SIGUIENDO la pauta que da la tónica espiritual a la Compañía de Jesús desde los años mismos de su fundación, el cuarto centenario de este suceso de resonancia universal se celebra en Cuba, en la Habana, con una serie de actos que tienen una nota de cotidianidad y que afirman la unión entrañable entre los maestros del colegio y sus antiguos educandos. Hay una anécdota muy expresiva de los primeros tiempos del Instituto que nos cuenta cómo al saber el santo fundador que sus maestros Laínez y Salmerón habían sido enviados, por el Papa Paulo III como teólogos de Su Santidad al Concilio de Trento, les ordenó que antes de dar su parecer en el Concilio, se fueren al hospital y sirvieren en él a los pobres enfermos, y enseñasen a los niños, los principios de nuestra santa fe, y después de haber echado estas raíces pasaran adelante y cumpliesen sus propósitos. (1)

La Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio de Belén me ha honrado designándome para que diga en su nombre unas breves palabras en uno de los actos de la semana conmemorativa del cuarto centenario de la fundación de este Instituto glorioso. Y vengo a cumplir un mandato de conciencia al aceptar la honrosísima designación. No pensé en lo decaído en que forzosamente ha de encontrarse mi ánimo después de tres años de labores cotidianas en un cargo oficial,

de nombre sonoro pero de limitadísimas posibilidades, no pensé en el cansancio natural, ni en tantas ilusiones marchitas, ni en que nunca he podido sentir esa inconfundible luz interior que acompaña a todo acento de auténtica oratoria, sino que he sido simplemente, humildemente, un estudiante de por vida. Pensé tan sólo que era un deber mío levantar mi débil voz en estas fiestas del centenario y acepté con júbilo y gratitud la invitación de mi querido amigo y condiscípulo el Dr. Nicolás Sierra, presidente dignísimo de la Asociación de Antiguos Alumnos.

Más de una vez, puesto en el camino de los recuerdos, claro indicio de que hemos doblado en la vida el cabo de las Tormentas, he evocado el ambiente suave y apacible del viejo Colegio de Belén, donde discurrieron algunos años de mi infancia. Yo no puedo sustraerme en estos momentos, para mí de una honda y melancólica emoción, a ese ritmo, a ese fluir de íntimas memorias. Veo en el nuevo y monumental escenario el mismo espíritu, la misma fe, la misma creadora esperanza, la misma enardecida caridad, y siento la convicción profunda de que todo podrá perderse, desvanecerse, menos la fuerza moral que rige nuestros destinos y la misteriosa luz, trémula y vacilante muchas veces, que guía nuestros impulsos interiores.

Hijo de un antiguo alumno, había de encontrarme en el Colegio de Belén desde el primer momento, en un ambiente familiar. No era necesario el recuerdo de los de mi sangre, este nexo profundo del discipulado paterno, para que encontrase en las vastas galerías, en las aulas luminosas y alegres, en los patios de recreo, en este aprendizaje de la niñez tornadiza una resonancia de cosa que ya se había vivido una vez y que vibraba de manera misteriosa en nuestra tenue conciencia infantil. Cincuenta años había cumplido, o iba a cumplir ya el Colegio de Belén, cuando llamé a su puerta. Varias generaciones cubanas habían pasado por sus aulas. Era en 1904 una tradición creadora en la cultura cubana. Había formado muchas conciencias, había modelado muchos caracteres, había intervenido, en fin, con las fuerzas imponderables del espíritu, en la génesis misma de nuestra nacionalidad. Nues-

tra patria cubana comenzaba su trayectoria de nación libre. Esta institución, cincuentenaria entonces, le ofrecía el concurso inestimable de una comunidad de hombres de experiencia tres veces secular, de una comunidad de hombres afirmada en medio de las mayores adversidades, de las persecuciones más crueles, de los sacrificios personales más generosos, de los actos más heroicos, con silencioso heroísmo interior, con cotidiano, sereno e ignorado heroísmo casi siempre.

Sé que traduzco un estado de conciencia colectivo al decir estas palabras. Si voy con la necesaria brevedad a evocar algunos recuerdos personales, lo hago porque esta experiencia propia ha de reflejar la de muchos de los amigos de aquellos años, los que hoy con clara personalidad colectiva se acercan al Colegio de Belén para rendirle en esta su gran fecha histórica y de toda la cristiandad, un íntimo y silencioso homenaje.

Belén en 1904 era una institución gloriosa en la vida espiritual cubana. No me estoy refiriendo a hechos notorios en el orden científico como el de su gran observatorio y a la dinastía de sabios especialistas que han fijado leyes en la meteorología y han prestado eminentes servicios al país, ni al hecho tangible, que ninguna pedagogía libre de prejuicios discute, de la ejemplaridad de su docencia: al hablar de que en la vida de la nación representaba un signo de luz, de fuerza, de honda resonancia interior, estoy refiriéndome a su acción modeladora, constructiva, serena, del carácter de las nuevas generaciones, a la afirmación, en el duro cerco del positivismo finisecular, de los más auténticos e indiscutibles valores del espíritu. El Colegio había recogido la última conquista de la pedagogía, sus laboratorios eran modelo en su clase, su tradición de buenas humanidades, nota característica de su *Ratio Studiorum*, se mantenía con esplendor (en la cátedra de Literatura del Colegio, que hoy enaltece el muy querido Padre Rubinos, de vasta y selectísima cultura y un gran temperamento poético, comenzaba por aquellos años su brillantísima carrera literaria el Padre Félix González Olmedo, insigne humanista), las disciplinas históricas se profesaban con tal amplitud que la historia de Cuba y la de nuestras letras se daban en forma cíclica, cuando no habían alcanzado a entrar en los

programas de la enseñanza oficial: esta peculiaridad característica del Colegio salvó en 1916 para Cuba la gran Biblioteca del erudito Escoto, importantísima para nuestras letras y que estaba a punto de *emigrar* a alguna universidad de los Estados Unidos. Quiero en este punto consagrar un recuerdo al Padre Oraá, ilustre figura de la Compañía y Rector del Colegio —inolvidable Rector— por aquellos años. Todo esto es mucho y puede considerarse decisivo en la historia de una institución. Pero son otros hechos los que punzan ahora en mis recuerdos. Más diversos en su expresión, pero de la misma jerarquía espiritual. Son sencillamente hechos de vida evangélica, y con esto ya lo he dicho todo.

Una vez, cuando nos preparábamos para la primera comunión (era algunos años antes del advenimiento del gran Papa de la Eucaristía, que llamó a los niños en su primera infancia al misterio inefable), faltó un día uno de nuestros compañeros. Era quizá el más fuerte, el más saludable de todos nosotros. Súbitamente había muerto. Lo supe cuando pasado el domingo volví del campo y oí la más tierna y conmovedora plática que he oído en mi vida. Por primera vez había tenido contacto con la muerte, conocía ese ambiente inconfundible y tremendo que rodea a la muerte. Sentía ese desgarrador acento de toda postrera despedida. Todo lo que aquel sacerdote de alma angélica iba diciendo tenía una profunda resonancia en nuestro espíritu infantil. El sacerdote era el director de nuestra Congregación y fué también el primer director espiritual que tuve. No es por esta circunstancia, sin embargo, por lo que lo veo rodeado siempre de un símbolo de bondad. Era de hablar sosegado, con una serenidad interior que le llenaba de luz la penetrante mirada. Y lo que para nosotros era un suceso terrible, él, al recordar con una suave tristeza al ausente, nos hacía verlo como un suceso familiar, como el acaecimiento de todos los días. Pero al hablarnos así, al prepararnos de esta suerte, todos nos sentíamos misteriosa e inesperadamente confortados. En los días aquellos de mi niñez, al sentir el primer contacto con la muerte, había sentido también la inconfundible luz de lo sobrenatural. ¡Qué valor espiritual enorme en la conciencia infantil el de este sentido de la perdurabilidad de la vida!

Aquel sacerdote ejemplar, que dirigió durante muchos años la Congregación de San Estanislao de Kostka, fué el P. Miguel Santiesteban, cuya santa memoria me acompaña siempre y a la que dedico estas férvidas palabras de reconocimiento.

En nuestra segunda división había, como ocurre siempre, el alumno que mantenía durante todo el año su grado de *excelencia*. Tenían todos o casi todos los premios de las varias asignaturas que forman la enseñanza preparatoria para el ingreso en el bachillerato. Ni una sola vez había dejado el primer lugar de las periódicas distribuciones de premios. En los actos solemnes, con aquel uniforme tan poco deportivo que usábamos por 1904, con la corbata de lazo, con el cuello de *pajarita* con sus agresivas puntas, con aquel chaleco blanco que crujía y rebrillaba con el almidón, todos parecíamos iguales en el atuendo. Pero cuando íbamos con nuestro traje de diario, comprendíamos que aquel líder de los mejores estudiantes, a pesar de su pulcritud, revelaba en ciertos detalles la dura vida de su casa, el batallar constante y afanoso con la siempre apocada fortuna. Aquel compañero era para todos nosotros un ejemplo. Representaba la voluntad férrea, el ansia de superación, la actitud firme ante la vida. Todo lo obtenía del Colegio: elementos para sus estudios, recompensas para su aplicación, estímulos para su conducta. En él se cumplía una de las grandes funciones sociales del Colegio. Esa gran función de la justicia, que exalta el mérito, que sabe descubrirlo, aun en la más desvalida de las criaturas. Aquel hijo de sus propias obras llegó a ser en nuestra mente infantil un símbolo. A la distancia veo lo que pudo influir en los rumbos de mi vida. Desde luego no es necesario que diga que todo esto tocaba en las puras esencias de la democracia. Para todos nosotros, muchachos de diez a trece años, era aquello una lección de vida.

Pero no sólo debe reconocerse, estimularse, el esfuerzo que corona el éxito, sino que la simple voluntad, el propósito firme y denodado merecen también el saludable estímulo. De este sentido de justicia, matizado quizá de misericordia, tuve yo una experiencia directa, y, después de tanto tiempo, no alcan-

zo a ver lo sucedido como un infortunio. Yo tenía tantas aficiones a la declamación como inhabilidad para su ejercicio. Tenazmente había logrado ciertas cualidades en la dicción. Mas el gesto era siempre torpísimo, sin expresión alguna. Pero mi tenacidad, mi esfuerzo, me valieron uno de los primeros lugares en el programa literario de una de las fiestas del Colegio. Yo no sé lo que pasó por mí cuando no me vi frente al buen maestro sino ante una concurrencia nutridísima de familias de alumnos y de todo el Colegio. Recuerdo que la poesía tenía este título: "Una pregunta a María Inmaculada". Salí de aquello con el ánimo de nunca más reincidir. Uno de mis compañeros no vaciló en decirme su juicio poco generoso: "Has estado fatal". Recuerdo con precisión sus palabras, al cabo de tantos años. Como también que en aquella misma fiesta obtuvo uno de sus primeros triunfos de recitador sonoro, vibrante, un amigo inolvidable, poeta de raíz, poeta en medio de su prodigalidad sin tasa, y aun de sus concesiones constantes a una literatura circunstancial y de tono menor. Aquí, en este Colegio de Belén, se formó su espíritu lírico, aquí fué enriqueciendo sus cualidades temperamentales, aquí encontró en el P. Olmedo el más generoso de los maestros. Gozó de fama dilatada: escribió más de veinte libros, cultivó el teatro, llegó a conocer todos los halagos y todos los peligros de la popularidad. Murió de súbito en lo mejor de su juventud. Un olvido injusto ha ido envolviendo a su nombre. Deber es de los que fuimos sus amigos, de los que conocimos los ricos dones de aquella alma privilegiada, de los que presenciamos en la niñez sus triunfos iniciales, ir rescatándolo de esta niebla que envuelve su claro nombre lírico. Porque, sin este nombre, el de Gustavo Sánchez Galárraga, no podrá escribirse la historia de la poesía cubana en el período que va de 1910 a 1934: los veinte y cuatro años largos que vivió el poeta para su arte generoso.

Con deliberado propósito he rehuído en esta evocación de pequeños y grandes recuerdos la forma histórica, vocación esencial de mi vida. Solamente quiero subrayar un hecho, que llega a mi memoria con una honda significación. Fué aquí donde sentí por primera vez, en aquellos mis doce años, esa profunda pasión de mi humilde vida estudiosa, la vocación

por la historia. Fué el Padre Bonifacio, maestro de varias generaciones, tan querido de todos los que pasamos por su cátedra, quien una vez, al aproximarse uno de los ejercicios de oposición a premios, puso en mis manos un libro de Historia de Cuba, distinto al epítome que teníamos en clase. La explanación de hechos que aparecían tan abreviados en nuestro pequeño manual, tuvo una profunda influencia en mis años infantiles. Sentí que aquello me apasionaba, me llenaba de un interés hasta entonces desconocido. Nunca lo he podido olvidar y es uno de los muchos nexos de gratitud que me ligan con el Colegio de Belén.

1904-1940.—Treinta y seis años que suponen un cambio radical, enorme, en las perspectivas del mundo. Luchaban en el Oriente Rusia y el Japón, cuando pasé aquellos años infantiles en el viejo Belén. En los tradicionales desafíos de la clase, los nombres de esos dos imperios modernos habían sustituído a los de Roma y Cartago. Hoy no sería posible una alusión de ese tipo al pavoroso conflicto que vive el mundo.

En 1540 la Compañía de Jesús desempeña un papel fundamental en la tremenda conmoción social que significó para el hombre la Reforma. El vicario de Cristo tuvo en los compañeros de Jesús la noble y generosa vanguardia que le permitió vencer en la prueba decisiva. En 1940 la guerra totalitaria que conmueve a la humanidad, supone ciertamente para el Jefe de la Iglesia una prueba no menos decisiva y amarga que la que fué la lucha de la Reforma para el gran Papa que promulgó la bula de Constitución de la Compañía y que afirmó la dignidad del hombre fallando la vieja disputa entre los aristotélicos que seguían a Sepúlveda y los *lascasistas* que se mantenían fieles al gran Apóstol Fray Bartolomé, reconociendo que los indios, habitantes de las tierras recién descubiertas, tenían también *ánimas racionales.*

No parece un azar de la historia el hecho de que el Papa que afirma la dignidad íntegra del hombre sea el mismo que suscriba el acta de nacimiento de la Compañía de Jesús. Y no debe ser tampoco una sola ilusión consoladora lo que en tantas conciencias cristianas hace sentir el próximo papel decisivo

de los compañeros de Jesús en esta lucha de magnitud cósmica. Y el clamor universal por la paz, por una paz justa, llega a su trémolo más angustiado, en estos días del cuarto centenario. "Cuando aparece la angustia es que vuelve la cristiandad", decía el Cardenal Peguy. La paz por la que clamaba supone esta vuelta total a la vida cristiana. Supone la vigencia absoluta del gran principio de universalidad que proclamó San Pablo, en su Epístola a los Gálatas: "Y ya no hay distinción de judío ni griego, ni de siervo ni libre, ni de hombre ni mujer. Porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo".

En esta labor ingente ¡cuántos trabajos esperan a la Compañía de Jesús, vanguardia del catolicismo, es decir, vanguardia de la universalidad!

J. M. CHACÓN Y CALVO,
La Habana.

(1).—Discurso leído en la fiesta de los antiguos alumnos del Colegio de Belén (La Habana) para conmemorar el cuarto centenario de la fundación de la Compañía de Jesús.

(2).—Rivadeneira: *Vida de San Ignacio.*

El Sesquicentenario del "Papel Periódico" de la Habana

EN este año se ha celebrado en Cuba el sesquicentenario de la fundación del primer periódico de importancia en la Isla. Fué el *Papel Periódico* de la Habana, cuyo primer número apareció el día 24 de octubre de 1790. Antes había habido en Cuba publicaciones periódicas como *El Pensador* y la *Gazeta de la Havana*, pero de la primera no se conserva ningún ejemplar, y de la segunda se sabe positivamente que fué sólo un papel de cuatro páginas destinado a la publicación de noticias oficiales y mercantiles. (1) No puede discutirse, pues, la primacía cronológica del *Papel Periódico* en la historia del periodismo en Cuba. Tuvo éste que ser, particularmente en sus primeros años, una publicación modestísima por su contenido y hasta por los medios materiales de que disponían sus redactores; pero no por esto dejó de desempeñar un papel muy importante en el progreso de la cultura local y particularmente en la evolución literaria del país.

La obra de gobierno de don Luis de las Casas, uno de los mejores funcionarios que envió España a sus colonias, determinó una transformación tan amplia y tan rápida en la hasta entonces aletargada vida de la Isla, que los historiadores con notable unanimidad han seleccionado entre muchos hechos el gobierno de Las Casas para marcar el comienzo de una época, la primera de importancia en la historia de Cuba. Una de las múltiples reformas y adelantos del gobierno de Las Casas fué la utilización de la imprenta —introducida en la Habana

desde 1723, por lo menos— para la publicación del *Papel Periódico,* puesto desde sus orígenes bajo la dirección de una meritísima institución debida al mismo fundador, la "Sociedad de Amigos del País", llamada en aquellos tiempos primitivos de menos despierta suspicacia de las autoridades coloniales "Sociedad Patriótica".

El *Papel Periódico* fué, por consiguiente, uno de los síntomas más significativos de una época nueva en la historia de Cuba, síntoma que con otros determinan su profunda y rápida transformación en poco más de un tercio de siglo. Hasta 1790, Cuba había sido una factoría, un depósito de mercancías y un punto de parada y enlace en el comercio y las relaciones administrativas entre una metrópoli europea y sus numerosas y extensísimas colonias americanas. Por espacio de tres siglos el cubano vivió esa vida de reflejos propia de toda factoría. Entonces el cubano vive en su isla, pero de espaldas a ella; mira sólo al mar, que le ha de traer, en las naves del rey, del pirata o del comerciante extranjero clandestino, la riqueza o la ruina. Cuba vive entonces a expensas de su favorable posición geográfica; no de lo que es, de lo que tiene, sino del lugar del mundo moderno en que está situada; pero desde la última década del siglo XVIII, las cosas cambian para ella por completo. La agricultura y la ganadería comienzan a dar el más seguro índice de la riqueza de los países americanos, y en lo porvenir la isla bien situada se incorpora rápidamente al conjunto de los países importantes de Hispanoamérica con títulos más efectivos que el de su envidiable y al mismo tiempo peligrosa ubicación. La nueva orientación económica del mundo determina el cambio; Las Casas, en definitiva, no es sino un excelente instrumento con el cual la operación se realiza.

En la frondosa y efímera floración de publicaciones periódicas cubanas durante siglo y medio, hay una serie de nombres respetables: el *Papel Periódico,* la *Revista Bimestre, El Faro Industrial, El Siglo,* la *Revista de Cuba,* la *Revista Cubana.* Y quien escriba la historia del periodismo en Cuba en relación con todo el proceso histórico de la Isla, no podrá desconocer que cada una de esas publicaciones culminantes marca un nuevo rumbo en la vida cubana a lo largo del siglo XIX.

El *Papel Periódico* refleja en sus páginas las ansias de mejoramiento de las condiciones materiales de vida, anhelos que han de cristalizar, merced al esfuerzo de muchos de sus redactores en gran parte, en el rápido crecimiento de la riqueza y de la población y en mejoras elementales del régimen económico-social. Cuando al finalizar el primer tercio del siglo XIX, aparece la *Revista Bimestre*, patrocinada también por la "Sociedad Económica", y regida por el vigoroso y dialéctico talento de José Antonio Saco, la excelente publicación indica que la transformación material de la factoría en colonia con fuerte aspiración a una personalidad definida se ha operado ya, y que una transformación más honda, transformación espiritual de la naciente colectividad va a comenzar a operarse. En las páginas ya centenarias de la primitiva *Revista Bimestre Cubana* encontramos hoy la mejor documentación no sólo de un extraordinario progreso cultural, corolario del progreso económico, sino la integración de una conciencia colectiva, la sistematización de preclaros esfuerzos individuales en un pensamiento común, en un ideario cubano definido, que se volvía a considerar los graves problemas de la realidad insular. Entonces aparecen en rápida sucesión histórica esos "ismos" famosos que constituyen el espíritu, la razón de ser de la vida cubana durante el siglo pasado: esclavismo, anti-esclavismo, anexionismo, reformismo, autonomismo, separatismo. Y publicaciones como las arriba recordadas se constituyen en órganos de esas ideas en la segunda mitad del siglo. Por eso conmemorar el advenimiento de uno de esos periódicos vale tanto como evocar una época, porque cada uno de ellos, en la medida de sus circunstancias, es el órgano de una historia que hoy nos empeñamos en desentrañar y comprender.

El *Papel Periódico* es el venerable decano del grupo. En sus páginas lo predominante, lo que da la tónica de la publicación, es el ansia de mejoramiento material; si se permite la paradoja, un *desinteresado utilitarismo* de patricio provinciano, que es como el espíritu común de sus redactores. El *Papel Periódico* encarna esa vigorosa aspiración de una minoría directora que impulsada por un pragmático *primum vivere* se afana por realizar una primaria transformación material

de la vida colectiva. Vivir mejor, por el momento, es vender mejor los productos de la tierra hasta entonces olvidada; es tener mejores fincas y mejores ingenios, mejores casas, y calles, si no más limpias, de tránsito más fácil para viandantes y mercaderías; es poseer una legislación más flexible, que estorbe menos con trabas arbitrarias las nacientes actividades del comercio. Todos ponen su esfuerzo al servicio de ese ideal: el capitán general Las Casas, el primero; el economista Arango y Parreño; el médico Romay; altos funcionarios de complicadas atribuciones; graves eclesiásticos de cargos e incumbencias no menos complejas dentro del intrincado laberinto de mandos y potestades que fué el régimen colonial de España. Un mismo interés los impulsa; pero para cada individuo de aquel grupo selecto de *patricios*, ante el interés colectivo, no cabe otra reacción que el desinteresado renunciamiento al interés individual.

Entregados a estos afanes los redactores del *Papel Periódico*, la literatura desinteresada quedaba en principio fuera de sus columnas, o por lo menos relegada a lugar secundario. Pero la literatura es muy diversa, y como ciertos partidos políticos de nuestra época, posee formas muy distintas para adaptarse a las circunstancias de cada medio y de cada momento. Y entre las páginas del *Papel* fueron deslizándose aquellas producciones más literarias, que sin dejar de responder a las urgencias utilitarias, practicistas del tiempo, poseen cierto carácter artístico que se hermana mejor o peor, según los casos, con algún interés, siquiera sea de orden moral. Así aparecieron artículos de costumbres; prosa moralizadora; relatos breves que nos podemos permitir llamar crónicas; sátira; antecedentes de crítica literaria, que en el mejor de los casos no solía pasar de censura gramatical; versos festivos; y finalmente versos líricos, de un artificioso, casi mecánico lirismo neoclásico.

Pero juzgadas las cosas del único modo posible para la recta apreciación histórica, es decir en función de sus circunstancias, el viejo *Papel Periódico* merece nuestra veneración sin reservas porque fué el órgano de una época y de un medio con todas sus limitaciones; pero siempre con absoluta fideli-

dad a su misión histórica. Tuvo ante sí como un deber una función social, y supo desempeñarla hasta el límite de sus posibilidades, y ello es ya una obra respetable y ejemplar que la posteridad tiene que reconocerle.

RAIMUNDO LAZO,
Universidad de la Habana.

Observaciones Sobre Algunas Obras de la Avellaneda Publicadas en México

ALGUNAS obras de Gertrudis Gómez de Avellaneda —dramas, novelas, cuentos, poesías y apuntes autobiográficos—, aparecieron en México en ediciones muy curiosas e interesantes. Como resultado de su estudio, podemos presentar una lista de datos nuevos y curiosos.

Era de esperarse el hallar, en las preciosas colecciones de los bibliófilos, una cantidad representativa de estas ediciones mexicanas. En algunos casos obras de la Avellaneda están encuadernadas con las de otros autores, por ejemplo, ciertos dramas y novelas —lo que resulta notable si se comparan las producciones de aquélla con las de éstos.

Se arregla aquí primero una bibliografía de obras en general, en orden cronológico; sigue después una lista de poesías sueltas; y al fin se dan algunas observaciones hechas por críticos de México.

PRIMERA PARTE

Bibliografía

1). 1851 DOÑA GERTRUDIS GOMEZ AVELLANEDA DE SABATER *(sic)*. Apuntes biográficos. En | LA ILUSTRACION | MEXICANA | Publicada | por | I. Cumplido. | 1881. | [25 cms.] Véanse pp. 424-428. (Acompaña el artículo un retrato muy lindo en litografía, diferente del que se publicó en 1850 en *La Ilustración*... de Madrid, p. 351). (2).

2). 1851 LA MONTAÑA MALDITA. Tradición suiza. *Ibid.*, pp. 381-387. (3).

3). 1851 DOLORES. | *(Adorno tipográfico)* | Novela historica *(sic)* | escrita por la Señorita | Doña Gertrudis Gómez *(sic)* de Avellaneda. | *(Adorno tipográfico)* | Mexico *(sic)*. | Tipografia *(sic)* de Vicente G. Torres. | 1851. | 169 pp. [19 cms.] (4).

4). 1852 POESIAS | de | la Excma. Sra. | Doña Gertrudis Gomez *(sic)* de Avellaneda | de Sabater. | Méjico. | Imprenta de Juan R. Navarro, Calle de Chiquis, núm. 6. | 1852. | [4º.] xxiv-311 pp. más tres hojas de índice y un retrato. (5).

5). 1853 CUATIMOZIN, | ULTIMO | EMPERADOR DE MÉJICO. | Novela histórica | por la Señorita Gomez de Avellaneda. | *(Adorno tipográfico)* | Méjico. | Imprenta de Juan R. Navarro, calle de Chiquis número 6. | 1853. | 178, [2] pp. [27 cms.] (6).

Reimpresión en 1887:

GUATIMOZIN, | ULTIMO | EMPERADOR DE MEXICO. | *(Adorno tipográfico)* | Novela historica *(sic)* | por la Srita. *(sic)* Gomez de Avellaneda. | Edición del "Diario del Hogar." *(sic)* | *(Adorno tipográfico)* | México. | — | Tipografia literaria de Filomeno Mata | San Andrés y Betlemitas 8, 9 y esquina. | — | 1887 | [15 cms.] (7).

Traducción al inglés en 1898:

CUAUHTEMOC, | THE LAST AZTEC EMPEROR. | An Historical Novel | by | Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda | — | Translated by | Mrs. Wilson W. Blake | *(Adorno tipográfico)* | Mexico | — | F. P. Hoeck, Publisher | — | 1898 |, 1 p. 1., ii, 389 pp., frontispicio (retrato), [20 cms.] (8).

6). 1853 ARTÍCULO AUTOBIOGRÁFICO, publicado en el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, t. I, México, 1853, Tipografia *(sic)* de Rafael... Libreria de Andrade... Véanse pp. 279-280. (9).

7). 1853 ERRORES DEL CORAZÓN. Drama en tres actos y en prosa, Méjico, [Imprenta ?], 1853. 59 pp. [16 cms.] (10).

8). 1855 (?) LA CAJA DE ORO | por Madama de Gomez. | (Se duda que ésta sea obra de la Avellaneda). Hacen falta el lugar y la fecha de la publicación. 56 pp. [17 cms.] (11).

9). 1856 ESPATOLINO. | Novela original | por la Señorita | Doña Gertrudis G. *(sic)* de Avellaneda. | La funesta celebridad del per- | sonaje cuyo nombre ponemos por | título á *(sic)* esta novela, nos dispensa | de asegurar que no es un ente | imaginario, y que muchos de los | hechos que vamos á referir son | exactamente verídicos. | Mexico: 1856. | Imprenta de José

A. Godoy, | Calle del Seminario núm. 6. | 354 pp. [19 cms.] (12).

10). 1858 EL | DONATIVO DEL DIABLO. | Novela por | Doña Gertrudis G. de Avellaneda. | *(Adorno tipográfico)* | Méjico | Imprenta de Juan R. Navarro | Calle de Medinas núm. 24 | 1858 |, 126 pp. [19 cms.] (13).

11). 1887 GUATIMOZIN, | . . . (Véase párrafo 5, este artículo).

12). 1898 CUAUHTEMOC, | . . . (Véase párrafo 5, este artículo).

SEGUNDA PARTE

Poesías Sueltas

13). 1842 AMOR Y ORGULLO. En | PANORAMA | DE LAS SEÑORITAS. | *(Adorno tipográfico)* | Periodico pintoresco, cientifico *(sic)* y literario. | *(Adorno tipográfico)* | Contiene varias viñetas, algunas laminas *(sic)* sobre acero, | estampas y musica *(sic)* litografiada. | *(Adorno tipográfico: una lira)* | México | Imprenta de Vicente Garcia Torres, | Calle del Espíritu Santo número 2. | 1842. | Véanse pp. 307-312. (14).

14). 1842 CONTEMPLACION. *Ibid.*, pp. 251-254. (15).

15). 1842 A LA LUNA. En | SEMANARIO | DE LAS | SEÑORITAS MEJICANAS | Educacion *(sic)* científica, moral y literaria, | del bello sexo. | Tomo III. | Mejico: 1842. | Imprenta de Vicente G. Torres. | Calle del Espíritu Santo Nº 2. |, p. 345. (16).

16). 1848 (?) LA CLEMENCIA. Oda. En | VARIEDADES. | [1848?] (La portada y el índice están escritos a mano según el ejemplar de que nos hemos servido en la colección de Genaro García). Véanse pp. [406]-407. (17).

17). 1848 AL ESCORIAL. *Ibid.*, pp. [495]-496. (18).

18). 1851 A LA MUERTE DEL DISTINGUIDO POETA DON JOSÉ DE ESPRONCEDA. En *La Ilustración Mexicana*, publicada por I. Cumplido, t. II, 1851, pp. 116-118. (19).

19). 1856 AL NACIMIENTO DEL REDENTOR. Cantico *(sic)*. En | LA CRUŻ | — | Periódico esclusivamente *(sic)* religioso | establecido ex profeso | para difundir las doctrinas ortodoxas, y vindicarlas | de los errores dominantes. | Tomo IV. | *(Adorno tipográfico: una cruz)* | México | Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante | Calle de Cadena numero *(sic)* 13. | — | 1856 | [25 cms.] Véanse pp. [432]-433. (20).

20). 1857 EN LOS FUNERALES DEL POETA ESPAÑOL QUINTANA. Ibid., t. V, México, 1857, p. [24] (21).

21). 1887 A CUBA. En | ACOPIO | DE SONETOS CASTELLANOS | con notas de un aficionado | que publica | D. José

María *(sic)* Roa Bárcena. | *(Adorno tipográfico)* | — | (Edicion *(sic)* de 60 ejemplares) | — | México | — | Imprenta de Ignacio Escalante | Bajos de San Agustin *(sic)*, N. 1 | — | 1887 | [24 cms.] Véanse pp. 111-114.
A WASHINGTON. *Ibid.*, pp. 111-112.
LAS DOS LUCES. *Ibid.*, p. 112.
IMITANDO UNA ODA DE SAFO. *Ibid.*, pp. 112-113.
A DIOS. *Ibid.*, p. 113.
AL NOMBRE DE JESUS *(sic)*. *Ibid.*, pp. 113-114.

TERCERA PARTE

Algunos estudios sobre la Avellaneda hechos en Méjico

22). 1868 Altamirano, Ignacio M. ENSAYO CRÍTICO | SOBRE | BALTASAR | drama oriental | de la Señora | Doña Gertrudis Gomez *(sic)* de Avellaneda | Representado por la primera vez en el Gran Teatro Nacional de México | en el beneficio de la distinguida actriz | Doña Salvadora Cairon *(sic)* | La noche del 27 de junio de 1868. | *(Adorno tipográfico)* | Edicion *(sic)* de 100 ejemplares para los amigos. | México | Imprenta de F. Diaz *(sic)* de Leon *(sic)* y Santiago White, | Bajos de San Agustin Num. 1. | — | 1868 | 40 pp. [21 1/2 cms.] (22).

23). 1887 Roa Bárcena, José María. *Op. cit.*, [este artículo, párrafo 21] "Gertrudis Gómez de Avellaneda", pp. 114-115. (23).

24). 1895 Olavarría y Ferrari, Enrique de. RESEÑA HISTÓRICA | del | TEATRO EN MÉXICO | por Enrique de Olavarría y Ferrari | Segunda edicion | Tomo III | Mexico | Imprenta, encuadernacion y papeleria | "La Europea" | Propietario, Fernando Camacho. | Director, Juan Aguilar Vera. | Calle de Santa Isabel núm. 9. | 1895 | Véase p. 271, t. II; pp. 39-41, t. III. (24).

25). 1899 Altamirano, Ignacio M. OBRAS DE D. IGNACIO M. ALTAMIRANO, t. I, *Rimas, artículos literarios*, México, Imprenta de V. Agüeros, 1899. (En BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS, vol. 21, pp. 161-195).

26). 1929 Romero de Terreros, Manuel. NOCIONES DE LITERATURA CASTELLANA, notas reunidas por Manuel Romero de Terreros de la Real Academia Española, Publicaciones de la Secretaría de Educación, México, D. F., 1926. (Véanse pp. 78, 79, 82).

EDITH L. KELLY,
Los Angeles, Calif.

(1).—Para presentar los detalles de mayor interés contenidos en las portadas de las varias ediciones de las obras de la Avellaneda fué necesario respetar en este artículo mismo la ortografía, puntuación, y hasta los errores de los redactores de otros tiempos.

Debe considerarse tentativa nuestra lista bibliográfica. Se basa en "La bibliografía de la Avellaneda" estudio hecho bajo la dirección del Profesor Alfred Coester), en la *Revista Bimestre Cubana,* xxxv-1, enero, febrero, 1935, pp. 107-139; 2, marzo-abril, pp. 261-296. (Una tercera parte está en prensa).

(2).—La portada de este periódico es muy pintoresca y ornada con diseños de forma clásica. Dice al margen: "C. Castro, dibujó. Litog. de Decaen".

La autobiografía es sin duda copia de la de 1850, con ciertos cambios ortográficos, etc. Hay otras discrepancias, no obstante. Se lee, por ejemplo, en la edición de Madrid: "En *1842* aumenté mi colección poética. . ." (p. 345 *sic),* pero en la mejicana: "En *1841* aumenté mi colección poética. . ." (p. 427).

(3).—Esta obra apareció primero en el *Semanario Pintoresco Español,* Madrid, 1851, pp. 179-181. Fué reimpresa en el *Album Cubano,* 1860, y pasó a figurar en las *Obras literarias,* t. V, Madrid, 1871, pp. 77-88.

(4).—La novela está encuadernada con otras cuatro obras, a saber:

VINETTI, | ó | LA FLOR AZUL. | *(Adorno tipográfico)* | Novela històrica *(sic)* | *(Adorno tipográfico)* | Mexico. | Imprenta de Vicente Garcia Torres, | á cargo de Luis Vidaurri. | 1850. | 55 pp.

LA PESCA | CON | REDES. | *(Adorno tipográfico)* | Novela histórica | por Alejandro Dumas. | Esta edicion *(sic)* es propiedad del Monitor Republicano.) | *(Adorno tipográfico)* | Mexico | Imprenta de Vicente Garcia Torres, | á cargo de Luis Vidaurri. | 1850. | 68 pp.

LA VENGANZA | DE LOS DIFUNTOS. | Novela fantastica *(sic).* | (Esta edición es propiedad del Monitor Republicano.) | *(Adorno tipográfico)* | Mexico | Imprenta de Vicente Garcia Torres, | á cargo de Luis Vidaurri. | 1850. | 96 pp.

EL LICENCIADO | D. TADEO CRISTOBAL. | *(Adorno tipográfico)* | Novela mexicana. | *(Adorno tipográfico)* | Mexico. | Imprenta de Vicente G. Torres, ex-convento del Espíritu Santo. | 1850. | 38 pp.

Esta edición de *Dolores* es muy rara y al parecer desconocida en las listas de los bibliógrafos. En la cubierta del tomo se halla el título: *Novelas.* La carta que sirve de introducción debe compararse con la que se escribió al Sr. Director del *Semanario Pintoresco Español,* Madrid, 5 de enero de 1851, que empieza así: "Dos noches de desvelo. . ." La que se publicó en las *Obras literarias,* t. IV, es muy diferente. Se dirigió al Sr.

Director del *Diario de la Marina* y empieza así: "Muy señor mío y amigo: Tres meses hace que deseo..."

El tomo a que se refiere arriba lleva el número 3959 en la Colección de Bancroft, de la Universidad de California, Berkeley. Pertenecía a la célebre biblioteca de Andrade-Maximiliano. La historia de las vicisitudes que experimentó la preciosa colección del bibliófilo J. M. Andrade, es sin duda bien conocida: cómo se entregó en su totalidad a Maximiliano, para que fuese instalada en la Biblioteca Imperial de Méjico; cómo la rescató el bibliófilo después de la muerte del Emperador; cómo fué llevada a Veracruz por arrieros, y embarcada para Europa; cómo se dividió y se vendió en Europa, particularmente en Londres y en Leipzig. (Véase *The Works of Hubert Howe Bancroft...* vol. XXXIX, San Francisco, 1890, pp. 185-191).

(5).—Es la descripción que dió Cotarelo y Mori en *La Avellaneda y sus obras...* Madrid, 1930, pp. 393 ff. La primera edición (POESÍAS | DE | LA SEÑORITA | Dª *(sic)* GERTRUDIS GOMEZ | DE AVELLANEDA. | *(Adorno tipográfico: una lira)* | Madrid, 1841. | *(Adorno tipográfico)* | Establecimiento tipografico *(sic)*, | Calle del Sordo núm. 11. | 2 pp. 1., xiii, [7]-213, [5] pp. [15 cms.] con prefacio de Juan Nicasio Gallego) fué seguida de una segunda más grande:

> POESIAS | DE | LA EXCELENTISIMA SEÑORA | D.ª GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA | DE SABATER. | *(Adorno tipográfico)* | Madrid. | *(Adorno tipográfico)* | Imprenta de Delgrás Hermanos, Pretil de los Consejos. | 1850. | 3 pp., 1., xx [4], 512 pp. [22 cms.], con prólogo de Juan Nicasio Gallego y un frontispicio: retrato en litografía hecho por C. Legrand y que lleva el autógrafo: | G. G. de Avellaneda |

(6).—La autora del presente artículo vió unos ejemplares de la edición mejicana en la Colección de Bancroft de la Universidad de California, Berkeley, y en la Biblioteca de la Ciudad de Los Angeles, en California. Dice en la portada:

> BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG. | *(Adorno tipográfico)* | ORLANDO FURIOSO | por Ariosto. | *(Adorno tipográfico)* | Adornada con 45 grabados. | *(Adorno tipográfico: un retrato)* | Ariosto. | Madrid | Gaspar y Roig, Editores | calle del Príncipe, núm. 4. | *(Adorno tipográfico)* | 1851 | 202 pp. más 2 hojas de índice, [25½ cms.]

El libro se compró en 1926 a Porrúa Hermanos, Avenidas República Argentina y Justo Sierra, Méjico, D. F., según Mr. A. C. Read de la Biblioteca de la Ciudad de Los Angeles.

(7).—La primera edición de *Guatimozín* se publicó en Madrid, 1846, 4 vols. en 2 tt., a saber:

> GUATIMOZIN | ULTIMO EMPERADOR DE MÉJICO. | Novela histórica | por la Señorita Gomez de Avellaneda. | *(Adorno tipográfico)* | Tomo 1. | *(Adorno tipográfico)* | Ma-

drid: | Imprenta de D. A. Espinosa y Compañía, | Calle del Caballero de Gracia. | *(Adorno tipográfico)* | 1846. | Vol. I, 170 pp., vol. II, 148 pp., vol. III, 147 pp., vol. IV, 147 pp. [14 cms.]

(8).—Se considera ser la primera novela publicada en inglés en Méjico, según el | TENTH CATALOGUE | ... | W. W. Blake, | ... | Mexico | *(sic)* Tip. "El Faro". 5ª Héroes, 83 | 1910 | Véase el número 5852).

(9).—Al parecer, esta autobiografía es una reimpresión de la que se halla en el *Diccionario Universal de historia y de geografía*... t. I, Madrid... D. Francisco de Paula Mellado, Editor... 1846. Una comparación entre esta versión y la del *Diccionario universal*, que se publicó en Méjico, indica que hay diferencias en la ortografía y en la puntuación, siendo la forma de ésta bastante arcaica.

(10).—Es una edición rara en forma de folleto. Véase el catálogo de W. W. Blake, *(op. cit.)*, número 5854. El drama se publicó primero en Madrid, 1852, Imp. de don José María Repullés, 60 pp.

(11).—La cubierta de este libro tiene el título: *La caridad*. Hay en el tomo otras cuatro novelas:

LOS SALVAJES | Ó LA CARIDAD. | Historia americana | traducida expresamente para "La Verdad". | Por | Elias Romero. | *(Adorno tipográfico)* | Mejico. | Imprenta de Tomás S. Gardida, calle de San Juan | de Letran *(sic)* núm. 3. | 1855. | 103 pp.

CHALMA Y SU SANTUARIO. | por | J. M. D. | pp. [105]-144.

EL | SUEÑO DE LA MARQUESA. | Novela escrita en francés por Octavio Feré, | y traducida al español por N. A. | pp. [59]-117.

EL | BUSCADOR DE ORO | EN CALIFORNIA. | Novela traducida del francés para LA VERDAD | por | Niceto de Zamacois. | *(Adorno tipográfico)* | Méjico. | Imprenta de Tomás S. Gardida, calle de S. *(sic)* Juan de | Letran núm. 3. | 1855. | 81 pp. más índice.

La señora Edna Martin Parratt, una de las bibliotecarias de la Colección de Bancroft de la Universidad de California, Berkeley, nos mostró esta obra. El tomo tiene cuatro *ex libris* muy interesantes, a saber: el de J. M. Andrade, Maximiliano, el señor Bancroft y la Universidad de California. Puesto que Paul Henri Féval y Madeleine Angèlique Poisson se han servido del seudónimo Madama de Gomez, hay aquí un problema que debe investigarse y solucionarse si fuere posible, antes de saberse si la Avellaneda es la Madama de Gomez autor de *La caja de oro*.

(12).—Es la descripción del ejemplar que pertenece a THE HISPANIC SOCIETY OF AMERICA, Nueva York. Cotarelo habrá visto la misma edición. Se publicó primero en Madrid, 1844, en *El Laberinto*.

XUM

(13).—¡He aquí una edición rara! El ejemplar que nosotros vimos está encuadernado con otras novelitas de varios autores. En la cubierta del tomo se halla el título: *Varias novelas*. El orden de las páginas es muy irregular. El libro pertenecía a la famosa colección de Andrade-Maximiliano, y se halla ahora en la Colección de Bancroft, de la Universidad de California, Berkeley. El título en la anteportada es: BIBLIOTECA | DEL ECO NACIONAL. | *El donativo del diablo* se publicó primero en forma de drama en tres actos y en prosa, Madrid, Imp. a cargo de C. González, calle del Rubio, núm. 14, 1852. 69 pp. (El drama se representó por primera vez en Madrid, en el Teatro del Príncipe, el 4 de octubre de 1852). Una tradición suiza sirvió de base para la leyenda: *La velada del helecho o el donativo del diablo*, otra obra de la Avellaneda que se publicó en el *Semanario Pintoresco* de Madrid, 1849, pp. 170-220. Se reimprimió en Nueva York en 1859 en la colección de novelas de *La Crónica*. Entró a figurar en las *Obras literarias*, t. V, Madrid, 1871, de la autora).

Las novelitas encuadernadas con la novela —*El donativo del diablo*, Méjico, 1858— son:

> LA | DUQUESA DE BORGOÑA. | Novela escrita en frances *(sic)* | por | M. de Saint-Félix. | [Felix d'Amoreux] Méjico | Imprenta de Juan R. Navarro | *Calle de Medinas núm.* 24 | 1858 | 213 pp.
>
> TAN JOVEN Y MORIR. | Por Federivo *(sic)* de Sezanne. | pp. [215]-365.
>
> EL CENTINELA PERDIDO, | Por Federico de Sezanne. | pp. [267]-284.
>
> LA FANTASMA. | AVENTURA VERDADERA, | *Acaecida en Sicilia en el año de* 1808. | pp. [127]-139.
>
> EL PINTOR | DE WEIMAR. | pp. [141]-151.
>
> EL ESPEJO | pp. [153]-158.
>
> DIANA. | Novela escrita | por | D. José M. Roa Bárcena. | *(Adorno tipográfico)* | Mejico *(sic)* | Imprenta de Juan R. Navarro | *Calle de Medinas núm.* 24 | 1857 | 154 pp. (La obra está dedicada al hermano del autor D. Rafael).

(14).—En la p. 311, en la primera estrofa se halla este verso: "Ese nombre hechicero" que la Avellaneda cambió más tarde por "Ese nombre que quiero". Véase *Obras literarias*, t. I, Madrid, 1869, p. 107. Esta poesía se publicó primero en *Poesías de la señorita da. Gertrudis Gomez de Avellaneda*, Madrid, 1841 (véase nota (5), este artículo).

Gracias a la señorita M. Wilson, de la Biblioteca de la Universidad de Tejas, nosotros pudimos examinar este interesante ejemplar del *Panorama*, que pertenecía al renombrado bibliófilo Genaro García y antes a J. M. Andrade, según los *ex libris*.

(15).—La que aquí se halla es la forma primitiva del poema. La Avellaneda lo cambió después desde el primero hasta el último verso. En su forma definitiva se publicó en las *Obras literarias*, t. I, p. 98.

(16).—Este poema fué modificado y ampliado más tarde. Véase *Obras literarias*, t. I, p. 102.

(17).—Así era el poema antes de figurar en la colección de *Poesías*, Madrid, 1850 (véase nota (5), este artículo). La Avellaneda cambió el título de esta composición por el de "Gloria de los reyes", y viceversa. Los dos premiados poemas pasaron a figurar en las *Obras literarias*, t. I, pp. 182 y 176 respectivamente.

Debido a los esfuerzos de la señora Verona G. Phillips, de la Biblioteca de la Universidad de Tejas, fué posible verificar algunos datos concernientes a *Variedades* y otros periódicos. Esta revista es al parecer muy rara. Se halla otro ejemplar [1848?], sin portada alguna, en Londres, *The British Museum*.

(18).—He aquí una versión diferente de la que entró a figurar en las *Obras literarias*, t. I, p. 186. (El poema termina con la firma de la autora y esta nota: | GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA. | San Lorenzo del Escorial á 28 de junio de 1845. |).

(19).—Es al parecer una versión única (compárese con la de *Obras literarias*, t. I, p. 124), como lo indica la nota de los redactores que dice: | Insertamos esta sentida composicion *(sic)* de la célebre | po t sa *(sic)*, porque no se encuentra en las ediciones | de sus obr s *(sic)* que circulan en México, seguros ademas *(sic)* de | que el público la verá con aprecio.—RR. |

(20).—Así está firmado el poema: | G. G. DE AVELLANEDA. | En *Obras literarias*, t. I, p. 368, el título es: "Al nacimiento del Mesías. Himno". El texto es muy diferente también; por eso hemos de concluir que la forma que se halla en la revista *La Cruz* es bastante primitiva, puesto que el poema no entró en las colecciones de la poetisa hasta 1869. Hay una nota de los redactores: | En los periódicos españoles recientemente llegados, hallamos la siguiente | composicion, que es una de las últimas de la célebre poetisa cubana D.a Gertrudis | Gomez de Avellaneda.—RR. "La Cruz". |

(21).—Aquí tenemos otro poema que sufrió algunos cambios antes de publicarse en 1869 en las *Obras literarias*, t. I, p. 304, con el título: "En la muerte del laureado poeta Señor Don Manuel José Quintana". Hace falta en la versión mexicana esta observación de la autora: | Estos versos fueron improvisados y recitados por la autora en el | cementerio donde se daba sepultura al gran poeta, con cuya amistad se | honraba. | El poema en *La Cruz* lleva la firma de la autora: | GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA. |

(22).—Se halla un ejemplar de esta obra en la Biblioteca de la Universidad de Tejas, en la Colección de Genaro García. En la portada del libro hay una nota escrita a mano que dice: Al ilustrado jurisconsulto D. Justo Benites. | Su apasionado amigo. | Ignacio M*(sic)* Altamirano. |

Véase *Revista de Cuba*, vol. VII, N° 4, abril de 1880, Ignacio M. Altamirano, "Biografía y ensayo crítico sobre *Baltasar*", pp. 242-256, 365-380.

(23).—Por ser muy aficionado a la lírica de la poetisa, Roa Bárcena la elogia con entusiasmo en sus observaciones, pp. 114-115. (Hay una equivocación en el segundo párrafo, p. 114. La fecha de la colección de las *Poesías* a que se refiere debe ser 1841).

(24).—Lo que dice Olavarría *(op. cit.,* t. III, p. 41) es de sumo interés: | Con motivo de la representación de *Baltasar,* el Maestro Altamirano escribió un "Ensayo crítico" del drama de la Avellaneda. Pu- | blicado primero en *El Siglo,* é impreso en edición de cien | ejemplares por Díaz de León, ese estudio magnífico es un modelo | inimitable de revista literaria que honra a su autor y es orgullo de las | letras mexicanas. Nada en su género le conocemos superior. |

Hay ejemplares — [24 cms.] — de la obra de Olavarría y Ferrari en las dos bibliotecas de la Universidad de California, en Berkeley, y Los Angeles.

Notas Relativas a los Corrales de la Ciudad de México

1626 - 1641

SE han hecho varias conjeturas con el fin de determinar la fecha desde la cual existía en la ciudad de México el corral que explotaban los religiosos hipólitos en provecho de los pacientes del Hospital Real de Indios. Luis González Obregón data su origen desde antes de 1673:

> En efecto, antes del año de 1700, México contaba ya con un teatro en forma, situado dentro del Hospital Real, cerca de su camposanto. El teatro existía antes de 1673... (1)

Francisco Pimentel cree que ya funcionaba este teatro a mediados del siglo XVII:

> A mediados del mismo siglo XVII, había en México, un teatro de madera, situado dentro del Hospital Real: se incendió en Enero 19 de 1722. (2)

Manuel Mañón indica que dicho teatro fué construído hacia los años de 1671 a 1672:

> Dicho primer teatro fué el del Hospital Real de Naturales, construído en el claustro del mismo hospital hacia los años de 1671 a 1672, aun cuando su Cédula de creación se remontaba al año de 1553. (3)

Rodolfo Usigli, quien también ha escrito recientemente sobre este asunto, opina que el edificio no se usó antes de la segunda mitad del siglo, y acaso de su segundo decenio.

> Aunque las cédulas del hospital datan de 1553, no se precisa la fecha en que haya comenzado a funcionar este teatro. Fué indudablemente en el siglo XVII, y no en sus comienzos, aunque se pretende que en 1673 —fecha que ofrece el documento de un primer elenco— llevaba ya muchos años de existencia. Juzgando por las acotaciones de los diarios de noticias que he dejado insertas, creo que este primer coliseo data de la segunda mitad del siglo, y acaso de su segundo decenio, época en la que muestra el teatro una orientación hacia cierto carácter estrictamente profesional. (4)

Pero ya se representaban piezas en el corral del Hospital Real unos veintitrés años antes de 1650, la fecha más temprana señalada por los escritores citados, y además había dos corrales en la ciudad de México (5). El cabildo municipal, después de haber tratado de la fiesta del Santísimo Sacramento, se quejó en las actas del 17 de abril de 1626 de no tener aposento capaz para ver las comedias. Por lo tanto, se resolvió nombrar una comisión que suplicaría al virrey que se sirviese señalar en los dos corrales sitio para el ayuntamiento:

> La ciudad dice que por cuanto la esperiencia ha mostrado la insidencia con que la ciudad está en los corrales de representaciones de comedias por no tener aposento capaz señalado en que asista como se usa y le tiene madrid sevilla y las demás ciudades despaña y esta que es cabeza deste reino es justo le tenga con todo ornato y desencia donde puedan estar los regidores cómodamente de que resultará el escusar inconvenientes y para que tenga efecto acuerda de conformidad que el señor procurador mayor y don fernando carrillo en nombre desta ciudad besen la mano a su excelencia y le supliquen se sirva de señalar en los dos corrales a la ciudad sitio capaz donde vean las comedias pues es cosa usada en todas las ciudades y señalándolos los dispongan y hagan aderesar con toda desencia a costa de propios poniéndole llaves y ordenando a los porteros

> tengan los días de comedias las bancas y alfombras para que asista el señor corregidor y regidores como ciudad. (6)

En la junta del 17 de marzo de 1627, casi un año más tarde, se leyó un acuerdo que incorporó las sugestiones propuestas en el mes de enero. Se habían discutido las inconveniencias sufridas en el pasado por la falta de sitio acomodado en los corrales (el plural indica de nuevo que aún quedaban en uso por lo menos dos corrales), y, determinados a remediar la situación, los regidores habían dado a los señores Melchor de Vera y Cristóbal de Molina el cargo de tratar y señalar dos aposentos. Estos dieron a conocer que habían concertado con el mayordomo del Hospital Real para el cabildo los aposentos número cinco y seis de mano derecha. Por dicho sitio la ciudad se comprometió a pagar anualmente sesenta pesos:

> ...y cuando van a las comedias los caballeros regidores no hallan aposentos en lugar desente como es justo y se murmura entre los cuidadanos (sic) que era causa que se debía atender disponiendo los corrales desta ciudad aposentos y lugar capaz y decentes para que todos los días de fiesta pueda ir esta ciudad y caballeros regidores della y tener aposentos donde ver las comedias... En cumplimiento de lo que vuesa señoría manda por acuerdo de esta otra parte se ha hecho la diligencia con pedro de peralta mayordomo del hospital real de los indios donde está el corral de comedias y está comunicado y concertado que dé y señale para esta ciudad dos aposentos del dicho corral número cinco y seis de mano derecha dándole por vía de limosna sesenta pesos cada año de los propios desta ciudad con condición que este concierto haya de confirmar su excelencia por el patronasgo real del dicho hospital y por la firmeza que tendrá para siempre jamás así para esta ciudad como para el mayordomo que es o fuere del dicho hospital lo cual ha de pedir el procurador mayor desta ciudad informando a su exelencia que todas las ciudades de su magestad tienen el dicho asiento señalado... (7)

El 9 de abril del mismo año el ayuntamiento volvió a deliberar sobre la proposición. Se descubre que los sesenta

pesos serían pagados por tercios y que los dos aposentos se habían convertido en uno, ya bien adornado y equipado con puerta. El cabildo acordó pagar a Pedro de Peralta, mayordomo del Hospital Real, el aderezo del aposento y le confió la tarea de llevar allí alfombras y sillas los días de fiesta en que se representaran obras dramáticas. Por dicho servicio éste recibiría anualmente veinticuatro pesos de oro común pagados por tercios, pero se le mandó que no permitiese entrar a ninguna persona que no fuera caballero del cabildo:

> ... que en conformidad de la dicha escriptura se había aderezado el dicho aposento haciéndolo de dos y echándole puerta y llave de lova y questo lo había hecho el dicho pedro de peralta... Visto por la ciudad aprobó la dicha escriptura y mandó quel señor don pedro de la barrera la lleve a su exelencia para que se sirva de confirmarla y se pague a pedro de peralta lo que pareciere haber gastado en el dicho aderezo de los propios y el mayordomo en esta parte cumpla lo que libran los dichos señores tesoreros y cualquier dellos y por cuanto para aderezar el dicho aposento es necesario llevar todos los días de comedias alfombras y sillas se encarga el hacerlo como lo ha hecho hasta aquí a antonio gonzalez portero del cabildo y por el trabajo que en ello ha de tener se le señalan de salario en cada un año veinte y cuatro pesos de oro común pagados de los dichos propios por sus tercios cumplidos y se le notifique no dé la llave del dicho aposento ni consienta entre en él a ver comedias sino fuere caballero deste cabildo para que no se le pagara el dicho salario y será castigado el cual dicho salario le dé por la costa y gasto que ha de tener en llevar y traer las alfombras y sillas. (8)

Este concierto siguió obrando durante algún tiempo, porque el 29 de enero de 1629 se leyó una petición del Hospital Real de Indios en la cual se rogó que la ciudad pagase cien pesos, cuarenta debidos desde el año anterior. (9)

El 3 de septiembre de 1640 se llamó la atención al cabildo del mal estado de los aposentos en el corral del coliseo:

> El señor leandro de gatica propuso la indesencia de los aposentos de la comedia en el corral del coliseo y que están muy bajos que se provea sobrello. Y se

> acordó que el señor leandro de gatica y don fernando carrillo con intervención del señor don juan de cervantes vean los aposentos y los dispongan lo más decentemente que se pueda y se adornen. (10)

Puede ser que este coliseo fuera acaso el segundo de los dos corrales mencionados en las actas del 17 de abril de 1626, visto que las alusiones al otro indicaron por lo general que era propiedad del Hospital Real.

Entre tanto, algunos capitulares habían tomado la costumbre de invitar a sus amigos a ocupar sillas en el aposento, y, de resultas de las incomodidades a los demás, el procurador mayor suplicó el 19 de septiembre de 1641 que no consintieran que entrasen otros hasta que estuviera dentro todo el cabildo:

> El señor procurador mayor por petición dijo que sin embargo de los acuerdos de cabildo para que en el aposento de comedias no se sienten más de los capitulares escribano mayor de cabildo y su teniente entran otras personas por convidados que llevan los capitulares dándoles el primer lugar y suplica de nuevo que no entre otra ninguna persona ni los capitulares los conviden imponiéndoles pena y que los porteros asistan y no den la llave ni consientan entre ninguna persona hasta que la ciudad esté dentro... (11)

HARVEY L. JOHNSON,
Northwestern University.

(1).—*México viejo.* México, 1900, p. 337.

(2).—*Obras completas.* México, 1903, IV, p. 144.

(3).—*Historia del Teatro Principal de México.* México, 1932, p. 15.

(4).—*México en el teatro.* México, 1932, p. 47.

(5).—Arias de Villalobos en su "Canto intitulado Mercurio", poema que trata de la ciudad de México desde la conquista hasta el año 1623, se refirió a dos teatros que solían representar comedias de Castilla. Hay también otras referencias, de los tres primeros años del siglo XVII, que prueban la existencia de dos casas de comedias en la capital. José J. Rojas Garcidueñas, *El teatro de Nueva España en el siglo XVI*, México, 1935, p. 121.

(6).—*Actas antiguas de cabildo.* México, 1907, XXIV, lib. xxvi, p. 34.

(7).—*Ibid.*, p. 102.

(8).—*Ibid.*, p. 107.

(9).—*Ibid.*, lib. xxvii, p. 44.

(10).—*Ibid.*, XXVI, lib. xxxii, p. 112.

(11).—*Ibid.*, p. 245.

Las Obras Novelescas de Martín Luis Guzmán

ENTRE los escritores contemporáneos de México, se destaca, por la importancia de su obra, Martín Luis Guzmán. Sus antecedentes, su carácter y su vida le han preparado para ser el historiador por excelencia del período revolucionario del siglo veinte en su país. Nació en Chihuahua el 6 de octubre de 1887, siendo sus padres el coronel Martín Luis Guzmán, profesor del Colegio Militar de Chapultepec, y doña Carmen Franco Terrazas. En virtud de la oposición terminante del coronel Guzmán a que su hijo emprendiera la carrera militar, la educación de éste tomó un rumbo distinto. Después de hacer sus estudios primarios en Tacubaya y en Veracruz, cursó el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria de la capital e ingresó luego en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad de México. Sin embargo, su obra fundamental había de desarrollarse en los campos de la política, del periodismo y de la literatura.

La inclinación de Guzmán hacia el periodismo se manifestó bien pronto, pues a la temprana edad de catorce años fundó en Veracruz un periódico quincenal juvenil titulado *La Juventud*. En 1908 empezó a dedicarse en serio al periodismo, entrando a formar parte de la redacción de *El Imparcial*, periódico importante de la capital. Desde 1914 hasta 1934 —excepción hecha de tres años— Guzmán vivió desterrado, principalmente en Nueva York y en Madrid. Durante un corto período, en el año 1917, fué profesor de lengua y literatura

españolas en la Universidad de Minnesota. En todo este tiempo —alrededor de veinte años— no dejó de dedicarse al periodismo y a la literatura. En 1917 dirigió en Nueva York la revista mexicana *El Gráfico* y colaboró en otras publicaciones castellanas de aquella ciudad. En 1920, de regreso en México, fué nombrado jefe de la sección editorial de *El Heraldo de México,* periódico fundado por el general revolucionario Salvador Alvarado. En 1922 fundó *El Mundo,* diario de la tarde, el cual tuvo una vida efímera a causa de una nueva expatriación de Guzmán al año siguiente de su aparición. Después de pasar otro año en Nueva York, el expatriado se trasladó a Madrid, donde vivió hasta 1934, siendo redactor, colaborador, editorialista y director de varios periódicos madrileños, entre ellos *El Sol* y *La Voz.* En la actualidad es colaborador de *El Universal* de México. Tiene en preparación para la prensa varios tomos que recogerán lo principal de sus escritos literarios y políticos dispersos ahora en los periódicos.

La vida política de Guzmán empezó en el año 1911 con el nombramiento de delegado para la Convención Nacional del Partido Liberal Progresista. Allí hizo sus primeras armas como orador y político. Con extraordinario entusiasmo se afilió a la causa de don Francisco I. Madero, causa que no abandonó nunca. Entre aquel grupo de jóvenes idealistas, resueltos a reformar la vida política de su patria según las normas de la verdadera democracia, Guzmán es de los que permanecen fieles a sus ideales, llenos de confianza y optimismo en cuanto al porvenir de su país.

Durante el período que precedió al asesinato de Madero, y en particular durante los "diez días trágicos" antes del golpe militar del 22 de febrero, 1913, Guzmán, con otros partidarios del gobierno, dedicó todas sus energías al apoyo de la causa de la legalidad; por conducto del periódico *El Honor Nacional,* se dedicó a informar al público sobre la verdad de lo que pasaba y a denunciar un día y otro la intriga y las maniobras de algunas misiones diplomáticas confabuladas con los elementos reaccionarios que acaudillaban los generales Mondragón y Félix Díaz.

Triunfante el crimen y consumada la usurpación de Victoriano Huerta, Guzmán abandonó la capital y fué a unirse

a los revolucionarios del Norte. Sus dos tentativas de llegar a Sonora, narradas en *El águila y la serpiente*, constituyen toda una odisea. Al lograr finalmente este propósito, se dedicó con entusiasmo a la causa de la revolución antihuertista. Habiendo prometido a su padre —muerto en 1910— que nunca sería militar, Guzmán se negó siempre a aceptar las comisiones militares que se le ofrecían. Actuó como revolucionario civil con las fuerzas del general Ramón F. Iturbe en Sinaloa y con las del general Obregón en Sonora; luego pasó a Chihuahua con el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza. En plena guerra supo Guzmán obtener ventaja para su causa de sus dotes de escritor, aun cuando no se dedicaba especialmente a la propaganda. Su misión fué la de plasmar en realidad concreta la trayectoria confusa del pensamiento revolucionario, reorganizando los hospitales militares, realizando viajes a los Estados Unidos con el propósito de lograr su neutralidad, trabajando por conseguir el levantamiento del embargo sobre las armas y logrando así comprar municiones, ambulancias y abastecimientos para los hospitales. Quizá no sea el menor entre sus servicios el de haber moderado al rústico Pancho Villa, sobre el cual, en una ocasión, influyó para que perdonara la vida a ciento sesenta prisioneros.

Al sobrevenir las primeras dificultades que separaron al villismo del carrancismo, Guzmán, convencido de que Carranza sólo aspiraba a ser otro Porfirio Díaz, optó por la facción villista. Sirvió bajo las órdenes de Francisco Villa hasta que Carranza le encarceló en la Penitenciaría del Distrito Federal en septiembre de 1914, en unión de Manuel Bonilla, Luis G. Malváez, Carlos Domínguez, Abel B. Serratos, José Ortiz Rodríguez y otros villistas. En noviembre del mismo año fué puesto en libertad por la Convención Militar de Aguascalientes, convocada con el propósito de solucionar las diferencias entre Carranza, Villa y Zapata. Formado el gobierno convencionista con el general Eulalio Gutiérrez como presidente provisional, Guzmán fué a la capital en calidad de consejero del Ministro de la Guerra, a cuyo lado estuvo hasta el momento en que se produjo la ruptura entre Eulalio Gutiérrez y Francisco Villa. Esta ruptura puso a Guzmán en grave perplejidad,

en la que se cruzaban por una parte su lealtad al movimiento revolucionario y por otra el afecto a Villa, el caudillo popular. Ante tan difícil situación decidió expatriarse temporalmente. Sin embargo, el triunfo del carrancismo prolongó su ausencia por seis años, hasta 1920. En dicho año regresó a México y fué elegido diputado al Congreso Nacional. En el año 1923 el fracaso de la revolución de Adolfo de la Huerta le obligó a expatriarse de nuevo. Desde su regreso definitivo, en 1934, Guzmán se ha ocupado poco de la política. Ha sido —en diversas épocas— bibliotecario de la Escuela Nacional de Altos Estudios, secretario de la Universidad Nacional y director de la Biblioteca Nacional.

Quien desee comprender la segunda fase de la revolución mexicana —es decir, desde la muerte de Madero hasta el triunfo de Carranza— debe leer las obras de Guzmán *El águila y la serpiente* y las *Memorias de Pancho Villa*. En cuanto a las intrigas y maquinaciones del período Obregón-Calles, *La sombra del caudillo* constituye una excelente guía descriptiva.

La primera de las obras narrativas históricas de Guzmán, *El águila y la serpiente*, ha tenido un éxito extraordinario, estando actualmente en prensa su cuarta edición y habiéndose traducido la obra al inglés, al francés, al alemán, al holandés y al checo. La versión inglesa, por desgracia, fué tan resumida por los editores que ha perdido gran parte de su valor histórico y de su efecto artístico. Entre las traducciones, la alemana es la que el propio autor considera mejor realizada y la que ha obtenido mayor éxito de librería y venta. La sigue en éxito y favor popular la edición francesa.

El águila y la serpiente no es, según el autor, una novela propiamente, pero los críticos y los bibliógrafos en general la clasifican así. Ciertamente el lector no enterado de la plena autenticidad histórica y la cuidadosa documentación de la obra no vacilaría en denominarla novela histórica. Tiene la descripción interpretativa, el diálogo natural, la caracterización penetrante, la narración viva y dramática y la continuidad de interés que entran en la composición de una buena novela. El porqué de estas cualidades salta a la vista y es que el autor vivió plenamente los dramáticos sucesos que relata. Aunque no se exhibe personalmente a través de las pági-

nas de su libro, sino todo lo contrario, el lector siente hondamente la sinceridad y la realidad de cuanto escribe el autor. Escritor de profesión, durante todas sus experiencias revolucionarias reunía con cuidado la materia para sus futuros libros. Siempre con un cuadernito en el bolsillo, iba apuntando hechos, sucesos, impresiones, observaciones y notas sobre conversaciones, para ampliarlas después ordenadamente en sus ratos libres. Así, gran parte del libro fué escrito en el mismo sitio donde se realizaron los sucesos antes de que se esfumaran ideas e impresiones o pudieran borrarse de la memoria los detalles, las fechas y los nombres.

Por la forma en que está escrito, el libro pudiera ser considerado más bien como unas memorias que como una novela. Con una sola excepción, la imaginación no juega para nada en la composición del libro, aunque se utilizan en él elementos superiores a la imaginación —aun desde el punto de vista novelístico— tales como una minuciosa e inteligente observación y un análisis penetrante de caracteres, de motivos y de sentimientos. El único ejemplo de pura imaginación que contiene —y que por cierto no quita nada a la exactitud histórica— son los pensamientos del autor al contemplar con horror los mutilados del Hospital Militar de Culiacán. Imagina el autor que las balas tienen también fantasía y que gozan en infligir tan infinita variedad de heridas. Existen balas maliciosas, otras atrevidas, graciosas, deportivas, eficaces; algunas son alegremente dinámicas y las hay sencillamente diabólicas. Estas reflexiones nacieron, sin duda, de la jocosa referencia de Obregón a su propia "herida ridícula".

Quizá fuera desacertado calificar *El águila y la serpiente* como novela, ya que el autor mismo no incluye la obra en esa categoría. Sin embargo, en vista de que lectores y críticos la clasifican así, podría ser interesante indicar brevemente por qué no es una novela. En primer lugar, ningún personaje ni grupo de personajes domina la acción. Toman parte en la acción gran número de personas cuya intervención, en algunos casos, se termina en seguida, mientras en otros casos queda pendiente. El único personaje siempre presente es el autor o cronista, aun cuando esté silenciada más bien que subrayada su propia personalidad y su intervención en la intriga. El

protagonista del libro, como lo demuestra claramente el título, es el pueblo mexicano, caracterizado por las cualidades del águila y de la serpiente. En segundo lugar, la estructura no es la de una novela: muchos incidentes, narrados en orden cronológicamente exacto pero no orgánicamente preciso, se unen plásticamente para formar el concepto de la conciencia política mexicana y de los elementos que originaron la ideología revolucionaria. Así es que, aunque no sobra ni un pasaje desde el punto de vista del propósito del autor, indicado en el título, sin embargo muchas relaciones podrían desglosarse por completo del contexto y considerarse como unidades aisladas y, por sí mismas, excelentes cuentos o *short stories*. Tales pasajes o capítulos, enumerados por sus títulos, son: "La bella espía", "La araña homicida", "La fuga de Pancho Villa", "La fiesta de las balas", "Un préstamo forzoso", "La muerte del gaucho Mújica", "El sueño del compadre Urbina" y "La muerte de David Berlanga". (1) Por cierto, y como puede verse por estos ejemplos y por los títulos de sus libros, Guzmán —sea por dón natural, sea por su práctica periodística— se revela como maestro en el arte de escribir títulos. Todos los cuentos nombrados son rigurosamente históricos. Guzmán no tuvo que inventar incidentes dramáticos, pues los tenía constantemente alrededor suyo. Su mérito consiste en haber acertado a darles la expresión literaria adecuada.

En el terreno histórico, el gran valor de *El águila y la serpiente* consiste en la pintura exacta de las personalidades y la ideología de la revolución y de la intriga política consumada tras la escena militar. Guzmán, por su profunda comprensión de la naturaleza humana, por su capacidad para evaluar y analizar los motivos políticos, por su identificación con la revolución desde su iniciación, por su formidable memoria fotográfica, por su claridad de expresión y por su carácter especial que atraía a los hombres revolucionarios y los animaba a expansionarse con él, ha podido mostrar todo el panorama de la segunda fase de la revolución. Vese a los militares de carrera frecuentemente postergados y hasta sacrificados por la envidia de los generales improvisados. Vese a los caudillos —grandes y pequeños, verdaderos y aspirantes—, a los idealistas teóricos —civiles y militares—, a los

moralistas de hondas convicciones, a los bandidos revolucionarios, a los bajos aventureros...

Guzmán presenta la ideología de la revolución tal como fué en su segunda fase —muy obscura— y explica por qué cayeron en el olvido principios y propósitos. La bandera de Madero —sufragio efectivo, no reelección, reforma agraria— parecía ondear todavía, pero de hecho los propósitos principales de ahora eran vengar la muerte de "el Apóstol", arrojar al usurpador Huerta y, en un sentido general, restablecer el gobierno constitucional. La cizaña, fomentada por Carranza con su táctica de "dividir y reinar", se reducía en el fondo a "...la disputa, eterna entre mexicanos, de grupos plurales dispuestos a adueñarse del poder, que es singular: predominio en unos y otros, de las ambiciones inmediatas y egoístas sobre las grandes aspiraciones desinteresadas; equivocación del impulso mediocre que lleva a buscar el premio de una obra con el impulso noble de la obra misma". (2) Por pobreza de ideas y de principios, los caudillos se tildaron unos a otros de "radicales", "conservadores", "reaccionarios". Algunos de los líderes civiles y de los militares tenían un concepto claro de las miras políticas del movimiento: mantener el carácter original de la revolución establecido por Madero, es decir, democrático, impersonal, anticaudillesco. Se veía claramente que el liderismo de Carranza y de Obregón iba dirigido al más descarado caudillismo, con el objeto final de establecer una dictadura, y por tanto no les quedaba a los idealistas más esperanza que la dirección militar de Villa, campeón muy poco idóneo como portaestandarte de una revolución purificadora y regeneradora. ¿Era capaz Villa de supeditar su enorme fuerza al servicio de principios para él incomprensibles o no existentes? Los sucesos posteriores probaron que no lo era, y que sólo iría hasta donde él mismo claramente viera. Así se explica el fracaso de esta fase de la revolución y el retroceso al más nefasto caudillismo en la persona de Venustiano Carranza.

La siguiente obra de Guzmán, *La sombra del caudillo* (Madrid, 1929), también ha sido acogida con entusiasmo. Se han publicado de ella tres ediciones y se ha traducido al francés y al holandés. *La sombra del caudillo* es una novela histó-

rica, un *roman à clef*, que muestra los peores aspectos del caudillismo en México, en el período Obregón-Calles. Para poder dar una descripción completa de esa plaga de la política mexicana y también para poder incluir ciertos sucesos y caracteres distintivos y dramáticos, el autor ha sintetizado la obra en dos épocas. La primera abarca los acontecimientos de los años 1923-1924, cuando Adolfo de la Huerta, candidato presidencial, dirigió un levantamiento pre-eleccional, teniendo la suerte de eludir una conspiración tramada para asesinarlo, y cuando el presidente Alvaro Obregón logró imponer, contra la voluntad del pueblo, la candidatura de su protegido, Plutarco Elías Calles, preparando así el terreno para su propia reelección cuatro años después. La segunda época comprende la campaña presidencial de 1928, cuando los candidatos oposicionistas, los generales Arnulfo Gómez y Francisco Serrano, fueron asesinados, sufriendo la misma suerte el presidente electo Obregón antes de que pudiera ocupar la presidencia. La mayor parte de los acontecimientos de la novela son de la segunda campaña, aunque gran parte del fondo histórico sea de la primera. Por lo menos uno de los sucesos más importantes de la intriga ocurrió en el año 1923: el complot para asesinar a los diputados más destacados del Congreso Nacional. En la *Encyclopaedia Britannica* (3) puede leerse la descripción de este hecho rigurosamente histórico. Guzmán, por ser diputado al Congreso, conoció directamente los sucesos de 1923, y aun cuando los de 1928 se desarrollaron durante su destierro, tenía un conocimiento perfecto de los personajes principales que habían de intervenir en la acción.

Los lectores mexicanos pueden identificar con facilidad a cada personaje de la novela. El autor no vacila en corroborarlos, a pesar de que viven todavía algunos de ellos. "El caudillo" es el general Alvaro Obregón; Hilario Jiménez, el candidato imposicionista de la administración, representa al general Plutarco Elías Calles; Ignacio Aguirre, candidato de la oposición, cuyo asesinato constituye el clímax de la intriga, es el general Francisco Serrano, asesinado en 1928; Recalde personifica al líder obrerista Luis Morones, jefe actual de la Confederación de Obreros Mexicanos; el general Leyva, que se reserva sádicamente el placer de matar a Aguirre, es el

general Arnulfo Gómez, mencionado anteriormente; Emilio Olivier representa a Prieto Laurens; el infame Manuel Segura es Jorge Carregha; Catarino Ibáñez, gobernador del Estado de México, es Abundio Gómez, y así sucesivamente todos los personajes, inclusive los secundarios, representan políticos de la época. Hasta la actriz española, amante de Aguirre, se puede identificar por su nombre y fué, en efecto, amante de Serrano.

El único personaje no histórico es Axkaná. El lector, sin embargo, no puede menos de ver en él algo del carácter y de la actuación del propio autor. Diputado recto, sincero y concienzudo, representa la pequeña minoría de políticos nacionales que permanecían fieles al ideario de la revolución y que, a pesar de la corrupción de la administración, mantenían su propósito de seguir normas honradas. Por contraste de carácter y opiniones, por su intervención en la acción y por sus conversaciones con los personajes principales —con Aguirre, sobre todo— Axkaná actúa en la novela como comentarista, aclarando y destacando los sucesos, las situaciones y los personajes. Sin Axkaná y sin la lealtad y el valor de Aguirre —hombre libertino y poco escrupuloso por otra parte— el ambiente de *La sombra del caudillo* sería intolerable por sus traiciones, su cinismo, sus orgías, sus crímenes sanguinarios, sus latrocinios y su absoluto egoísmo. Esto no quiere decir que los personajes sean todos o buenos o malos. En modo alguno: hay muchos perfiles suavizadores. A veces el lector siente que algunos de los actores de la tragedia son solamente víctimas del sistema político. Ello se aprecia particularmente en Aguirre, cuyo carácter encarna la rectitud de Adolfo de la Huerta y el profundo egoísmo de Francisco Serrano.

En *La sombra del caudillo* Guzmán se acredita como autor de una novela excelente. Aun sin el fondo histórico y sin la clave de los personajes, la obra tiene un gran valor como novela. Según el dicho popular, "no puede dejarse su lectura un instante". Por encima de la erudición y de la crítica, ésta será siempre la primera prueba empírica de una buena novela. Y la segunda es: ¿Siente uno al terminarla ganas de volver a leerla? De esta prueba también sale triunfante *La sombra del caudillo*. Dan ganas de releerla, no sólo para comprender por

completo el problema del control militar sobre la política, sino también para estudiar a fondo el carácter complicado de Aguirre y profundizar en la intriga tan compleja y al mismo tiempo tan clara. En ello radica, desde el punto de vista puramente novelístico, el mérito principal de la obra. No hay interpelaciones, divagaciones ni intermitencias del interés. La acción marcha directa, acumulativa y acelerada hacia su momento culminante: la muerte violenta e injusta de un hombre inocente que fué arrastrado, y en contra de su voluntad, hacia el traicionero remolino de la lucha política por el poder.

El *magnum opus* de Guzmán —todavía sin terminar— son sus *Memorias de Pancho Villa*. De los diez tomos proyectados, ya se han publicado tres: *El hombre y sus armas* (1938), *Campos de batalla* (1939) y *Panoramas políticos* (1939). El cuarto tomo está ya en prensa, dos más están escritos, y para los cuatro restantes el autor tiene preparado el material. Guzmán piensa continuar las memorias hasta la muerte de Villa y terminar con un epílogo escrito en el mismo estilo villesco.

Las fuentes utilizadas por Guzmán para su obra monumental son diversas. El archivo del famoso guerrillero, que consta de apuntes, telegramas y otros documentos, fué puesto a su disposición por la señora Austreberta Rentería, viuda de Villa. Esta materia llenaría unas cincuenta páginas impresas en cuarto. Se han utilizado documentos históricos del archivo nacional y de algunos Estados. La "Hoja de servicios" de Villa, que él mismo, hallándose preso en Santiago Tlaltelolco, escribió para su propia defensa, no sólo sirvió para comprobar y ordenar fechas y hechos, sino que también proporcionó a Guzmán un modelo del estilo de Villa. Otra fuente —quizá la de mayor importancia— fué el conjunto de observaciones de Guzmán sobre Villa y conversaciones con él durante la época de la convivencia de ambos como revolucionarios. Al joven periodista le agradaba pasar las veladas con el guerrillero, conversador notable que poseía una memoria extraordinaria. Guzmán, que ya en aquella época se daba cuenta de la importancia de Villa y que tenía la intención de hacer uso literario de su figura y de su vida, obtuvo copiosos apuntes de sus conversaciones, ampliándolos en sus ratos libres. De este modo, frescas las impresiones, le fué fácil reproducir el

estilo de Villa en la conversación y la narración. Y como nunca pensaba Villa que algún día "andaría impreso", como decía Sancho Panza, se dejaba observar y retratar con toda naturalidad. Gran parte de las *Memorias* —y lo mismo se puede decir de algunos trozos de *El águila y la serpiente*— es literalmente, palabra por palabra, la misma expresión de Villa. En "El sueño de Urbina", por ejemplo, del segundo libro, se reproducen sus propias palabras. Aduce Guzmán en su comprobación que recuerda claramente las actitudes, los gestos y los ademanes del narrador. La fuente final de la materia de las *Memorias* estriba en las conversaciones —durante un período que abarca muchos años y se extiende a la actualidad— con individuos que conocían y trataron a Villa.

La forma en que han sido escritas las *Memorias* —reportaje exacto, verificación concienzuda y documentación copiosa— las coloca en la categoría de historia fidedigna. Durante el largo período en que la obra se ha ido publicando por entregas en *El Universal* de México, no hubo que hacer ni una sola rectificación. Siendo temas tan apasionadamente discutidos la personalidad de Villa, su ideología y su conducta en la guerra, el hecho de que el público no encontrara materia rectificable, es garantía de autenticidad histórica. Asombra la cantidad de detalles en las *Memorias*. Cada uno de los centenares de personajes que encierran, por insignificante que sea, lleva su nombre verdadero, excepto en las contadas ocasiones en que dice Villa "de nombre que no *me recuerdo*". Cada hacienda, pueblo, rancho y ranchería, cada pico, cañón, arroyo y salto de agua puede ser fácilmente identificado por gente conocedora de las regiones descritas.

Al emprender las *Memorias de Pancho Villa*, Guzmán tuvo dos propósitos. El primero fué presentar un panorama de la revolución que aclarara esta fase de la lucha, a un tiempo tan decisiva y tan confusa. El segundo fué reivindicar la memoria de Pancho Villa. A su juicio, el Villa pintoresco de la leyenda, de los cuentos revolucionarios y de la pantalla no es el verdadero. Se han explotado hasta el infinito las cualidades destacadas y legendarias del valeroso guerrillero; al mismo tiempo el elemento conservador de México ha soslayado el lado serio de este hombre que fué en realidad un gran con-

ductor. Guzmán considera a Villa como la única gran figura de la revolución, el único caudillo que fué siempre fiel al ideal básico del movimiento: la justicia social.

El Pancho Villa de las *Memorias* causa una impresión muy distinta de la del Pancho Villa de *El águila y la serpiente* —no en los rasgos principales de su personalidad, pero sí en cuanto a los aspectos en que es examinado. Esto ya de por sí revela la agudeza psicológica de Guzmán y su habilidad como escritor. *El águila y la serpiente* muestra la impresión que le causaba a un joven sensible, idealista y "de mucha civilización —como solía decir Villa—, el indomado "Bandido de la sierra". A medida que la vida avanza entre los dos, Guzmán comprende y estima más a Villa; sin embargo, el lector no puede evitar la sospecha de que la admiración sentida por el joven hacia el guerrillero dista muy poco de la que sentiría por un tigre en el interior de la jungla. Esa impresión persiste hasta el mismo final del libro, donde Guzmán, en un conflicto entre las lealtades personales y sus convicciones políticas, se arroja "en la boca del lobo", sin saber si el desenlace será la vida o la muerte. En las *Memorias*, por el contrario, las reacciones de Guzmán no juegan para nada. Aparece sólo dos veces en los tres tomos indicados, como un personaje insignificante, tratado de un modo objetivo. Ha podido borrar por completo su propia personalidad, su cultura, todas las reacciones y los prejuicios de un hombre civilizado: en una palabra, se ha identificado con Pancho Villa. No es poco esto. El estilo de las *Memorias* es el de un hombre sencillo y rudo; el modo de razonar y juzgar es el de un bárbaro, si bien de convicciones y principios, cuyo carácter crece y se desarrolla bajo la pluma del autor. Las *Memorias* representan la auto-interpretación que hace Villa de su carácter, su vida, sus hazañas, sus creencias y sus aspiraciones. Para comprender esa interpretación, hay que partir de la premisa de que Villa era un hombre-fiera, amoral, y por lo mismo, bueno y malo por naturaleza. Todos sus actos, buenos y malos, obedecen meramente a emociones e instintos primitivos.

Aunque las extensas *Memorias* distan mucho de estar terminadas, los tres tomos publicados presentan un Pancho Villa interesante y digno de estudio. *El hombre y sus armas*,

que empieza con Villa joven, de diecisiete años, abarca sus dieciséis años de bandido, sus varias tentativas de vivir una vida honrada, su ingreso en la revolución maderista el 17 de noviembre de 1910, su desarrollo como guerrillero, su ruptura con Pascual Orozco y su brillante campaña antiorozquista como general de brigada bajo las órdenes de Victoriano Huerta. Luego cuenta cómo Huerta, movido por los celos, le quiso matar y le encarceló en Santiago Tlaltelolco, de donde escapó Villa a los Estados Unidos y, consumado el asesinato de Madero, regresó a México, a la cabeza de ocho hombres, para unirse a la revolución antihuertista. *Campos de batalla* traza la carrera de Villa como jefe de brigada en la División del Norte, bajo el mando de Carranza, y su conquista del estado de Chihuahua y una parte de Durango. Abarca el período hasta el 2 de abril, 1914, fecha de la entrada triunfal de Villa en Torreón. *Panoramas políticos* describe el resto de la conquista del Norte y analiza las trágicas desavenencias entre los caudillos revolucionarios, sobre todo los motivos y el desarrollo de la ruptura entre Villa y Carranza.

Guzmán acepta como verídica la explicación que da Villa del por qué se situó fuera de la ley: por haber "puesto balazos" al hacendado que intentaba ofender a su hermanita Martina, de doce años. Villa, temeroso de las consecuencias de aquel acto, dada la posición e influencia del agredido, optó por dirigirse a la sierra, comenzando así su vida de aventura. Este suceso le llenó de amargura, amargura que creció después al convencerse Villa de la absoluta imposibilidad de volver a incorporarse a la vida normal: siempre le cortaban tal camino los ricos y los poderosos con las maquinaciones de "la llamada justicia". Villa llegó a odiar profundamente un sistema social que permitía tales injusticias. El momento decisivo de su vida fué cuando conoció a Abraham González, se enteró del programa justiciero de Madero y oyó por primera vez la palabra "patria". Entonces su odio amargo se transformó en la esperanza de un posible orden social mejor; su amor por las montañas y las barrancas se tradujo en devoción al ideal de una patria feliz y justa. Andando el tiempo, su programa rudimentario de "¡Abajo los ricos y arriba los pobres!" se desarrolló y plasmó en ideas más concretas y socia-

les. Sin embargo, el principio básico nunca cambió: siempre creía y proclamaba que una parte de la riqueza del país pertenecía por derecho y justicia a los que la producían por medio de su trabajo y que la revolución no tenía otra finalidad que la de establecer este equilibrio económico. A Villa le conmovía profundamente ver que Madero, hombre rico y privilegiado, se acordara de los pobres y deseara establecer la justicia social. Su devoción fanática al "Apóstol" no disminuyó al ver que éste no cumplía sus promesas: conocía el poder de las fuerzas reaccionarias que atábanle las manos al idealista. El vil asesinato de Madero inspiró en Villa un doble ideal: vengar la muerte del líder y continuar su obra de redimir a las masas de México. Villa hablaba poco de "libertad" y "democracia" —"la llamada democracia", solía decir. Evitando palabras y frases que le eran vagas se aferraba únicamente a la idea clara e inspiradora.

Como era de esperar en el caso de un hombre de instintos primarios y que carecía enteramente de cultura, un hombre cuyas circunstancias lo excluían de relaciones sociales normales y que concentraba todas sus energías en un solo propósito, las ideas y los principios de Villa fueron sencillos y rígidos. Para él no existían los matices: todo era blanco o negro; los hombres — sobre todo los revolucionarios — eran o buenos o malos. El buen revolucionario era leal a Madero —o a su memoria—, estaba resuelto a trabajar por el bien de los pobres y era "hombre de mucha ley".

Villa se creía firme e inalterablemente predestinado a fundar un régimen de justicia que redimiera de la miseria y la desesperación a las masas de México. Tal creencia le daba una fuerza moral enorme. Había en su carácter una mezcla extraña de dignidad y humildad que nunca degeneró en orgullo o en egoísmo. Al proclamarlo José Vasconcelos el gran héroe de la revolución, el comentario astuto de Villa fué "...sólo veía que aquel licenciado era enemigo del señor Carranza y hombre un poco hablador". (4) El hombre que amenazaba con "la justicia de Pancho Villa" y que era tan aficionado a las formas posesivas —"mis generales", "mis trenes", "mis hospitales", "mis victorias", "mis providencias"— anhelaba aprender siempre de aquellos que sabían más que él en

los terrenos de la ciencia militar, de la literatura y del derecho internacional. De ello deriva gran parte de su fuerza, y por ello se explica la evolución del hombre analfabeta y violento en el gran general con silueta de estadista. En vez de mostrarse envidioso —como Carranza y Obregón— de los militares de carrera, Villa apreciaba sus conocimientos especializados, les pedía consejos, les tributaba honores y les hacía justicia. También en contraste con el arrogante y obstinado Carranza, Villa estaba dispuesto a aceptar los consejos que se le ofrecieran voluntariamente, con tal de que le parecieran razonables o iluminaran su ignorancia. Se sentía lo bastante grande para confesar sus errores y limitaciones y para rectificarlos siempre que fuera posible. En general, acataba toda autoridad superior — la de Huerta en la época anterior a la muerte de Madero y la de Carranza después de ser nombrado éste Jefe del Ejército Constitucionalista. Sin embargo, si estaba firmemente convencido de la superioridad de su propio juicio militar, no vacilaba en desatender otras órdenes. Los jefes nunca le perdonaron a Villa su falta de respeto aun cuando, como sucedía con frecuencia, sus actos de insubordinación trajeran como consecuencia victorias brillantes para la revolución.

Convencido de su alto destino, Villa se esforzaba constantemente en hacerse digno de su puesto de caudillo revolucionario. Despreciaba toda ocasión de enriquecerse, aunque lo permitiera a algunos de los suyos, porque "...a cada hombre, si es útil, hay que conservarlo contento, según la condición de su ánimo: al generoso por generoso, al voraz por voraz". (5) Dándose cuenta de que uno de sus grandes defectos como líder era el preferir la pistola a la razón, hizo esfuerzos prodigiosos por dominar su "carácter arrebatado", al cual se refiere con mucha frecuencia. Llegó a abstenerse de comer carne durante una temporada porque le había dicho cierto médico que tal privanza le ayudaría a contener sus ímpetus de ira.

De un modo especial, el Pancho Villa que describe Guzmán muestra un constante celo por conservar el carácter de la revolución, tal como él la entendía. Según Villa, siempre debía tenerse presente el ideal de la justicia social y no dejar nunca

que ese ideal se malograra con egoísmos y ambiciones personales. Velaba cuidadosamente por el buen nombre de la revolución, evitando que sus ejércitos se desmandaran después de las batallas y cometieran saqueos desenfrenados. A veces, después de tomar una plaza, acuartelaba a los soldados para evitar abusos. Al posesionarse de una ciudad, cuidaba de nombrar en seguida un nuevo gobierno y de tranquilizar al público respecto del mantenimiento de la seguridad y el orden; se esforzaba en perturbar lo menos posible los negocios, visitaba los hospitales y daba ayuda a los pobres. Es verdad que trataba severamente a la *quinta columna*, pero siempre investigando previamente los casos, y solía proceder con justicia y aun a veces con misericordia. Igual celo mostraba Villa porque el prestigio y buen nombre de la revolución se reconociera en los Estados Unidos. Así por ejemplo, después de conquistar la ciudad fronteriza de Juárez, ejerció una vigilancia excepcional para que no se cometieran desmanes que tuvieran repercusiones más allá del río Bravo.

El sentido de responsabilidad de Villa se prolongaba y extendía a cada uno de sus "muchachitos". Según él, era justo que los que arriesgaban constantemente la vida en la guerra comieran y vistieran bien y, hasta donde fuera posible, gozaran de la vida. Era cosa ya acordada que, ganada la guerra, ninguno de los revolucionarios sobrevivientes volviera a sufrir privaciones en su propia persona o en la de su familia. En las campañas, el primer cuidado de Villa era evitar todo derramamiento inútil de sangre. Su servicio de ambulancias y hospitales era excelente, dadas las dificultades que existían para ello.

Una cualidad sorprendente en el carácter de Villa, tal como lo pinta Guzmán, es su sensibilidad extrema. Claro está que su profunda devoción a la causa popular era en él hija más del sentimiento que de la razón. Eso es evidente. Sin embargo, es sorprendente ver su admiración por la hermosura de la naturaleza y del hombre. Sumamente extraño es también verle llorar al vislumbrar el jacalito donde, y durante su ausencia, había muerto su madre; llorar también después de la batalla, por la muerte de sus soldados; llorar cuando Huerta le condenó a ser fusilado — y no por miedo, según lo

explica Villa, sino por el dolor que siente al contemplar la ingratitud y la maldad de los hombres. En efecto, la característica menos comprensible del Pancho Villa de Guzmán es la facilidad que tiene para el llanto.

Fuera como fuese Villa como hombre, el militar Villa no inspira más que admiración. El estudio de sus campañas, tal como se describen en las *Memorias*, revela de modo indudable que era un genio militar, lo mismo en la táctica que en la estrategia. Su habilidad no se explica solamente por su apasionado fervor, ni por sus conocimientos del terreno adquiridos en los dieciséis años de vivirlos fuera de la ley, ni por su rapidez en asimilar los conocimientos técnicos de los militares de carrera. Por encima de todo ello, queda patente y acreditado que era un hombre dotado de extraordinarios dones naturales, dones cuyo valor se intensificaba por estar concentrados y canalizados en un solo fin.

La tragedia de la revolución de 1910-1920 fué el rompimiento sobrevenido entre Villa y Carranza. La causa de esta ruptura se aclara en las *Memorias* con más eficacia que en *El águila y la serpiente*. En opinión de Villa, Carranza se desvió del ideal puro de la revolución: bajo el mando de éste, el movimiento dejaba de ser una lucha por la justicia social y se convertía en una complicada partida entablada exclusivamente por el logro del poder político. Carranza, cuya obsesión era asumir la presidencia de la república, no podía tolerar un caudillo idolatrado por el ejército y las masas populares. Veía un rival en él. En esto Carranza desconocía y juzgaba mal a Villa: Villa no ambicionaba la presidencia. Su prodigioso sentido común le decía que no era ése su terreno: su misión era el aspecto militar de la revolución. No podía comprender Carranza que, si Villa se le oponía, era sólo por defender su propio prestigio militar y proteger los principios de la revolución. Villa odiaba a los políticos "chocolateros y perfumados" que envolvían al Primer Jefe en una nube de adulaciones; no respetaba los conocimientos de Carranza y despreciaba profundamente su ambición y egoísmo. En *Panoramas políticos* se aprecia visiblemente cómo Carranza, progresiva y sistemáticamente, se esforzaba en anular a Villa aun con grave detrimento del éxito de la revolución. En cam-

bio, Villa mostraba hacia su jefe enorme paciencia, sumisión e indulgencia. Dándose cuenta clara de que la única base firme para el triunfo de la revolución era mantener la unidad, sufrió —aunque en vano— innumerables humillaciones e injusticias.

Indudablemente el Pancho Villa de Guzmán es, para muchos de sus lectores, un personaje absolutamente distinto y nuevo. Quizá el autor haya idealizado excesivamente a su protagonista, encubriendo sus defectos y realzando sus virtudes, pero no obstante la obra de Guzmán es admirable y debe leerse con respeto por muchos motivos: entre otros, por su rectitud de hombre y de escritor, por su esmerada labor de documentación, por haber conocido con bastante intimidad a Villa y por haberse asociado a la revolución desde su iniciación hasta el año de 1915. Hay que reconocer, además, que esta crónica ofrece una explicación razonable del curso posterior de la revolución, sobre todo del lamentable fracaso de Carranza como reformador.

Gran parte del mérito de los tres tomos de las *Memorias de Pancho Villa* radica en su estilo literario. Dice Guzmán que le ha sido necesario un esfuerzo grande y continuado para sostener constantemente el modo de hablar y escribir de Villa. Ha acertado admirablemente al adaptar el lenguaje al carácter de su protagonista. Por ejemplo, la sinceridad y la sencillez de Villa quedan de manifiesto en su manera de emplear los nuevos vocablos y frases que va aprendiendo progresivamente: "...formación que llaman de línea desplegada", (6) "...lo que se nombra relaciones internacionales", (7) "...movimiento que llaman envolvente". (8) Lo admirable y acertado del estilo es sobre todo la sencillez, la gracia, la individualidad, el carácter popular, la naturalidad de la construcción, el sabor arcaico y la abundancia de datos geográficos y biográficos. En contraste con la mayoría de los escritores de la revolución, Guzmán evita en sus libros la obscenidad y la blasfemia que pudieran parecer naturales en el caso de un hombre como Villa. Tiene Villa innumerables expresiones predilectas que son muy pintorescas, como por ejemplo: *hincapié* en el sentido de *pretexto, punto de vista de persecuciones* por *objeto de persecuciones, hacer una entrega* en el sen-

tido de *hacer preso*. Muy típicas de su personalidad y de su estilo son frases como: "tomé mis providencias", "le dije mis palabras", "se me revolvió toda la cólera de mi cuerpo", "hombre de mucha civilización", "hombre de mediana civilización", "hombre de poca civilización".

La obra predilecta de Guzmán son las *Memorias;* en ellas ha trabajado intensamente, durante un largo período de tiempo y con la mayor devoción. Aunque parezca paradójico, es su obra más original. Ya que las *Memorias* y *El águila y la serpiente* guardan estrecha relación cronológica —aunque los límites no sean los mismos—, el que quiera entender el período general a que se refieren debe leer las dos obras y compararlas. La segunda es más imparcial y objetiva, abarca varios puntos de vista, enfoca gran número de personajes revolucionarios prominentes, y aclara sus idearios y fines. Las *Memorias,* escritas sobre el *leit motif* de un solo revolucionario, siquiera sea el más importante de todos, es en realidad la explicación que da Pancho Villa —y la justificación que da Guzmán— del fracaso de la revolución de 1910-1920, la más sangrienta y la más prometedora de las revoluciones mexicanas.

Estas dos obras tienen la virtud de estar documentadas en alto grado y al mismo tiempo la de ser amenas como la más interesante novela. No son biografías noveladas, sino historia seria con los méritos de la literatura de imaginación. Con ellas Guzmán ha logrado un tipo literario de gran excelencia, tipo acaso único en las letras mexicanas. En ellas se combinan acertadamente los elementos meramente auténticos y básicos con los rasgos, trazos y estampas históricamente valiosos de toda buena novela realista.

HELEN PHIPPS HOUCK,
Wellesley College, Mass.

(1) *El águila y la serpiente,* pp. 7-28, 116-122, 163-170, 171-181, 285-290, 311-316, 353-359. Madrid, 1928.

(2) *Op. cit.,* p. 84.

(3) Edición de 1930, *Addenda.*

(4) *Campos de batalla*, p. 192. México, 1939.
(5) *Op. cit.*, p. 172.
(6) *Op. cit.*, p. 101.
(7) *Ibid.*, p. 71.
(8) *Ibid.*, p. 38.

BIBLIOGRAFIA DE LAS OBRAS NOVELESCAS DE MARTIN LUIS GUZMAN

El aguila y la serpiente. M. Aguilar, Editor, Madrid, 1928.
El águila y la serpiente. 2ª edición. Madrid, Ciap., 1929.
La sombra del caudillo. Novela. Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1929.
La sombra del caudillo. Novela. 2ª edición. Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1930.
El águila y la serpiente. Primera parte. *Esperanzas revolucionarias.* 2ª edición. Madrid, Imp. J. Pueyo, 1931.
El águila y la serpiente. Segunda parte. *En la hora del triunfo.* 2ª edición. Madrid, Imp. J. Pueyo, 1931.
La sombra del caudillo. Novela. 3ª edición. Ediciones Botas. México, 1938.
L'aigle et le serpent. Traduction de Mathilde Pomès. Préface de Blaise Cendrars. Paris, J. O. Fourcade, 1930.
L'élection d'Axkaná González. Bifurs, París, 1930.
L'ombre du caudillo. Traduit de l'espagnol par Georges Pillement. Paris, Libr. Gallimard, Eds. de *La Nouvelle Revue Française*, 1931.
The Eagle and the Serpent. Translated from the Spanish by Harriet de Onís. New York, Alfred A. Knopf, 1930.
Adler und schlange. Stuttgart, Engelhorn Knapf, 1932.
Avec Pancho Villa. París, Grasset, 1935.
In de schaduw van den Leider. Vertaald Door J. Slauerhoff en Dr. G. J. Geers. Den Haag, Boucher, 1937.
Kravvy Dest. Melantrich A. S. Praha, 1937.

Perfil de la Literatura Boliviana

LA llanura suele andar sola. También la sierra torna a sí. Fuerzas contrarias, se repelen. Una apunta al poniente; otra al cenit. Pero en el Ande, paradoja cósmica, pampa y sierra caminan lado a lado.

El altiplano se dilata como un mar; precipítanse los montes. Quiebras desgarradas. Muros de basalto hundiéndose en el cielo. El aire fulge. Estallan los colores. Arriba: vientos de tormenta. Abajo: el vértigo. En un collar de cimas que galopa kilómetros, la cordillera enarca ventisqueros: azul cobalto, gris, ocre, ultramarino, jade, tintas róseas. ¡Alteza y pesadumbre de cumbres: la montaña!

Amurallado en su prisión de nieve, el boliviano engendra intimidad. La nieve no es eterno frío. Bajo su alfombra termógena la vida se condensa. Y al llegar el deshielo, furiosos torrentes vivifican los valles. En todo invierno laten primaveras. Por eso el hombre del Ande —que sabe la ciencia de concentrarse— rompe, cuando quiere, su gélida apariencia. Y es el precursor, aunque América lo ignore, porque su voz rebota en cimas y se pierde en la altura.

Tiahuanacu, la piedra más antigua del continente, guarda el tesoro mítico de América. En el Titicaca, lago sagrado, nace el Incario, raza de guerreros y legisladores. Siglo XVIII: los criollos altoperuanos mueren en la horca por una idea de patria. De la Audiencia de Charcas sopla el terral emancipador. Primera en proclamar la autodeterminación de los pueblos, Bolivia es la última en obtener su independencia. En-

tonces Bolívar, con verbo sibilino, presintiendo una fuerza rectora y entrañable, elige su "hija predilecta". Bolivia es el vigía.

El más grande de los cronistas de convento, durante la Colonia, es Fray Antonio de la Calancha, natural de Chuquisaca, autor, entre otras obras, de la famosa *Crónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú,* que en punto a ingenio, erudición y fantasía creadora sobrepasa con holgura a sus contemporáneos, con calzar éstos aguda espuela. Otro cronista memorable es Bartolomé Martínez Vélez. Y en los albores de la república, el publicista Pazos Khanki.

El verbo explosivo de Bernardo Monteagudo y Casimiro Olañeta hizo tanto por la independencia de Bolivia como por la emancipación general del continente; sus discursos y proclamas son piezas clásicas, y reflejan el ardor romántico a la vez que la cultura filosófica de Chuquisaca, matriz de la libertad americana. La oratoria, primera expresión romántica de la cultura boliviana, señorea el siglo XIX. Evaristo Valle, Mariano Baptista y Daniel Salamanca fueron, antes que tribunos, creadores de una pedagogía popular.

La república no logra su estructura civil fácilmente. La brusca transición del vasallaje colonial a los moldes democráticos, exige largos trances de convulsión y vacilaciones. Y es al estrépito de contiendas intestinas, en el motín callejero o en las guerras internacionales, donde se templa el pensamiento de la joven nación. Manuel José Cortés, José Rosendo Gutiérrez, Monseñor Taborga, Pedro Kramer, Alberto Gutiérrez y José María Camacho son los historiadores más destacados. En la poesía descuellan Ricardo Bustamante, María Josefa Mujía, Néstor Galindo, Adela Zamudio. Nuestro "Brocha Gorda" —Julio L. Jaimes— es autor de un libro célebre: *La Villa Imperial de Potosí.* Sin la donosura del anterior, Modesto Omiste es también recomendable por sus *Tradiciones Potosinas.* El más literato de todos, por esa época, es Mariano Ricardo Terrazas, novelista y ensayista, que sólo ha de ceder campo a Santiago Vaca Guzmán, vasta y cultivada mentalidad, en quien se dieron el crítico perspicaz, el erudito y el narrador de rica fantasía. Vaca Guzmán es una síntesis del poli-

facetismo boliviano; novelista, historiador, crítico, sociólogo, descuella por la seriedad de su obra: *Literatura boliviana, Su Excelencia, Bolivia, origen de su nacionalidad, Su Ilustrísima, Días amargos* y otros muchos libros de variada tendencia.

Los aficionados a estudios científicos, deben consultar, en nuestra sobria bibliografía, los escritos del sabio paceño Agustín Aspiazu, noble alma con algo de Paracelso y Alberto el Magno y mucho de la disciplina germánica, que incursionó por todos los campos del saber. Su *Teoría de los terremotos, La Meseta de los Andes, Sondaje de los cielos, Conocimiento de los tiempos* y veinte libros más reflejan su poderoso talento. Al geógrafo francés Alcides D'Orbigny lo consideramos nuestro. Recorrió a Bolivia durante muchos años analizando innumerables características del país. En los tiempos modernos son dignos de consulta Manuel Vicente Ballivián, Villamil de Rada y Belisario Díaz Romero, autor de *Tiahuanacu y la América primitiva* y otros trabajos de gran valía científica. Díaz Romero y Arturo Posnansky, alemán de origen, autor de *Una Metrópoli prehistórica en la América del Sur* y numerosos escritos arqueológicos, antropológicos e históricos, son, sin duda alguna, los dos hombres de ciencia más autorizados en la actualidad para controvertir temas del pasado boliviano.

Julio César Valdez inicia la literatura costumbrista con *Chavelita, Picadillo* y *Mi noviciado.* José Vicente Ochoa domina el género biográfico. *Marina,* de Arturo Oblitas, es una novela interesante. Lindaura Anzoátegui de Campero, es autora de novelas cortas que acusan un fino lirismo y destreza en la sátira de costumbres; sus libros *Huallparrimachi* —drama histórico—, *Una mujer nerviosa* y *Cuidado con los celos* descuellan por la fluidez del estilo. Para varios críticos, es ella y no Valdez, la verdadera iniciadora del costumbrismo literario.

Se ignora que *Juan de la Rosa,* de Nataniel Aguirre, es el fresco más vívido de la epopeya emancipadora. De este romance de la independencia, que hoy puede competir con la técnica moderna del relato europeo, dijo Menéndez y Pelayo: "Es la mejor novela escrita en Sud América".

El polígrafo Gabriel René Moreno, honrado por la Unión Panamericana, es autor de *Los últimos días coloniales*, testimonio veracísimo de la cultura hispano-criolla en la cual descansa nuestra tradición republicana. Formó pacientemente la bibliografía boliviana. Historiador acucioso, orfebre del idioma, investigador caudaloso, Moreno es fuente inapreciable de consulta. Es una cima en nuestras letras.

Al despuntar el siglo XX, cuando aún se sueña con las brumas del romanticismo, Ricardo Jaimes Freyre erige una de las columnas del movimiento modernista con su *Castalia bárbara*, versos de alquitarada perfección. Inventa leyes métricas. Compone *Los sueños son vida* y la *Historia del Tucumán colonial*. Es el innovador.

Con *Raza de bronce*, novela del indio boliviano, Alcides Arguedas se anticipa al movimiento nativista que hoy predomina en el continente. Es el precursor de la literatura regional americana, pues *Raza de bronce* es anterior a *La vorágine*, *Doña Bárbara y Don Segundo Sombra*. Historiador del siglo XX, Arguedas es muy discutido, pues su *Historia de Bolivia*, aunque monumental en el esfuerzo, no tiene la consistencia requerida por el género.

Armando Chirveches es el primer escritor exclusivamente novelista. Abre cauce a la psicología social y en cierto modo al naturalismo francés, con sus novelas *La candidatura de Rojas*, *Casa solariega* y *La Virgen del Lago*. Describe hábilmente la vida criolla, conflictos, sentimientos sencillos antes del advenimiento de la civilización mecánica. Es un pintor de su época: Bolivia al nacer el siglo XX.

Al internacionalista y jurisconsulto boliviano, Federico Díez de Medina, lo ha honrado la Conferencia Panamericana de Lima de 1938. Sus obras didácticas educaron a varias generaciones americanas, sobresaliendo sus *Nociones de Derecho Internacional*.

Hay hombres representativos, verdaderas síntesis de su pueblo. Para nosotros, Franz Tamayo es lo pinacular. ¡Cómo definirlo en cuatro líneas! Político, tribuno, polemista, pedagogo, crítico, periodista, gran poeta, su personalidad avasalladora choca con el medio. Se le discute, se le niega. Mas

vienen voces de fuera y le llaman: "Maestro". Triple naturaleza pánica, conjuga al magíster, al pensador y al artista. Cinco libros aquilinos: *Proverbios, La creación de la pedagogía nacional, La Prometheida o las Océanides,* tragedia lírica, *Nuevos Rubayats,* versos, y *Scherzos,* versos. No hay mayor madurez mental en América. Hablar con Tamayo es un regalo de los Dioses. Nadie le ha superado, aquí, en la penetración del juicio y el vuelo tempestuoso de la imaginación. Es la montaña hecha hombre. Abruma y ciega. El drama escapa al ojo. Pero truena su verso apocalíptico y estupeface.

En los últimos tiempos perdimos a Ignacio Prudencio Bustillo, buen ensayista; a Man Césped, prosista lírico de hondo sentir; a Alberto de Villegas, autor de *La campana de plata* y *Sombras de mujeres,* exquisito cronista. Y al ilustre don Jaime Mendoza, autor de numerosas obras de estudio, novelas, poesías, que verdaderamente mereció llamarse "maestro de juventud" por su fecunda y valiosa labor intelectual. Más parco en la obra escrita, Daniel Sánchez Bustamante fué el promotor de la reforma educacional. Sus escritos dispersos revelan una mentalidad bien disciplinada y mereció también, en justicia, ser conceptuado como un guía.

Los diplomáticos bolivianos tienen fama de ser brillantes literatos. Adolfo Costa du Rels es un novelista de altos quilates: *El embrujo del oro, Tierras abrasadas, Huanchaca,* etc., abarcan el paisaje y la psicología boliviana certeramente. Desgraciadamente recién se traduce del francés al español. Eduardo Díez de Medina tiene una treintena de libros consagrados a los problemas territoriales de Bolivia; autor de la *Doctrina de neutralidad marítima para las naciones mediterráneas,* es también fino poeta y prosista de ática elegancia. Enrique Finot sobresale como historiador. Alberto Ostria Gutiérrez, con su *Rosario de leyendas* y su *Casa de la abuela,* se acreditó ágil hombre de letras. Gregorio Reynolds, el alto poeta de *El cofre de Psiquis, Redención* y *Prisma,* forma, con Tamayo y Jaimes Freyre, la trinidad lírica de Bolivia.

La dictadura del espacio impide el panorama completo; apenas doy un perfil. Pero sigamos el esbozo.

Destaquemos, todavía, la inteligencia poligráfica de Gus-

tavo Adolfo Otero, sutil explorador del alma boliviana, cuyos libros numerosos deben buscarse para comprendernos mejor. Crítico, cronista, investigador formal, Otero es un animador de nuestra literatura y sin duda, hoy por hoy, el espíritu mejor informado de su pasado y su presente. Mario Flores, Humberto Palza, Antonio Díaz Villamil, Víctor Ruiz se destacan como autores teatrales. Juan Francisco Bedregal, sociólogo, cuentista y delicado humorista, tiene *La máscara de estuco* y *Dibujos animados*. Carlos Medinacelli y José Eduardo Guerra son los ensayistas más importantes de la Generación del 900; el último, con meritoria labor publicada, aventaja al primero porque su pluma rehuye el alarde erudito para afirmar una síntesis ordenadora. Guerra es también un delicado poeta. El costumbrista Alfredo Flores y el novelista de aventuras Diómedes de Pereyra son dos expresiones interesantes. Roberto Prudencio es un buen crítico. Y Guillermo Francovich, autor de un brillante *Esquema de la historia de Bolivia*, de *Supay* y de *Los ídolos de Bacon*, alcanza el primer lugar entre los ensayistas jóvenes, por su cultura filosófica y la elevación de su pensamiento.

La Guerra del Chaco dió vigorosos brotes. Los novelistas Oscar Cerruto, Augusto Guzmán, Augusto Céspedes, Eduardo Anze Matienzo, Porfirio Díaz Machicao y Raúl Botelho Gonsálvez, el benjamín de nuestros narradores, que con *Borrachera verde* y *Coca* anuncia ya un auténtico escritor. Jorge Canedo Reyes, Raúl Otero Reiche y Luis Mendizábal son poetas de fina sensibilidad. Por la prosa se perfilan Carlos Dorado Chopitea, José Romero Loza, Luis Iturralde Chinel, Humberto Guzmán, Alberto Zelada, Raúl Díez de Medina, Ismael Sotomayor, Federico Avila y muchos más.

Un puñado de libros, como introducción a nuestra literatura: *Juan de la Rosa* por Nataniel Aguirre; *Los últimos días coloniales* por Gabriel René Moreno; *Tradiciones potosinas* por Julio L. Jaimes; *Castalia bárbara* por Ricardo Jaimes Freyre; *La candidatura de Rojas* por Armando Chirveches; *Scherzos* por Franz Tamayo; *Raza de bronce* por Alcides Arguedas; *Itinerario espiritual de Bolivia* por José Eduardo Guerra; *El Macizo boliviano* por Jaime Mendoza; *Estampas*

bolivianas por Gustavo Adolfo Otero; *Sangre de mestizos* por Augusto Céspedes; *Historia de la novela boliviana* por Augusto Guzmán.

La sierra dió escritores de garra. Ahora viene la surgencia de los valles y del trópico. Iniciado el proceso geocíclico de la interpretación terrígena, todos los géneros literarios se renuevan desde el relato como medio de protesta social hasta el exceso vanguardista. Campo donde chocan tres culturas —indio, mestizo y europeo—, Bolivia posee intacto su temario vernáculo. Arquitectura, paisaje, música, plástica, espíritu aguardan todavía al descubridor. La fuerza múltiple del Ande sacude al viajero. Su clima mítico enciende todo lo que toca. Aquí el estudioso arde en sorpresas. Pero América ignora a la montaña. Y mientras la costa atlántica disuelve el yodo y la sal cosmopolitas, a cuatro mil metros los hombres labran en basalto el drama de un pensar remoto que nace en Tiahuanacu. Bolivia, tierra de misterio, tiene imantación de siglos. No hay que olvidar la voz de la montaña.

FERNANDO DÍEZ DE MEDINA,
La Paz.

Los Estudios Brasileños en las Universidades de los Estados Unidos

EN el "Instituto de Estudios Latinoamericanos que tuvo lugar en la Universidad de Michigan" en el verano de 1938, bajo los auspicios del Comité de Estudios Latinoamericanos que forma parte del American Council of Learned Societies, se celebró una conferencia especial sobre estudios brasileños. En este Instituto se dictaron cursos sobre la lengua portuguesa, y el historiador y sociólogo brasileño Gilberto Freyre estuvo encargado de un seminario sobre la historia social del Brasil. La conferencia se convocó para indagar en particular qué cursos se ofrecían actualmente en este ramo y qué personas se ocupaban de investigaciones luso-brasileñas. El Comité también estudió la necesidad de publicar un "Manual de Estudios Brasileños", provisto de una bibliografía selecta del material en las varias disciplinas que se había publicado antes de 1935, fecha de la inauguración del *Handbook of Latin American Studies*. A la vez que se propuso el nuevo volumen, se pensó que sería oportuno preparar un informe, lo más completo posible, que diese a conocer la presente situación de los estudios brasileños en los Estados Unidos para averiguar si actualmente existe suficiente interés en la materia para justificar la publicación del propuesto "Manual de Estudios Brasileños". El informe preparado, amplificado y puesto al día, es la substancia de este artículo.

Los resultados de esta investigación muestran un serio

sistema de estudios ya organizados, los cuales indican el desarrollo de un programa mucho más extenso para el futuro. En todos los *colleges* y las universidades se nota una convicción creciente de que el Brasil merece un puesto especial en sus cursos. Se están considerando los siguientes cursos: la lengua portuguesa, cuya necesidad se ha notado desde hace diez años; el estudio de la colonización portuguesa y la de Iberoamérica; investigación del problema racial en el Brasil como uno de los elementos más importantes de la sociología americana; la geografía y economía de las principales repúblicas iberoamericanas. Los estudios brasileños, recientemente emprendidos, prometen un desarrollo considerable.

CURSOS DE HISTORIA BRASILEÑA

El número de cursos que se ofrecen sobre la historia en general del Brasil exceden en mucho a los otros cursos. En el presente año académico se ofrecen unos 70 cursos sobre historia iberoamericana en 40 *colleges* y universidades americanas. De estos 70, uno solo se dedicó exclusivamente al Brasil. El Profesor Frederick Ganzert, de la Universidad de Utah, inauguró, hace un año, un curso titulado "El Brasil Colonial, Imperial y Republicano". El Profesor Ganzert declara que se encuentra ante dos problemas principales: primero, que los estudiantes no saben leer portugués —lo cual se comprende fácilmente—, y segundo, la falta de buenos libros de texto, escritos en inglés, sobre el Brasil. El espera que esta dificultad se podrá enmendar al publicarse la traducción que está preparando el Profesor P. A. Martin de la *Formação histórica do Brasil* por J. B. Calógeras. Pero estos dos problemas suscitan la cuestión esencial que afecta el continuo desarrollo de cursos especializados brasileños: la incapacidad de los estudiantes para leer la gran cantidad de material esencial que existe, no traducido al inglés. Así que la enseñanza de la lengua portuguesa se hace obligatoria en cualquiera institución que ofrezca un curso como el que mencionamos arriba.

Se ofrecen dos cursos sobre "Historia del Portugal y sus Colonias", el del Profesor Zing en la Universidad de Denver, y el del Profesor Coutinho en el Departamento de Servicios

Extranjeros de la Universidad de Georgetown. Este curso del Profesor Coutinho, por ofrecerse en un Departamento de Graduados, de carácter especial, ha atraído a muchos estudiantes extraordinariamente bien preparados para solucionar el problema lingüístico. Pero se debe tener presente que el Dr. Coutinho también enseña la lengua portuguesa en la Universidad de Georgetown, y desde hace muchos años ha sido uno de los principales promotores de la extensión de la enseñanza del lenguaje portugués en este país.

En el campo de cursos de estudios generales y semi-especializados, el Brasil ocupa un puesto de menos importancia en las siguientes materias: "Historia de las Américas" e "Historia de la América Latina" o de Sudamérica en general.

CURSOS DE LA LENGUA Y LITERATURA PORTUGUESA

El interés que, con respecto al portugués, existe en las universidades de este país ha sido principalmente filológico. En Harvard, el Profesor J. D. M. Ford ha enseñado, por más de cuarenta años, un curso para estudiantes graduados relativo a la lengua portuguesa y su literatura (el portugués antiguo, poesía lírica; Gil Vicente; Sá de Miranda). En la Universidad de Pennsylvania el Profesor Edwin B. Williams ofrece una "Introducción al estudio del portugués antiguo" y un seminario para graduados sobre el portugués antiguo. También hay un curso sobre el portugués antiguo en la Universidad de Kansas y otro en la Universidad de Yale (Raymond T. Hill). No pueden ser consideradas en estos cursos la lengua y literatura del Brasil, aunque en Harvard asigna de vez en cuando el estudio de una novela clásica de Taunay.

En los siguientes centros docentes se ofrecen actualmente cursos elementales y prácticos de portugués: Universidad de Boston (James Geddes); California (Leo Kirschenbaum); College of the City of New York (portugués comercial); Dartmouth (Folger); Florida (Othon Moacyr García); Georgetown, Departamento de Servicios Extranjeros (J. de S. Coutinho); Kansas (no se ofrece todos los años); Universidad de Miami (Alexandre José de Seabra); Texas; George Washington (Raul d'Eça); Wisconsin (H. D. Berkowitz). Hay

clases avanzadas en las universidades de Boston, Columbia (Seminario Hispánico de Federico de Onís), Georgetown (Coutinho) y Wisconsin.

En Dartmouth el Profesor Arce tiene una clase especial sobre los pueblos y la civilización iberoamericanos, que trata ligeramente de la civilización y literatura brasileñas. Sin embargo, no hay un curso verdadero completo sobre la literatura brasileña ahora que el Profesor Berrien se ha trasladado a Northwestern y dejó de dar los dos cursos que tenía en California. No obstante, el Profesor Torres-Rioseco proyecta introducirlos de nuevo, y arreglos semejantes, favoreciendo cursos que traten enteramente de literatura brasileña, se están haciendo en las universidades de Miami, Texas y Wisconsin.

CURSOS DE ANTROPOLOGÍA

Los Profesores Lesser, de Columbia; Coon, de Harvard y Bennett, de Wisconsin, en sus clases sobre las "Razas y culturas de la América Central y del Sur", dedican parte del tiempo a la discusión de temas brasileños. Pero aún no hay cursos en esta materia que traten exclusivamente del Brasil.

CURSOS DE ECONOMÍA

Se dicta el curso "Problemas y recursos comerciales de la América Latina" en seis universidades (Michigan, North Dakota, Pennsylvania, Texas, George Washington y Wisconsin), pero el verdadero centro de actividad, actualmente, es el Wharton School of Finance de la Universidad de Pennsylvania. En este último ofrecen tres cursos relacionados con el Brasil, uno especialmente para licenciados (Relaciones comerciales de la América Latina, del Profesor Inman). Pero ni en este centro se dicta curso alguno dedicado exclusivamente al Brasil.

CURSOS DE EDUCACIÓN

La Universidad de Pennsylvania hizo un experimento singular en materia de educación el verano pasado, por prime-

ra vez. El Profesor Arthur Jones y la señora L. J. Sheridan llevaron un grupo de sus estudiantes a Río de Janeiro. Partieron el 16 de junio y regresaron el 9 de agosto. Siguieron dos cursos regulares: "La educación secundaria en el Brasil" e "Historia de la educación latinoamericana". El Dr. Gustavo Lessa atendió muy eficazmente a los estudiantes y se encargó del segundo curso. Además, varios estudiantes brasileños siguieron ciertas clases y explicaciones de los métodos de enseñanza norteamericanos. Este es el único estudio que se hace en los Estados Unidos, o desde este país, sobre la educación en el Brasil.

BELLAS ARTES Y ARQUEOLOGÍA

El curso más adecuado en esta materia es el del Profesor George Kubler del Departamento de Bellas Artes en Yale: "El arte y la arqueología de la América Latina", aunque, por ahora, se relaciona con el Brasil sólo en lo que toca a la cultura primitiva de la Isla de Marajó y a las reliquias amazónicas. El Profesor Kubler explica que por ser su curso principalmente para los estudiantes de arquitectura práctica, su estudio tiene prioridad al de la escultura, la pintura, y el arte popular *(folk art)*. El material estudiado se refiere a los edificios de México y del Perú, y principalmente a los precolombinos. No obstante, el Profesor Kubler piensa organizar el próximo año un "Seminario de arte latinoamericano", en el cual el Brasil desempeñará el papel mayor.

CURSOS DE GEOGRAFÍA

En los cursos de "Geografía de la América Latina" y de "Sudamérica" que se siguen en siete universidades (California, Colorado, Chicago, Harvard, Michigan, Pennsylvania y Wisconsin), todos para estudiantes no graduados aún, se incluye al Brasil, y en algunos se le da un puesto preferente. Pero aún no se ha organizado una clase regular para el estudio especializado de la geografía brasileña.

CURSOS DE SOCIOLOGÍA

En relación con la sociología brasileña, la Universidad de Fisk da el único curso que existe en los Estados Unidos.

El Dr. Rüdiger Bilden ofrece allí un curso de "Problemas raciales del Brasil". "Este grupo estudia —informa el Profesor— temas como el de la actitud racial del Portugal; la colonización portuguesa; la sociedad de los esclavos en el Brasil; la evolución de la nación brasileña a través de la mezcla racial y cultural; y compara la esclavitud de los negros y las relaciones raciales en la América portuguesa, las Antillas y Norteamérica. Mientras se le da la importancia merecida a la raza negra y al papel que desempeña en la sociedad brasileña, también se hace la comparación entre el Brasil y la América española con respecto a la política indianista, a las funciones económicas del indio, su contribución cultural y su posición social". Durante los últimos dos años unos 30 estudiantes han seguido este curso, siendo 24 de ellos graduados.

La posición de Fisk fué fortalecida aún más el año pasado por la asistencia del Dr. Donald Pierson en este mismo departamento, por ser él una autoridad en los problemas de los negros brasileños, habiendo hecho ya investigaciones extensas para la Universidad de Chicago y el Social Science Research Council (Instituto de Investigaciones en las Ciencias Sociales) en Salvador (Baía) desde 1935 hasta 1937.

INSTITUTOS Y FUNDACIONES

El "Instituto de Estudios Jesuítas", de la Universidad de Loyola. El Padre Juan Delanglez está estableciendo archivos de documentos en facsímiles y reproducciones fotostáticas, relacionados con los jesuítas del Portugal y del Brasil. Recientemente, el Padre Joaquim Leite encomió este proyecto en su Historia da Companhia de Jesus no Brasil, obra monumental publicada en Lisboa, 1938.

LA FUNDACIÓN HISPÁNICA DE LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO

La "Fundación Hispánica", aunque no está asociada con ningún centro de enseñanza, merece ser incluída en este informe. Hace unos meses que se estableció y tiene por objeto la reunión de materiales concernientes al mundo hispáni-

co. La Fundación se propone dedicar la parte merecida de su programa al Brasil, igual que a la América hispana. En sus colecciones de publicaciones, así como en el proyectado Archivo Fotográfico, dicha Fundación intenta reunir una colección sin igual de materias relacionadas con el Brasil. Se espera que le dará gran impulso y beneficio al fomento de los estudios brasileños en los Estados Unidos.

CONCLUSIONES

De este informe se puede deducir que ciertos centros de enseñanza superior de los Estados Unidos, por medio de sus cuerpos de profesores o del equipo que poseen, tienen ya un comienzo bastante respetable en el campo de los estudios brasileños. Las siguientes universidades pertenecen a esta categoría: Michigan (geografía y economía); Pennsylvania (educación, economía, historia); Yale (bellas artes); Fisk (sociología); California (literatura, geografía, historia); Stanford (historia); Harvard (historia, geografía, antropología); Utah (historia); y Wisconsin (economía, antropología, arqueología).

Es de interés observar que la mayoría de estos centros docentes son las grandes universidades. Podemos entonces inferir que nuestros estudios brasileños se localizan, por ahora, en unas cuantas grandes instituciones, ricas y sumamente desarrolladas, y que los centenares de centros educativos menores y de escuelas normales por todo el país no ofrecen nada en esta dirección. Desde luego, no pueden desarrollar todavía cursos de bellas artes, literatura, geografía, sociología o economía. Pero la mayoría de estos centros tienen departamentos de historia bastante bien desarrollados con respecto a otros campos. No podemos pretender que los estudios brasileños hayan alcanzado un puesto adecuado hasta que estos institutos menores, pero esenciales, comiencen a dar clases de historia iberoamericana que traten del Brasil. Además de lo político y económico, estas clases, con el tiempo, deben llegar a representar otros aspectos de la cultura brasileña, hasta que se enseñe la historia social, la música, el teatro, etc. Este desarrollo fomentaría formidablemente el

interés en los estudios brasileños y favorecería la organización de estudios más especializados.

Por último, es evidente que el estudio de la lengua portuguesa tiene que extenderse mucho durante los próximos años, por ser la base fundamental de que depende, en último término, el verdadero éxito de los cursos especializados dedicados completamente a los estudios brasileños.

ROBERT C. SMITH,
The Hispanic Foundation,
Library of Congress.

Perfiles Angloamericanos

Archibald MacLeish

CUANDO en junio de 1939 el Presidente Roosevelt nombró a Archibald MacLeish Director de la Biblioteca del Congreso, se desató entre los señores bibliotecarios de carrera una violenta tempestad de crítica y cuando, a pesar de sus protestas, el Senado de los Estados Unidos confirmó el nombramiento, la crítica asumió caracteres de escándalo. Los bibliotecarios no podían convenir en que un hombre que no había pasado por las arduas disciplinas de la catalogación de libros —aunque ese hombre fuese abogado distinguido, ciudadano ilustre y altísimo poeta, y hubiese ocupado muy destacados puestos en universidades y revistas literarias de reputación mundial — desempeñara el ponderoso cargo que, en su sentir, le pertenecía por derecho propio a su gremio. La prensa toda, desde el ecuánime *New York Times* hasta el ágil y libérrimo *The Nation,* se puso del lado de MacLeish, alegando, entre otras cosas, que los bibliotecarios bien podían hacer una excepción en gracia siquiera a que MacLeish era autor de algunos de los libros que catalogaban ellos, libros que ya habían recorrido triunfalmente los caminos del mundo. Aparte las reconocidas capacidades del nombrado para éste y para cualquier otro de los altos empleos con que un pueblo ilustre —que se precia con razón de justiciero y culto— recompensa a los trabajadores del espíritu, el nombramiento era acertado y oportuno. El Presidente Roosevelt probaba una vez más su fina visión, porque esto sucedía en

el momento en que las relaciones culturales entre la América sajona y la América latina pasaban de los retóricos discursos al camino de la realidad, camino lento pero seguro, si de un lado se olvidan las despiadadas estadísticas y del otro los añejos rencores. En efecto, este nórdico cantor de alma latina que para cantar su canto de gesta sobre el conquistador español del siglo XVI se impregnó de la heroica grandeza de la raza del Cid y la heroica grandeza de las razas indígenas, conoce nuestra lengua, conoce nuestra índole, conoce nuestras cosas, ha amado a México y sincera y cordialmente ha amado a todos nuestros pueblos indohispanos. Y puesto que la Biblioteca del Congreso fundó una Sala Hispánica, en que está depositado el inmenso acervo de la cultura ibérica y el inmenso acervo de las culturas aborígenes de América, y puesto que se trata de acercar por el espíritu a las naciones del Hemisferio Occidental, justo es que el nombramiento recayera en el buen amigo que nos conoce bien y bien nos quiere, y es, además, y sobre todo, humanista de corazón bueno y alma generosa, campeón de causas justas y defensor de atropelladas minorías contra hoscos reaccionarios.

Lírico y épico poeta es Archibald MacLeish. Romántico al principio, porque los años mozos románticos son siempre, realista, desilusionado, escéptico después. La guerra de 1914, en la cual MacLeish fué soldado, le dejó, como a tantos otros de su generación, un sedimento de amargura difícil de curar. Escepticismo y amargura ante el desmoronamiento de todos los valores que hasta entonces habían hecho la vida, si no amable, al menos soportable; ante la sensación de instabilidad que, como la que hoy existe por causas idénticas, crea una atmósfera de agitación febril en que impera el deseo de gozar del momento presente, pues que el mañana es sólo tremendo interrogante. Los abstractos y bellos vocablos no tocaban ya el alma de los hombres que habían visto de cerca la hecatombe que ahogó en sangre las bellas abstracciones y nada, fuera del momento presente, valía la pena de tenerse en cuenta. Las reglas, las normas, las trabas caían al pie de los ídolos rotos, de las tradiciones inútiles, de las religiones impotentes. Los ojos fatigados, excepto en la contemplación de un rascacielo, ya no miraban hacia lo alto. Los cielos es-

taban vacíos y la tierra era un caos repleto de dolor. Obscura fué esa primera década que siguió al Armisticio de 1918, década de confusión, de desasosiego, de desesperanza en un mundo sin objeto. Y el arte, reflejo de ese mundo, era un arte caótico, frustrado, de premuras, de contorsiones, de revuelta contra lo clásico, lo establecido, contra las respetabilidades que le ponían estorbos al vivir desaforado, arte de estridencias de *jazz*, de euforias del *cock-tail*, de predominio y culto de la desilusión.

> ¿Y estaremos sordos, mudos
> hasta que el silencio venga?

exclama MacLeish y le hace eco un largo tropel de poetastros y poetas. MacLeish era sincero. Había probado del fruto acidulce de la melancolía en los rojos caminos de tierras devastadas, había visto la siega de los hombres como en sus praderas del Oeste la siega de los trigos, y había visto el derrumbe de todo lo que es caro a los espíritus románticos. De su obra lírica se hablará en otra ocasión. Por ahora interesa más el cantor épico porque nos toca más de cerca. Pero antes de hablar de su poema heroico que le ha dado merecida nombradía, acerquémonos un momento, de la mano del poeta, hacia su vida.

"Nací el 7 de mayo de 1892 —dice MacLeish en unos lacónicos apuntes que escribiera en 1932 para un manual de información sobre autores contemporáneos angloamericanos—, en un castillo de madera que, desde un robledal y un arrecife, se mira en las aguas del Lago de Michigan. Mi padre, escocés de Glasgow, presbiteriano, luego anabaptista, y siempre protestante devoto, uno de los primeros colonos que se establecieron en Chicago. Tenía cincuenta y cuatro años cuando yo nací. Mercader de profesión. Hombre alto, vigoroso, frío y de bella palabra. Mi madre, mujer de Connecticut, hija de un ministro congregacionalista, alumna graduada y maestra después de Vassar College. Su familia, gente impetuosa, gente de mar de las costas de Norwich, en Connecticut. Tercera esposa de mi padre. Inteligente y enérgica, incansable y virtuosa.

"De mis cuatro hermanos, uno, aviador, murió en la guerra volando con los ingleses sobre Flandes. Cuatro años horrendos en una escuela preparatoria. Luego Yale. Vida de estudiante. Iniciación literaria. La Escuela de Derecho de Harvard. Primer alumno de mi clase el último año. Trabajo duro y ardua competencia y poca fe en la Ley. Casamiento, sin haber aún terminado los estudios de Leyes, y nacimiento del primer hijo en 1917. La guerra. Soldado en Francia en un cuerpo de artillería de campaña. Algunas semanas en el frente en julio de 1918. Regreso a los Estados Unidos y ascenso a capitán.

"Instructor en Harvard por un año. Labor literaria, y sin éxito. Primer libro de versos, *Torre de marfil*, 1917, publicado durante mi permanencia en Francia. Tres años en el ejercicio de la Ley con buen resultado pero sin tiempo para escribir. Mi ambición suprema: escribir los poemas que quería escribir y no los que estaba escribiendo. En el otoño de 1923 residencia en París. Verano en Normandía. Travesías frecuentes por el Mediterráneo y cinco meses recorriendo el Golfo Pérsico, desde Bushira hasta Mohamara, desde Shiraz hasta Teherán. Los libros de esa época: *El matrimonio feliz* (1924), *El pote de tierra* (1925), *Novodaddy* (1925), *Calles de luna* (1926). Regresé a los Estados Unidos en 1928 y he publicado desde entonces: *El villorio de A. MacLeish* (1928) y *La tierra recién encontrada* (1930). Viajé extensamente por tierras de México, desde San Juan de Ulúa hasta Tenochtitlán". Y agregaremos a estos apuntes cuasi taquigráficos: de allí nació el poema *Conquistador*, publicado en 1932 y premiado con el premio Pulitzer de poesía.

Sobre la pintoresca y bárbara y grandiosa *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* en que Bernal Díaz del Castillo, en prosa tosca como un lino aldeano, se puso a evocar los hazañosos hechos de su juventud al lado de Cortés, en tierras de México, MacLeish bordó su poema heroico de singular belleza. El burdo mamotreto del compañero del gerifalte hispano, que tentara la pluma del francés José María de Heredia, tentó también, aunque de modo diferente, la pluma de MacLeish. ¿Qué tema, en efecto, más fascinador, más romántico y más trágico a la vez, que el de esta

conquista de la Nueva España en que, a la hazaña clara se unió la cupidez, la lealtad a la traición, la grandeza a la ignominia, a los cobardes hechos los hechos valerosos? Historia que parece retazo de fábula, tal fué de inverosímil en acontecimientos portentosos, tales fueron de cuasi legendarios los personajes que allí actuaron, tal fué su espléndido escenario por donde desfilan, como en un canto homérico, las cruentas teogonías, y, ante la feroz sonrisa de los ídolos, los hombres de hierro y los hombres de bronce se destrozan, no ya por el cuerpo divino de una hija de dioses y de reyes, sino por los áureos monolitos que fulgen entre maizales y magueyes en la más preciada, en la más codiciada, en la más arisca de las tierras que allende el Mar Océano engrosan las arcas de la Corona de Castilla, arcas que luego Flandes se encargará de aligerar. Todo el colorido y la acción ruda y el esplendor de la epopeya que viera MacLeish con ojos de pintor y sintiera con alma de poeta. ¿Qué importa que la pluma elegante y engañosa del fraile humanista López de Gómara se haya puesto a hilvanar en cláusulas perfectas y desde un yermo rincón de su Península la *Crónica de la Nueva España*, si el fraile humanista ni hallóse en las refriegas, ni visitó las tierras que describe, ni supo, sino de oídas y no siempre verazmente, las cosas que relata? Su *Crónica*, comparada con el desaliñado documento del cronista-soldado en que se basa el poema del poeta americano, será la bien cuidada invención del literato, mas no el verídico recuento del historiador. A los ochenta años este Bernal Díaz del Castillo, Regidor de Guatemala, ha cogido la pluma con la mano que medio siglo antes cogiera la espada, y aunque de letras poco sabe, es fuerza que diga la verdad, si bien su verdad no tiene ni el terso encanto del estilo ni la ancha erudición que tienen las ficciones del clérigo letrado. Pero como Bernal Díaz del Castillo combatió en ciento diecinueve combates, asistió al sitio y la toma de Tenochtitlán, se halló en el desastre de la "Noche triste", presenció el tormento de Guatimozín, y en la más atroz de las jornadas de toda esa odisea, se abrió paso por entre la manigua para castigar con Cortés la defección de Cristóbal de Olid en Honduras, bien puede ponerse a escribir, que si le falta estilo le sobra autoridad. Muertos están

los compañeros de la lid, Cortés muerto hace veintiún años en Castilleja de la Cuesta, y enterrado por ahora en el monasterio de San Francisco de Texcoco; por ahora, porque sus despojos mortales habrán de ir de ciudad en ciudad y de iglesia en iglesia, cual si aún estuviesen animados por el desasosegado espíritu que los habitó. Son los muertos —las almas de los muertos— quienes dan vida a la historia del tosco historiador, que luego desfila entre un estruendo de bárbaras trompetas por el verso de MacLeish.

Sobre esta historia heroica MacLeish compuso su poema heroico en una adaptación de *terza rima* y en verso blanco. Tal vez no tenga este poema —ni creemos fué la intención del autor que lo tuviese— ni la coherencia de estructura, ni la destacada perspectiva histórica, ni la majestad de la expresión, ni el movimiento que el canto épico requiere, siendo más bien una serie de cuadros deliberadamente desarticulados, discontinuo desfile de episodios, antes que la narración sostenida en vuelo uniforme hasta el final. Pero cuán rico es este desfile de episodios en bella poesía, en exactas y audaces metáforas, en ritmos variados y exquisitos, en vigorosas pinceladas, en sorprendentes efectos musicales. Su estructura, que no había de tener la solidez de la columna que pide un templo griego, corresponde al momento afanoso que vivimos. El atisbo, la sugerencia, el rápido brochazo que aprisiona la expresión fugitiva, hacen por la luenga labor pacienzuda que a fuerza de angustia y a fuerza de desvelos penetra hasta el alma de las cosas. No pidamos al artista que, apremiado por la trepidante ansiedad que lo circunda, burile con su escoplo los mármoles eternos, ni lo culpemos si, hallando estrecho el ámbito del vuelo en el tiempo presente, se fugue hacia el pasado. Limitémonos pues, como en el caso de MacLeish, a admirar al artífice que aprisionó la intacta belleza del momento en logrados atisbos, y cantó como nadie ha cantado en lo que va corrido de este siglo, la gesta magnífica de los héroes hispanos y los héroes indígenas.

Desde la costa ardiente hasta el Valle de México siguió el poeta a lomo de mula la ruta de los conquistadores; se impregnó del ambiente en que vivieron y guerrearon; conoció palmo a palmo la tierra generosa y antigua donde tuvieron

lugar aquellos hechos y, libre de prejuicios a fuer de artista verdadero, forjó el canto vibrante de guerreros metales, de espléndidos y bárbaros colores, de temblor y terror y belleza, que constituye un triunfo en el arte difícil de la poesía heroica. Habla Bernal Díaz del Castillo por boca de MacLeish:

> Yo: pobre: y en el sol ya ciego: con mis ojos
> yo vi esas batallas: yo vi a Montezuma:
> yo vi los ejércitos de México en marcha: el viento
>
> Hendía los ropajes: los rostros pintados: las plumas
> flotando en el aire ligero: yo vi la ciudad:
> mis pasos hirieron sus losas: en los cuartos en sombra
>
> Escuché resonar mis tacones, revolar los murciélagos:
> Yo: pobre: y en aquellas comarcas fuí mozo...

El poeta, que al mismo tiempo fuera maravilloso artista del pincel, va pintando con vívidos colores las gloriosas y trágicas jornadas que comienzan esa buena mañana del 10 de febrero del 1519. La expedición al mando de Cortés, compuesta de ciento diecinueve marinos, quinientos cincuenta y tres soldados, doscientos indios y dieciséis caballos, en once navíos entre carabelas y entre bergantines, se hace a la vela para Cozumel. Con este puñado de locos excelsos Cortés se apresta a conquistar el más poderoso y el más aguerrido de los imperios aborígenes. No sabe aún el capitán Cortés del horror y la angustia y las penalidades que esperan a esos hombres antes de que logren consumar su conquista. Pero, a lo lejos, en las distancias imposibles que la vista no alcanza a vislumbrar ni el pensamiento a imaginar, hay áureas comarcas, y después de las áureas comarcas, el bien ganado reposo en un pardo rincón de Castilla, abrumados de gloria y abrumados de oro. El capitán Cortés es elocuente, es licenciado, un don Juan que maneja la espada y la lisonja, y ha escalado ventanas a la luz de la luna y va a escalar baluartes también a la luz de la luna y entre mares de sangre y los gritos de angustia de la raza vencida: Cholula. Y además, el capitán Cortés en las tierras sojuzgadas plantará entre calaveras una cruz, que ni consuela ni redime en este caso, ¡oh buen padre

Las Casas! Sobre el ritmo del verso de MacLeish va el ritmo de las carabelas de Cortés, hendiendo el oleaje bravío:

> Y las manchas de espuma a lo largo de los flancos hinchados:
> la señal en la noche con vaivén de linternas:
> las cadenas hediondas a pringones de sosa.
>
> Y las proas por el viento abatidas: desinfladas,
> topeteando, las lonas: el surco del mar
> por debajo siguiendo la quilla...

Cozumel. Tierra pobre porque la codicia de Pedro de Alvarado se adelantó a la codicia de Cortés, y arcabuz en mano, ha saqueado los templos y las pobres indiadas aterradas ante la monstruosa aparición de caballo y caballero —*equites unum integrum Centaurum*— que diría el panegirista, han huído hacia el fondo de la isla. Y las carabelas enfilan sus proas hacia Yucatán haciendo en Tabasco un alto sangriento. En la desolación inmensa de la noche se alarga

> la sombra de los techos en un langor de luna,

mientras la cantinela del mar por único sonido pone en el alma del guerrero un tedio trenzado de arcanos terrores.

> El silencio delante y el océano detrás,

los hombres de hierro van abriéndose camino por entre las selvas seculares hacia las tierras milagrosas, dejando de paso conspiraciones truncas, nombres de poblados, de islas y de ríos, nombres sonoros como para marco de romance de un nuevo Romancero, y dejando de paso, en épico gesto sin igual en la historia, el humo de las naves quemadas por Cortés. Tenochtitlán. El puñado de locos ha visto allí tesoros que sobrepasan a todas las fábulas de Oriente, ha visto príncipes de pompas orientales y palacios vastos como ciudades de Castilla, y vestido de oro y vestido de plumas y vestido de gemas, ha visto a Montezuma emperador de los aztecas. Y el puñado de locos, ante las atónitas miradas de un millón de súbditos, cargará de hierros al monarca. Pecadora y horrenda y magnífica desfila la ciudad imperial, la ciudad que memora, temblándole en la mano la pluma, Bernal Díaz del Castillo, y es aquí donde el arte del poeta alcanza toda su bella plenitud.

En el rítmico fluir de las estrofas de vocablos sonoros y opulentos pasa la vida cotidiana de la metrópoli soberbia en los últimos días del imperio, porque ya está cerca la insurrección tremenda, Cortés y Narváez se aprestan a la lucha y el monarca, herido de muerte por los suyos, agoniza, como un sol que se pone, rodeado de esplendor. En las pausas de los hechos de armas los días se suceden en eglógica calma que acentúa la fruición del peligro:

> En el calor cantan los gallos y se fríen las tortas:
> de los péndulos cántaros cae el agua potable:
> somnolientas las moscas voltejean en las vigas:

Y al mediodía:

> A través los postigos de la pieza en penumbra
> blanquea el sol y en las calles es más firme la sombra...

Y en los largos caminos y en los quedos paisajes, cuando en las rodelas teñidas de sangre se quiebra un lacustre reflejo,

> Se acerca la noche trayendo en el aire palomas:
> envueltas las alas en noche.

Luego es la densa procesión, el colorido desfile del mercado que pasa por entre las mágicas cadencias del poema en todo su pagano sensualismo, y evoca otros desfiles en bíblicas ciudades donde aún truena la voz de los profetas:

> Vendedores de frutas: de piedras cerúleas:
> de bronce: de núbiles siervas:
>
> Mercaderes de nueces y fibras y miel
> y anilinas: vendedores de sueños:
> de arcilla azul para plasmar los dioses:
>
> Y en el viento las mozas garridas:
> debajo sus muslos las rutas del sol:
> las rutas del viento por sus cabelleras:
>
> Sacudiendo el olor de la tarde en su enagua...
> Y los cuerpos pesados de amor se tendían
> debajo los párpados lo mismo que debajo un ropaje:
> y en la gloria floral se entregaban...

Conquistador es el triunfo más noble y más sonoro de MacLeish. Allí puso el poeta lo mejor de su arte nacido con él, purificado en el crisol del libro y ensanchado en los caminos del mundo y de la vida. La tierra generosa de México que ha dado a la América de lengua castellana la más propia y viril literatura de que pueda ufanarse un continente, dió también a este nórdico cantor de alma latina la fuerza, el ritmo y la belleza que vibran en su canto. Agradezcámosle a México y agradezcámosle a MacLeish el mutuo y bello don.

Edna St. Vincent Millay

Con un nombre cuya sonora propiedad no habría cuadrado bien sino al poeta que lo lleva, Edna St. Vincent Millay va por esos mundos de prosa y algazara ofreciendo a los hambrientos de belleza su lírica merced. ¡Ah, y cuánto el mundo aplebeyado y destrozado por la bestia que engendraron los credos feroces necesita esa voz que, como la flauta de los encantadores de serpientes, aduerma en su dulzura, siquiera un momento, el primordial instinto!... Voz de poeta y voz de profeta — trueno y treno en Ezequiel y en Isaías, trompa en Homero, en Verlaine zampoña, y astral música en Poe. Voz que allá en los arcanos del tiempo futuro batiendo está los épicos metales con que ha de forjarse la Ilíada de un siglo...

Nació Edna St. Vincent Millay en Rockland, Estado de Maine, el año de 1892. Ancha como la de los otros cinco Estados de Nueva Inglaterra es en conjunto la tierra de Maine. Tierra de suaves planicies y recias montañas, de innúmeros lagos y ríos salpicados de islas, de bahías escondidas en que otoños y estíos se reflejan vestidos de sangre y vestidos de grama, y de una costa sonora e incomparable, donde canta el océano quejumbrosos cantares y hay una blanca fuga de veleros sobre el azul alborotado de las aguas. Trasunto es allí el mar de todos los caprichos y las pasiones todas de los hombres. Soñador, melancólico, apacible en estivales días, cuando el sol lo adormece y lo acaricia la desnudez de sus bañistas; violento, mugidor y acongojado en horas invernizas, al des-

trozar su furia milenaria contra el acantilado de granito. ¡Granito de Maine con que se edifican sepulcros y también rascacielos! Y cerca la costa, las montañas, y al pie de las montañas ciudades pequeñitas, aldeas numerosas puntuadas de pinos, y en las aldeas los roqueños casones de los lobos de mar retirados, y más allá de los casones los aserraderos y las esclusas que dormitan entre el blanco reír de los manzanos. Tierra donde canta la vida como una romanza y se queja la vida como una elegía.

Desde sus soleados días estudiantiles supo Edna Millay de los triunfos pequeños que dan alas para los grandes vuelos. Wood Anderson, Eugene O' Neill, Henry L. Mencken y otros, en Greenwich Village —beca entonces de *dilettantes* y de artistas de éste y del otro lado del océano— vivió la ingrata y descolorida bohemia neoyorquina, la vida del rebelde contra el clima cultural de su suelo y la moral calvinista que lo hacía inhabitable. Eran aquellos los fecundos días de la post-guerra. Edgar Lee Masters, Sinclair Lewis, Theodore Dreisser, Sherwood Anderson, Eugene O'Neil, Henry L. Mencken y otros, en el verso, en la novela, en el cuento, en el teatro, en el ensayo, le inyectaban calor de humanidad a las pusilánimes letras de su generación, y sobre los cimientos de una literatura santurrona y parroquial levantaban el vasto edificio de las letras nuevas, que podía enfrentarse —y a veces con ventaja— con aquellos de más sazonadas y viejas culturas. Audaces cosas y tremendas verdades nacieron de allí. La literatura de los Estados Unidos de América dejaba de ser una rama de la literatura inglesa para incorporarse a la literatura universal con calor y sabor propios. Por aquellos tiempos Edna Millay era actriz de teatro y escribía libretos, dramas y comedias, una de las cuales se tradujo al francés y se puso en los escenarios de París. Viajó más tarde por las tierras del arte inmortal, y aunque en Roma helara sus huesos el polvo de los Emperadores, en el jardín romano cortó rosas de Horacio y escuchó sin sonrojarse secretos escabrosos y dulces que Catulo dijérale al oído. Allí, por lo demás, estaba el paganismo, el divino y humano paganismo tan caro a su armonioso corazón. En los Montes de Bershire cultiva hoy Edna Millay las flores de su

granja y las flores de su lírico jardín. Y pues que, entre el litoral y el altiplano discurrieron sus años mejores, su canto quejumbres de mar tiene y anhelos de montaña.

Su copiosa obra poética comprende hasta hoy los libros siguientes: *Renacimiento* (1917); *Higos entre cardos* (1920); *Dos de abril* (1921); *El tañedor de harpa* (1923); *El gamo en la nieve* (1928); *Poemas escogidos* (1929); *Entrevista fatal* (1931); *Vino de aquellas uvas* (1934); *Las flores del mal* — traducción de Baudelaire, en colaboración (1936); *Conversaciones de medianoche* (1937); *Cazador, qué pieza?* (1939). Pero el maduro temblor de su otoño habrá de ofrecernos la mies más dorada.

En *Renacimiento* se advierten ya las características todas del arte milainiano: forma un poco arcaica con resonancias de verso elisabético, claridad, gracia rítmica, asordinada melodía que canta el amor a la vida y el amor a la muerte; paganismo un poco triste, que no encuentra su olimpo y vacila y oscila entre Cristo y Apolo, y la inevitable nota frívola, que casi uno lamenta, si no fuese porque también sabe que en la lira septicorde de la poetisa caben todos los sonidos y la expresión de todos los sentires. Los caminos del arte son largos, y a medida que se avanza por ellos, la vida que un día deleitárase en la fútil y bella profusión del rosal, se clava, angustiada, en el árbol desnudo y erecto, a la vez signo y símbolo. Y así la frágil balada va tornándose al andar del camino en *Requiem* majestuoso, y la voz que a los veinte años exclamara en un delicioso momento de feminidad al imaginar la muerte del amante mientras el vecino desdobla las páginas del diario en el tren subterráneo,

> No allí el llorar copioso ni allí el discorde acento
> de manos retorcidas en trágico lamento.
> Más bien, compuesta y grave — acaso me pondría
> a ver pasar las luces rojizas por la vía,
> o a buscar en el diario que desdobla el vecino,
> del salón de belleza y el modisto, el camino,

a los cuarenta, cuando el tiempo la aprieta con anillos de hierro, clamará desolada:

Oh, si pudiera,
como en mi mocedad,
templar mi sed y nutrir mi hambre
en el filtro del canto y con pan de belleza,
que siempre es la belleza

Es éste un hondo libro musical, de extrañas sugerencias, de panteísticos anhelos, de inquietud que se pregunta el Cómo y el Por qué de muchas cosas de hoy, de ayer, de mañana y de todos los tiempos por venir:

Al fin hallé el enorme secreto sepultado
de todo lo presente y todo lo pasado
y todo lo que viene, y el Cómo y el Porqué...

El Cómo y el Porqué, que a Hamlet torturara, pues que Hamlet llevaba en su cerebro todo el peso del mundo. Era él mismo la tortura metafísica encarnada, la duda intelectual y el intelectual desasosiego en forma de hombre. El Príncipe de Dinamarca sabía con el Eclesiastés, que conocimiento se paga con vida, y Edna Millay, con ellos, sintió más que supo en su alma niña de diecinueve años, del duro tributo:

Con cruel remordimiento
mi omnisapiencia humana pagó su atrevimiento.

Quedó sobre la mesa un libro abierto. Quedó allí porque la Muerte pasó una mañana llevándose al amante y dejándole el libro que leía. La muerte, desde entonces, obsesiona a Edna Millay, como en caso análogo y en otras latitudes, obsesionó el corazón grande de Gabriela Mistral. Elegía sin sollozos, elegía del recuerdo, que en ocho palabras condensa una angustia:

Te tuve y hoy ya no te tengo.

Pero aún es la primavera. En el alma y en la tierra florecen los caminos, y hay música, hay amor, aunque el amor se muera. Hay un divino y carnal paganismo que clama en un ancho grito de alborozo:

¿Para qué el cielo
si es tan dulce la tierra?

y que abraza, en un férvido y universal abrazo, las brisas mañaneras, las nieblas "que suben y que bajan", el firmamento gris, los bosques otoñales, los otoñales días en que grita y palpita el color:

¡Oh mundo, si pudiera ceñirte con mis brazos!

Y exquisito, como una canción verlainiana en su lastimera melodía,

Cual lluvia incesante golpea la tristeza
en mi corazón,

que nos trae el dulzor de

Il pleure dans mon coeur
comme il pleut sur la ville.

La monotonía del vivir cotidiano canta su uniforme estribillo. Monotonía de largos días iguales y noches más largas aún, en que, haciéndole eco al propio corazón, late el corazón del péndulo. Monotonía de los mismos quehaceres y los mismos vecinos. Monotonía de la casa pequeña en la calle pequeña, y las gentes sensatas y chiquitas con su moral casera y sus caseros apetitos, imponiendo su criterio de rebaño y, alma dentro, el tedio que muerde:

Y así la vida pasa como un roedor royendo,
y mañana y mañana y mañana y mañana...

Siglos antes, el Trágico poeta, que también había sentido el horror a las rutinas y el horror a las gentes sensatas y chiquitas, puso en boca de Macbeth palabras similares:

Mañana y mañana y mañana,
con su mezquino paso se arrastra día por día.

Y luego, las blancas elegías en memoria de las frágiles cosas que al fugarse dispersó la primavera. Sentada junto al fuego,

mientras el agua canta hirviendo en la marmita, esperando sin saber lo que espera, evoca la amante el transitorio encanto de los noviembres muertos:

Oh, el dulzor en la noche
de la nieve al caer,
y el cimbrar de las ramas
en perpetuo vaivén.

La marmita que hierve
y el leñón roncador
le hacen dulce la espera
con su vieja canción.

Y cierra su primer volumen un soneto de arcano simbolismo y corte shakesperiano, que anuncia ya famosos sonetos que darán a Edna Millay el puesto más alto entre los poetas anglo-americanos de su tiempo.

Higos entre cardos, tenue es en forma y en substancia. Lo compone una treintena de poemas diminutos, de intención pecadora, con que la poetisa se propuso, sin duda, conturbar el alma puritana de los descendientes de los Padres Peregrinos, que una buena mañana de 1620, desembarcaron en Plymouth, acorazados de Biblia y de moral. Porque aún viven los Padres Peregrinos. Aún, el fanatismo histérico de los días coloniales, que perforaba con hierros candentes la lengua del blasfemo en las teocráticas aldeas de Massachusetts, vive en los nuevos cruzados que, Biblia en mano también, arremeten periódicamente contra el placer, contra la ciencia, contra el arte, y en sus casas estrechas y lúgubres monopolizan el reino de Dios, desterrando a Dios de todo lo que es dulce y amable en el mundo que El creó. Airados levitas sin sabios mensajes cuya feroz intransigencia ha hecho el pecado, más que nunca, atractivo. Visto a la luz de estos osados mediodías y fuera de las salas rectorales, el tenue volumen nos resulta florilegio inocente, sin mayor mérito artístico, como inocentes nos resultan *Las flores del mal* y los *Poemas y baladas* de Swinburne, que tanto escándalo causaron en su tiempo, y en ciudades que no eran propiamente baluartes de virtud. Pasaron ya los días del *épater le bourgeois,* en literatura. La mo-

ral del burgués es bien elástica, y acaso suceda que sea hoy el burgués quien choque a la conciencia alarmada del intelectual.

En *Dos de abril* hay remozamiento y ascensión. Edna Millay, parodiando al maestro Santayana, tuvo una cita con abril, y aunque abril vino *sin propósito alguno* y aunque es aparente que la Muerte no existe, la Muerte allí medita, la mano en la mejilla. La mística selva de *Renacimiento*, más densa, más solemne, va poblándose con las voces innúmeras y la única voz de la madre Natura, que susurra en el viento, en las ramas del pino y en las costas de Maine. Un tren pasa trenzando en el aire caireles de humo, y ese tren que pasa y que va a alguna parte, a cualquier parte, pone en el alma anhelos de fuga sin regreso:

> No hay tren que no tomara
> para irme a cualquier parte.

Debajo los crepusculares riachuelos guturales murmuran vagas cosas que vierte en lengua de oro la lengua del cantor. Detrás de los cerros grisosos y el lago de plata, hay un viejo jardín sin portada, por donde, de noche, el poeta discurre con su corazón:

> Campo anchuroso, flor encarnada, luengo camino,
> jardín sin puertas y abierto el paso:
> ¡detén el vuelo mi corazón!

Y, tierra adentro, donde los hombres edifican sus espesas casonas, el recuerdo del sabor y el olor y el temblor de la mar, rompiéndose de angustia contra los arrecifes o cantando su cántiga idéntica contra los lomos del faluco, pone un largo suspiro en las cuerdas de su harpa:

> El agua lamiendo los cóncavos bordes
> prolonga su largo desvelo...
> Olores salinos, incógnitas ansias,
> su anhelo es igual a mi anhelo.

El espíritu está triste. Los olimpos lejanos o perdidos. Los dioses ya nada aseguran y en los cielos cristianos una estrella se muere. El grito se hace ronco, desesperado el grito, ante

el horror de que, de toda esa fiebre, de toda esa angustia, de todo ese brutal desasosiego por crear, por cimentar, por prolongar, que se llama la vida, nada quede después de la vida. ¿Nada? Ah, sí, el libro pequeñito en que se puso a latir un corazón. El pequeño volumen de secreta virtud, que nació en una noche sin luna mientras el Oráculo y Cristo callaban, o que nació en una noche de luna mientras la reina Titania y el rey Oberón vestían toda la tierra de azul. Libro hecho de dolor y de gozo, libro en cuyas páginas hay temblores de carne, firmezas de mármol, anhelos de infinito, desasosiegos de vela contra el viento. Mientras corra ese libro por el mundo y en las bocas de mozos y mozas se mezclen sus sílabas dulces a las dulces palabras de amor, no habrá muerto el poeta:

Jóvenes amantes
que allá entre los setos
llenáis los instantes
de dulces secretos,
no dejéis que muera
y a vuestras promesas
en la primavera
juntad mis promesas,
no dejéis que muera.

Y entramos ahora en *Entrevista fatal*, en cuyo ancho pórtico pudiera grabarse la sentencia de rancio sabor: *Timor mortis conturbat me*. Son éstos, cincuenta y dos sonetos que no hubiéranse escrito sin Shakespeare y tampoco se hubieran escrito sin Edna St. Vincent Millay. Libro mayor que dió a su autora el puesto que hoy ocupa entre los grandes poetas líricos de lengua inglesa.

La Noche y la Muerte obsesionan ahora a la pagana sacerdotisa de corazón enfermo. Distantes están ya, en el arte y en la vida, los días primaverales. La melancolía solemne del otoño envuelve los caminos, y a lo lejos, en lenguas de cobre, se anuncia un funeral. Y, ¿por qué esa obscura tristeza si el mundo pagano está lleno de luz? ¿Por qué esa sombra que se alarga entre los mirtos opaca el epitafio que canta con límpida belleza sobre las losas sepulcrales? ¿Será, acaso, que cuando principian a crecer los asfodelos se retiran los dioses y el alma se encuentra perdida y sin rumbo, y en medio de la

noche el temor de la muerte la conturba? Y, puesto que, doctrinas más sabias, si tal vez menos bellas, ofrecen ultratelúricos consuelos y afirman que el alma sobrevive a la disolución de la materia, acaso sea mejor refugiarnos en la fe. El que muere creyendo no tendrá decepción. La muerte es la trágica substancia de Edna Millay en el maduro otoño de su vida, y a la muerte le debe sus más nobles y puros y líricos acentos:

> Si hoy no, más tarde entonces, sobre el verdor del prado.
> Después, bajo la tierra será nuestra ufanía
> en el abrazo inmenso que aquí nos fué negado.
> Si hoy no, más tarde entonces, pero vendrá ese día.
>
> Más que el deseo impetuoso, más qu'el afán seguro
> del cuerpo, por sus propios incendios devorado,
> será, mi esquivo amante, el largo beso impuro
> de nuestras bocas ávidas, bajo el verdor del prado.

También, un día lejano, otra mujer triste, escapada del Libro de Job, clamaba desesperadamente desde su austral desolación chilena:

> Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
> te bajaré a la tierra humilde y soleada.
> Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
> y que hemos de soñar bajo la misma almohada.
>
> Te acostaré en la tierra soleada, con una
> dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
> y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
> al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

En Edna Millay como en Gabriela Mistral, la muerte es la tónica nota que, paradójicamente, da vida a su canto. Anacrónica como la Catedral de San Patricio entre los ultramodernos rascacielos, se nos antoja esa figura de Gabriela, paseando, como un día la vimos, su calma desolada por las estridentes calles neoyorquinas. Catedral y anacronismo el verso suyo entre las desairadas estructuras de la poesía de estos instantes en nuestra América española.

Cazador, qué pieza?, significativo en su título por haberse publicado en 1939, es el último libro de versos de Edna St.

Vincent Millay. Libro desigual, de grandes negligencias y grandes aciertos, en parte frívolo y en parte profundo, arcaico y muy moderno, romántico y realista. Los tremendos acontecimientos del instante que vivimos —instante en que cabe todo un siglo de historia—, obligaron a la poetisa a salir de su templo pagano para tomar parte en la agitada discusión del ágora. Y era natural. ¿Quién, artista o mercader, puede permanecer hoy ajeno a las grandes cosas que afectan a los hombres en un mundo reducido en sus distancias físicas por hallazgos estupendos y degradado por feroces doctrinas, o puede quedarse indiferente ante el horror del atropello que aniquila naciones y razas y fe, y convierte los pueblos en rebaños, y aplasta el espíritu con su bota ferrada? Finlandia, Polonia, Dinamarca, Suecia, Bélgica, Holanda, Francia, están ahí, cantando en sus sílabas sonoras las roncas elegías, y esperando el retorno de las altas justicias, porque Némesis vela. En su elegía de España, Edna Millay hace uso de un símil a la vez brillante y efectivo, cuando compara la tierra del Cid al espléndido toro, condenado a muerte de antemano por la furia de hierro de un tropel de toreros, que perece luchando. Los toreros, sin embargo, fueron importados, que al haber sido toreros de España, habrían lidiado noblemente con la espada, y no con esos villanos armatostes en que el gesto heroico no tiene cabida.

También, en las últimas páginas de este último libro, resuena la erótica nota, tan cara a Edna Millay. Y escuchándola, volvemos la vista, melancólicamente, hacia el templo del Amor en Corinto, donde arde una llama ante la imagen de Nuestra Señora de los Siete Deseos.

A. ORTIZ-VARGAS,
Newburyport.

RESEÑAS

DOMINGO MELFI DEMARCO, *Estudios de literatura chilena* (Primera serie).—Santiago de Chile, Nascimento, 1938. 224 pp.

Alborea la moderna literatura chilena en 1842. Es el momento en que Lastarria pronuncia su famoso discurso sobre la "imperiosa necesidad de ser originales en literatura". Al par de su contemporáneo argentino, Echeverría, quien lanzó su conocido credo literario con unos pocos años de anterioridad, viste Lastarria su nuevo ideal en un tradicional romanticismo que dista mucho de prometer un afianzamiento inmediato para las letras nacionales.

En Chile el primero en delinear aquella "naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos" es "Jotabeche" (José Joaquín Vallejo), cuyos artículos de costumbres aparecieron en varios periódicos y revistas de 1841 a 1847. Su localismo romántico enfoca ya tipos y paisajes chilenos, pero "en pequeños esquemas, en trazos fugitivos", demasiado llano y exteriorizado para calificarse de verdadero criollismo. Pero ocupa "Jotabeche" un lugar respetable en la historia literaria gracias a un genuino esfuerzo criollista. Y está reflejada en sus páginas la fiel apariencia de una existencia que se disipaba bajo las sucesivas transformaciones sociales. No observa "Jotabeche" los comienzos de desasosiego que en generaciones posteriores van acentuándose hasta brotar en lucha abierta, notablemente en la Revolución del 91.

Es uno de los grandes méritos de Blest Gana, "creador de la novela chilena", que consigue trasladar a las páginas de su novela de época *Martín Rivas* varios aspectos de la transformación social incipiente. La sociedad que estudia Blest Gana tan concienzudamente no ha dejado por completo de ser colonial, pero comienza ya la invasión y la conquista de la capital por la provincia, aquella "reserva de lo noble, de lo entero". Esta acción, no menos profunda por ser sorda, constituye un elemento dinámico, y por eso dramático, que Blest Gana es el primero en introducir en la literatura chilena. Hace más este venerado literato, pues con

su *Martín Rivas* trae el criollismo a la ciudad y funda así toda una dinastía de novelistas sociales y psicológicos. Merece la calificación de primer criollista porque, al contrario de "Jotabeche", que gustaba románticamente de "ver cosas nuevas" y "recorrer lugares de los que no conocemos sino sus nombres", describe exclusivamente lo que existe dentro de los horizontes de su propia experiencia.

Escribiendo con menos ponderación que Blest Gana, pero con una fresca naturalidad y con un seguro instinto artístico, viene Daniel Riquelme a llenar, con sus *Recuerdos de la campaña*, el vacío de este período desértico de las letras chilenas. Ocupa Riquelme una posición intermedia entre "Jotabeche" y Blest Gana, pues si cuenta experiencias propias no por eso carecen de un interés romántico, fruto de "los días sombríos" que vivió el autor durante la Guerra del Pacífico. Con una "suelta sencillez" narra "los accidentes penosos o alegres" de esta existencia aventurera. Las páginas de Riquelme están tocadas con "el hálito sombrío de la muerte", mas junto a la nota patética y trágica se advierten toques de humor socarrón y de burla. Goza Riquelme, con Pérez Rosales, la distinción de haber introducido en la literatura chilena este elemento de alegría espontánea y zumbona. Tiene Riquelme, con relación a "Jotabeche" y Blest Gana, la superioridad de identificarse paternalmente con sus personajes.

El siglo pasado está caracterizado más por guerras y revoluciones que por libros. Por lo tanto, no es posible asegurarse de la dirección que toman las letras chilenas sino con referencia a uno que otro escritor aislado. Llegando al umbral del nuevo siglo, empero, se nota "un signo de singular conciencia literaria", pues por primera vez hay un grupo de escritores dedicados todos a un mismo ideal criollista. Es interesante notar que en el mismo momento en que llegaban a Chile cantidades de libros extranjeros y en que más se sentían influencias francesas, españolas, rusas, alemanas, italianas y hasta norteamericanas, en este momento es cuando toma la literatura una franca orientación autóctona. Es un período de acción y reacción, de complejidades y de contradicciones. Es evidente, por ejemplo, una fuerte acción catalítica ejercida por ciertos aspectos de las literaturas extranjeras, y al mismo tiempo hay una inequívoca reacción contra la decadencia y la neurastenia que son rasgos tan marcados de esta misma literatura finisecular. Dejando a un lado autores europeizantes, cuya obra peca de imitativa, vemos dividirse la corriente criollista, y se distingue la literatura campesina de la urbana. Por fin germinan las semillas sembradas por "Jotabeche", Pérez Rosales, Blest Gana y Daniel Riquelme.

Es la literatura campesina la que forma la corriente de más volumen, porque "es el campo la fuerza más poderosa de la vida chilena". Entre 1900 y 1915 aparece un raudal de estudios rurales. "Cobran un relieve inusitado los cerros, los poblados en los faldeos, el canto de los pajarillos... adquiere una vida elocuente el peón de riego..." Es Federico Gana el "iniciador del cuento campesino", que él "inviste con una rea-

lidad y una sobriedad elegantes", pero sin preocuparse de valores sociales. Baldomero Lillo, cuyas dotes dan al criollismo nuevos impulsos, es "el primero de su generación que baja al fondo de las minas chilenas en busca del documento directo". Joaquín Díaz Garcés "ha dejado la huella de su chilenidad y de su amor a los motivos camperos" en sus *Páginas chilenas*. Mariano Latorre "descubre el río Maule" y otros temas y paisajes de fuerte criollismo campero. Guillermo Labarca, Januario Espinosa, Fernando Santiván y Rafael Maluenda, cada quien por su parte, ofrecen sus contribuciones al mismo aspecto de la creciente producción literaria.

Entre los que observan y estudian la vida urbana, casi tan numerosos como los estudiosos de la campiña, se destaca Luis Orrego Luco, descendiente literario de Blest Gana y autor de la resonante *Casa grande*. Lo que diferencia la obra de estos dos novelistas no es tanto el talento —concedido a ambos con discreción casi igual— como la materia de sus respectivas novelas. La sociedad descrita por Blest Gana, semi-colonial y soñolienta, comenzaba apenas a desperezarse. Pero las transformaciones, cuyos comienzos están apuntados con tanta precisión en *Martín Rivas*, se han multiplicado muchas veces en medio siglo. Cada una de estas complicaciones, tanto políticas y económicas como morales y espirituales, las comenta Orrego Luco en su gran obra, llamada por el crítico Omar Emeth "el mejor documento histórico... sobre la vida chilena en los años 1900-1908".

Así como en la novela y el cuento campesinos los autores se esfuerzan por descubrir cada rincón de la patria, también en la corriente urbana hay una igual preocupación por explorar cada una de las capas sociales. Joaquín Edwards Bello, en su novela *El roto*, penetra en la vida baja del suburbio. Alberto Romero muestra predilección por "las vidas desarticuladas y rotas" de la miseria urbana. González Vera, en sus *Vidas mínimas*, pinta "la existencia gris del conventillo chileno". A este mismo movimiento pertenecen también *Cuesta arriba* de Emilio Rodríguez Mendoza, *El crisol* de Fernando Santiván, *El zapato chino* de Juan Barros, *Juana Lucero* de Augusto Thomson, *Hogar chileno* de Senén Palacios y *Los desarraigados* de Augusto Millán.

Y por fin, tras esta cuantiosa producción literaria de principios de nuestro siglo nos llega la obra de "los nuevos", los Pablo Neruda y Rosamel del Valle, los que representan siempre, como la X matemática, un valor desconocido, un valor que sabrán calcular los matemáticos-críticos del porvenir. Tiene que contentarse el crítico del presente con notar ciertas tendencias: "una compleja inquietud", una excitación y a veces "una franca rebeldía". Después de andar a tientas tras el ideal subjetivista, alcanza por fin el escritor a identificarse, no ya paternal sino fraternalmente, con sus creaciones. Tanto se interesa por la sensibilidad de sus héroes, que viene a perder contacto con la realidad exterior. En esta nueva "geografía estética" el ideal criollista parece ceder a la busca de una "realidad trascendental". El escritor del porvenir habrá de re-

conciliar el ideal criollista con el ideal subjetivista en una nueva orientación que podrá llamarse "criollismo subjetivo".

Tal es el panorama de la prosa literaria chilena de los últimos cien años, que nos presenta el prestigioso crítico Domingo Melfi en un hermoso volumen que podemos recomendar con entera confianza. Este valioso libro contiene una serie de nueve estudios críticos, de los cuales tres son de carácter más bien general, mientras que los restantes son estudios más detenidos sobre escogidas personalidades literarias. Figura al fin del libro un utilísimo "Indice de autores citados". El primer capítulo, que se titula "Panorama literario chileno", fué publicado por vez primera en septiembre de 1929 en *La Nación* de Buenos Aires y ha merecido, por sus amplias perspectivas, ser traducido al francés por el eminente crítico chileno Omar Emeth y al inglés en la revista neoyorquina *Chile* en los números de mayo, junio y julio de 1930. En el cuarto capítulo, uno de los más penetrantes del libro, estudia Melfi lo que él considera el aspecto más trascendental de la floración literaria a principios del siglo veinte: "El campo en la generación literaria de 1900". Y su último capítulo es una "Perspectiva de la novela", en el cual sugiere el autor una de sus más esclarecedoras generalizaciones. En los demás capítulos hace el análisis de ciertas obras de Blest Gana, Daniel Riquelme, Carlos Pezoa Véliz, Baldomero Lillo y Luis Orrego Luco. Si por excepción incluye Melfi al poeta Pezoa Véliz entre tantos prosistas, no es por cierto por corregir la crueldad de un destino que le cortara las alas al desgraciado poeta a la edad de veintinueve años, víctima del terremoto de Valparaíso de 1906; es sencillamente porque estima Melfi que antes de morir tenía ya ganadas sus espuelas literarias gracias al fuerte sabor chileno de sus atormentados pero musculosos versos.

En todos estos esmerados estudios se ve la constante preocupación histórica y sociológica que caracteriza la labor crítica de Domingo Melfi. Ya por otros se ha notado el contraste que hay entre Melfi y el otro conocido crítico chileno, Hernán Díaz Arrieta ("Alone"), quien prefiere seguir un criterio más bien estético. Este contraste no es, por supuesto, una oposición, pues ni descuida "Alone" el ambiente que moldea una cultura literaria ni pasa por alto Melfi las diferencias personales y psicológicas que prestan a las letras su encanto perdurable; es más bien una feliz circunstancia que los métodos de estos dos intérpretes de la expresión literaria en Chile puedan así complementarse. Obedeciendo a su criterio histórico, se remonta Melfi a la obra de Lastarria y de "Jotabeche" para estudiar los orígenes de la moderna literatura, mientras que "Alone" prefiere comenzar su *Panorama de la literatura durante el siglo XX* con el estudio de la generación de 1900, donde hay más intenso valor estético. Mas no por esto debe deducirse que sea Melfi un crítico de "los viejos" y "Alone" el crítico de la juventud. A los dos les tacharán los jóvenes de atrasados y los viejos de modernistas. Y ellos mantienen airosamente el difícil equilibrio en la cuerda que corre a igual distancia de los dos campos extremos. Tanto Melfi como "Alone" re-

conocen el carácter precursor de la literatura chilena hasta el presente, pero no por ello se creen obligados a estudiarla con los exclusivismos de una crítica absolutista. Y dan muestra de igual moderación al examinar las novísimas tendencias; tratan sinceramente de comprenderlas y de interpretarlas con toda justicia y con toda simpatía.

Es de loar la publicación de obras de tan destacado mérito como la de Domingo Melfi y debe ser alentado todo esfuerzo por darle libre circulación en el mercado de las dos Américas. Sería injusto insistir sobre defectos que ni siquiera se advierten en una lectura corriente. Apunto tan sólo el hecho de que este hermosísimo volumen sería elemento de aún más útil referencia entre los estudiosos de las literaturas americanas, si indicara el autor con más precisión la cronología de los fenómenos literarios. Sería fácil, por ejemplo, poner entre paréntesis, después de cada nuevo título citado en el texto, la fecha de su publicación. Dicho lo cual, nos apresuramos a decir que merecen el distinguido autor y la Casa Editorial Nascimento nuestros calurosos aplausos por esta primera serie de *Estudios de literatura chilena*. Esperemos con impaciencia la aparición de las sucesivas series que nos promete Melfi.

THEODORE ANDERSSON,
American University,
Washington, D. C.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ, *Viaje a Ipanda.*—Guatemala, Centro Editorial, S. A., 1939. 228 pp.

A pesar de que el narrador de esta historia es Manuol, el mismo de *El mundo de los maharachías,* y aunque en esta novela se refiere con frecuencia a los maharachías, el *Viaje a Ipanda* forma un todo aparte, completo en sí. Además, el argumento de aquélla gira sobre la vida de Manuol entre los maharachías y trata del individuo y sus reacciones en medio de esa raza sobrehumana, mientras en ésta se fija la atención en los problemas sociales, económicos y políticos, que nos expone Manuol como intérprete de la sociedad ipandesa.

Ipanda es la escena de la acción, la tierra de promisión, en un mundo actual traducido en términos del pasado remoto. Mejor dicho, el asunto de la novela es la representación de cómo pudiera ser este mundo en un día futuro no muy lejano del de hoy (aunque se supone que la fecha antedata la era de Atlantis, ya que tiene que ser contemporánea con la supuesta era de *El mundo de los maharachías*), y las naciones en ella mencionadas llevan seudónimos pero tienen sus prototipos actuales. Puede decirse que la historia es un *roman à clef*. Pero una reseña no ofrece lugar para discutir tal cuestión; García-Prada piensa escribir un ensayo sobre ella. La historia es como sigue:

Mahma Arón, patriarca maharachía y protector de Manuol, el lucío, envía a éste a Ipanda con Hernón, indígena de aquella tierra venido a consultar con Arón (costumbre común entre los ipandeses superiores) sobre un asunto particular, para que pueda Manuol conocer las costumbres, la organización social y política — en fin, toda Ipanda. Desde su llegada a Soler, capital ipandesa, Manuol nos cuenta lo que observa, experimenta y consigue saber allí. En la capital hay dos razas, la indígena, blanca, alta y rubia, y la inmigrante, morena y amarilla. Entre los indígenas conocemos a la familia de Hernón: su esposa Dansesca, su hijo Zador y su hija Seda; a Bolisario, presidente de Ipanda y gran estadista de renombre internacional, y a su esposa Cota. De la raza inferior conocemos a Trémel, joven fuerte de grandísimas potencias intelectuales y uno de los jefes del partido obrero. Hay otros personajes de menor categoría y no tan vivamente dibujados como aquéllos.

Se nos habla de la vida ipandesa, de su historia desde hace unos pocos lustros. Ya Ipanda, años ha, siguiendo los planes de Bolisario y bajo su jefatura, ha iniciado una Liga de Naciones con la ayuda de varios poderosos países amigos. Esta Liga vigila la paz mundial, pero no interviene en los asuntos interiores de ninguna nación; ejerce el poder militar más grande del planeta, introduce proyectos de interés internacional, y funciona de árbitro cuando surge algún conflicto entre los países. Su ejército y su armada se componen de fuerzas expensadas por los gobiernos de todo el mundo, las de cada país proporcionadas a su población y riqueza. Así es que esta Liga no tiene nada que ver con la de nuestro pasado inmediato: es fuerte, potente, y además de concebir planes para el bien universal, sabe y puede ejecutarlos.

Uno de los proyectos de la Liga, por ejemplo, es el imponer una sola lengua universal; no un idioma artificial —porque le faltaría a tal idioma "ese algo divino" proveniente del pueblo—, sino una de las cuatro lenguas más difundidas, la que más conviene por su sonoridad, dulzura, uniformidad, riqueza y elegancia. El ipandés posee tales cualidades, y desde luego es el idioma escogido, agregándose a él las voces más onomatopéyicas de las otras lenguas. Por este medio los pueblos del mundo, una vez acostumbrados a la idea y al idioma, se sienten más hermanos, menos extranjeros, más amigos y menos enemigos.

A pesar del gobierno mundial por la Liga, los Estados individuales conservan sus organizaciones gubernativas, rigiendo cada una a su propio pueblo. Pero Ipanda, especialmente, siente el efecto consiguiente al gobierno de la Liga en su vida interior. Como la Liga ha borrado las fronteras efectivamente —a pesar de existir todavía límites nacionales geográficos— y no hay en el mundo ni aduanas ni restricciones sobre la inmigración, Ipanda sufre por ser la tierra más bendita del mundo. A ella ha acudido una horda de los que antes se llamaban inmigrantes indeseables, que ahora forman la oposición política en Ipanda. De esto surge claramente un conflicto entre los indígenas, demócratas y acostumbrados a gobernar, y los recién venidos, raza de color e inferior. La

afluencia de los inmigrantes a Ipanda creó una crisis económica que ya ha pasado, pero la tensión todavía se siente en el ambiente.

Por supuesto, Ipanda es una democracia, ya que el autor mismo, como nos dice en una página preliminar, se declara "En política, demócrata... En economía, liberal". En esta democracia, pues, donde hay sufragio universal y obligatorio, que todo ipandés considera deber sagrado, Arévalo Martínez desarrolla sus ideas sobre pedagogía, economía, política, derecho y religión. (Naturalmente, en los meses que han transcurrido desde que salió a luz este libro, muchas de sus soluciones se hallan desvirtuadas por los acontecimientos políticos y militares internacionales, y sin embargo, bien vale hacer un examen de ellas. Hace demasiado tiempo que se considera al poeta de Guatemala como "raro" nada más; ahora el poeta se hace pensador político, y sus pensamientos tienen importancia).

En Ipanda —como decíamos— hay democracia, sí, pero ha de entenderse teniendo en cuenta que "el derecho de cada hombre acaba donde empieza el de los demás", porque todo, incluso el bien y el mal, es relativo, no absoluto, en el mundo. La propiedad particular existe, y es sagrada, pero no existen enormes fortunas a causa de la limitación de la riqueza a medio millón de "enandas" por cabeza; lo sobrante se paga al Estado y se usa para aliviar el dolor, el hambre, etcétera. Reciben los sueldos más grandes los jueces, los maestros y los obreros que ejecutan servicios penosos, porque son estas profesiones las más arduas e importantes; gracias a eso la administración de justicia es rápida y eficaz, la enseñanza es la mejor posible, y en el trabajo penoso no cabe idea alguna de degradación social. La educación pública (en esta "era de la simplificación", reacción contra "la de la complicación") reconoce todavía en cierto modo las clases sociales, pero estimula y ayuda a los alumnos de mayor habilidad; y la diferencia entre las clases consiste en que el hijo del obrero de mentalidad media o inferior no puede cursar estudios superiores, mientras el hijo del rico de mentalidad igual sí.

Pero este mundo ideado no es ideal, no es del todo utópico, ni en el sentido literal ni en el metafórico de la palabra, porque, como ya queda dicho, es el mundo actual interpretado en términos pretéritos, y problemas y conflictos los hay, y graves, como resultado del nuevo orden mundial. En Ipanda surge en la política la raza de color, desafiando el gobierno "de los mejores" y amenazando la seguridad nacional.

Con este conflicto de intereses políticos y sociales está entrelazado el hilo del conflicto de intereses personales de varios individuos. Bolisario, el héroe ipandés, presidente de la nación, hombre entero al parecer, tiene una debilidad: su esposa, Cota. Esta, en relaciones con Hofernes, jefe de la raza inferior, precipita la crisis política y marital, arruinando a Bolisario. Trémel, brillante joven de color, lleva la tragedia cruel a la casa de Hernón y luego se destruye. Y con la pérdida de Bolisario y Trémel va a perder también Ipanda su orden apacible en una guerra ci-

vil, si no es por Hernón, la sola esperanza del partido indígena. Aquí acaba el libro con una nota semi-optimista.

Entre los personajes de la historia, cinco son inolvidables: Bolisario, hombre de acción, de quien se pudiera decir que piensa por medio de la acción; Hernón, digno, simpático, menos pronto a la acción, pero quizá más sabio que Bolisario; Trémel, de carácter impresionante, violento, intelectual, pero también pronto a actuar; Seda, hija de Hernón y amada de Trémel, mujercita buena, dulce y bella; y Cota, esposa de Bolisario, mujer que más bien parece una fuerza elemental, amoral como todo elemento natural. Ya en *El mundo de los maharachías* había creado el autor dos personajes femeninos sobresalientes: Aixa e Iabel, encarnaciones respectivamente de los elementos espirituales y sensuales del amor. Aquí hay analogía, pero no precisamente paralelo: Seda y Cota representan también dos polos opuestos. Aquélla es la luz del amor, mujer que tiene en sus ojos una "expresión de gozo angélico, de bienaventuranza, de disfrute celestial". Cota, al contrario, es el instinto físico del amor, hembra que muestra en sus ojos sensuales un alma como "la que se asoma al húmedo ojo de las lagunas..."; es cósmica: "cuando nosotros afirmamos al individuo ella afirma a la especie; cuando nosotros creemos afirmar a la especie, ella afirma a la tierra, a la tierra y a las estrellas al mismo tiempo..."; es una fuerza natural irreflexiva, irrazonada, irresistible. Además, lo repito, es inolvidable, retratada con mayor maestría, quizás, que Seda. Estas, pues, son los catalizadores que precipitan la tragedia; son causas inconscientes, involuntarias, porque tan sólo siguen su propia naturaleza, de lo cual, inevitablemente, resulta la tragedia, dados los otros personajes de la historia. Si ellas precipitan la tragedia, es porque los hombres no son invulnerables, no tienen voluntad bastante egoísta para resistir la pérdida de la mujer deseada. El derrumbe de Bolisario se debe a su propia debilidad, no siendo Cota más que el instrumento. Casi lo mismo puede decirse de Trémel. Le destruye el fracaso definitivo de su amor desahuciado, pero lo verdaderamente trágico está en la destrucción simultánea de la inocente Seda.

Aunque los retratos de estos personajes dejan tan honda impresión —y por eso les concedo tanto espacio aquí—, lo más trascendental para muchos lectores será el cuadro internacional que nos pinta el autor. En parte novela, el libro, dentro de su forma novelística, es también tratado socio-religioso-económico-político. El valor de las ideas en él expresadas no lo discuto yo, porque no soy bastante perito en tales cosas; más vale que todo demócrata lea el libro y forme sus propias opiniones. No cabe duda que son de tremendo interés para todo el que siente resonar en sí las actuales condiciones mundiales.

Lo que probablemente ha de durar aún más, porque perdura la literatura cuando quedan olvidados muchísimos tratados políticos, es la creación de caracteres llevada a cabo en esta novela. Es verdad que la trama de la acción novelística se interrumpe muchas veces con las charlas de Hernón, explicándole éste a Manuol los aspectos y los detalles de

la vida ipandesa. Y sin embargo, pasada la mitad del libro, entra el escritor más plenamente en el campo de la novela propiamente dicha, y la acción, en cuanto a lo que afecta a sus protagonistas, marcha hacia su fin determinado, desarrollada, como es de suponer, en el lenguaje inimitable que hemos aprendido a esperar siempre de la pluma de Arévalo Martínez.

L. LOMAS BARRETT,
Princeton University.

HUMBERTO SALVADOR, *Noviembre* y *Trabajadores. Recuerdos de un muchacho desvalido.*—Quito, Editorial L. I. Fernández, 1939, 379 pp. 1940, 245 pp.

Noviembre, mes trágico para el pueblo ecuatoriano. Ya en otro mes de noviembre los trabajadores de Guayaquil murieron a millares en una espantosa *massacre*. Esta vez los trabajadores de Quito fueron los que sufrieron en otra matanza inútil. Los gobernantes prepararon una rebelión del regimiento y dijeron después que se trataba de una revolución comunista y la culpa cayó sobre éstos. *Noviembre* es una obra en la cual se desborda el odio de Humberto Salvador hacia el capitalismo. Se vale de Marta y de Alberto para pintarnos de manera elocuente la corrupción en que viven las altas clases sociales, el ambiente de podredumbre que las rodea y la farsa política que hunde a los pobres y salva a los ricos, que juega con la vida, el dolor y el hambre de los trabajadores. Los dos jóvenes son pobres, pero quieren triunfar y saben que para no fracasar hay "que conquistar a los poderosos, fingir que se les ama, dejarse querer por ellos", vivir esa misma vida de corrupción y degeneración en que ellos viven. Los que están en el poder son hombres cuyo ideal es hacerse ricos y poder gozar de todos los placeres, hombres que no saben lo que son los ideales contra los cuales combaten, para quienes las mujeres son sólo objeto de placer, los indios objeto de explotación, y la política una manera segura de hacerse millonarios. Si hay hambre y miseria en el país, ellos no quieren saberlo, porque "hablar del Ecuador hambriento es sólo falta de patriotismo".

*
* *

Humberto Salvador empieza su novela *Trabajadores* con estas palabras: "los trabajadores de todos los países, crearemos la nueva humanidad". Es la vida de los trabajadores de Quito lo que el autor nos presenta en toda su espantosa realidad. Es la miseria y la tortura en que vive la parte de Quito que sólo los pobres conocen. El autor analiza el alma torturada del héroe, de su familia y de todos los que tienen que sufrir la miseria y la injusticia social que predominan en la sociedad ca-

pitalista. Nos presenta de una manera dolorida, y algunas veces repugnante, cuadros de la vida de los pobres, las privaciones, humillaciones y burlas que sufren; el dolor de ver sufrir y morir de hambre a niños a quienes es imposible darles una buena alimentación; mujeres a quienes la miseria ha obligado a perderse; otras que para poder trabajar, como maestras, por ejemplo, se ven humilladas por visitadores escolares más interesados en ellas que en la educación; injusticias y maltratos que sufren los pobres a manos de los ricos — y así por el estilo asistimos a la vida diaria de los desgraciados que viven en casas que sólo encierran miseria. Esta desesperación en que vive el pobre es el resultado del gobierno de los "tiranuelos que han surgido en el país y usurpan el poder, ahogando la cultura y declarándole la guerra a la ciencia, al arte y a la política revolucionaria de la cual no entienden nada." ... "Como son incapaces de crear se dedican a oprimir"! Pero el autor tiene fe en el porvenir. Existe para el proletario una gran esperanza; la de unirse, formar una sola fuerza y organizarse para conquistar el poder. "De las entrañas de todos los mártires brotará luminosa la nueva humanidad".

Estas son algunas de las ideas principales de *Noviembre* y de *Trabajadores*, sacadas de los diálogos que sostienen sus personajes y de los comentarios que sobre hechos y personas hace el brillante autor de estas interesantes novelas realistas.

ZELMIRA BIAGGI,
Connecticut College.

GREGORIO CASTAÑEDA ARAGÓN, *Mástiles al sol.*—San José, Costa Rica, Imp. Lehman, 1940. 77 pp.

Hoy me he embarcado en un blanco velero recién atracado al puerto de mi aislamiento: *Mástiles al sol*, de Gregorio Castañeda Aragón, buen lobo de mar de la poesía.

Mástiles al sol me lleva por antiguos itinerarios míos: por muelles por donde se afanaron mis pasos juveniles; por mares que cruzó repetidamente mi fantasía; por tabernas porteñas entrevistas en inolvidables libros; por costas de pescadores que viejos cromos de la niñez estereotiparon para siempre en mis retinas...

Castañeda Aragón se entregó a la poesía con una vasta efusión marítima, imponiendo en la poesía de su patria, la azul Colombia, nota singular: en una tierra de montañas inmensas, de ríos perezosos, donde los hombres se extraviaron en emoción terrestre o se dieron al arduo juego intelectual de cara a la tierra, con una austera seguridad de mediterráneos, Castañeda Aragón sintió la llamada del mar, y su espíritu vagabundo se lanzó trepidante a conocer rincones de mar, a escuchar canciones de olas, a sentir el hechizo malsano de los puertos, a convivir con los hombres bizarros y las mujeres locas de los puertos...

Castañeda Aragón ama, sin duda, con frenético amor, el mar, pues

no se transparenta en su poesía, a despecho de tal cual alusión puramente literaria, el mero deliquio intelectual del mar; vive el mar, la vida marinera, con su desorbitado soplo geográfico, su copioso aturdimiento, sus realidades dramáticas, su fuerza primitiva y su poderoso encanto; no es el literato que se asoma a cantar la inmensidad del mar con fanfarronerías de oda y prejuicios de fervor religioso; no es el poeta que acude al mar para captar cromitos artificiales de aprendido sentimentalismo... A Castañeda Aragón se le advierte de inmediato familiar con el mar verdadero; braceando, con valor, entre auténticas olas; ambulando, amistoso y comprensivo, entre sus amigos tripulantes, capitanes retirados, pescadores, taberneros de muelle; soñando —es decir, viviendo— junto al mar masculino, que no a ese mar afeminado de los balnearios, ni a ese mar aplebeyado de las playas de excursión...

> ...Yo, que nací en el fondo de una barca,
> yo, que fuí bautizado
> con un celeste poco de resaca,

nos dice, y lo creemos, porque el mar está en sus ojos y hecho canción en su alma, fuerte y rudo y sollozante como sus hermanos, los marineros, orgulloso en su silencio de abstracción y de recelo:

> Saben todos que ahora
> tengo miedo a un puñal
> y que hasta un organillo
> me haría sollozar
> si no fuera que tengo
> las barbas grises ya.

Mas no es, en medio de la irremediable nostalgia marítima, un elegíaco este cantor. Ante él despliéganse claros días de sol; en sus poemas hay viriles centelleos de olas que quiebran su fuerza sensual sobre las playas:

> Mis playas se abren cálidas
> al agua azul del mar.
> Se dan áureas y claras
> en la gracia solar,
> como una carne ardiente
> desnuda para amar.

La pupila, agudizada por las distancias de agua y cielo, objetiva admirablemente sus visiones, en trozos perfectos, de los que se eleva con ágil y limpia ala la sugestión, y así sabe entregar la silueta de madrugadores viejos asomados a las puertas, componiendo la red, o la imagen del país de Holanda, que se ha escapado del divino paisaje de Ruysdael.

Hay por ahí este "Golpe de viento", medalla llena de luz, casi juego, alarde de sencillez, gracia desperdigada que iba a ser madrigal:

> La gorra del grumete
> rueda por el malecón.

La persiguen unos niños
y el grumete
corriendo tras ellos
es como un niño más.

No faltan en *Mástiles al sol* la canción que es canción por sí misma, ni el chispazo de ironía, ni el alegre rebullir de dicharachos inesperados que fingen peces voladores sobre la crespa superficie de poemas inundados de gozo ardiente, de una hora en el mar Caribe, de la playa natal... Su autor iza sus mástiles al sol, y nos lleva por mares, islas y puertos, bajo su dorada luz tropical.

AUGUSTO MORALES PINO, *Los de en medio*.—Bogotá, 1939.

Viene Augusto Morales Pino con su libro nuevo, que trae una ráfaga de Colombia, es decir, una ráfaga perfumada de montañas impenetrables y de ríos solemnes, aunque en su libro sólo nos hable en confinado ambiente de ciudad, de los sueños humildes, de las mínimas miserias, de las asordinadas desventuras de los tristes seres de en medio, clase tan nutrida de tragedias y junto a las cuales pasamos —si no nos sumergimos plenamente en ellas—, sin reparar gran cosa, indolentes, olvidando que toda la vida de América, o casi toda, está significada en la vida, en la tragedia de los de en medio, con su doble vertiente de los que caen hacia abajo —al abismo del indio y de la ignominia— y de los que aspiran, con avidez, con glotonería ora pintoresca, ora dramática, ora repugnante, hacia arriba, a las alucinantes posiciones fáciles, a la riqueza que no cuesta, a la fementida figuración y predominio político, a que por turbios atajos se llega, ejercitados los pies en desplazar fango de inmoralidades, sabias las manos en malas artes de peculado y simonía.

Sueños de un niño condenado a soledades y timideces y rebeldías consuetudinarias. Sueños de un hijo abandonado, que se forma, y forma su indecisión y su orgullo, a la sombra del valor, del esfuerzo y de la dulzura de una madre como tantas, dolorosa y compasiva. Ternuras y resignaciones de mujeres que se marchitan en el rescoldo de un amor ingrato. Juventudes sin madurez de empleaditas que ya no se casan nunca y que como ya no se abre para ellas el refugio de los claustros, anúblanse en crepúsculos precoces de desesperanza, torturadas por la injusticia, sumidas en insignificantes deberes, ¡pálido aburrimiento de solteronas irremediables! Pillerías de muchachos, azucenas de primera comunión. Ascensos y caídas de político de parroquia, a desoladoras rectificaciones condenado y cuya acción —como todo en el trópico, cual la exuberancia del trópico mismo— para nada sirve, para nada... ¡Los de en medio! Grises fantasmas de una humanidad desmenuzada en inacabables miserias, falta de grandeza en su grande, implacable mediocridad.

De la novela de Morales Pino se desprende una llama triste y como no querida, no buscada. Los personajes de la farsa —una farsa vivida en

incontables familias, con el mínimo concedido a la ficción— se mueven con naturalidad, es más: con viveza, con un poco de vértigo. La prosa corre ligera, ligeramente azogada, en una economía limpia de retórico artificio. Párrafos breves, períodos enteros. Para qué adornos. Para qué florilegios. Las vidas dibujadas necesitan apenas unas sombras, apenas unos brochazos de luz, apenas unos rasgos sintéticos. Se perfilan casi a la simple enunciación de sus nombres: Leonor, Emma, Celia, Olga... Sabemos, por intuición, su estatura, el tono de su tez, el color de sus ojos, sus ademanes: son ésta y aquella amigas nuestras de la clase media, aquellas compañeras lejanas, aquellas mujeres por las que acaso sentimos un compasivo amor ansiosos de calidez y de ternura, que tan dulcemente podrían darnos. Y los hombres también se nos vienen a la imaginación por su nombre vulgar, por alguna frase que sueltan, por una mezquina acción cualquiera: son conocidos y habituales, no precisa esfuerzo de reconstrucción premiosa para atinar con sus normas, sus caminos, sus contradicciones.

Grata, amable, bien hecha novela de Augusto Morales Pino, que no ha pretendido hacer gran novela de América, con materiales tan americanos, tan humanos. Hay modestia y gentileza en su labor. Quizá no salve, por desnuda de propagandas y alardes, las fronteras de la patria, las fronteras de las amistades literarias. Pero puede vivir larga y simplemente, porque un ancho soplo de humanidad la alienta y un principio de condolido ensueño nace de ella, y suavemente nos estremece.

CÉSAR BRAÑAS,
Guatemala.

ALFREDO GÓMEZ JAIME, *Blasones.*—Bogotá, 1938. xii-203 pp.

El gobierno nacional ha editado —bajo el título de *Blasones* —una selección de poemas de Alfredo Gómez Jaime. El poeta dedica este esfuerzo antológico a Tunja, su ciudad natal, para la que escribe en prosa limpia, y como prólogo de su libro, un caliente acto de amor. También en este prólogo hace Gómez Jaime una serie de airadas consideraciones literarias que no podemos compartir. Según el autor de *Armonía y emoción*, la poesía llegó a la más alta y acabada cima de sus posibilidades expresivas, con el grupo modernista, hacia 1910. Todo lo que ha seguido en el orden de la belleza escrita le merece empenachado desdén o cautelosa desconfianza. "Mas hoy por hoy —dice— veo difícil la sustitución de aquella poesía honda, humana, de fondo clásico y de sentido eterno (se refiere a la de los modernistas), por eso vago, enigmático, tonto, que se pierde en el vacío y que nadie, ni los payasos que se fingen iniciados, pueden retener en la memoria".

Creemos que no vale la pena polemizar en torno al asunto. Es obvio que las fórmulas literarias evolucionan y, con ellas, la sensibilidad de las

gentes. Es obvio que los de cada tiempo traen su mensaje que puede calificarse con criterio exigente, pero nunca negarse con tal énfasis. "Sabed, señora, que la vida es río", exclamaba un egregio portugués. Está muy dentro del humano egoísmo quedarse inmóvil, contemplando su imagen en la quieta fuga de las aguas. A esta actitud la califica un agudo analista contemporáneo con estas hondas palabras: "Ilusión de eternidad".

Gómez Jaime fué, inicialmente, un auténtico numen, un hombre con indudable vocación poética, sellado con la misión del canto. De entregarnos una obra limitada, podada, implacablemente podada, quizás hubiera asegurado una indiscutible perduración a salvo de consideraciones de escuela, grupo o dirección estética. Nos parece que lo perdieron la abundancia, la incontinencia retórica, la facilidad y la verbosidad. El humilde y puro manadero de belleza y de gracia, quiso ser catarata. Y se extravió en esta aventura del énfasis seudosublime. Sacrificó su propio acento, su realidad íntima a la espectacular vocinglería. Y también a la moda ambiente, es decir, al rubendarismo. Gómez Jaime asimiló la mecánica modernista, sus trucos vocabulares y metafóricos y esto lo condujo a escribir los versos impersonales de tantos "rubendaristas incondicionales".

Sin embargo, no es difícil en una rápida relectura de su obra hallar cabales aciertos, altos ejemplos de gracia poética; así, en el soneto "La Campana", en su elogio de la sangre española, en "Azul", en "Los versos son príncipes".

Y nos merece un profundo respeto, esta vida vivida en olor y fervor de poesía.

EDUARDO CARRANZA,
Bogotá.

F. GONZÁLEZ DEL VALLE, *Heredia en La Habana.* Cuadernos de Historia, Nº 16.—La Habana, 1939. 91 pp.

Los hijos de La Habana fueron objeto de la siguiente crítica de José María Heredia en un juicio que escribió sobre la tragedia del alemán Zotsebue, *Pizarro o los peruanos:* "Los habaneros nos parecemos a aquel filósofo que, mirando a los astros, cayó en un pozo. Ansiamos continuamente saber lo que pasa a millares de leguas de nosotros, nos interesamos en la suerte de pueblos distantes y extraños, al paso que nada nos importa la nuestra".

La Habana, sin embargo, se ha interesado en el ilustre cubano que escribió tal crítica. El libro que tengo a la mano es una de las muchas pruebas de este interés, porque es un homenaje que esa ciudad le rinde a Heredia en el centenario de su muerte. Es un libro que figura en la serie de "Cuadernos de Historia Habanera", que dirige el culto historiador de la ciudad, doctor Emilio Roig de Leuchsenring.

El autor de esta obra es perfectamente capaz de disertar sobre el tema, por ser el más autorizado de los historiadores heredianos. Entre las varias obras suyas sobre Heredia, su *Cronología de Heredia*, publicada recientemente, ha sido muy elogiada en Cuba y en el extranjero.

Ahora González del Valle se extiende en sus estudios hasta abarcar las actividades privadas, patrióticas y literarias de Heredia en las diversas ocasiones en que vivió en la capital cubana. Presenta los hechos salientes de su primer viaje a La Habana, cuando apenas había cumplido dos años de edad; su permanencia más larga en ella, que duró quince meses, entre el 26 de diciembre de 1817 y el 2 de abril de 1819; sus visitas en 1821 y 1823, y su último viaje, en noviembre de 1836, cuando el ilustre desterrado recibió permiso para regresar de México a ver a su adorada madre y permaneció en la isla dos meses y medio.

Aunque La Habana no fué cuna de Heredia y aunque en ella no vivió mucho tiempo, la capital cubana ha de haber ejercido marcada influencia en su espíritu, porque fué a su sombra donde sintió por primera vez la dulzura y también la amargura del amor. Igualmente, fué allí donde trabó amistad con tres hombres —especialmente con don Domingo del Monte— que tuvieron con él importantes relaciones hasta su muerte. Estos amigos le hicieron cambiar de ideología política y anhelar la independencia de su patria. En La Habana, fueron ellos quienes más lo estimularon en su labor literaria, y en ella obtuvo su gran reputación de poeta, a pesar de haber publicado sus primeros trabajos en México.

El docto autor de esta obra ha hecho un cuidadoso estudio de su asunto y ha completado su trabajo con la publicación de treinta páginas de apéndices que presentan hechos importantes acerca de las visitas que a La Habana hizo el famoso cantor del Niágara.

ESTHER J. CROOKS,
Goucher College, Maryland.

EMETERIO S. SANTOVENIA, *Historia de Cuba.*—La Habana, Editorial Trópico, 1939. 351 pp.

No sólo por su aparición reciente es nueva esta historia. Lo es por su excelente método, por el admirable aprovechamiento de las fuentes históricas, por la riqueza documental, por las mismas cualidades de un estilo sobrio, preciso, de nítida claridad. Lo primero que advierte el lector de esta historia de Santovenia es su admirable equilibrio interno, su sentido arquitectural.

Cuba ha sido en el siglo XIX país de historiadores. Ya en 1830, próxima la aparición de la *Revista Bimestre Cubana*, una institución que está fundamentalmente unida con los trances decisivos de nuestra cultura, la Sociedad Económica de Amigos del País proyectó escribir una historia documentada de Cuba. Con emoción profunda he encontrado

en mis largas jornadas de trabajo en el Archivo de Indias, la huella de estas investigaciones del benemérito instituto. Pero la Sociedad, al fin, no escribió la proyectada historia. Acopió, sí, preciosos materiales, documentos, muchos inéditos y de singular importancia, que hacen de las Memorias de la Sociedad Patriótica una fuente indispensable para el historiador cubano.

Es muy interesante la actitud crítica en que se coloca la Comisión redactora de las Memorias de la Sección de Historia de la *Económica.* No se considera apta para escribir la obra proyectada, porque ésta sólo puede llevarse a término después de largas y tenaces investigaciones. La base documental de la empresa no es aún suficientemente amplia. En esa Comisión figuran claros nombres de nuestra cultura: Domingo Del Monte, símbolo de una generación comprensiva, amplia y tolerante; Blas Ossés, humanista insigne, redactor asiduo de la *Bimestre;* Manuel González del Valle, versado con eminencia en varias disciplinas, gran estudioso de la Filosofía; el dominico Fray Remigio Cernadas, etc. Es todo un síntoma esta actitud. Aunque se aproximaba ya la éra romántica de los estudios históricos, los historiógrafos cubanos que en 1830, en el seno de la *Económica* patrocinan estas detenidas, minuciosas investigaciones pertenecen, por el espíritu y el procedimiento, por sus métodos de trabajo y su misma concepción de la historia, al siglo XVIII, el gran siglo de la historiografía española, el siglo de la España Sagrada del Padre Flores y de la monumental Colección de don Juan Bautista Muñoz, profesor de filosofía, editor de las obras latinas de Fray Luis de Granada, frustrado historiador del Nuevo Mundo y padre verdadero de tantas monografías y tratados históricos que corren por ahí bajo el nombre de diversos autores.

Y después de esta afirmación de seriedad, de esta *duda metódica,* como hubiera dicho Muñoz, de la Sección de Historia de la *Económica,* una figura universal, que acomete las más vastas empresas, habría de surgir de aquella misma generación: José Antonio Saco. Investigador genuino, su espíritu crítico, su sentido dialéctico, dan a su obra un valor permanente. La producción de Saco —no sólo su obra monumental, su gran tratado *Historia de la Esclavitud,* sino aquellos papeles sueltos, los penetrantes ensayos en los que el historiador apunta de algún modo— bastaría para afirmar el alto rango de estas disciplinas en Cuba durante el siglo XIX.

Pero no hacemos una reseña del pasado, sino una simple nota de una obra cubana que por su seriedad, su equilibrio interior, su penetrante crítica, se une con nuestra gran tradición decimonónica. Emeterio S. Santovenia inicia su gran empresa, su vasto tratado sistemático, después de haber dado pruebas reiteradas de su aptitud investigadora, de su riguroso espíritu crítico, de su caudalosa erudición americana. Ha habido en su obra un proceso de constante superación. En sus primeros libros se advertía cierta propensión a la retórica finisecular, cierta tendencia a cons-

truir el período —severo y ponderado en la obra del historiador genuino— al modo oratorio, es decir, recargado y ostentoso.

Todas estas limitaciones van eliminándose gradualmente. Han desaparecido por completo en los últimos libros de Santovenia, que son modelos del género. Lo que hay de rigor ético, de clara responsabilidad en la conducta del autor como hombre que ha ocupado altas posiciones en la vida pública, lo observamos también en su constante, generosa, tenaz labor de historiógrafo, de gran animador de empresas culturales y patrióticas.

La *Historia de Cuba* de Santovenia, de la que recientemente ha visto la luz el tomo 1°, aprovecha con rigor, con gran honradez, con honda penetración crítica, todas las fuentes históricas conocidas. Aprovecha también repertorios documentales, inéditos en gran parte, que guarda nuestra Academia de la Historia. En la forma de utilizar estas fuentes la probidad de Santovenia se patentiza, da la tónica moral a esta *Historia*. La historia no es la publicación del documento revelador, sino la sagaz interpretación del documento. Lo uno pone en manos del historiador un instrumento de trabajo; lo otro es ya función auténtica, privativa de la historia, que en sus términos postreros es labor de creación y es, así, obra esencialmente artística. Muchos y diversos documentos se incorporan por primera vez a la historia sistemática por medio del excelente libro de Santovenia. En ocasiones son verdaderos procesos documentales los que se trasmiten en el vivo fluir de la historia: el criticismo colonial en los orígenes de la dominación española en América, el sentido moral de las Residencias, la significación humana de jueces como don Juan de Vadillo, etc., etc.

El libro 1° —la introducción propiamente dicha— sistematiza con claridad y precisión admirables una vasta bibliografía sobre la constitución geológica de Cuba y el proceso de nuestras culturas primitivas.

En el 2° libro se estudia el Descubrimiento, la Conquista y la primera etapa de la colonización. Los tres primeros capítulos —Descubrimiento, ocupación, expansión y decadencia— son propiamente la historia externa de nuestros orígenes coloniales. Los cuatro posteriores de éste —ruina de la raza cobriza, organización institucional, instrumentos económicos, agentes sociales— representan el proceso interno de estos tiempos iniciales. En una y otra parte hay un equilibrio perfecto, un sentido de ponderación y mesura que hacen de esta historia una obra ejemplar.

Bajo los mejores auspicios se inicia este libro, que ya por sí mismo es toda una empresa histórica. Tengamos confianza en que el tono y el aliento de la gran iniciación se mantengan hasta el fin de esta obra, que no sólo es un positivo servicio a nuestra cultura sino a la misma afirmación política y a los rumbos futuros de la nación cubana.

J. M. CHACÓN Y CALVO,
La Habana.

MARIANO AZUELA, *Avanzada.*—México, Ediciones Botas, 1940. 282 pp.

En ésta su más reciente novela —y posiblemente la última de su muy nutrida serie sobre la Revolución, ya que en ella nos pone al día respecto a la política revolucionaria de Cárdenas en cuanto afecta la vida, y especialmente el espíritu, de las grandes masas del país— Azuela repasa una vez más con ojo crítico y avizor dos aspectos del programa de la Revolución que ha tratado ya en novelas anteriores: la política agraria y la cuestión obrera. El mismo protagonista, víctima de la "furia distributiva" de Cárdenas, sirve como nexo de las dos partes en que está dividida la obra y nos lleva consigo de la escena rural de la primera parte a otro ambiente en donde nos deja ver a las masas obreras en la misma esclavitud de antes, pero no ya esclavas del sistema feudal, sino de otro más moderno y más opresivo: el de los sindicatos. El argumento le proporciona al autor la oportunidad de historiar el actual desarrollo del programa de la Revolución y de atacar una vez más a los responsables del atraso y desvío —si no el fracaso— de estos dos principios fundamentales de que depende en mayor grado el bien de todo el país.

Es evidente, aun más que en *San Gabriel de Valdivias*, que Azuela simpatiza francamente con el hacendado "a quien la revolución de Carranza hizo caer en catalepsia" y a quien Cárdenas despertó "convertido en mendigo". Resulta que no sólo el hacendado rico sino también el pequeño propietario han sido víctimas —y tanto— del conocido "liderismo babeante de estupidez" y de la rapacidad e ineptitud de las masas campesinas, incapaces de dominar la nueva técnica agrícola y de hacer que pague la tierra lo que en ella han invertido en maquinaria nueva. Pero si con todo esto parece que Azuela denuncia a la vez la política agraria y a los que de ella deben sacar provecho, no es porque sea reaccionario o porque dude del bien que redundará de este principio revolucionario, sino porque quiere llamar la atención sobre el hecho de que el campesino está muy mal preparado para encargarse del control y el desarrollo de la economía agrícola nacional. No es que Azuela haya perdido la fe en el campesino, "lo mejor de nuestro México"; pero sí confiesa francamente que, con todas sus buenas cualidades, no hay por qué esperar que lleve sobre sus espaldas todo el peso de un sistema agrícola que para sobrevivir necesita adaptarse a los métodos científicos modernos.

Esto es lo que se saca en claro de la tragedia del hacendado don Miguel y de los vanos intentos de su hijo Adolfo por implantar en las tierras solares la nueva técnica aprendida en los Estados Unidos y de luchar casi a solas contra "la cauda de langostas" que bajo la ley pronto logran despojarlos de todo. Pero Adolfo no acusa al campesino; comprende que es víctima de un sistema tradicional de vida impuesto por siglos de vasallaje feudal y de los infames líderes que se imponen bajo el nuevo feudalismo de una Revolución descarriada. Muertos los padres, abandona la tierra natal para unirse al proletariado. Hace un esfuerzo valiente por

entenderlo mejor para poder luchar más inteligentemente en su defensa y librarlo del odio sembrado por los politicastros. Va a la zafra y allí encuentra, sembrada muy honda en el alma de los obreros, la semilla de un odio que opone mexicano a mexicano, una clase social a otra. Son los sindicatos, los protectores de los derechos del obrero, quienes ahora tienen esclavizados a los trabajadores; y son los obreristas, "los eternos asesinos del pueblo", quienes han iniciado la lucha de sindicatos que los va enriqueciendo. Es esta mala planta del odio —en la que Azuela ve ahora el mayor peligro para la patria y el más vil de los frutos de la Revolución— la que Adolfo intenta desarraigar. Pero, como el padre —que había muerto del hondo dolor ocasionado por los agraristas—, el hijo no puede tampoco con el bandidaje legal, y es asesinado por los mismos líderes obreros cuya táctica se atrevió a condenar y a exponer. Esta fué la suerte de un héroe ennoblecido por los altos principios de la Revolución, el verdadero redentor de las masas. Su amigo Torres, víctima también de los oportunistas revolucionarios, no pudo compartir con él su optimismo y su alta fe en la redención del pueblo; escéptico y cínico, no pudo ni supo enfrentarse con la Revolución. La patria necesitaba de su inteligencia y su sacrificio; pero, como muchos, Torres se negó a responder a la llamada — se escapó, suicidándose. Y Margarita, la mujer de Adolfo, embarazada, quedó sola y ofuscada ante el futuro, rodeada de los amigos del difunto, "iguales en resignación, amenaza y espera, fundidos en la inmovilidad de una máscara pétrea", como cuando en otros tiempos velaban a "los difuntos, víctimas del amo y del cacique".

Avanzada es muy superior a *Regina Landa* y a *El camarada Pantoja*. Mejor construída, de un argumento más natural y mejor desarrollado, desmiente en gran parte la naciente creencia de que el crítico y reformador social iban sobreponiéndose enteramente al novelista y al artista: Azuela ha vuelto a cobrar en grado reconfortante el feliz equilibrio entre el fin moral-social y la expresión artística. Además, el ambiente de *Avanzada* no es tan superficial y falso como el de las novelas arriba mencionadas ni tan exageradamente sombrío: no se ha perdido todo mientras cuenta la patria con tipos como don Miguel, Adolfo, Margarita y doña Cuca, que están todos, dicho sea de paso, bien caracterizados. Y en muchas páginas resalta la fuerza descriptiva de otros años; la escena en el tren que lleva a la zafra a la masa incongrua recuerda las páginas memorables de *Las moscas*.

Azuela se muestra otra vez más como el crítico no tanto de la política y los principios revolucionarrios, como de los agentes en cuyas manos acaban éstos torcidos y deformados, para el consiguiente mal del pueblo: sigue siendo el mismo denunciador de los oportunistas, igual que en los días de *Andrés Pérez, maderista*. Y es por eso precisamente por lo que el lector empieza a fijarse en que esto —o algo muy parecido— lo ha leído ya en otra novela anterior. La táctica de los oportunistas varía poco con los años y el programa revolucionario sigue también sin grandes modificaciones. A no ser que Azuela cambie de rumbo para

plantear los viejos problemas desde nuevos puntos de vista, es de temerse que caiga también él en la repetición al tratar del tema de la Revolución.

RAYMOND L. GRISMER, *Indice de Doce Mil Autores Hispanoamericanos.* —Nueva York, H. W. Wilson Co., 1939. XIV + 150 pp.

Esta es la edición española del Tomo I de la III Serie de las publicaciones de la Asociación Interamericana Bibliográfica y Bibliotecaria. A riesgo de parecer hipercrítico, me atrevo a dudar de la necesidad de traducir una obra bibliográfica, y mucho más una de esta índole, en que realmente lo único traducible es el prefacio: éste es corto y no enteramente indispensable para el uso inteligente del libro. Efectivamente, no se tradujo el cuerpo de la obra, dejando en inglés las únicas palabras, "see", "and", y "pseud.", que en él denuncian el texto original.

Sirviéndose de 130 antologías, bibliografías, historias, manuales, y hasta artículos, el bibliógrafo ha preparado un índice de todos los autores en ellos citados, para que sirva de guía a los estudiantes de la literatura hispanoamericana. Para la mayor conveniencia del investigador hay dos listas de los libros consultados: una en el orden alfabético de los nombres de los autores y otra en el orden alfabético de los símbolos usados en el texto. Cuando fué posible, se insertaron inmediatamente después del nombre las fechas de nacimiento y muerte del autor, el seudónimo —que aparece en su debido lugar alfabético— y el nombre del país natal.

El valor de esta obra es indiscutible, no sólo para los neófitos, sino hasta para los investigadores de experiencia. Dentro de las páginas de un solo libro aparecen ahora juntos unos doce mil nombres que desafiaban aun a los más familiarizados con la literatura hispanoamericana cuando se trataba de fechas, seudónimos, nacionalidad y fuentes de información. Como obra de consulta, pues, es indispensable. El que esto escribe acude a ella constantemente y gracias a ella ayer no más dió con el seudónimo "Júbilo" y se ahorró quién sabe cuántas horas de pesquisa.

Pero como toda obra de esta índole, la presente tiene sus limitaciones, inherentes al criterio puramente mecánico con que nos refiere a los libros consultados. No hubo intento alguno, desde luego, de hablarnos del mérito relativo de cada cita: en ella aparecen por igual el libro del cual cita no más que el nombre del autor y el libro del cual nos proporciona datos buenos e importantes. El exigir que para cada cita se adoptara un criterio de selección, hubiera sido pedir lo imposible. Sin embargo, podría haberse establecido un criterio más riguroso respecto a los mismos libros consultados. El haber incluído en esa lista muchos títulos más fácilmente accesibles y de mayor mérito crítico e informativo, hubiera garantizado una mayor y mejor selección de citas — y es

aquí precisamente en donde estriba, o debe estribar, el verdadero valor de tal guía.

Si el autor y sus colaboradores se hubieran servido sólo de los textos disponibles en una sola biblioteca, sería más comprensible la selección un poco arbitraria de las obras consultadas. Pero como en el prólogo se admite haber pedido prestadas algunas a varias bibliotecas, es de lamentar que no se las escogiera con más cuidado. ¿Por qué, por ejemplo, referirse a la traducción española de Coester? ¿Cómo explicar el haber preferido el *Catálogo general* de Artigas al *Manual* de Palau y Dulcet? ¿Cómo defender la selección del artículo de Francisco José Alvir, de tres páginas, sobre literatos hondureños contra la de la *Historia de la literatura de la América Central* de Montalbán y la antología *Central American Reading* de Starr? ¿O la obra de Brughetti contra la inclusión de *Una centuria literaria* de Barbagelata? Y así por el estilo respecto a otras fuentes, que debieran haber dado el paso a obras —todas relativamente fáciles de conseguir— más sólidas y de firmas de más alto relieve: los estudios de Pedro Henríquez Ureña sobre la literatura dominicana, la *Historia de la literatura peruana* de Luis Alberto Sánchez, la *Historia de la literatura colombiana* del Padre Ortega y *La literatura ecuatoriana* de Isaac J. Barrera. Entre otras antologías que faltan, destácase sobre todo la de Oyuela.

No hay investigador en el campo de las letras hispanoamericanas que no haya lamentado repetidas veces la falta de datos, hasta los más elementales, sobre literatos y libros de allá. Por eso se siente uno agradecido por el esfuerzo que en este estudio se ha hecho por apuntar fechas para más de tres mil autores. Habiendo consultado más libros —inclusive los citados en esta reseña— es posible que se pudieran haber añadido unas cuantas más. Las fechas más difíciles de obtener a veces, por no poder encontrarlas sino en revistas y periódicos, son las de la muerte de quienes han dejado esta vida después del año 30. Me permito ofrecer unas pocas, en cuya ausencia me fijé de paso: Francisco Grandmontagne (1866-1936); M. Leguizamón (-1935); Hernán Robleto (1895-); Jacinto Gutiérrez Coll (-1901). Y al tratar de fechas, precisa llamar la atención a unas que están equivocadas: Enrique González Martínez vive todavía, y viven también Rafael Heliodoro Valle y Rubén M. Campos; Javier de Viana murió en 1927 y no en 1907; y Fernán González de Eslava vivió en el siglo XVI —faltan las fechas precisas— y no en el siglo XIX.

Ya que se nos invita a señalar los errores inevitables en un catálogo de tantos nombres, conviene apuntar los que en el uso casi diario del *Indice* nos salieron: el Marqués de Auñón no es venezolano, sino hijo del famoso Duque de Rivas; Enrique Díez-Canedo es español y no mexicano; Jorge Ferretis es mexicano; Juan Martínez Villergas es español y no cubano; Hernán Robleto es nicaragüense y no mexicano; Manuel del Palacio, José Joaquín de Moral y Francisco Villaespesa son todos españoles; Alberto Masferrer es salvadoreño y no costarricense; Ramón Mayor-

ga Rivas, aunque nacido en Nicaragua, pasó gran parte de su vida en El Salvador y su nombre está asociado indefectiblemente a las letras salvadoreñas; José Zorrilla no es venezolano; y Rafael Barrett es del Paraguay. No me fué permitido verificar lo siguiente, pero es más que probable que el "Froylán Turolos" (p. 133) no es sino Froylán Turcios, y que "P. las Casas" (p. 27) es el mismo Fray Bartolomé.

Notable es la casi completa ausencia de errores tipográficos. Fuera de unos cuantos acentos escritos, me fijé en otro solo error, el de la duplicación de las entradas de "Ingenio de esta corte, Un" y de "Chocano, José Santos": ésta aparece como dos distintas, bajo "Santos Chocano, José", y "Chocano, José Santos". Tomando en cuenta los miles de nombres citados, no cabe duda que la Cía. Wilson merece los honores de haber sacado a luz un modelo de obra, libre de erratas de imprenta.

Las observaciones dichas responden más bien al deseo de contribuir y no a la intención de condenar. Utilísimo para el que esto escribe ha sido ya este tomo, y de la presente oportunidad se aprovecha para agradecerle al doctor Grismer la feliz idea de poner al alcance de todos tan inapreciable guía.

JOHN E. ENGLEKIRK,
Tulane University.

CIRO ESPINOSA, *Indagación y crítica; novelistas cubanos.*—Habana, Cultural, S. A., 1940. x + 175 pp.

La tradición literaria de Cuba está claramente impulsada hacia lo lírico. Abunda lo poético, que comenzara con los versos ingenuos del *Espejo de paciencia*, en detrimento de la prosa y del esfuerzo erudito. Este último es ya de más reciente adquisición. Apenas tiene un antecedente sabio en el bueno y olvidado Antonio Bachiller y Morales, con su típico estilo enredado que provocara la polémica entre Martí, Mitjans y Montoro. También Aurelio Mitjans, jovenzuelo enfermo y estudioso, se dió con hondura a bucear entre la abandonada historia literaria de Cuba pero no por eso prescindió de hacer versos —terribles versos patrióticos—, bajo el pseudónimo de "El Camagüeyano". Por otra parte el esfuerzo de Calcagno con su *Diccionario biográfico* fué coreado con las burlas maliciosas que de él hiciera el atrayente Panchito Chacón. Pasadas las grandes crisis políticas de la Independencia asoman fructuosos grupos de investigadores entre los que descuellan hoy los nombres maestros de Lazo, Chacón, Lizaso, González del Valle. Como ellos ha trabajado con tesón un hombre nuevo, Ciro Espinosa, que a la grave tarea de dirigir, con límpido decoro, un Centro oficial de Segunda Enseñanza, ha unido sus continuados trabajos de crítica y estudios de Lingüística.

Dada su calidad de profesor, las obras de Ciro Espinosa tienen el sello específico de su vocación. Su crítica está transida de vivencias didácti-

cas, no audaz ni fantasiosa pero tampoco reciamente atenida a lo clásico, en el cerrado concepto de la crítica histórica. No trae aquella fuerza demoledora que caracterizó a Manuel Sanguily o la inquietud, un tanto exótica, de Enrique Piñeyro, pero sí es crítica recta, definida, claramente cubanizada, en un enfoque agudo de la caractereología y del estilo de vida —que se resuelve en estilo literario— del hombre de Cuba, porque conviene aclarar que Ciro Espinosa viene de las entrañas de la tierra y conoce la vida auténtica del guajiro, su lenguaje y sus gestos de sacrificio y toda la típica expresión de sus emociones. Dejó de ello una prueba exacta en su novela *La tragedia del guajiro* (1939), escrita con toda la angustia desolada del vivir en la tierra sin esperanza. Pero ni aun en la novela se separa Ciro Espinosa de la actitud didáctica de su vocación de profesor. Toma al guajiro tal como es, sin arrequives ni abalorios, con su lenguaje descansado y sus gestos cazurros. Sigue, en ello, aquel gesto del dulce viejo Cirilo Villaverde que solía poner, en boca de sus personajes, las sabrosas expresiones del ambiente. Con Villaverde puede seguirse paso a paso la marcha lenta de la semántica criolla que aún conserva, con el mismo matiz y sentido, expresiones inolvidables: "echar el resto", "dar la brava", "pasar la mota", "qué niño muerto", el "gurrupié" —neta descomposición de la palabra francesa *croupier*, como "mangar" lo es de *manger*. También por Ciro Espinosa quedarán, para el futuro, los decires y entonaciones del guajiro cubano, como un material en depósito que espera un intérprete para ofrecerle el secreto, siempre maravilloso, de la historia de las palabras.

Su último libro, *Indagación y crítica*, es un breve paseo entre la novela criolla, poco trillada, poco conocida, poco amada como todas las cosas buenas de nuestra tierra. Si nuestra poesía, a la que se han dedicado tantos esfuerzos, tiene aún hombres sin estudiar —tan vulgares y a la vez tan ricos como Saturnino Martínez o tan inquietos como Augusto de Armas—, y todo un ancho campo sin un solo recorrido, no es extraño que nuestra novelística aparezca a veces casi desconocida. En algunos casos se tienen ciertos esbozos biográficos, críticas amigas, y para los comienzos del arte de novelar los prólogos maestros de A. A. M. Eligio de la Puente en la "Colección de Libros Cubanos". Hay también los estudios del Dr. Raimundo Lazo, bajo cuya dirección trabaja una de sus discípulas, la doctora Amada Gomis, sobre los últimos veinticinco años de novela cubana, y como labor de conjunto sólo puede citarse un libro: *La narración imaginativa en Cuba*, del doctor Juan J. Remos.

Ahora Ciro Espinosa tomó a su cargo el desglose y comentario de tres novelistas, precisamente de tres hombres interesantísimos por su vida y por su estilo y por el momento histórico que le tocó vivir a cada uno de ellos. Nicolás Heredia, nacido en 1859; Miguel de Carrión, en 1875; Carlos Loveira, en 1882. El simple análisis de las fechas hará notar la distinta posición en que habrá de ponerse a Heredia, muy aparte de los otros dos, más modernos. Heredia es, por derecho de nacimiento, anterior, pero no les va en zaga en cuanto a captación del mensaje de la

tierra, campo que no suelen trillar los novelistas de Cuba, que son casi siempre, hombres de ciudad. También Carrión y Loveira —nacidos un tanto antes que los tres grandes novelistas de América: Gallegos, 1884; Güiraldes, 1886; Rivera, 1899— lucen algo retrasados en técnica y modernidad, pero no en cuanto a interpretación de ambiente. Por otra parte, debe hacerse constar que si ellos no lograron una anticipación total dentro de su momento literario, es porque vivieron dentro precisamente de un pueblo de tendencias cosmopolitas. En Cuba no hay gauchos, ni llaneros, ni selva caliente, ni ríos atormentados: sólo la llanura lisa como un sueño sin imágenes, el silencio de los veranos, la rumba sin violencia, los amenazantes campos de caña, y el mar, pero el mar es el gran olvidado de las letras cubanas. Hay además el "choteo" criollo, la gracia culpable de la nueva picaresca, con la amargura de una tierra rica, hecha de mármoles y hierro, y el vivir pobre sobre los campos acaudalados. Son estos los materiales que han de integrar, e integran, la novela cubana, que siempre, desde la colonia, registrará un John Valdespina que suene a conquistador americano y un Casimiro Foronda que personifique al comerciante español —al "gallego rico", dirá el hombre de la calle—, y unas cuantas mujeres hermosas hechas de rezo católico y brujería espiritista. Con estos tipos trabajó Nicolás Heredia, tomándolos del ambiente vivo. Con ellos continuaron su trabajo Loveira y Carrión. Además Loveira, obrero, escribió bajo el signo de la inquietud social, haciendo una novela de tipo avanzado aunque de contornos tradicionales. Carrión por su calidad de médico hizo una novela de tipo naturalista, pero que no era más que la tragedia de sentimiento y sexo que comenzaba a flotar sobre la áspera vida de una ciudad siempre en ascenso.

Ciro Espinosa ha interpretado a los tres novelistas criollos con el tono discreto que caracteriza toda labor de índole didáctica, más de subrayaje, de encauce y guía, que de descubrimientos imaginativos. Traza, con amor, el estudio de *Leonela*, de Heredia; con simpatía de hombre de ideas amplias el estudio de *Los ciegos* de Carlos Loveira, novelista y *leader* obrero. Y es en el análisis de Miguel de Carrión donde plantea las mejores y más cabales interpretaciones, quizá porque la índole densamente humana del libro le presta más ancha vigencia a sus valores y contenido. Ciro Espinosa detalla y apunta los aciertos de Carrión en *Las honradas*, a la vez que sus fallas y sus titubeos. Se trata de un trabajo completo de indagación y crítica lleno de valores permanentes.

Es claro el sentido de su crítica positiva, hecha más para la orientación que como puro deleite literario. Y es claro, también, su método de análisis, casi exhaustivo, que hace resaltar minuciosamente todos los detalles de tipos y escenario, y con su franca posición de especialista se detiene en el estudio de las voces criollas y de los giros gramaticales. Su crítica, de detalle y de conjunto, de raíz y de proyección, si no del actual gusto amanerado de Benjamín Crémieux, hubiera sido muy de la preferencia de aquel gran maestro de la crítica cubana que fué Enrique Piñeyro. Pero la cualidad sobresaliente en el libro de Ciro Espinosa —su

diafanidad, como diría Walter Pater—, es la exacta ubicación de los personajes que comenta en el centro de la vida criolla, en un sano traslado de las gentes de los libros a contrapunto y contraste con las gentes del vivir cotidiano. Su máximo acierto se ofrece en la real interrelación establecida entre los personajes estudiados y los personajes de cada día, entre los tipos literarios y los tipos reales, y que con profunda categoría de observador ha logrado puntualizar Ciro Espinosa.

ESPERANZA FIGUEROA,
La Habana.

CASTRO ALVES, *Obras completas*. Introdução e notas de Afranio Peixoto.—São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1938. Em dois tomos. Tomo I, 501 pp. Tomo II, 598 pp.

Para iniciar uma nova série de livros publicados pela Companhia Editora Nacional de São Paulo foram escolhidas as obras do maior dos genios nas letras brasileiras, Castro Alves, e para dirigir esta coleção ninguem mais competente que o distinguido escritor e professor de literatura, Afranio Peixoto, seu conterrâneo que lhe ocupa a Cadeira na Academia Brasileira.

A única outra edição digna do poeta que votou sua lira á redenção dos Escravos do Brasil, foi a de 1921, feita por ocasião das festas jubilares do Cincoentenário de Castro Alves. A presente edição é uma verdadeira honra ás letras do Brasil, com o seu texto apurado, as suas notas abaixo de cada poesia, e a introdução escrita com amor e erudição por Afranio Peixoto.

É só nos últimos quinze anos que a indústria do livro começa a desenvolver-se no Brasil, e a firma editora á qual se deve principalmente esta difusão do livro nacional é a antiga Companhia Gráfico-Editora Monteiro Lobato de São Paulo. Essa casa editora teve que suspender suas atividades em 1925, mas seus ex-directores, apesar do colapso financeiro, não perderam sua fé na indústria editora, e reunindo um pequeno capital vieram a fundar em 1926 a atual Companhia Editora Nacional. A nova firma editora ficou então sob a direção de Otales Marcondes Ferreira, vindo Monteiro Lobato aos Estados Unidos, onde principiou a escrever as histórias infantis hoje tão celebradas e conhecidas sob o título geral de *Reinações de Narizinho*.

A primeira obra editada pela Companhia Editora Nacional foi o livro de Hans Staden, *Meu Cativeiro Entre os Selvagens do Brasil*, livro que sendo primeiro publicado em 1549 veiu assim a ser a primeira obra escrita sôbre o Brasil. Outros livros publicados nêsse ano de 1926 foram a 33ª edição da *Gramática Expositiva* de Eduardo Carlos Pereira, *Nossa Senhora de Paris* de Vitor Hugo, *O Choque* de Monteiro Lobato, *O Príncipe de Nassau* de Paulo Setúbal, títulos que em seu conjunto in-

dicam o desejo do infatigável diretor de publicar livros sôbre tôdos os assuntos.

Nos livros destinados ás crianças, a Editora é realmente um dos pioneiros, como não se poderia deixar de esperar, pois Monteiro Lobato é o escritor mais apreciado pelos pequenos leitores brasileiros. Mas não é só as crianças que se aproveitam da leitura de seus livros de divulgação histórica e científica. Muita gente crescida tem aprendido com o Visconde um pouco de geologia no livro intitulado *O Poço do Visconde*. Outro escritor que tem ajudado a fazer a leitura uma delícia a todos os brasileirinhos é Viriato Corrêa, cuja *História do Brasil Para Crianças* já tem atingido sete edições. Na 1ª série da *Bibliotéca Pedagógica Brasileira*, sob o título de *Literatura Infantil*, existem mais de 40 obras, sendo algumas traduções e adaptações como *Alice no Pais das Maravilhas*, os *Contos de Grimm*, *Pinocchio*, *Robinson Crusoe*, e *D. Quixote das Crianças*.

Em seus livros escolares, na 2ª série da *Bibliotéca Pedagógica*, a Editora é também um pioneiro, havendo dado a tôdas as suas edições uma aparência atraente e ao mesmo tempo feito o preço accessível a tôdas as bolsas. Um livrinho que tem causado bastante ruído entre o professorado brasileiro, é um destinado para o 4º gráu primário, *Nosso Brasil* por Luis Amaral Wagner, livro que o Govêrno do Estado de São Paulo decidiu distribuir gratuitamente nas escolas estrangeiras de São Paulo.

Outra série da *Bibliotéca Pedagógica Brasileira* que representa a mais vasta e completa coleção de estudos brasileiros que se tem tentado, é a 5ª série que, fundada em 1931, figura com o título de *Brasiliana* e está sob a orientação de Fernando de Azevedo. Esta série é composta de ensaios sôbre a formação histórica e social do Brasil, de estudos de figuras nacionaes e de problemas brasileiros (históricos, geográficos, etnológicos, políticos, económicos, etc.); de reedições de obras raras e de traduções estrangeiras sôbre assuntos brasileiros. A *Brasiliana* já atingiu uns 200 volumes e vem sanando a falha que têm notado tôdos os que se dedicavam a estudos e investigações. Um dos livros mais recentes desta série é um sôbre Machado de Assis, escrito pelo ilustre intelectual mineiro, Dr. Mário Matos, em comemoração do centenário Machadeano.

De capital importância para os estudantes da literatura brasileira é esta última série intitulada *Livros do Brasil*, que fará accessível a tôdos uma coleção de obras primas em edições definitivas como sejam os dois presentes volumes das obras de Castro Alves. A nova empresa da *Editora Nacional* é assim um empreendimento vasto e de alto mérito que honrará as letras do Brasil.

EUNICE JOINER GATES,
Texas Technological College.

EUGENIO GONZÁLEZ, *Destinos*.—Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1940. 133 pp. 8 pesos.

Los dos libros anteriores de Eugenio González, *Más afuera* (que trata de un desterrado) y *Hombres* (de un revolucionario frustrado), nos revelan a un escritor a quien le gusta estudiar el choque de la realidad con el ensueño. Su autor es profesor de filosofía del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En 1932 fué Ministro de Educación, y más tarde, en Venezuela, estuvo encargado de la reorganización de la educación nacional.

En los seis cuentos de *Destinos*, no trata González de cuestiones educacionales, sino de psicología. La mayoría de sus personajes satisfacen sus impulsos sexuales sin dominarlos filosóficamente. Por eso, de los seis cuentos cinco son trágicos, y todos tienen mal sabor para los lectores que con ellos se identifican. Pero para los lectores a quienes les gusta una prosa fácil y la frase exacta que dibuja con precisión a los personajes, *Destinos* será siempre un libro de mucho interés. No se pueden negar los dones del escritor, aunque se siente lástima de que se concentre tanto en el mismo tema...

En el primer cuento, "Sueño de verano", un tal don Ignacio, hombre serio y metódico, y al parecer secretario de un ministerio, siente irresistibles deseos de poseer a las mujeres que ve por las calles de Santiago. Pero, a causa de su posición, teme hablar con las desconocidas que encuentra, hasta que una señora le provoca con sus sonrisas. Los dos charlan sentados en una banca de la Alameda. Ella le confiesa que está cansada de las represiones de su tía, y de sus sermones, y que piensa suicidarse. Los dos van a un hotel... Después, en sueños, ella cree oír la voz de su marido, y grita. Por calmarla, don Ignacio la mata, y enloquece.

"Una vida" describe a un monstruo que pasa la vida en cama, de día leyendo literatura erótica, y de noche imaginándose en brazos de una amiga de su hermana. Una tarde, el enfermo se encuentra solo con la muchacha y la ataca. Ella logra salvarse después de una larga batalla. Pero luego termina el cuento mostrándonos a la arisca muchacha en su propia alcoba, viviendo de nuevo su aventura y desconcertada ante el deseo que revela el destino de su carne.

"La Tonta" contribuye a la literatura de los niños vagabundos. La Tonta es una infortunada que se entrega a cualquiera, ávida de tener un hijo, una "guagua". Vive con dos lustrabotas, y al fin es madre, pero el hijo le nace muerto. Eso no le importa a la Tonta, que se siente contenta.

En otros cuentos, el profesor González nos presenta a una secretaria que pierde su posición y luego se mata, todo como resultado de un amorío que había comenzado en broma. Y a un joven que se enamora de una prostituta, con quien se casa, terminando por sentirse muy orgulloso cuando a ella le nace un bebé.

Destinos no es un libro pornográfico. A su autor le interesa sólo el destino de las personas a quienes domina el sexo, y su libro es de notable mérito artístico.

WILLIS KNAPP JONES,
Miami University, Oxford, Ohio.

EUGENIO FLORIT, *Cuatro poemas*.—Imprenta de Ucar, García y Cía., La Habana, 1940. 11 pp. sin numerar.

Eugenio Florit es uno de los poetas jóvenes cubanos de personalidad más interesante y valiosa. Dentro de la amplia zona de la poesía pura, Florit posee ya una personalidad original, que ha ido formándose al margen de los "ismos" artísticos y sociales de los últimos años. Ahora ha dado a la publicidad, en pulcra y elegante edición, muy poco numerosa, cuatro selectos poemas: "Momento de cielo", "Retrato interior", "La niña nueva" y "Tarde presente". Son cuatro poemas no muy extensos que pueden considerarse como representativos de la poesía actual de Florit, que es como decir de uno de los aspectos fundamentales de la lírica cubana actual. Poesía nítida y firme, fina, aristocrática, sugeridora, en la más acertada acepción de este último término tantas veces mal interpretado. La poesía de Florit es una poesía cristalina. Quizá ningún otro adjetivo puede evocar mejor todas sus cualidades esenciales apretadas en un solo haz. Como poesía orientada siempre hacia la realización del arte puro, no hay en ella sino estados de espíritu caracterizados por su profundidad y por su eternidad esencial, los que tienden a manifestarse a través de una forma que parece ofrecer mínima resistencia al aliento creador del poeta. Esa forma es al mismo tiempo simple y artística, cargada de intenciones que a veces no asoman en la primera lectura. En el primer poema hay la pugna por alcanzar la concreción poética de una inefable conciencia celeste:

> Delicia era
> de saberse más alto que el dolor,
> puro sobre su cieno,
> tranquilo ya sobre sus lágrimas,
> grande sobre su amor de tierra,
> firme sobre columna de aire y nubes.
>
> Estar así, donde se juntan
> los días y las noches.
> Donde al pensar se encienden más estrellas.
> Donde se sueña, y nace Dios.
> Donde Dios ha nacido en nuestro sueño.
> Alto, para estar libre.
> Libre, solo y etéreo.

"Retrato interior" es un breve y bello poema de tal unidad que sólo en su integral, infragmentable conjunto podemos captar su belleza. Y

si en los dos poemas anteriores el poeta vive en lo interno de realidades del espíritu, en "La niña nueva" inicia su diálogo con el mundo, un diálogo finísimo, saturado de ternura y de angustia por la niña que acaba de nacer, "pequeña realidad de sangre viva"; es el diálogo de una fantasía escrutadora con una realidad objetiva que inquieta y calla con el eterno enigma de su presencia inmutable. A este mundo que los filósofos con su terrible frialdad llaman objetivo —palabra fría, dura y presionante como una losa— a este mundo llega "la niña nueva",

aún con el asombro,
con la inquietud aún
de no saber por qué llegaste.

Y el poeta parece ofrendarle con desolada ternura estas palabras de profunda belleza:

(Y no habrás de saberlo ya jamás
aunque desplieguen a tu vista
sus vuelos serafines,
y Dios se te revele en una rosa,
y en una tarde el mundo se te entregue).

No lo sabrás. Y llorarás de pena,
y reirás, y tendrás el alma a flor de piel,
y amarás unos ojos,
y besarás labios de vida y muerte.
Pero no lo sabrás.

El tema no es nuevo en la poesía en lengua española; pero precisamente por eso podemos apreciar mejor cuánto ha progresado la poesía, nuestra poesía, desde los tiempos en que el viejo Olmedo lo ensayó en Hispanoamérica. La distancia es enorme entre el retórico pesimismo del poeta ecuatoriano en sus versos con motivo del nacimiento del hijo de un amigo y versos como éstos de Florit, tan nuevos y profundos:

Y cuando sepas que te vi durmiendo,
y, despierta, te quise preguntar
el color de tu nube,
la luz en que soñabas,
el pensamiento que eras en tu sueño,
me llorarás a mí, que vivo
este sueño de ausencia atormentada
por volver a mi nube,
a mi rayo de luz,
a mi átomo de tierra:
a mi definitiva presencia entre la nada.

El primer verso de "Tarde presente" anuncia ya un anhelo de horizontes infinitos:

Entre el ocaso y yo, toda la vida.

Y sin malgastar una sola línea, se inicia un airoso despliegue de imágenes nuevas, cargadas de emoción, de profunda intención filosófica. Son ideas que se suceden, se alzan y retornan evocando en su ritmo la curva siempre elegante y original de un vuelo de aves en libertad. Frente al ocaso, se alegra "el corazón de manso gris vestido",

> Como si todo junto de repente
> se pusiera entre el hombre y su destino.
>
> . . . . . .
>
> Como si aquella mano
> de ayer regara azules lirios
> y fuera el mar bajo la mano
> un palomar de pétalos heridos.
> Y como si los barcos emergieran
> de su muerte de hierro, de su sueño
> de peces, de su olvido,
> para tender sus velas inmortales
> a los vientos y al sol.
>
> . . . . . .

En estos cuatro poemas de Eugenio Florit se oye la voz sonora de la eterna poesía. Ojalá que los años, años de juventud del poeta, la tornen más potente, predominante quizá entre los más puros y elevados acentos de la lírica futura de Hispanoamérica.

NORBERTO PINILLA, *Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral.*—Santiago, Edición de la Universidad de Chile. 69 pp.

Norberto Pinilla, joven y bien conocido escritor chileno, autor ya de una obra que se distingue por la honradez y la disciplina en el esfuerzo, ofrece en este folleto una excelente bibliografía crítica de su ilustre conterránea, Gabriela Mistral.

Las grandes figuras de la literatura de Hispanoamérica, particularmente las que a través de la lírica alcanzan la difusión más amplia de sus producciones, sufren un período de funesta popularidad, durante el cual el elogio sistemático —"el incomparable", "el divino Rubén", "Nervo, el místico sublime"; "la divina Gabriela"— estorba el verdadero conocimiento de la obra de esos grandes artistas. A este último conocimiento se llega después que la adjetivación frondosa de la seudocrítica populachera se marchita. Entonces queda expedito el camino recto hacia esas grandes figuras, el cual parte de los pacientes y humildes esfuerzos de la bibliografía. Pinilla lo sabe, y por eso ofrece la primera bibliografía completa de Gabriela Mistral. Y para aumentar las facilidades de los estudiosos, ha acompañado cada referencia con una nota crítica que orienta al investigador, simplificándole la labor de selección para reunir los más acertados trabajos acerca de la gran poetisa

chilena. Esta obra de Pinilla lleva muy bien su nombre: es una bibliografía crítica muy completa y muy bien construída.

Recorriendo las páginas de este folleto puede comprobarse *documentalmente* esa evidente falta de proporción entre la cantidad y la calidad en lo que se ha escrito acerca de Gabriela Mistral. La poetisa sale ahora quizá de ese período de falsa aureola que no necesita, que la perjudica; y merced a lo que ha de hacer la crítica interpretativa, comprensiva, podrá manifestársenos mejor su personalidad hasta sus planos más profundos. Y en esos resultados tendrá su parte honrosa Norberto Pinilla, autor laborioso e inteligente de esa valiosa bibliografía.

RAIMUNDO LAZO,
Universidad de La Habana.

ARTURO JIMÉNEZ BORJA, *Moche.*—Lima, Editorial Lumen, 1938. s. numeración de páginas.

En mi estudio "El arte indio de Matilde Pérez", he señalado cómo el arqueólogo y el poeta se valen de la intuición y la imaginación; cómo arqueología y poesía se atraen por evidentes correspondencias.

Se cumple este hecho, de manera notable, en *Moche*, de Arturo Jiménez Borja, libro que podría definirse como la arqueología poética de los mochicas. Jiménez Borja, folklorista, arqueólogo y prosista de moderna y sobria elegancia, acompaña estos dones con los del dibujante. La cultura mochica que describe en su libro aparece ilustrada con dibujos del autor realizados ante objetos arqueológicos de los principales museos del Perú.

Los vasos mochicas —escultóricos y pictográficos— son la fuente más segura para el estudio de la vida del antiguo Moche ya que reproducen la figura humana, los hechos de guerra, las ocupaciones, la flora y la fauna. Observa Jiménez Borja en el arte mochica el mismo afán de llenar el espacio que se nota en el arte indio de América — el de México particularmente; el interés centrado en el primer plano y, en el caso mochica, la vibración, el vitalismo, agitando de principio a fin la voluntad expresiva.

Este arte, realista en los vasos escultóricos —en realidad verdaderos retratos— se deforma con frecuencia en artística imaginería en representaciones de animales y plantas o de elementos de la naturaleza como el cielo, el río, las islas.

El caracol, por ejemplo, alarga el cuello bajo su concha adornado con las líneas curvas indicadoras de aguas corrientes; el ojo se redondea en perfecto círculo de donde parten los cuernecillos esquemáticos, rematados con dos redondelitos y la boca, convertida en dentadas fauces, se abre en amenaza. Esta deformación es la más sencilla. Las dos últimas incluídas por Jiménez Borja en su libro, tienen ya recargamiento

fantástico: en una de ellas, el cuello luce una decoración de flor estilizada que llena toda la superficie y está bordeado por una línea de hojas o pétalos; en la cabeza el ojo redondo lleva ornamentación en los extremos; los cuernecillos, trabajados como en el dibujo anterior, son tres ahora y la cola sale del caparazón torcida hacia arriba y adornada con redondeles pequeñísimos y borde de pétalos. Las dos patas visibles aparecen también decoradas con dedos que sugieren pencas de maguey. La última representación es aún más complicada. El cuerpo se ha alargado desproporcionadamente; la concha del caracol queda en el centro como pequeña silla de montar; el cuerpo es ahora una especie de dragón chino lujosamente adornado con los motivos característicos del arte mochica.

Bellísima es también la representación del cielo en forma de águila fantástica con la cola formada por plumas larguísimas, esquematizadas en cintas negras en cuyo término aparece la alusión a las estrellas en pares de ojos.

El río es una figura con patas y cara de hombre como los de las pictografías; brazos, cuerpo y cola de camarón. Sobre el cuerpo la alusión a las ondas acuáticas en las franjas negras ondeantes, el jeroglífico del sol, el signo escalonado, y otros motivos de decoración lineal.

La prosa acompañada por estos dibujos tiene en contraste, la difícil sencillez lograda por el conocimiento íntimo de nuestra lengua y un seguro instinto expresivo regido por el buen gusto. Ved esta descripción de los ríos costeños: "Nacen en las azules lagunas en deshielo, al pie de los nevados de la cordillera. Al comienzo son menudos y bajan por la quebrada blancos de espuma. Poco a poco el valle se ensancha y el río resuena joven y fuerte arrastrando las piedras de su lecho. Alisos y molles decoran las riberas y a lo lejos, sobre el lomo de los cerros, los cactus se empinan. Quebrada abajo del río se remansa, y a su vera, en faja angosta y premisora, verdean los primeros sembríos".

CIRO ALEGRÍA, *Los perros hambrientos*.—Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, 1938. 170 pp.

Mitólogo del Marañón en el oriente peruano, Ciro Alegría lleva a un plano artístico otra zona geográfica del Perú —la sierra del norte— en su segunda novela *Los perros hambrientos*. Los cholos valientes de los valles orientales quedan atrás, mientras se adelantan los tímidos, indios y cholos cordilleranos. Se cumple con esta novela la representación de un hecho conmovedor observado en las punas: la intimidad del hombre con los animales que viven con él en una misma dimensión comprensiva, sintiendo los mismos goces y los mismos dolores.

Sólo un profundo conocedor de este hecho como Ciro Alegría, pudo describir esa misteriosa realidad; lanzarse a la tentativa de sorprender el pensar de los perros domésticos; hacer la apología de su lealtad superior a la humana.

La novela es, en primer término, una serie de biografías de perros: Zambo, Wanka, Güendiente, Güeso, Pellejo, Mañu, se afirman en el relato con fuerte relieve. Ciro Alegría asegura que estos "esforzados huéspedes de la cordillera andina" son mestizos como sus dueños los hombres. El viejo *alco* del Perú antiguo fundió su sangre con la de los perros traídos por los españoles y hoy es el pequeño perro de voz aguda y abundante pelo, ahuyentador del pavor en la soledad de las noches andinas. La historia de Güeso, dramática, es reflejo de la de su amo Julián Celedón, quien con su hermano Blas hace vida de bandolero justificada por el maltrato que en Julián provocó el primer delito. Muere Güeso, después de innumerables riesgos y aventuras, lo mismo que su dueño: atravesado por un tiro de los gendarmes perseguidores de los bandoleros.

Mañu hace una vida más normal en la sierra: vive con sus amos Mateo y Martina, juega con el niño Damián, hasta que unos gendarmes se llevaron al Mateo al servicio militar y Mañu sube a la categoría de guardador de la madre, del niño, de las ovejas. Lealmente cumple sus deberes: no abandona al niño, ni aun cuando, muerto ya, amenaza al cadáver la voracidad de los cóndores. Hasta la casa del abuelo sigue a Damián muerto, rescatado su cuerpo de las aves rapaces por don Rómulo Méndez.

El episodio andino causante de igual tragedia en hombres y animales es la sequía. Ciro Alegría ha puesto en la descripción de este fenómeno de los Andes, trágico acento. La naturaleza respira sed y muerte. El viento silbante, polvoroso, las noches negras, interminables, el cielo diurno bruñido, resplandeciente, sobre los campos amarillos y grises, están llenos de presagios hostiles. Hombres y animales solidarios aún, mostraban en los ojos "un dolor en que latía dramática grandeza. Tremaba en ellos la agonía. Eran los ojos de la vida que no quería morir".

Cuando el hambre no puede soportarse ya, los perros empiezan a devorar ovejas. Es el momento en que hombre y animal se sienten enemigos y aquél ahuyenta a palos a los perros antes familiares. Hasta que las lluvias reanudan el viejo ritmo del vivir serrano en la alternancia de siembras y cosechas; en la sosegada faena pastoril.

El paisaje andino acompaña al relato con sus cerros retorcidos, sus peñas azules y negras por donde ascienden las nubes. El silencio de la cordillera "hecho de piedra y de inconmensurables distancias" sólo se interrumpe por los gritos ingenuos de pastorcitas como la Antuca llamando a la nube, al viento.

El folklore serrano se difunde a través de las historias de Simón Robles escuchadas por cholos e indios en la noche propicia al placer dulceamargo de la coca. A esos relatos pertenece "El puma de sombra", serrana explicación de los orígenes del miedo en las silenciosas noches puneñas y el gracioso "Consejo del rey Salomón".

La protesta del autor ante la injusticia social apunta en el doloroso episodio de la captura de Mateo obligado al servicio militar mientras su

hogar se deshace en la espera inútil de la mujer sencilla en la muerte del hijo abandonado.

Caracteriza a esta novela la manera directa y a la vez poemática en la presentación de los temas. El autor los destaca sin preámbulos narrativos, nos hunde en ellos con unas pocas evocaciones sugerentes. Ved el comienzo del primer capítulo: "El ladrido monótono y largo, agudo hasta ser taladrante, triste como un lamento, azotaba el vellón albo de las ovejas conduciendo la manada".

La bella estampa de la pastora Antuca de "dulce y pequeña voz" se antepone en seguida a la "desolada amplitud de la cordillera". Es lo poemático en claro idilio, que no ha de repetirse después en los intensos aguafuertes de la sequía. Esta forma directa, modernísima, se acoge al clásico resorte de breves historias —las de los perros— intercaladas en el conjunto con unidades independientes.

Las mujeres serranas son amantes leales, sencillas en sus emociones y sensaciones, obedientes a su sino de consoladoras en humilde dación. La Antuca, la Martina, la Elisa, son repeticiones de las Lucindas y Florindas alabadas en *La serpiente de oro*.

Hay en *Los perros hambrientos* más calor humano, menos espectáculo —aunque sea aquel hermoso espectáculo— que en *La serpiente de oro*. En ambas la síntesis admirable y la poesía dominadora nos dan revelaciones del alma peruana, de sus más viejas esencias, y lo hacen sin arqueología ni recargamento documental, sino mostrando la tradición con ademán amoroso, en el propio manantial andino.

CONCHA MELÉNDEZ,
Universidad de Puerto Rico.

PABLO DOMÍNGUEZ, *Ponzoñas*. Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos.—Caracas, Editorial Elite, 1939. 78 pp.

De la colección de diez cuentecitos breves sobresale "Navajazos", donde un barbero corta el cuello a un cliente por una obsesión insana del oficio. Este cuento nos hace recordar a aquel rey español que mandó degollar a su barbero por ocurrírsele que al afeitarlo podría muy bien rebanarle el cuello. "Un par de yuntas" se refiere a un sueño en que el protagonista arranca los ojos negros de la amada para hacerse unas mancuernillas. Cuentecito original e impresionante.

"Todo un valiente" carece de vigor. El tema del hermano trabajador y del matón degenerado no logra impresionar, a pesar de la loa que se hace al trabajo. "Matías" horroriza por el naturalismo de la tragedia, no por el estudio del personaje. Es el obrero esquivo y silencioso que castiga la infidelidad con saña de monstruo. "Acuarela en rojo negro" relata la venganza sangrienta de unos pescadores que se dedican al contrabando y son traicionados por sus compañeros.

"Tres blanco" es la historia extraña de un asesino que mata por instinto. En "Ponzoña" unos animalejos acusan de crueldad al hombre y se vengan con su veneno.

"El nido de pájaros", "El forastero" y "La tormenta" agradan por el sabor local. Son historias de amor, sin horror ni tragedia.

El estilo del autor, sin ser desaliñado, carece de soltura y colorido; pero los cuentecitos impresionan por el horror de sus temas escabrosos.

JULIÁN PADRÓN, *Parásitas negras* (sainete en 3 actos y 7 cuadros). Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos.—Caracas, Editorial Elite, 1939. 79 pp.

Sainete de ambiente venezolano. El lenguaje popular de los personajes es lo que más interesa. La obrita está cuajada de localismos expresivos, como "vale" por compadre, "puyas" por centavos o propinas, "calentarse" por encolerizarse, "concha" por caramba, y un sin fin de ellos.

Los tipos son también populares: curanderos, limpiabotas, pulperos, policías, periodistas, gente de la ciudad y gente del pueblo y hasta turistas. El tema es trivial, pero cómico. Un burro se come unos billetes de banco, única fortuna de un campesino malicioso y enamorado, cuyos amigos le aconsejan desde purgar al animal hasta operarlo para que restituya el robo. La noticia del incidente se esparce y trae fama a los protagonistas, que van a dar a Caracas con el prestigio de una noticia original venezolana, de lo cual se aprovecha un periódico capitalino. Una sociedad de beneficencia explota la curiosidad de la gente y la farsa termina con el regreso al pueblo y a la querencia provinciana del héroe.

El valor del sainete radica en el desfile de tipos populares, su habla pintoresca y su filosofía ingenua. No falta, sin embargo, la crítica chispeante de la sociedad, al través de incidentes cándidos.

ANTONIO REBOLLEDO,
New Mexico Normal University.

HERNÁN DÍAZ ARRIETA ("Alone"), *Don Alberto Blest Gana.*—Santiago de Chile, Nascimento, 1940, 338 pp.

Estudio biográfico y crítico. Aporta nuevos datos para la biografía del novelista chileno e incluye algunos documentos. En la primera parte de la obra el señor Díaz Arrieta dedica largo espacio al estudio de la familia del novelista para pasar luego a su infancia, juventud, actividades políticas y diplomáticas y sus últimos años en París. En la segunda parte "Alone" hace el análisis de las principales novelas de Blest Gana: *La aritmética en el amor, Martín Rivas, El ideal de un calavera, Durante la Reconquista, Los transplantados, El loco Estero* y *Gladys Fairfield.*

La crítica de "Alone" es siempre de carácter interpretativo y expositivo. Ve con gran afecto la obra novelística de don Alberto y siempre trata de hacer resaltar sus cualidades buenas, dejando en el silencio sus defectos. Díaz Arrieta es un crítico cultísimo y ni por un momento nos imaginamos que ignore cuáles son los defectos del autor de *Martín Rivas*.

En el capítulo XVI de su obra dice "Alone":

"*Otro punto de vista sobre Blest Gana.* Arturo Torres Rioseco juzga a Blest Gana desde un punto de vista estético e internacional que no resulta favorable al novelista".

Aunque yo esté de acuerdo con Díaz Arrieta en que la novela no es un género estético puro al que puedan aplicársele las mismas reglas que a la poesía, sino un género mixto, una verdad fundamental prevalece: la novela debe ser antes que todo artística y después... lo demás. Y aquí es donde yo entro en pelea con mis dos compatriotas. Blest Gana no sabe escribir aunque sepa construir una novela, y en esto se parece mucho a otros distinguidos noveladores tales como Zola, Blasco Ibáñez, Ricardo León, Concha Espina, etc.

Hay otro punto que quisiera dejar en claro antes de terminar esta breve reseña. Digo yo en mi obra *La Novela en la América Hispana*: "Con todo (Blest Gana) es nuestro único novelista digno de tal nombre en el siglo XIX y su ejemplo de nacionalismo literario ha sido muy útil para ciertos escritores contemporáneos como Eduardo Barrios, Rafael Maluenda, Fernando Santiván y Joaquín Edwards Bello." "Alone" escribe, comentando esta opinión: "Su acción sobre Barrios, Maluenda, Santiván y Latorre, nos parece mínima, si es que existe." No había dicho yo Latorre sino Edwards Bello, pero el hecho de que el nombre de Latorre se le venga a la memoria al señor Díaz Arrieta indica que también puede buscarse algún indicio por este lado. Obsérvese que digo: "su ejemplo de nacionalismo literario ha sido muy útil", etc. Nadie puede negar que Barrios en *Un perdido*, Maluenda en *Escenas de la vida campesina*, Santiván en *La hechizada*, vuelven los ojos a las costumbres y al campo chileno como lo hizo Blest Gana en *Un drama en el campo* y en *La flor de la higuera*. Y sería ocioso negar el parentesco que existe entre *Los transplantados* y *Criollos en París* de Edwards Bello.

Don Alberto Blest Gana es una obra escrita con pulcritud y moderación. Díaz Arrieta se documenta bien y escribe con soltura y elegancia. Su libro viene a poner fin a esos ensayos de que habla Díaz Arrieta: "En Norte América, algunos estudiantes universitarios han dedicado tesis y memorias de prueba a Blest Gana. Leímos una que se tradujo y permanece inédita. No vale nada. Persona competente que ha visto las otras nos afirma que tampoco sirven." Y viene a poner fin por muchos años a todo deseo de decir algo más sobre este escritor. La obra de "Alone" es una obra definitiva.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, *América: novela sin novelistas*, 2ª edición.—Santiago de Chile, Ercilla, 1940.

Es ésta una segunda edición de la de Lima, 1933, aumentada con un capítulo sobre la novela biográfica y con unas notas de introducción. Vuelve a su tesis Sánchez de que no existe la novelística en la América hispana. Es una lástima que haya sentado estos principios en la primera edición de su obra ya que será muy difícil convencerle ahora de que, buena o mala, Chile tiene su novela ciudadana (Barrios, Prado, Edwards Bello, Romero); Argentina, su novela gauchesca (Payró, Lynch, Güiraldes); México, su novela de la revolución (Azuela, Guzmán, López y Fuentes); Ecuador, su novela de protesta social (Icaza, Aguilera Malta, Pareja, de la Cuadra, etc. Estos tipos de novela existen, son ya tradición literaria, no obras aisladas, sin trabazón.

En el nuevo capítulo de su libro Sánchez afirma que sí, que hay novela biográfica. Para hacer todos estos tipos de novela se necesitan novelistas ya formados, hechos y derechos, y como tales estimo yo, entre otros, a Gálvez, Lynch, Güiraldes, Gallegos, Barrios, Prado, Mallea, Bombal, Azuela. No serán éstos, juzgados con un criterio absoluto, grandes novelistas; pero, el señor Sánchez lo sabe, el genio no abunda en nuestro continente.

La obra que reseñamos es de mucho interés por varios conceptos. Sánchez posee un estilo ágil, nervioso, lírico, dislocado, un estilo de novelista acaso, y se deja leer con gusto y sin esfuerzo; Sánchez ha leído una infinidad de libros, buenos y malos, los recuerda todos, hace citaciones de ellos, los tiene, como si dijéramos, en la punta de la lengua; Sánchez no respeta ninguna forma de tradición y su petulancia de escritor nos es muy simpática; Sánchez conoce mejor que nadie el campo de la novelística hispanoamericana.

Así como América es para él una novela sin novelistas, toda la obra de Sánchez es para mí novela, y esto se lo digo no en forma de crítica sino como un elogio, porque resulta más agradable y provechoso leer un libro de este autor que esos catálogos de nombres que algunas universidades titulan pomposamente disertaciones doctorales.

FERMIN ESTRELLA GUTIÉRREZ y EMILIO SUÁREZ CALIMANO, *Historia de la literatura americana y argentina*.—Buenos Aires, Editorial Kapelusz y Cía., 1940.

He aquí un libro de gran utilidad en estos momentos en que la literatura hispanoamericana se estudia con tanto interés en todas partes. La obra está arreglada cronológicamente, con excepción de ciertos nombres del período colonial que están clasificados según su importancia. Los autores conocen bien el campo de la literatura de Hispanoamérica, en es-

pecial el de las letras argentinas; por esta razón y por el hecho de estar dedicado el libro a los estudiantes de escuelas secundarias de la Argentina creemos que el título de la obra no corresponde a su contenido: es ésta la Historia de la Literatura Argentina con breves observaciones sobre las letras en el resto de América. Por lo menos este es el título que yo habría escogido.

Se nota también menos seguridad en la clasificación de valores al tratarse de los otros países, por ejemplo, en el capítulo sobre modernismo no aparecen los nombres de Valencia, González Martínez ni Blanco Fombona, lo que es inaceptable; entre los modernistas mayores colocan los autores de esta antología a Martí, Nervo, Herrera y Reissig, Delmira Agustini, y entre los menores a Díaz Mirón, Julián del Casal, Chocano y Jaimes Freyre, lo que es por lo menos discutible.

Algunos capítulos están escritos con verdadero cariño, en especial el que versa sobre El Teatro en el Río de la Plata. Recomendamos a los maestros de literatura hispanoamericana esta obra.

A. TORRES - RIOSECO,
University of California

CARLOS VAZ FERREIRA, *Sobre los problemas sociales*.—Buenos Aires, Editorial Losada, S. A. 173 pp.

Hace ya buen número de años que le oí a D. Federico de Onís, en su cátedra de Literatura hispanoamericana, de Columbia, la aserción de que el uruguayo C. Vaz Ferreira era el pensador de más importancia en nuestros países.

La obra escrita de Vaz Ferreira, en Cuba al menos, no se ha difundido mucho, y a fe que merece conocerse, por la claridad y moderación de sus juicios en materias sociales y de educación. Es filósofo con actitud preocupada, esto es, atento a las urgencias civiles de su tiempo.

Su reciente libro titulado *Sobre los problemas sociales* es buen índice de la mentalidad de este hombre que medita cada línea en cuanto escribe.

En el citado trabajo enjuicia el Socialismo y sus variadas formas. Reconoce y condena resueltamente los resultados del Individualismo tal como éste ha prevalecido en el siglo XIX y hasta hoy. Pero el autor se detiene a examinar las posibilidades de una estructura socialista en el mundo. Se fija en los procedimientos que pudieran adoptarse en su implantación, y ya en este plano, da una saludable lección de cautela. No se arriesga en conclusiones entusiastas.

Quiere asegurar un mínimo de bienestar económico al individuo, (efecto de un Socialismo moderado), y salvar, logrado eso, la libertad. Su fórmula, textualmente dice así: "1ro. Asegurar al individuo hasta cierto grado; 2do., después, dejarlo: entregarlo a la libertad, con las consecuencias de su conducta y de sus aptitudes".

Claro que esto, sin más, no lo entiende quien no tenga preparación en estas disciplinas. Pero el libro es explícito, claro.

La calidad de la prosa es desigual. Vaz Ferreira tiene, junto a páginas descuidadas, (con desgaire de conversación) otras de valor antológico.

Nunca es verboso; su estilo es sencillo, sobrio, directo.

Este libro hará bien a la juventud por la justeza de las ideas, por la responsabilidad de un pensador que escribe a la vez aguijado por el dolor de los humildes y avisado por la realidad de lo frágil que es el hombre para que esperemos una panacea social.

MEDARDO VITIER,
La Habana

BIBLIOGRAFIA

Obras Críticas y Biográficas Referentes a la Novela Mexicana Anterior al Siglo XX [1]

A fin de hacer más útil esta bibliografía se hallará adjunto un índice de los novelistas citados que se debe consultar. Me he referido a otras bibliografías para hacer ésta menos larga en contados casos, que son los de Ignacio M. Altamirano (véase núm. 352 abajo), Federico Gamboa (núms. 209 y 210) y Fernández de Lizardi (núm. 317). Sin embargo, hay que ver el índice para saber las adiciones que se han hecho a estas bibliografías. He omitido a Amado Nervo porque ya se han publicado varias bibliografías muy extensas de obras sobre él. Se dará a luz en otra parte una lista más completa de obras que tratan de Heriberto Frías y de Salvador Quevedo y Zubieta, quienes por la índole de sus novelas pertenecen más bien al siglo XX. A pesar de ser algo defectuosa, la mejor bibliografía de la novela mexicana es la de Torres-Rioseco (núm. 338), aunque todavía no se puede prescindir de la de Iguíniz (núm. 160) que contiene notas biográficas y críticas.

La ubicación de las obras citadas es como sigue:

BB	Biblioteca Bancroft, Los Angeles, California.
BC	Biblioteca del Congreso, Washington, D. C.
BI	Biblioteca Iberoamericana, México, D. F.
BL	Biblioteca Lincoln, México, D. F.
BN	Biblioteca Nacional, México, D. F.
BPB	Biblioteca Pública, Boston, Massachusetts.
BU	Biblioteca de la Universidad de México.
CML	Columbus Memorial Library, Washington, D. C.
COR	Biblioteca de la Universidad de Cornell, Ithaca, Nueva York.
CU	Biblioteca de la Universidad de Columbia, Nueva York, Nueva York.
EM	Biblioteca del autor.

NY	Biblioteca Pública de Nueva York, Nueva York.
NYU	Biblioteca de la Universidad de Nueva York, Nueva York.
PR	Biblioteca particular de Pedro Robredo, México, D. F.
SGE	Biblioteca de la Sociedad de Geografía y Estadística, México, D. F.
UA	Biblioteca de la Universidad de Arizona, Tucson, Arizona.
UC	Biblioteca de la Universidad de California, Los Angeles, California.
UCA	Biblioteca de la Universidad Católica de América, Washington, D. C.
UH	Biblioteca de la Universidad de Harvard, Cambridge, Massachusetts.
UP	Biblioteca de la Universidad de Pennsylvania, Philadelphia, Pennsylvania.
US	Biblioteca de la Universidad de Stanford, Stanford, California.
UT	Biblioteca de la Universidad de Texas, Austin, Texas.
UW	Biblioteca de la Universidad de Washington, Seattle, Washington.
Y	Biblioteca de la Universidad de Yale, New Haven, Connecticut.

1. ABREU GÓMEZ, ERMILO, *Clásicos, románticos, modernos.*—México, Eds. Botas, 1934. 217-(2) pp. Apareció antes en la revista mexicana *Contemporáneos.* (Sierra O'Reilly, Peón y Contreras, Sigüenza y Góngora) BC-BN-EM.
2. AGÜEROS, VICTORIANO, *Almanaque de "El Tiempo", diario católico de México.*—México, Imp. de "El Tiempo", de Victoriano Agüeros y Ca., 1887. 148 pp. láms. (Flores Alatorre, Ramón Valle) BN.
3. ———, *Artículos literarios.*—México, Imp. de Ignacio Cumplido, 1880. 397-(3) pp. (La juventud literaria, pp. 173-184; Nuestra literatura, pp. 185-202) BN-PR.
4. ———, *Cartas literarias.*—México, Imp. de La Colonia Española, 1887. 505-(1) pp. PR.
5. ———, Don Peón y Contreras.—*El Nacional,* III (1881), 40-53. BN.
6. ———, *Escritores mexicanos contemporáneos.*—México, Imp. de Ignacio Escalante, 1880. xii, 225 pp. retrs. (Roa Bárcena, Peón y Contreras) BN-PR.
7. ———, Luis G. Ortiz, Don José María Ramírez, Agapito Silva.—*El Nacional,* IV (1882) BN.
8. ———, *Obras literarias. I. Artículos sueltos.*—México, Imp. de V. Agüeros, Edit., 1897. xxix, 483 pp. láms. Biblioteca de Autores

Mexicanos, vol. 8. (Véanse pp. 161-180 y una noticia del autor) BI-BN-BU-Y-UC.

9. AGÜEROS DE LA PORTILLA, AGUSTÍN, El periodismo en México durante la dominación española... *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, II (1910), 357-465. láms. (Villaurrutia) NY-BN-UT-UC.

10. *Album de la Paz y el Trabajo.*—México, (Edit. Ireneo Paz, 1910). 359 pp. ilustr. (Bolaños Cacho, I. Paz) BN.

11. ALCARAZ, RAMÓN I., Anastasio de Ochoa y Acuña.—*El Liceo Mexicano*, I (1844). BN-BC-Y-NY-BPB-BH.

12. *Almanaque Bouret para el año de 1896.*—Formado bajo la dirección de Carlos Roumagnac. México, Libr. de la Vda. de C. Bouret, s.a. 212 pp. (Gutiérrez Nájera, Peza, Chavero) BN.

13. ALTAMIRANO, ALBERTO I., *Influence de la littérature française sur la littérature mexicaine; essai de littérature comparée.*—México, Librairie Cosmos, (1935) (13)-111 pp. (Menciona a los autores principales) BC-BN-COR-EM.

14. ALTAMIRANO, IGNACIO M., Fernando Orozco y Berra.—*El Renacimiento*, I (1869), 129-131. UT-NY.

15. ———, Florencio María del Castillo.—*Ibid.*, I, 500-502. UT-NY.

16. ———, *Glorias nacionales.*—México, 1862-1866. 11 fols. en 4° (F. M. del Castillo, P. Tovar).

17. ———, La literatura en 1870.—*El Federalista*, 6 mar. 1871. BN-BC-NY.

18. ———, La quinta velada literaria.—*El Siglo Diez y Nueve*, 6 feb. 1868. (Justo Sierra O'Reilly, Cuéllar) BN.

19. ———, Revista de la semana.—*Ibid.*, 7 enero 1868. (Olavarría, Ortiz) BN.

20. ———, Revista de la semana.—*Ibid.*, 19 junio 1870. (Riva Palacio, Olavarría) BN.

21. ———, Revista de la semana.—*Ibid.*, 21 ago. 1870. (Cuéllar) BN.

22. ———, Revista literaria y bibliográfica.—*Historia bienal de la República Mexicana*, editada por Manuel Caballero, pp. 75-89. México-Nueva York, Charles M. Green Printing Co., (1883).

23. ———, *Revistas literarias de México*, por Ignacio M. Altamirano.—México, T. F. Neve, Imp., 1868. 203 pp. BC-EM.

24. ———. *Revistas literarias de México.*—Edición de "La Iberia". México, F. Díaz de León y S. White, 1868. 202-(1) pp. (Payno, A. Chavero, Zayas, Riva Palacio, Rodríguez Galván, Mateos, Cuéllar, Frías y Soto, J. M. Ramírez, Lizardi, Pizarro, Rivera, P. Tovar, F. M. del Castillo, Díaz Covarrubias, Orozco y Berra y algunos novelistas de la generación del '68) BC-Y.

25. ALZATE Y RAMÍREZ, JOSÉ ANTONIO. La vida de la muerte de Fray de Bolaños.—*Gazeta de Literatura de México*, III, 3, 4, 5 (30 nov.

22 dic. 1792; 8 enero 1793), 15-34. NY-Y-UT-BC. Hay una segunda edición de este periódico de 1831. BB-BC.

26. ALLEMAND, P. F., *Rafael Delgado, costumbrista mexicano.*—Tesis de maestro, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1930. UT.
27. ———, Rafael Delgado, costumbrista mexicano.—*Anales del Museo de Arqueología, Etnología e Historia,* época cuarta, VII, 1 (1931), 147-236. BN-NY-UC.
28. AMÉZAGA, CARLOS G., *Poetas mexicanos.*—Buenos Aires, Imp. de Pablo E. Coni e hijos, 1896. 414 pp. (Carpio, Riva Palacio, Peón y Contreras, Roa Bárcena, Ortiz, Sosa, Sierra, Díaz Covarrubias, Rosas Moreno, Gutiérrez Nájera, Othón, López Portillo y Rojas, Peza, Porfirio Parra) BN.
29. ANDRADE, VICENTE DE PAÚL, Necrología (Villaseñor y Villaseñor) por . . .—*Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana,* 5ª época, vol. V. UC-UT-NY.
30. ———, Seudónimos de autores.—*El Tiempo,* 16 abr. 1904. BC-CML.
31. ARJONA, DORIS KING, y VÁZQUEZ ARJONA, C., Beginnings of nationalism in the Mexican novel.—*Revue Hispanique,* LXXXI, 440-455. NY-UC-UT.
32. ARRÓNIZ, MARCOS. *Manual de biografía mejicana. . . .* París, Libr. de Rosa, Bouret y Cía., 1857. viii, 317-(3) pp. Enciclopedia Popular Mejicana. (Carpio, Ochoa y Acuña, Rodríguez Galván, Pesado) BB-BC-BN-HS-PR-Y.
33. AVILA, PABLO, *The introduction of romanticism into Mexican literature.*—Tesis de doctorado, Universidad de Stanford. Stanford, California, 1937, 2 vols. 756 pp.
34. AVILA ESCALANTE, ALVARO, *Contribución al estudio de la historia de la medicina en Yucatán.*—Leído en las sesiones del Comité en Mérida de la Asociación Médica Mexicana los días 12 de marzo y 15 de octubre de 1925. Mérida, Yucatán, Imp. y Rayado Universal, 1926. (10)-101 pp. retrs. (Peón y Contreras) BN.
35. AYALA DUARTE, CRISPÍN, *Ensayo crítico y antológico de la historia de la literatura hispanoamericana. México y Centroamérica.*—Caracas, Ed. Americana, 1935. 138 pp.
36. ———, Historia de la literatura mexicana.—*Anales de la Universidad Central de Venezuela* (Caracas), enero-jun. 1932, pp. 124-56; enero-jun. 1933, pp. 195-217. CML-UC-Y-BC-CU.
37. BANCROFT, H. H., *Essays and miscellany.*—San Francisco, California, The History Co., 1890. vi, 764 pp. Véase el cap. XVII. COR-BB-BC. Vol. 38 de sus *Obras.* COR-BB.
38. BARRERA, ISAAC J., *Historia de la literatura hispanoamericana.*—Quito, Imp. de la Universidad Central, 1934. 459-(2) pp. (Altamirano, Sierra) EM-BC.
39. BASAVE, AGUSTÍN, Algo sobre la novela mexicana y Carlos González Peña.—*Revista Azul,* VII (1920), 45-50.

40. BERISTÁIN Y SOUZA, JOSÉ MARIANO DE, *Biblioteca hispanoamericana septentrional o catálogo y noticia de los literatos, que o nacidos o educados, o florecientes en la América Septentrional española, han dado a luz algún escrito, o lo han dexado preparado para la prensa.* México, Oficina de D. Alejandro Valdés, 1816-1821. 3 vols. NY-BC.

41. ———, *Idem.*—Segunda edición. Publícala el Presbítero Br. Fortino Hipólito Vera. Amecameca, Tip. del Colegio Católico, 1883. 3 vols. NY-BC-UC.

42. ———, *Idem.*—Tomo IV. Comprende los anónimos que dejó escritos el autor, las adiciones del Dr. Osores y otras añadidas posteriormente por las personas que se expresan. José Toribio Medina publícalo ahora con una introducción biobibliográfica. Santiago de Chile, Imp. Elzeviriana, 1897. liii, 199 pp. Véase abajo núm. 268. BC-UC.

43. *Biblioteca de autores mexicanos.* 78 vols.—México, V. Agüeros, último editor. Véanse los prefacios en esta valiosa colección de textos. BU.

44. *Biblos.*—Boletín semanal de información bibliográfica, publicado por la Biblioteca Nacional, 1919-1922. 4 vols. ilustr. (Vol. I: Genaro García, I. Paz, Quevedo y Zubieta, López Portillo y Rojas, H. Frías, Sosa; II: Rubín, Martínez Gracida, V. F. Frías, Ross; III: Vigil y Robles, Pavía, Ramírez Cabañas, Guadalajara, Bolaños Cacho; IV: Olaguíbel) BN-NY-BC-UT-US-UA.

45. BICKLEY, JAMES G., *The life and works of Rafael Delgado.*—Tesis de doctorado, Universidad de California. Berkeley, California, 1935.

46. CABALLERO, ANDRÉS DE, Justo Sierra y el francesismo.—*Letras de México,* II, 16 (15 abr. 1940), 5. EM.

47. CABALLERO, MANUEL, *Almanaque mexicano* (segundo).—México, Imp. y Lit. de la Oficina Impresora de Estampillas, 1896. (Revista literaria, pp. 23-32, por Amado Nervo) PR.

48. ———, *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de la República Mexicana.*—México-Nueva York, The Chas. M. Green Printing Co., Imp., 1883. vi, 377-(6) pp. (Revista literaria y bibliográfica, pp. 75-89) BB-BC-PR.

49. CAMPO, ANGEL DE, Recuerdos del maestro.—*Cosas vistas... por Micrós,* pp. 215-225. Morelia, Mich., Imp. y Enc. "Garibaldi", 1905. 236-(2) pp. (Altamirano) BU-EM.

50. CAMPOS, RUBÉN M., *El folklore literario de México...*—México, Pubs. de la Sec. de Educación Pública, Talleres Gráficos de la Nación, 1929. 690-(6) pp. (R. Valle, Lizardi, Rosas Moreno, Othón) EM-BC.

51. CARPIO, MANUEL (Juan de Linza), Hombres de letras, Lic. D. José López-Portillo y Rojas.—*La Crónica* (Guadalajara), I, 5 (1 mar. 1907), 55-56. BN.

52. CARREÑO, ALBERTO MARÍA, Don José López-Portillo y Rojas como novelista.—*Revista de Revistas*, XIV, 681 (1923), 50; 682, 48-49. BC-NY-UT.

53. ———, *El Lic. José López Portillo y Rojas.*—México, Imp. Victoria, 1923. SGE.

54. CARREÑO, FRANCO, Novela corta y noveladores en México.—*Biblos*, segunda época, I, II, núms. 1, 2, 3 (mayo-jul. 1925). BN-NY-BC-UT-US-UA.

55. CARRILLO Y ANCONA, CRESCENCIO, Yucatecos célebres, Don Justo Sierra.—*El Repertorio Pintoresco* (Mérida, 1861), pp. 496-502. UT.

56. CASASÚS, JOAQUÍN D., *En honor de los muertos...*—México, Imp. de Ignacio Escalante, 1911-1913. 2 vols. I, 254-(4) pp. (Chavero, Peón y Contreras, Sierra) BB-BC-BI-NY.

57. CASTAÑEDA, ALFONSO M., Los regionalismos de "La Parcela" del Lic. D. José López Portillo y Rojas. *Investigaciones Literarias*, IV, 1-2, (enero-abr. 1937), 63-69. COR.

58. CASTAÑEDA, C. E., Algunos escritores contemporáneos de México. *Hispania* (Stanford, California), VII (1924), 177-181. COR.

59. CASTILLO LEDÓN, LUIS, La novela mexicana.—*El Diario*, 28 oct. 1907.

60. ———, *Idem.*—*Crónica* (Guadalajara), I, 22 (15 nov. 1907), 358-60. BN.

61. ———, Orígenes de la novela en México.—*Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, cuarta época, I (mayo-jun. 1922), 203-8. NY-PR-Y-UC-UT.

62. ———, *Idem.*—México, Imp. del Museo Nacional, 1922. 15 pp. PR.

63. CEJADOR Y FRAUCA, JULIO, *Historia de la lengua y literatura castellana.*—Madrid, Tip. de la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos", 1915-1922. Véanse tt. 6-12. BC-COR.

64. CLARETIE, JULES, Art et littérature.—*Le Mexique au début du xxe. siècle*, vol. II, 223-266. París, Librairie Ch. Delagrave, (1904). 2 vols. NY.

65. ———, *Idem.*—Traducido. *Biblos*, IV, 178-195 (1922). BC-BN-NY-UT-US-UA.

66. COESTER, ALFRED, *An anthology of the modernist movement in Spanish America.*—Boston, Nueva York, Ginn and Co., 1924. xxxvii, 314 pp. (Gutiérrez Nájera).

67. ———, *Historia literaria de la América española.*—Madrid, Hernando, 1929. xii, 564 pp. BC.

68. ———, *The literary history of Spanish America.*—Nueva York, The Macmillan Co., 1916. xii, 495 pp. BC-UC.

69. ———, *Idem.*—Second edition. Nueva York, The Macmillan Co., 1928. xiii, 522-(2) pp. Cap. XI *et passim*. BC-EM.

70. ———, La literatura mexicana.—*Biblos*, IV (1922). Cap. traducido de la citada historia literaria. BN-NY-BC-UT-US-UA.

71. COOLEY, IRENE, *Social aspects of the Periquillo Sarniento.*—Tesis de maestra, Universidad de Washington. Seattle, Washington, 1935.

72. CORDERO, SALVADOR, *La literatura durante la guerra de Independencia.*—México-París, Libr. de la Vda. de Ch. Bouret, 1920. 43 pp. (Lizardi) BC.

73. CORNYN, JOHN H., *Cuentos mejicanos.*—Richmond, Va., Johnson Pub. Co., 1925. xxiv, 219 pp. Véase el prefacio. BC-EM.

74. ———, *Living literary men of Mexico.*—México, s.p.i., 1916.

75. ———, Mexican literature.—*Modern Mexico*, XVI (mar. 1904), 32-33. (Situación literaria) BC-CML-NY.

76. ———, Mexico. Literature.—*Encyclopedia of Latin America*, editado por M. Wilcox y G. E. Rines, pp. 465-471. Nueva York, The Encyclopedia Americana Corp., 1917. COR-UC-BB.

77. COUTO, JOSÉ BERNARDO, Biografía del Señor Doctor Don Manuel Carpio.—*Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, VIII. BN-UC-UT-NY.

78. ———, Biografía de don Manuel Carpio.—*Memorias de la Academia Mexicana*, I. BN.

79. CRUZADO, MANUEL, *Bibliografía jurídica mexicana.*—México, Tip. de la Oficina Imp. de Estampillas, 1905. (4)-385 pp. (Sierra O'Reilly, Ruiz) BN-BC-UC.

80. ———, *Memoria para la bibliografía jurídica mexicana.*—México, Antigua Imp. de E. Murguía, 1894. 139 pp. (Sierra O'Reilly) BN-BC.

81. CUÉLLAR, JOSÉ T. DE, La literatura nacional.—*El Artista*, III (1875), 209-213. NY.

82. ———, La literatura nacional.—*El Renacimiento*, II (1869), 186-189. UT-NY.

83. CHAVERO, ALFREDO, *Obras. Escritos diversos.*—México, Tip. de Victoriano Agüeros, Edit., 1904. xxv, 464 pp. lám. Biblioteca de Autores Mexicanos, vol. 51. (Biografía del autor por Nicolás León) BN.

84. ———, Tovar por . . .—*Anales del Museo Nacional de México*, segunda época, I (1903). láms. UC-UT-NY.

85. CHÁVEZ, EZEQUIEL A., *Altamirano inédito y su novela inconclusa "Atenea".*—México, Imp. Universitaria, 1935. 26-(2) pp. EM.

86. DANIELSON, GERTRUDE, *Social aspects of Mexico in the novels of Francisca Betanzo.*—Tesis de maestra, Universidad de Minnesota. Minneapolis, Minn., 1937. 55 pp.

87. DÁVILA Y ARRILLAGA, MARIANO, *Breves observaciones sobre la novela titulada Monja y casada, virgen y mártir. . .*—Opúsculo publicado en la *Revista Universal*. México, Imp. Literaria, 1869. 121 pp. PR.

88. *Diccionario enciclopédico hispano-americano de literatura, ciencias y artes. . .*—Barcelona, Montaner y Simón, eds., 1887-1910. 28 vols. (Varios novelistas) COR-BC-UC.

89. *Diccionario universal de historia y de geografía. . .*—México, Tip. de Rafael, Libr. de Andrade, 1853-1856. 10 vols. Véanse el t. II y los 3 últimos tt. BB-BN-HS.

90. *Diez civiles notables de la historia patria.*—México, Sec. de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1914. 184-(3) pp. retrs. (Justo Sierra, pp. 173-184, por Laura Méndez de Cuenca) BC-BN-NY.

91. DOMÍNGUEZ, RICARDO, *Galería de escritores y periodistas de la "Prensa Asociada".*—México, Imp. de "El Partido Liberal", 1890. 103 pp. (I. Paz, Gutiérrez Nájera, Ríos, Bravo) BC-BN.

92. ———, *Los poetas mexicanos. Semblanzas breves.*—México, Imp. de Pedro J. García, 1888. 93, ii pp. (Peza, Gutiérrez Nájera, Silva, Zayas Enríquez, Esteva, Castera, Rodríguez Rivera, F. J. Jens, P. Parra, Delgado) BC-BN.

93. DOWNING, T., Calvario y tabor, by V. Riva Palacio.—*Books Abroad* (Norman, Oklahoma), V (1931), 267.

94. DZIERZYKRAJ-MORAWOSKI, JÓSEF, *Literatura hiszpanska, Literatura hiszpansko-amerik., Literatura portugalska,* pp. 1157-8. Varsovia, Nakadem Trzaski, Everta I. Michalskiego, s.a. (1935). (Lizardi, Payno, Inclán, Cuéllar, P. Parra, Delgado) EM.

95. ELGUERO, FRANCISCO, director, *América Española.*—Revista quincenal destinada al estudio de los intereses más importantes de la patria mejicana y de la raza española... México, 1921-1922. 2 vols. (López-Portillo y Rojas) BN-UCA-NY.

96. ELGUERO, JOSÉ, *Política contemporánea. Los mexicanos en el destierro,* por Antimaco Sax (seud.) San Antonio, Texas, International Print. Co., 1916. 179-(2) pp. (Rabasa) BN.

97. ESCANDÓN, LUIS A., *Poetas y escritores mexicanos.* Primera edición.—México, Imp., Lit. y Encuad. de Ireneo Paz, 1889. 127 pp. (Ireneo Paz, Esteva, A. Paz, Iza, Silva, Sosa) BN-BC.

98. ESTRADA, GENARO, *Poetas nuevos de México. Antología con noticias biográficas, críticas y bibliográficas.*—México, Eds. Porrúa, Tip. de José Ballescá, 1916. xiii, 338 pp. (Gutiérrez Nájera, Othón, Sierra) BN-BC-UC.

99. FIGUEROA, PEDRO PABLO, *Pensadores americanos. . . .*—Santiago de Chile, Imp. de "El Correo", 1890. 137 pp. (Sosa, Ramírez) BC-HS-NY.

100. ———, *Un poeta indígena.*—Santiago de Chile, Imp. B. Vicuña Mackenna, 1893. 56 pp. (Altamirano) COR.

101. FINEAU, ISABELLE K, *Vicente Riva Palacio, a study of his life and his historical novels.*—Tesis de maestra, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1931. 88 pp. más bibliografía.

102. FURNESS, EDNA, *The literary theories of José López-Portillo y Rojas.*—Tesis de maestra, Universidad de Colorado. Boulder, Colorado, 1940.

103. GALINDO, MIGUEL, *Apuntes para la historia de la literatura mexicana.*—Colima, Imp. El Dragón, 1925. 313-(3) pp. BC-PR-Y.

104. GALINDO Y VILLA, JESÚS, Algunos Gregorianos ilustres.—*Boletín Oficial del Consejo Superior de Gobierno del Distrito Federal,* XVI (1910). (Cuéllar, Riva Palacio) BN.

105. ———, El Panteón de San Fernando y el futuro Panteón Nacional.—*Anales del Museo Nacional,* segunda época, IV (1907), 337-552. (Olaguíbel) BN-NY-UC-UT.

106. ———, *El Presbítero D. José Antonio Alzate y Ramírez . . .* —México, Imp. del Gobierno en el ex-Arzobispado, 1890. (Bolaños, pp. 16-17) BC-NY.

107. GALLO, EDUARDO L., edit., *Hombres ilustres mexicanos. Biografías de los personajes notables desde antes de la conquista hasta nuestros días.*—México, Imp. de I. Cumplido, 1873-1874. 4 vols. (Anastasio de Ochoa y Acuña, por Francisco de A. Lerdo en el t. III, 151-157) BB-BC-BN-HS-NY.

108. GAMBOA, FEDERICO, *Mi diario.*—México y Guadalajara, 1918-1938. 5 vols. (Campo, Delgado, López Portillo y Rojas, Rabasa, Lizardi, Payno y otros) BC-BN-EM-UC-Y.

109. ———, *La novela mexicana.*—Conferencia leída en la "Librería" General", el día 3 de enero de 1914. México, Eusebio Gómez de la Puente, editor, 1914. 27 pp. retr. (Novelistas principales) BC-EM-PR-Y.

110. ———, *Idem.*—*Revista de Derecho, Historia y Letras* (Buenos Aires), XVII, 51 (mayo 1915), 56-59 y (jun. 1915), 254-266. CML.

111. GÁMEZ, LUIS E., *Justo Sierra: historiador, educador y literato.*—Tesis de maestro, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1939.

112. GARCÍA CUBAS, ANTONIO, *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos.*—México, Antigua Imp. de Murguía, 1888-1891. 5 vols. Véase núm. 309 y los novelistas citados. BB-BC-BN-NY.

113. ———, *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres. . .*—México, Imp. de Arturo García Cubas Hnos., 1904. 635 pp. Véase núm. 309 abajo y los novelistas citados. BB-BC.

114. ———, *Idem.* Segunda edición.—México, Imp. de Manuel León Sánchez, 1934. 639 pp. BC-BN.

115. GAXIOLA, FRANCISCO JAVIER, *Gobernantes del Estado de México. Múzquiz-Zavala-Olaguíbel.*—Toluca, Oficina Tip. del Gobierno en la Escuela de Artes y Oficios, 1899. cvi pp. (Olaguíbel) BN.

116. ———, *Revistas literarias sobre escritores sinaloenses. . .*—México, Imp., Lit. y Enc. de Ireneo Paz, 1890. v, 91-(1) pp. lám. Biblioteca de la Revista de México. (A. Paz, José Ferrel) BN.

117. GODOY, BERNABÉ, *Corrientes culturales que definen al Periquillo.*—Guadalajara, México, Navegación Poética, 1938. 73-(3) pp. EM.

118. GODOY, JOSÉ F., *Enciclopedia biográfica de contemporáneos.*—Washington, D. C., Establecimiento Tip. de Thos. W. Cadick, 1898. 322 pp. ilustr. (Chavero, Olavarría, P. Parra, I. Paz, Peza, Ruiz, Sierra, Zárate) BB-BC-UC.

119. ———, Quién es quién en la ciudad de México y Distrito Federal. *Directorio comercial Murguía y guía de la ciudad de México,* 1925-1926, pp. 1067-1164. (Ceballos, Pavía, Quevedo y Zubieta, Ramírez Cabañas, Ross) BN-BC.

120. GONZÁLEZ, SILVANO M., edit., *Fichas bio-bibliográficas mexicanas.* Dos series. (Rabasa, Rodríguez Galván) EM.

121. GONZÁLEZ OBREGÓN, LUIS, Biografía de D. Ignacio M. Altamirano.—*Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,* serie 4ª, II, 724-743. BN-UC-UT-NY.

122. ———, *Idem.*—México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1893. 24 pp. SGE.

123. ———, La bola, por E. Rabasa.—*El Liceo Mexicano,* II (1886), 173-. UT-NY.

124. ———, *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX.* México, Tip. de O. R. Spíndola y Cía., 1889. 63 pp. NY-PR-Y.

125. ———, *Idem.*—*El Liceo Mexicano,* II (1886), 54-56, 73-77. NY-UT.

126. ———, *Don Justo Sierra, historiador. Panegírico.*—México, s.p.i., 1907. 37 pp. PR.

127. ———, *Idem. Ensayos históricos y biográficos.*—México, Eds. Botas, 1937. 254-(2) pp. BN.

128. ———, *José Joaquín Fernández de Lizardi (El Pensador Mexicano). . .*—México, Oficina Tip. de la Sec. de Fomento, 1888. xii, 91 pp. BB-BC-PR-Y.

129. ———, *Idem.* Segunda edición.—México, Eds. Botas, 1938. 223-(4) pp. BI-EM-SGE-Y.

130. ———, La literatura nacional.—*El Liceo Mexicano,* I (1885), 41-45. UT-NY.

131. ———, Luis G. Inclán en la novela mexicana. Novelistas predecesores y contemporáneos.—*El Universal,* 3 enero 1932. (Altamirano).

132. ———, Noticia biográfica. *Ignacio M. Altamirano. Rimas.*—México, V. Agüeros, 1899. pp. v-xxviii. BN-BU-UC.

133. ———, La novela en México.—*El Liceo Mexicano,* II (1886), 20-22. NY-UT.

134. ———, Prefacio de *El hombre de la situación*, por Manuel Payno. México, Eds. León Sánchez, 1929. EM.
135. GONZÁLEZ PEÑA, CARLOS, Las bodas de oro de un novelista. *Letras de México*, II, 10 (oct. 1939), 6. EM.
136. ———, *Historia de la literatura mexicana, desde los orígenes hasta nuestros días*.—México, Pubs. de la Sec. de Educación Pública, 1928. 550 pp. BC-BN-EM.
137. ———, *Idem*. Segunda edición corregida y aumentada.—México, Edit. Cultura y Polis, 1940. 327-(3) pp. EM.
138. ———, *Luis G. Inclán en la novela mexicana*.—México, Edit. Cultura, 1931. 40 pp. más 8 de contestación por V. Salado Alvarez. BU.
139. ———, El Pensador Mexicano y su tiempo. *Conferencias del Ateneo de la Juventud*.—México, Imp. Lacaud, 1910. 166-(2) pp. Véanse las pp. 87-108. EM.
140. GONZÁLEZ RAMÍREZ, MANUEL, *Altamirano. Biografías populares*.—México, Eds. de la Universidad Nacional, 1936. 23-(1) pp. EM.
141. GRACE, DELFINA G., *Heriberto Frías y la novela nacional*.—Tesis de maestra, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1939.
142. GRAY, KATHERINE B., *Traditional lore and customs in Fernández de Lizardi's El Periquillo Sarniento*.—Tesis de maestra, Universidad de Columbia. Nueva York, 1937. 268 pp. incluyendo una bibliografía.
143. GRIFFITH, VERONA T., *The short story in Mexico*.—Tesis de maestra, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1937. 79 pp.
144. GRISMER, R. L., *El Zarco. Episodios de la vida mexicana en 1861-1863 por I. M. Altamirano*.—Edited with notes and vocabulary. Ilustr. by X. Martínez Suárez. Nueva York, Norton, 1933. xix, 205 pp. port. ilustr. mapas, bibliografía, pp. vxiii-xix. BC.
145. GUADALUPE ROMERO, JOSÉ, José Joaquín Pesado.—*Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, XI (1864). BN-UC-UT-NY.
146. HALL, E. F., *Mexican fiction 1816-1920*.—Tesis de maestro, Universidad de George Washington. Washington, D. C., 1927.
147. HAMMOND, JOHN H., *The prose works of Don José María Roa Bárcena*.—Tesis de maestro, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1935.
148. HARPER, P., *I. M. Altamirano, poet and novelist*.—Tesis de maestro, Universidad de Washington. St. Louis, Missouri, 1931. 58 pp.
149. HAWLEY, A. C., *Mexican life and customs as seen in the novels of Rafael Delgado*.—Tesis de maestro, Universidad de Columbia, 1932.
150. HAZARD, PAUL, Traductions populaires des romantiques français au Mexique.—*Revue de Littérature Comparée* (París), X (1930), 148-159. COR.
151. HENRÍQUEZ UREÑA, MAX, *El retorno de los galeones. Bocetos his-

pánicos.—Madrid, Renacimiento, (1930). 259 pp. (Influencias europeas) BC-EM.

152. HERNÁNDEZ, CARLOS, *Mujeres célebres de México.*—San Antonio Texas, Casa Edit. Lozano, 1918. 183-(3) pp. retrs. (Barragán de Toscano) BB-BC-BN-NY.

153. HOLMES, HENRY A., *Spanish America in Song and story, selections. . .*—Nueva York, Henry Holt and Co., 1932. xxxi, 578 pp. (Sierra, Delgado, Lizardi) BC-EM.

154. HOLLINGSHEAD, LAURA A., *Mexican life as depicted in the novels of José López-Portillo y Rojas.*—Tesis de maestra. Universidad de Washington. St. Louis, Missouri, 1931.

155. HOLLINGSWORTH, R. L., *J. Peón y Contreras and the romantic movement in Mexico.*—Tesis de doctor en filosofía, Universidad de Virginia. Charlottesville, Virginia, 1933. Se publicó un resumen en *University of Virginia Abstracts of Dissertations*, 1932-1933, pp. 16-17. COR.

156. *Homenaje a Ignacio M. Altamirano. Conferencias, estudios y bibliografía.*—México, Imp. Universitaria, 1935. viii, 211 pp. (Contiene: Biografía de I. M. Altamirano, L. González Obregón; Altamirano orador, Rubén M. Campos; El mexicanismo en la poesía de Altamirano, José de Jesús Núñez y Domínguez; Altamirano, novelista, C. González Peña; . . . demócrata, Salzador Azuela; . . . poeta, E. González Martínez; Actividad política de . . ., Juan Sánchez Azcona; . . . inédito, Ezequiel A. Chávez; Bibliografía, R. H. Valle) BN.

157. HORNER, BRITA L., *El carácter mexicano revelado por su literatura.*—Tesis de maestra, Universidad de México. México, Pub. de la Sec. de Educación Pública, 1922. BU.

158. HORTA, AURELIO, *Mexicanos ilustres. Bosquejos biográficos para el uso de los establecimientos de instrucción pública.* México, Imp. del "Hijo del Trabajo", 1883. 123-(5) pp. (Carpio, Rodríguez Galván). BB-BN-PR-NY.

159. HOWATT, GLORIA, José T. de Cuéllar.—*La Nueva Democracia* (Nueva York), ago. 1939.

160. IGUÍNIZ, JUAN B., *Bibliografía de novelistas mexicanos. Ensayo biográfico, bibliográfico y crítico precedido de un estudio histórico de la novela mexicana* por Francisco Monterde García Icazbalceta. México, Imp. de la Sec. de Relaciones Exteriores, 1926. xxxv, 433 pp. Monografías Bibliográficas, núm. 2. BN-BC-EM.

161. ———, Biografía de Eduardo Ruiz.—*Boletín de la Biblioteca Ibero Americana y de Bellas Artes*, I, 4-6 (mar.-mayo 1939), 23. EM.

162. ———, *Catálogo de seudónimos, anagramas e iniciales de escritores mexicanos. . .*—París-México, Libr. de la Vda. de Ch. Bouret, 1913. 62 pp. BC-BN.

163. ———, Sinónimos y anagramas de escritores mexicanos.—*Biblos*, I, 40 (29 nov. 1919). NY-BN-BC-UT-US-UA.

164. JANVIER, T. A., *Legends of the City of Mexico.* Nueva York-London, Harper and Bros., 1910. xvii, 165 pp. (Riva Palacio, Peza) BC.

165. JIMÉNEZ RUEDA, JULIO, *Antología de la prosa en México.*—México, Pubs. de la Universidad Nacional, 1931. 305 pp. Véanse las notas críticas. BC-EM.

166. ———, *Idem.* Segunda edición corregida y aumentada. México, Eds. Botas, 1935. 506 pp. (Lizardi, Payno, Roa Bárcena, Cuéllar, Altamirano, Riva Palacio, Sierra, Delgado, Gutiérrez Nájera, Campo, Rabasa) BC-BN.

167. ———, *Historia de la literatura mexicana.*—México, Ed. Cultura, 1928. 296 pp. BC.

168. ———, *Idem.* Segunda edición puesta al día y aumentada con buen número de notas bibliográficas. México, Eds. Botas, 1934. 323 pp. BC-EM.

169. ———, *Resúmenes de literatura mexicana,* (segunda edición).—México, Linotipografía H. Barrales, Sucr., 1922. 32 pp. BC-EM.

170. JONES, MARY M., *The literary art of Yucatan.*—Tesis de maestra, Universidad de Southern California. Los Angeles, California, 1933. (Los Sierra).

171. KAHLE, LUIS G., *Life and works of Manuel Payno.*—Tesis de maestro, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1937. 107 incluso bibliografía, pp. 99-107.

172. KAUFMAN, JACLYN, *El romanticismo en la literatura mexicana.*—Tesis de maestra, Universidad Nacional Autónoma, Escuela de Verano. México, D. F., 1936. 94-(2) pp. BL.

173. LACAYO, H., *Costumbres mexicanas expresadas en "El Periquillo Sarniento" de J. J. Fernández de Lizardi.*—Tesis de maestro, Universidad de Southern California. Los Angeles, California, 1930.

174. LANUZA, AGUSTÍN, *Historia del Colegio del Estado de Guanaxuato.*—México, M. León Sánchez, Imp., 1924. 433 pp. láms. (Rosas Moreno, R. Valle) BN-BC.

175. LANZ, MANUEL, A., *Bosquejo biográfico del Dr. Justo Sierra de O'Reilly.*—Campeche, Imp. del Gobierno del Estado, 1906. 30 pp. NY.

176. ———, *Idem.*—*Revista Moderna,* mayo 1906, pp. 135-147. UT.

177. LARA, MARGARITA OLIVO, *Biografías de veracruzanos distinguidos.*—México, Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1931. 468 pp. 56 retrs. BN.

178. LAUGHLIN, MABEL S., *Purposeful activities of Ignacio M. Altamirano.*—Tesis de maestra, Universidad de Southern California. Los Angeles, California, 1934. 107 pp., incluye una bibliografía.

179. LEDUC, ALBERTO, *et al., Diccionario de Geografía, historia y biografía mexicana.*—París-México, Libr. de la Vda. de C. Bouret, 1910. viii-1109 pp. (Cuéllar y otros muchos) BC-CU-NY.

180. LEÓN, NICOLÁS, Ex-libris de bibliófilos mexicanos.—*Anales del Museo Nacional*, época tercera, V (1913), 65-124. (Chavero, V. F. Frías, G. García, Olaguíbel, Riva Palacio) BN-UC-UT-NY.

181. ———, *Hombres ilustres y escritores michoacanos. Galería fotográfica y apuntamientos biográficos.*—Morelia, Imp. del Gobierno, a cargo de José R. Bravo, 1884. viii, 104 pp. (Silva) BN-BC.

182. ———, *La obstetricia en México. Notas bibliográficas, étnicas, históricas, documentarias y críticas de los orígenes históricos hasta el año de 1910.*—México, Tip. de la Vda. de F. Díaz de León, Sucs., 1910. viii, 743-(4) pp. ilustr. (Demetrio Mejía) BN-BC-UC.

183. LEONARD, IRVING, A. . . . *Don Carlos de Sigüenza y Góngora.* Berkeley, California, Pubs. of the University of California, 1929. Univ. of Calif. Publication in History, núm. 18, x, 287 pp. BC-UC.

184. ———, *Ensayo bibliográfico de Don Carlos de Sigüenza y Góngora.*—México, Monografías Bibliográficas Mexicanas, núm. 15, 1929. x, 65 pp. BC-COR.

185. LÓPEZ Y LÓPEZ, MANUEL, Modismos y refranes del *Periquillo Sarniento.*—*Universidad de México*, I, 6, 462-482. COR.

186. LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS, JOSÉ, Elogio de Manuel José Othón.—*Memorias de la Academia Mexicana*, VI (1910).

187. ———, *La novela, breve ensayo presentado a la Academia Mexicana.* México, Tip. Vizcaíno y Viamonte, 1906. 62 pp. BN-PR-UT.

188. ———, *Idem.*—*Memorias de la Academia Mexicana*, VI (1910), 49-103.

189. LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS; Rafael Delgado.—*El Imparcial* (Guadalajara), I, 313 (16 jun. 1892), 3. BN.

190. LUTRELL, ESTELLE, *Mexican writers, a catalogue of books in the University of Arizona Library.*—Tucson, Arizona, Pub. by the University of Arizona, 1920. 83 pp. BB-CU-NY-UC.

191. MACLEAN, MALCOLM DALLAS, *El contenido literario de "El Siglo Diez y Nueve".*—Tesis de maestro de artes, Escuela de Verano, Universidad Nacional de México. México, Imp. Mundial, 1938. 78 pp. BL-BC.

192. MADERO, FRANCISCO I., *La sucesión presidencial en 1910. . .*—San Pedro, Coahuila, Diciembre de 1908. 357 pp. (Frías, pp. 185-187) BC-EM.

193. MAGDALENO, MAURICIO, ed., Angel de Campo, *Pueblo y canto.*—Prólogo y selección de. . . México, Edición de la Universidad Nacional Autónoma, 1939. Biblioteca del Estudiante, núm. 9. xxii, 210 pp. Véase el prólogo.

194. ———, El sentido de lo mexicano en "Micrós".—*El Libro y el Pueblo*, XI, 11 (1933), 404-410. CML-NY-UC-UH-UT-Y.

195. MAHLER, T., *The life and work of Angel de Campo.*—Tesis de maestro, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1933. 71 pp. más 7 de bibliog. más un apéndice de 5 poemas.

196. MAILLEFERT, ALFREDO, Micrós.—*Universidad de México,* V, 25 (feb. 1938), 42. BC-COR.

197. MANSELL, I. M., *I. M. Altamirano.*—Tesis de maestro, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1928. 81 pp. más 6 de bibliog.

198. MARTÍNEZ ALOMÍA, GUSTAVO, *Historiadores de Yucatán.*—Apuntes biográficos y bibliográficos de los historiadores de esta Península desde su descubrimiento hasta fines del siglo XIX. Campeche, Tip. "El Fénix", 1906. xii, 360 pp. (Palma y Palma, Pavía, Villaseñor y Villaseñor) BB-BC-BN-UC.

199. MCLENNAN, ELFREDA M., *The social background of the novels of Federico Gamboa.*—Tesis de maestra, Universidad de Washington. Seattle, Washington, 193-. 58 pp.

200. MEDINA, JOSÉ T., *La imprenta en México (1939-1821).* Santiago de Chile, Impreso en casa del autor, 1907-1912. 8 vols. BB-BC-NY.

201. MELÉNDEZ, CONCHA, *Novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889).*—Madrid, Hernando, 1934. 199 pp. BC-CU.

202. MENÉNDEZ, C. R., *El Dr. don Justo Sierra O'Reilly.*—Mérida, Yucatán, Cía. Tip. Yucateca, 1939. 30 pp. EM.

203. MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO, *Historia de la poesía hispanoamericana.*—Madrid, Libr. General de Victoriano Suárez, 1911-1913. 2 vols. Obras Completas, tt. 2 y 3. (Ochoa y Acuña, Rodríguez Galván, Carpio, Pesado, Rosas Moreno) BN-COR-NY.

204. MÉRIMÉE, ERNEST, *Compendio de historia de la literatura española.*—Trad. de Francisco Gamoneda. México, Eds. Botas, 1931. xix, 433 pp. (Apéndice sobre literatura mexicana) BN-BC.

205. MONTERDE, FRANCISCO, Introducción a la *Bibliografía de novelistas mexicanos,* México, 1926. xxxv pp. Véase núm. 160 arriba. (Los novelistas principales).

206. ———, *Idem. El Consultor Bibliográfico.*—(Madrid), I, 7 (feb. 1926), 110-125. NY.

207. ———, *Idem.*—México, s.p.i., 1926. 29 pp.

208. ———, Juan Díaz Covarrubias.—*Biblos,* I, 15 (26 abr. 1919), 12. BC-BN-UT-NY-US-UA.

209. MOORE, ERNEST R., Bibliografía de Federico Gamboa (1864-1939). *Letras de México,* II, 12 (15 dic. 1939), 11; 13 (16 enero 1940), 7. EM.

210. ———, Bibliografía de obras y crítica de Federico Gamboa (1864-1939).—*Revista Iberoamericana,* II, 3, abr. 1940), 271-279, (más completa).

211. ———, El compendio del tomo cuarto de *El Periquillo Sarniento,* ensayo crítico y manuscrito.—*Abside,* III, 11 (nov. 1939), 1-13; 12 (dic. 1939), 1-30. EM.

212. MORENO CORA, SILVESTRE, La crítica literaria en México. *Memorias de la Academia Mexicana*, VI (1910), 135-181.
213. ———, *Obras*.—México, Imp. de V. Agüeros, 1901. xxiii, 591 pp. retrs. Biblioteca de Autores Mexicanos, vol. 32. (Carpio; *La calandria* de Rafael Delgado, pp. 393-427) BC-BU.
214. MURPHY, ABIGAIL, *French intervention as reflected in a few representative historical novels*.—Tesis de maestra, Oklahoma Agricultural and Mechanical College. Stillwater, Oklahoma, 1937.
215. NELSON, MARY, *The Mexican historical novel*.—Tesis de maestra, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1927. 102 pp. más 12 de bibliog.
216. NICHOLS, G., *The period of French Intervention as treated in the Mexican novel*.—Tesis de maestro, Universidad de Arizona. Tucson, Arizona, 1922.
217. NORVELL, A. S., *Romanticism in Spanish-American literature*.—Tesis de maestro, Universidad de Washington. St. Louis, Missouri, 1931.
218. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ, JOSÉ DE JESÚS, *El novelista Inclán. Los poetas jóvenes de México y otros estudios literarios*.—París-México, Libr. de la Vda. de C. Bouret, 1918. 153-(1) pp. (Pp. 69-88; Lizardi) BC-BI-EM-Y.
219. OLAVARRÍA Y FERRARI, ENRIQUE DE, *El arte literario en México, noticias biográficas y críticas de sus más notables escritores...*—Málaga, España, Imp. de la "Revista de Andalucía", (1877).
220. ———, *Idem*. Segunda edición.—Madrid, Espinosa y Bautista, (1878). 224-(4) pp. (Valioso, véase cap. III) BN-EM.
221. ———, *Poesías líricas mejicanas de Isabel Prieto, Rosas, Sierra, Altamirano, Flores, Riva Palacio, Prieto y otros autores, coleccionadas y anotadas*. Segunda edición.—Madrid, Dirección y Administración Calle de Leganitos, 18, 1882. 190-(2) pp. Biblioteca Universal, vol. 45. (Los citados y Peza, Peón Contreras, Gómez Vergara, Zárate, Gallardo, Silva, Ortiz, Anselmo Alfaro) BN.
222. ———, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*.—México, Oficina Tip. de la Sec. de Fomento, 1901. (4)-183 pp. BC-SGE.
223. ONÍS, FEDERICO DE, *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*.—Madrid, Pubs. de la "Revista de Filología Española", 1934. (Gutiérrez Nájera, Othón) BC.
224. ORMAND, I., Mexico's new poets.—*Bookman* (Nueva York), XLIX (1919), 101-106. (Gutiérrez Nájera, Othón) NY.
225. ORTIZ DE MONTELLANO, BERNARDO, *Antología de cuentos mexicanos*.—Selección y prólogo de... Madrid, Edit. "Saturnino Calleja", 1926. 290 pp. BC-NYU.
226. ORTIZ VIDALES, SALVADOR, *Tres bandidos mexicanos*.—Véase *El Movimiento Histórico en México*, núm. 3 (mayo-jun. 1940), 2. (El Zarco) EM.

227. OSORES SOTOMAYOR, FÉLIX, *Historia de todos los colegios de la ciudad de México desde la conquista hasta 1780.* México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929. xii, 215 pp. Nuevos Documentos Inéditos o Muy Raros para la Historia de México, vol. 2. BC.

228. ———, *Noticias bio-bibliográficas de alumnos distinguidos del Colegio de San Pedro, San Pablo y San Ildefonso de México.*—México, Vda. de C. Bouret, 1908. 2 vols. Documentos Inéditos o Muy Raros para la Historia de México, vols. 8 y 21. BB-BC.

229. OURSLER, L., *Rafael Delgado, regional novelist of Mexico.*—Tesis de maestro, Oklahoma Agricultural and Mechanical College. Stillwater, Oklahoma, 1927.

230. OVIEDO Y ROMERO, AURELIO MARÍA, *Biografías de mexicanos célebres.* París-México, Libr. de Ch. Bouret, 1889. 7 vols. ilustr. Biblioteca de la Juventud. (Anastasio Ochoa, t. 5) BN.

231. OVIEDO VILLEGAS, JESÚS J., *Un siglo de la novela mejicana.*—Tesis de maestro, Universidad Nacional Autónoma. México, D. F., 1934. 137-(3) pp. BL-BN.

232. PALAVICINI, FÉLIX F., *Los diputados.*—México, Tip. "El Faro", s. a. 590 pp. (Olaguíbel) BN-BC.

233. ———, *Idem.* Segunda edición.—México, Imp. Francesa, 1915-1916. 2 vols. *(Idem.)* BN-BB.

234. PAVÍA, LÁZARO, *Apuntes biográficos de los miembros más distinguidos del Poder Judicial de la República Mexicana.*—Tomo I. México, Tip. y Lit. de F. Barroso, Hermano y Co., 1893. 510, ii pp. retrs. (E. Ancona, Ruiz, A. Paz) BN.

235. PAZ, IRENEO, *Los hombres prominentes de México. . .*—México, Imp. y Lit. de "La Patria", 1898. 488, ii pp. retrs. (Cuéllar, Chavero, Mateos, P. Parra, Payno, J. M. Ramírez, Riva Palacio, Rodríguez Rivera, Ruiz, Sosa) BB-BC-CU-US.

236. ———, *México actual. Galería de contemporáneos.*—México, Tip. de "La Patria", 1898. 428 pp. retrs. (Arriaga, Martínez Gracida, Pavía, Sánchez Mármol, Zárate) BC-BN.

237. PELLICER, CÉSAR, Biografía de Manuel Sánchez Mármol.—*Boletín de la Biblioteca Ibero Americana y de Bellas Artes,* I, 4-6 (mar.-mayo 1939), 43-47. EM.

238. PEÑA, RAFAEL ANGEL DE LA, Angelina, estudio crítico.—*Renacimiento,* 2ª época, I (1894), 129-32, 145-148. UT-NY.

239. ———, *Idem. Obras de D. Rafael Angel de la Peña.*—México, V. Agüeros, 1900. xix, 478 pp. Biblioteca de Autores Mexicanos, vol. 30. BC-UC.

240. ———, *Idem. Memorias de la Academia Mexicana,* IV (1895), 119-137.

241. PEÑA Y REYES, ANTONIO DE LA, Facundo, colaborador de *El Renacimiento.*—*El Renacimiento,* III (1894), 97-98. UT-NY.

242. ———, *Muertos y vivos.*—México, Imp. de la Calle de Jesús, núm. 6, 1896. 95 pp. (Cuéllar, Ortiz, Gutiérrez Nájera) BN.

243. ———, *Vidas y tiempos; diccionario biográfico mexicano. . .*—Habana, Imp. "El Renacimiento", 1915. El único vol. publicado incluye las letras A-D. BC-NY.

244. PÉREZ, RICARDO, *Efemérides nacionales o narración anecdótica de los asuntos más culminantes de la historia de México.*—México, Tip. y Enc. "La Idea del Siglo", 1904. 455 pp. (Rosas Moreno) BN-BC-BB.

245. PÉREZ MARTÍNEZ, HÉCTOR, Facundo en su laberinto.—*El Libro y el Pueblo,* XII, 3 (1934), 115-122. Incluye una bibliog. NY-UC-Y-CML-UH-UT.

246. ———, *Piraterías en Campeche. . .*—México, Porrúa Hnos.. y Cía., 1937. 84 pp. (Sierra O'Reilly).

247. PÉREZ SALAZAR, FRANCISCO, Biografía del Lic. D. Pascual Almazán.—*Memorias de la Sociedad Científica "Antonio Alzate",* XLII.

248. ———, D. Ignacio Rodríguez Galván.—*El Museo Mexicano,* II (1843). UT-Y-CML-UP.

249. PESADO, JOSÉ JOAQUÍN, Littérature mexicaine.—*Revue des Races Latines* (París), II (1857), 668-677. UH-UCA-NY.

250. PEZA, JUAN DE DIOS, *De la gaveta íntima. Memorias, reliquias y retratos.*—París-México, Libr. de la Vda. de Ch. Bouret, 1900. iv, 410 pp. (Olavarría, Sosa) BN-Y.

251. ———, *Poetas y escritores modernos mexicanos.*—México, s.p.i. (al fin: "México, Diciembre 31 de 1877"). 95 pp. PR.

252. ———, *Idem. El anuario mexicano, 1877.*—México, Filomeno Mata, 1878. Véanse pp. 147-239. (Altamirano, López-Portillo y Rojas y otros) BN.

253. ———, *Idem. Nueva Revista de Buenos Aires,* VIII (1883), 550-579; IX, 124-144, 448-471, 598-618.

254. PIMENTEL, FRANCISCO, Historia crítica de la poesía en México. *Obras completas.*—México, 1903-1904. vols. 4 y 5. (A. M. Ochoa, Carpio, Orozco y Berra, Díaz Covarrubias, P. Tovar, Gallardo, Pesado, Rodríguez Galván, Rosas Moreno, P. J. Villaseñor) BN.

255. ———, Historia crítica de la literatura mexicana, cap. XV. *El Nacional* (1881), II, 22-31. PR.

256. ———, *Idem,* cap. VII. *Ibid.,* II, 72-86. PR.

257. ———, Novelistas y oradores mexicanos.—*Obras completas,* V, 257-508. México, 1903-1904. (Bramón, Piña Izquierdo, González Sánchez, J. Villaurrutia, Orozco y Berra, Díaz Covarrubias, Sierra O'Reilly, Castillo, P. Tovar) BC-BN-PR-NY.

258. PRIETO, GUILLERMO, *Memorias de mis tiempos, 1840 a 1853.*—París-México, Libr. de la Vda. de Ch. Bouret, 1906. I, 380 pp. II, 447 pp. BB-BC-BN-Y-EM.

259. PROVINI, A. M., *An interpretation of the rustic poetry of M. J.*

Othón.—Tesis de maestro, Universidad de Pittsburgh. Pittsburgh, Pennsylvania, 1937.

260. QUIJANO, ALEJANDRO. El verdadero Ateneo.—*Letras de México,* 19 (15 nov. 1937), 2. EM.

261. QUIROZ, ALBERTO, *Situación de la literatura mexicana.*—León, Gto., Eds. Guanajuato (1933). 62-(1) pp. (Rabasa, Riva Palacio, Campo, López-Portillo) BC-EM-Y.

262. RADIN, PAUL, *Annotated bibliography of the poems and pamphlets of J. J. Fernández de Lizardi. The first period (1808-1819).*—San Francisco, California, Calif. State Library Publication, 1940. 80 hojas. EM-BC.

263. ———, *Idem.* The second period. *Ibid.,* 179 pp. EM-BC.

264. ———, *The opponents and friends of Lizardi.* San Francisco, California, Calif. State Library Publication, 1939. 134 hojas. EM-BC.

265. ———, *Some newly discovered poems and pamphlets of J. J. Fernández de Lizardi (El Pensador Mexicano).* San Francisco, California, Calif. State Library Publication, 1938. 78 hojas. EM-BC.

266. RAMÍREZ, IGNACIO. Estudios sobre literatura. *El Renacimiento,* I, 56-58. UT-NY.

267. ———, *Idem. Obras.*—T. I. México, Oficina Tip. de la Sec. de Fomento, 1889. BC-Y.

268. RAMÍREZ, JOSÉ FERNANDO, *Biblioteca Hispano Americana Septentrional.* Adiciones y correcciones que a su fallecimiento dejó manuscritas y son las que cita con el nombre de "Suplemento" o "Adición" en las apostillas que puso a su ejemplar de la Biblioteca Hispano-Americana del Dr. D. J. Mariano de Beristain y Souza. Publícanlas por vez primera el Lic. Victoriano Agüeros y el Dr. N. León. México, Imp. de El Tiempo, 1898. xlxii, 663 pp. Biblioteca de Autores Mexicanos, vols. 15 y 16. BN-Y-BC-UC.

269. RAMÍREZ CABAÑAS, JOAQUÍN.—Altamirano y el barón de Wagner. *Estudios históricos,* pp. 149-175. México, Eds. Botas, 1935. 175-(3) pp. BC-BN.

270. ———, Don Rafael Delgado.—*Nosotros,* 241.

271. ———, El Pensador Mexicano.—*Estudios históricos,* pp. 7-26. Véase núm. 269 arriba.

272. READ, J. LLOYD, *The Mexican historical novel, 1826-1910.*—Nueva York, Instituto de las Españas, 1939. 337-(9) pp. (*Jicoténcal, El misterioso,* Sierra O'Reilly, Payno, Díaz Covarrubias, E. Ancona, Altamirano, Olavarría y Ferrari, Riva Palacio, J. Mateos, P. Almazán, I. Paz, D. Mejía, M. de Castro, H. Frías) BC-CU-EM.

273. REVILLA, MANUEL G., El historiador y novelista Don José M. Roa

Bárcena.—*Memorias de la Academia Mexicana*, VI (1910), 263-287.

274. REYES, ALFONSO, Justo Sierra y México.—*Letras de México*, II, 17 (15 mayo 1940), 1-2. EM.

275. RÍOS, ALFONSO M. DE LOS, *et al. Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*. . .—México, Imp. del "Hijo del Ahuizote", 1890. 440-(2) pp. láms. (F. M. del Castillo, por Luis González Obregón) BN.

276. (Riva Palacio, Vicente), *Los ceros. Galería de contemporáneos, por Cero* (seud.)—México, Imp. de F. Díaz de León, Edit., 1882. 370-(1) pp. retrs. (Payno, Sierra, Chavero, Mateos, Sosa, Peza, Peón Contreras, Roa Bárcena) BB-BN-EM-NY.

277. ———, *Parnaso mexicano. Ignacio M. Altamirano; su retrato y biografía con el juicio crítico de sus obras y poesías escogidas de varios autores, coleccionados bajo la dirección del Sr. Gral*. . .—México, La Ilustración, 1885. 96 pp. NY.

278. ROA BÁRCENA, JOSÉ MARÍA, *Obras. Biografías*.—México, Imp. de V. Agüeros, Edit., 1902. 429-(3) pp. Biblioteca de Autores Mexicanos, vol. 41. (Pesado, Carpio) BN-UC.

279. RODRÍGUEZ PEÑA, RAMÓN, Don Justo Sierra.—*Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, 5ª época, V. UC-UT-NY-BN.

280. ROJAS DE ZÚÑIGA, CLEMENTINA, *Estudio monográfico acerca de "La Quijotita y su prima" de don José Joaquín Fernández de Lizardi*.—Tesis de maestra en letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1936. 58-(8) pp. mimeo. BU.

281. ROMERO MANUEL MARÍA Y SILVA, GERARDO M. Discursos en memoria de Juan Díaz Covarrubias.—*El Federalista*, II (1872). BC-NY.

282. ROMERO DE TERREROS, M. Y ROSENBERG, S. L. M., *Tradiciones y leyendas by V. Riva Palacio and Juan de D. Peza*.—Nueva York, T. Nelson, 1927. xvi, 172 pp. BC.

283. ROSALES, HERNÁN, *La niñez de personalidades mexicanas*.—México, (Impreso en los Talleres Gráficos de la Nación), 1934. 149-(3) pp. retr. (Riva Palacio, Díaz Covarrubias, Sierra O'Reilly) PR.

284. ROSENBERG, S. L. M., *A brief anthology of Mexican prose*. . .—Stanford University, California, Stanford University Press, 1928. xxxv, 210 pp. En colaboración con E. H. Templin. (Delgado, perspectiva) BC-EM.

285. ———, El naturalismo en México y don Federico Gamboa.—*Bulletin Hispanique* (Francia), XXXVI (1934), 478-.

286. ———, La prosa mexicana. — *Hispania* (Stanford, California), XIII (feb. 1930), 7-19.

287. RUIZ, RODOLFO B., *Del lírico vergel potosino. Semblanzas y pergenios.*—San Luis Potosí, Talleres Tip. de la Escuela Industrial Militar "Benito Juárez", 1919. 212 pp. lám. (R. del Castillo, Othón) BN.

288. SALADO ALVAREZ, VICTORIANO, *De mi cosecha, estudios de crítica.* Guadalajara, México, Imp. de Ancira y Hno. A. Ochoa, 1899. xiv, 106-(2) pp. (Delgado, Díaz Dufóo, Ceballos, Gamboa, López-Portillo y Rojas, Olaguíbel) BU-BN-Y-EM.

289. ———, Máscaras. D. Rafael Delgado.—*Revista Moderna,* núm. 16 (ago. 1903), 241-243. UT.

290. ———, Prefacio de *La guerra de tres años de Emilio Rabasa,* pp. 7-14.—México, Edit. Cultura, 1931. EM.

291. SALAS I MEDINA, JORGE DE, *Ensayos de crítica literaria.*—México, Imp. Mundial, 1934. 144 pp. BU.

292. ———, Jalapa i sus hombres de letras.—*Abside,* III, 1 (1939), 46-56. (A. Esteva, Zárate, Roa Bárcena) EM.

293. SALMANS, EDITH. *La vida mexicana reflejada en las novelas de costumbres de México.*—Tesis de maestra, Universidad de Southern California. Los Angeles, California, 1928. 108 pp. (Delgado y otros).

294. SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *Historia de la literatura americana.*—Santiago de Chile, Eds. Ercilla, 1937. 681 pp. EM-BC.

295. SÁNCHEZ MÁRMOL, MANUEL, Elogio del señor académico Don José Peón y Contreras.—*Memorias de la Academia Mexicana,* VI (1910).

296. ———, *Las letras patrias. Monografías.*—México, Establecimiento de J. Ballescá y Ca., Suc., 1902. 190-(4) pp. PR.

297. ———, *Idem. Mexico: its social evolution.*—Trad. por G. Sentiñón. México, J. Ballescá and Co., 1900. Sección VII del t. II. Hay también un original y una traducción francesa. COR.

298. SANTACILIA, PEDRO, *Del movimiento literario en México.*—México, Imp. del Gobierno, 1868. iv, 128 pp. BB-BC-BN-EM.

299. SANTAELLA, ELISEO... Biografías de hombres ilustres...—México, Talleres Gráficos de la Nación, 1930. 113-(2) pp. BC.

300. *Segunda Conferencia Pan-Americana. Crónica social.*—México, F. Laso y Cía., Imps., 1901. 379 pp. ilustr. (Chavero, Sánchez Mármol) BN.

301. SERRANO, PEDRO, *El General. Silueta del general Vicente Riva Palacio...*—México, Eds. Botas, 1934. 188 pp. CU.

302. ———, *Hispanistas mexicanos.* Volumen I.—México, (Imp. Nacional), 1920. xiv, 130-(1) pp. (López-Portillo, Gamboa) BB-BC-BN-EM.

303. SEYMOUR, ARTHUR R., The Mexican "novela de costumbres".—*Hispania* (Stanford, Calif.), VIII, 5 (nov. 1925), 283-289.

304. SILVA, GERARDO M., *Glorias nacionales.*—México, Imp. del "Socialista" de M. López y Ca., Juan de Mata Rivera, Imp., 1879. 32 pp. NY.

305. SMITH, VIRGINIA K., *Appreciation of Hugo in Mexico.*—Tesis de maestra, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1939.

306. SOSA, FRANCISCO, *Anuario biográfico nacional.*—México, Imp. de "La Libertad", 1884. (923) pp. (Orozco y Berra, Díaz Covarrubias, Castillo, Gallardo, Reynel Hernández, Olaguíbel, Peón y Contreras, Pesado, Rodríguez Galván, Rosas Moreno, Sierra O'Reilly, Tovar, A. Ochoa y Acuña, Carpio) BN.

307. ———, *Apuntamientos biográficos del Sr. Lic. D. Manuel Sánchez Mármol. . .*—México, Imp. Internacional, 1912. 30 pp. BC-Y.

308. ———, *Biografía del ciudadano Licenciado General Vicente Riva Palacio, escritos por Francisco Sosa y M. Sánchez Mármol.*—Mérida, Yucatán, M. Mimenza, 1873. 28 pp. Y.

309. ———, *Biografía de mexicanos distinguidos.*—México, Oficina de la Sec. de Fomento, 1884. xii, 1115-(8) pp. (Carpio, Pesado, Castillo, Díaz Covarrubias, Gallardo, A. Ochoa y Acuña, Olaguíbel, Orozco y Berra, Othón, Roa Bárcena, Rodríguez Galván, Rosas, Reynel Hernández, Sierra O'Reilly, Tovar) BB-BC-BN-CU-BI-HS-NY-UC.

310. ———, *Los contemporáneos. Datos para la biografía de algunos mexicanos distinguidos en las ciencias, en las letras y en las artes.* T. I.—México, Imp. de Gonzalo A. Esteva, 1884. xl, 386-(6) pp. (J. M. Ramírez, Díaz Covarrubias, Cuéllar, Silva, Peón y Contreras, Sierra, Chavero, Ortiz) BB-BN.

311. ———, Los contemporáneos. *El Nacional,* VII (1883), 6 *et passim.*

312. ———, *Efemérides históricas y biográficas. . .*—Edición de "El Nacional". México, Imp. de G. A. Esteva, 1883. 2 vols. (Algunas biografías aparecieron antes en *El Nacional)* I, 501 pp. BC-UC-Y-BN.

313. ———, *Manual de biografía yucateca.* Mérida, Imp. de J. D. Espinosa e Hijos, 1866. xii, 228-(4) pp. (Sierra O'Reilly) BB-BC-BN-CU-PR-Y.

314. SOTOMAYOR, JOSÉ FRANCISCO, *Historia del Apostólico Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas. . .*—Edit. Lic. Rafael Ceniceros y Villarreal. Segunda edición corregida y aumentada por el autor. Zacatecas, Imp. de "La Rosa" a cargo de M. Ceniceros, 1889. 2 fols. (Bolaños, J.) BC.

315. SPELL, JEFFERSON R., The costumbrista movement in Mexico.—*Publications of the Modern Language Association,* L, 290-315. Se publicó también traducido por Juana Manrique de Lara en *Universidad de México,* V, 27 (mar. 1938), 21-26.

316. ———, The educational views of Fernández de Lizardi, *Hispania* (Stanford, California), IX (1926), 258-274.
317. ———, Fernández de Lizardi. A bibliography.—*Hispanic American Historical Review* (Durham, North Carolina), VII, 4 (1927), 490-507.
318. ———, Fernández de Lizardi and his critics.—*Hispania*, XI (1928), 233-45.
319. ———, Fernández de Lizardi as a pamphleteer.—*Hispanic American Historical Review*, VII (1927), 104-123.
320. ———, Fernández de Lizardi: The Mexican Feijóo.—*Hispania*, IX (1926), 338-348.
321. ———, The genesis of the first Mexican novel.—*Hispania*, XIV (feb. 1931), 53-58.
322. ———, Juan Díaz Covarrubias: a Mexican romantic.—*Ibid.*, XV (oct. 1932), 327-344. También apareció en *El Libro y el Pueblo*, XI, 355-370. NY-UC-Y-CML-UH-UT.
323. ———, *The life and works of José Joaquín Fernández de Lizardi.*—Philadelphia, Pennsylvania, University of Pennsylvania Press, 1931. 141 pp. Publication of the Series in Romanic Languages and Literatures, N° 23. BC-CU-UT.
324. ———, The literary work of Manuel Payno.—*Hispania*, XII (oct. 1929), 357-366.
325. ———, Mexican periodicals in the nineteenth century.—*PMLA* (véase núm. 315), LII (mar. 1937), 272-312.
326. ———, Mexican society as seen by Fernández de Lizardi.—*Hispania*, VIII (1925), 145-165.
327. ———, *Rousseau in the Spanish world before 1833...*—Austin, Texas, The University of Texas Press, 1938. 325 pp. BC-UT.
328. STAPLES, R. E., *Fernández de Lizardi's theories on the education of the boy.*—Tesis de maestro, Universidad de Pittsburgh. Pittsburgh, Pennsylvania, 1934.
329. STARR, FREDERICK, *Readings from modern Mexican authors.*—Chicago, The Open Court Pub. Co., 1904. vii, 420 pp. retrs. (Chavero, Sosa, Villaseñor y Villaseñor, Peón y Contreras, Roa Bárcena, Sierra, I. Paz, López-Portillo, Sánchez Mármol, P. Parra, Rabasa, R. Delgado) BC-NY-UC.
330. TAYLOR, MARY E., *José T. de Cuéllar.*—Tesis de maestro, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1935. 82 pp. más 4 de bibliog.
331. TEIXIDOR, FELIPE, *Bibliografía yucateca...*—Mérida, Yucatán, México, Talleres Gráficos del Sureste, 1937. (Sierra O'Reilly) BC-EM.
332. ———, *Ex-libris y bibliotecas de México.* Monografías Bibliográficas Mexicanas, núm. 20.—México, 1931. xxxv, 550 pp. (Riva Palacio, Couto, Castillo, Chavero, V. F. Frías, G. García, García Cubas, Olaguíbel, Ramírez Cabañas, P. Almazán, P. J. Villaseñor) BC-COR.

333. *El Tiempo. Edición literaria.*—México, Imp. de la Biblioteca religiosa, histórica, científica y literaria, 1883. (Artículos por el director, V. Agüeros, sobre A. M. Ochoa, Rodríguez Galván, Pesado, Othón) UT-EM.

334. TISCAREÑO, ANGEL DE LOS DOLORES. *Nuestra Señora del Refugio Patrona de las misiones del Colegio Apostólico de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas.*—Zacatecas, Talleres Nazario Espinosa, 1909. xi, 558 pp. ilustr. (J. F. Sotomayor) BN.

335. TORRES, MARIANO DE JESÚS. *Parnaso michoacano...*—Edición de "El Centinela".—Morelia, Imp. particular del autor, 1905. 480 pp. (Jesús Echáiz, Silva) BN.

336. TORRES CAICEDO, JOSÉ MARÍA, *Ensayos biográficos y de crítica literaria...*—París, Guillaumin y Cía., 1863-1868. 3 vols. (T. II: Rodríguez Galván, Pesado) BC.

337. TORRES-RIOSECO, ARTURO, *Antología de la literatura hispanoamericana, selección, comentarios, notas y vocabulario de...*—Nueva York, Crofts, 1939. xiii, 225 pp. (Lizardi) BC-EM.

338. ———, *Bibliografía de la novela mejicana.*—Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1933. viii, 58 pp. (Aunque faltan unas doscientas ediciones de novelas mexicanas, la mejor bibliog. todavía publicada). BC-UC-EM.

339. ———, *Mexican short stories.*—Nueva York, Prentice-Hall, 1932. xx, 180 pp. (Véase la introducción) BC-EM. (En colaboración con E. R. Sims).

340. ———, *La novela en la América Hispana.*—Berkeley, California, University of California Press, 1939. 159-255 pp. Publications in Modern Philology, vol. 21, Nº 2, University of California. BC-EM.

341. TOWNSEND, TARLATON B., *Federico Gamboa, his life and works.*—Tesis de maestro, Universidad de Oklahoma. Norman, Oklahoma, 1935. 46 pp.

342. TURRELL, CHAS. A., Crítica: *La navidad en las montañas,* por I. M. Altamirano.—*Hispania* (Stanford, California), I, 262.

343. UHINK Y FARÍAS, VALENTÍN. Pláticas bibliográficas y literarias.—*El Artista,* II, 51-58; III, 120-25. NY.

344. URBINA, LUIS G., *Hombres y libros.*—México, El Libro Francés, s.a. 298-(1) pp. ilustr. (Sierra, Gutiérrez Nájera, Peza, Othón, Peón Contreras) BN-EM.

345. ———, *La literatura mexicana.*—Conferencia leída en la "Librería General", el día 22 de noviembre de 1913. México, Imp. "La Pluma-Fuente", 1913, 12 pp. (Perspectiva) 12 pp. BN.

346. ———, *La literatura mexicana durante la guerra de la Independencia.*—Madrid, (Imp. de M. García y G. Sáez), 1917. 282-(3) pp. BC-UC-COR-Y. Reimpreso de la *Antología del centenario,* vol. I, pp. (1)-ccxlv. BC-UC.

347. ———, *La vida literaria de México.*—Madrid, (Imp. Sáez Hermanos), 1917. 298-(3) pp. BC-BB-EM-UC-Y. (Lizardi, Rodríguez Galván, Altamirano, Gutiérrez Nájera, Cuéllar).

348. URUETA, JESÚS, *Conferencias y discursos literarios.* Selección del autor.—México, Edit. Cultura, 1920. 160 pp. (Altamirano, Sierra O'Reilly) BC-BU-Y.

349. VALADEZ, EDMUNDO, Atisbando a Facundo.—*Letras de México,* 15 (15 sept. 1937), 6. EM.

350. VALDÉS ACOSTA, JOSÉ MARÍA, *A través de las centurias. . .*—Mérida, Yucatán, Talleres "Pluma y Lápiz", 1923-1926. 2 vols. ilustr. (Peón y Contreras) BN.

351. VALVERDE TÉLLEZ, EMETERIO, *Bibliografía filosófica mexicana.* Segunda edición, notablemente aumentada. León, Imp. de Jesús Rodríguez, 1913. 2 vols. (Roa Bárcena, Juan N. Cordero, Flores Alatorre, Antonio Moreno, Pacheco, P. Parra, Pesado, Sosa y Alvila) BN-BC-UC.

352. VALLE, RAFAEL H., *Bibliografía de Manuel (sic) Ignacio Altamirano.*—México, D.A.P.P., 1939 (al fin: Impreso en México, Talleres Gráficos de la Nación). 155 pp. BN-EM.

353. VALLE-ARIZPE, ARTEMIO DE, *La gran Cibdad de México Tenustitlan. . .*—México, Tip. Murguía, 1918. 119 pp. Cultura, t. 8, núm. 2. (Ramírez Aparicio). BN.

354. ———, *La muy noble y leal ciudad de México. . .*—México, Edit. "Cultura", 1924. 336-(2) pp. (J. M. Marroquí) BN-BC-UC.

355. VARGAS, GRACIA MARÍA, *El cuento y la novela corta en México en algunos escritores del siglo XIX.*—Tesis de maestra, Universidad Nacional Autónoma de México. México, D. F., 1937. 123-(1) pp. BC-BU.

356. VÁZQUEZ SANTA ANNA, HIGINIO, *Bosquejos biográficos de hombres ilustres nacionales.*—México, Sec. de Gobernación, Dirección de Talleres Gráficos, 1920. 213-(2) pp. BC-EM.

357. VELÁZQUEZ, JOSÉ DE, Don Rafael Delgado.—*Revista de Revistas,* XIV, 697 (1923), 36. BC-NY-UT.

358. VELÁZQUEZ BRINGAS, ESPERANZA y VALLE, RAFAEL H., *Indice de escritores.*—México, Herrero Hermanos Sucs., 1928. 320 pp. (Rabasa, Vigil y Robles) BC-BN-HS-EM-NY.

359. VIGIL, JOSÉ MARÍA, *Antología de poetas mexicanos.*—México, 1894. (Bramón).

360. ———, *(Reseña histórica de la literatura mexicana).*—México, s.p.i. (¿1908?). 240 pp. Forma parte de una colección de sus obras truncas. (Bramón). BN.

361. VIRAMONTES, LEONARDO S., *Causas de nuestra escasa producción literaria y medios de combatirlas.* Estudio presentado en los Juegos Florales de la Escuela de Jurisprudencia. México, Eduardo Dublán, Imp. 1902. 29 pp. BN.

362. ———, *La novela en México y el realismo en el arte.* A través de *Reconquista,* último libro del Sr. D. Federico Gamboa. México, A. Carranza e hijos, 1909. 74 pp. UT.

363. WALKER, N., *The life and works of M. Gutiérrez Nájera.*—University of Missouri Studies, II, 2 (1927), 83 pp. Columbia, Missouri, 1927. BC.

364. WARNER, RALPH E., A recently discovered first edition.—*Hispanic Review* (Philadelphia, Pennsylvania), I (1933), 244-245. *(Rimas:* Altamirano).

365. ———, *The life and work of Ignacio Manuel Altamirano.*—Tesis de doctor en filosofía, Universidad de California. Los Angeles, California, 1935.

366. WEISINGER, N. L., *Readings from Spanish American authors.*—Edited with biographical data and notes. Nueva York, Heath, 1929. vi, 265 pp. (Gutiérrez Nájera, Peza) BC.

367. WHEELER, HOWARD T., *The Mexican novel as a reflection of the national problems of Mexico.*—Tesis de doctor en filosofía, Universidad de Stanford. Stanford, California, 1937.

368. WILDENTHALL, MARY L., *The expression of modernism in the Revista Azul.*—Tesis de maestra, Universidad de Texas. Austin, Texas, 1937. (Angel de Campo y otros).

369. WILKINS, L. A., ed., *Antología de cuentos americanos.*—Edited with exercises... with a critical introduction by Federico de Onís. Nueva York, Heath, 1924. xxiii, 286 pp. (Delgado, Riva Palacio) BC-EM.

370. WILSON, IRMA, *Mexico, a century of educational thought.*—Tesis de doctor en filosofía, 1939. Universidad de Columbia. Nueva York, 1939.

371. WINTER, C. J., *Los bandidos de Río Frío* by Manuel Payno.—*Books Abroad* (Norman, Oklahoma), 3 (1929), 47.

372. WOOLSEY, A. W., *The novels of Federico Gamboa.*—Tesis de maestro, Universidad de Texas. Austin, Texas.

373. WRIGHT DE KLEINHANS, LAUREANA, *Mujeres notables mexicanas.*—México, Tip. Económica, 1910. 546 pp. láms. retrs. (Barragán de Toscano) BN-BC-NY.

374. YANCEY, MURA L., *Literary biographies of nineteenth century Mexico.*—Tesis de doctor en filosofía, Universidad de Colorado. Boulder, Colorado, 1939.

375. ZORRILLA, JOSÉ, Literatura y arte. *La flor de los recuerdos, ofrenda que hace a los pueblos hispanoamericanos.*—México, Imp. del Correo de España, 1855. 2 vols. En el t. I. (Castillo, Díaz Covarrubias y otros) BN.

ADICIONES

376. DOWNING, TODD, The bandits of Río Frío.—*Mexican Life*, XVI, 5 (mayo 1940), 15 *et passim*. (Payno).
377. FINLEY, THEODORE R., *Ignacio Manuel Altamirano as interpreter of traditional Mexican life and customs*.—Tesis de maestro, Universidad de Columbia. Nueva York, 1938.
378. HAMILTON, LUCÍA F., *Indications in the works of Manuel Gutiérrez Nájera of his reading in foreign literatures*.—Tesis de maestra, Universidad de Iowa. Iowa City, Iowa, 1938.
379. GÓMEZ DE BAÑOS, VIRGINIA, *Manuel Gutiérrez Nájera*.—Tesis doctoral, Radcliffe College. Cambridge, Massachusetts, 1938.
380. MOORE, ERNEST R., *Studies in the Mexican novel*.—Tesis doctoral, Universidad de Cornell. Ithaca, Nueva York, 1940. 420 pp. más 24 de bibliog. (Orígenes de la novela mexicana, Fernández de Lizardi, novelistas y movimientos principales del siglo XIX, novelistas de la revolución).

INDICE

Nota.—No ha sido posible poner en lista todos los novelistas citados en cada obra biográfica o crítica. Por eso además de buscar un autor bajo su nombre hay que consultar las obras registradas bajo **Biografías** y **Estudios literarios.**

Agüeros, Victoriano, 8.
Alfaro, Anselmo, 221.
Almazán, Pascual, 247, 272, 332.
Altamirano, Ignacio Manuel, 38, 49, 85, 100, 121, 131, 132, 140, 144, 148, 156, 165, 166, 178, 196, 221, 226, 251, 252, 253, 269, 272, 277, 342, 347, 348, 352, 364, 365, 377.
Ancona, Eligio, 234, 272.
Anónimos, *Jicoténcal*, 272, *El misterioso*, 272.
Arriaga, Alberto F., 236.
Barragán de Toscano, Refugio, 152, 373.
Betanzo, Francisca, (Chanteclair), 86.
Biografías, 22, 30, 37, 40, 41, 42, 43, 73, 74, 88, 89, 108, 113, 114, 122, 177, 179, 219, 220, 222, 226, 227, 228, 243, 258, 299, 304, 311, 312, 356, 374.
Bolaños, Joaquín de, 25, 61, 62, 106, 314.
Bramón, Francisco, 61, 62, 257, 359, 360.
Bravo, Bernabé, 91.
Campo, Angel de (Micrós), 108, 165, 166, 192, 193, 194, 195, 261, 368.

Carpio, Manuel, 28, 32, 77, 78, 112, 158, 203, 213, 254, 278, 306, 309.
Castera, Pedro, 92.
Castillo, Florencio M. del, 15, 16, 23, 24, 112, 257, 275, 306, 309, 375.
Castillo, Rafael del, 287.
Ceballos, Ciro B., 119, 288.
Cordero, Juan N., 351.
Couto Castillo, José Bernardo, 332.
Cuéllar, José Tomás de, (Facundo), 18, 21, 23, 24, 94, 104, 159, 165, 166, 179, 235, 241, 242, 245, 310, 330, 347, 349.
Chavero, Alfredo, 12, 23, 24, 56, 83, 118, 180, 235, 276, 300, 310, 329, 332.
Delgado, Rafael, 26, 27, 45, 92, 94, 108, 149, 153, 165, 166, 189, 213, 229, 238, 239, 240, 270, 284, 288, 289, 293, 329, 357, 369.
Díaz Covarrubias, Juan, 23, 24, 28, 112, 208, 254, 257, 272, 281, 283, 306, 309, 310, 322, 375.
Díaz Dufóo, Carlos, 288.
Echáiz, Jesús, 335.
Esteva, Adalberto A., 92, 97, 292.
Estudios literarios, 3, 4, 8, 13, 17, 22, 23, 24, 30, 31, 33, 35, 36, 37, 38, 39, 43, 47, 48, 54, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 67, 68, 69, 70, 73, 74, 75, 76, 81, 82, 103, 108, 109, 110, 124, 125, 130, 133, 136, 137, 143, 146, 150, 151, 157, 160, 162, 163, 166, 167, 168, 169, 170, 172, 187, 188, 190, 198, 200, 202, 204, 205, 206, 207, 212, 214, 215, 216, 217, 219, 220, 225, 231, 249, 251, 252, 253, 255, 256, 258, 260, 266, 267, 268, 272, 284, 285, 286, 291, 293, 294, 296, 297, 298, 303, 305, 315, 325, 327, 338, 339, 340, 343, 345, 346, 355, 361, 367, 368, 370, 375, 380.
Fernández de Lizardi, José Joaquín, (El Pensador Mexicano), 23, 24, 50, 71, 72, 94, 108, 117, 128, 129, 139, 142, 153, 165, 166, 173, 185, 211, 218, 262, 263, 264, 265, 271, 280, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 323, 326, 328, 337, 347.
Ferrel, José, 116.
Flores Alatorre, Francisco, 2, 221, 351.
Frías, Heriberto, 44, 141, 190, 272.
Frías, Valentín F., (Alter), 44, 180, 332.
Frías y Soto, Hilarión, 23, 24.
Gallardo, Aurelio Luis, 112, 221, 254, 306, 309.
Gamboa, Federico, 135, 199, 209, 210, 285, 288, 302, 341, 362, 372.
García, Genaro, 44, 180, 332.
Gómez Vergara, Joaquín, 221.
González de Sancha, José, 61, 62.
González Sánchez, José, 257.
Guadalajara, José Rafael, 44.
Gutiérrez Nájera, Manuel, 12, 28, 66, 91, 92, 98, 165, 166, 223, 224, 242, 344, 347, 363, 366, 378, 379.

Inclán, Luis G., 94, 131, 138, 218.
Iza, Luis G., 97.
Jens, Federico Carlos, 92.
López-Portillo y Rojas, José, 28, 44, 51, 52, 53, 57, 95, 102, 108, 154, 189, 251, 252, 261, 288, 302, 329.
Martínez de Castro, Manuel, 272.
Martínez Gracida, Manuel, 44, 236.
Marroqui, José María, 354.
Mateos, Juan A., 23, 24, 235, 272, 276.
Mejía, Demetrio, 182, 272.
Moreno, Antonio, 351.
Ochoa, Antonio de, 61, 62.
Ochoa y Acuña, Anastasio de, 11, 32, 61, 62, 72, 107, 112, 203, 230, 254, 306, 309, 333.
Olaguíbel, Francisco M. de, 44, 105, 112, 115, 118, 180, 232, 233, 288, 306, 309, 332.
Olavarría y Ferrari, Enrique de, 19, 20, 250, 272.
Orozco y Berra, Fernando, 14, 23, 24, 112, 254, 257, 306, 309.
Ortiz, Luis G., 7, 19, 28, 221, 242, 310.
Othón, Manuel José, 28, 50, 98, 112, 186, 223, 224, 259, 309, 333, 344.
Pacheco, J. R., 351.
Palma y Palma, Eulogio, 197.
Parra, Porfirio, 28, 92, 94, 118, 235, 329, 351.
Pavía, Lázaro, 44, 119, 197, 236.
Payno, Manuel, 23, 24, 94, 108, 134, 165, 166, 171, 235, 272, 276, 324, 371, 376.
Paz, Arturo, 97, 116, 234.
Paz, Ireneo, 10, 44, 91, 97, 118, 272, 329.
Peón y Contreras, José, 1, 5, 6, 28, 34, 56, 155, 221, 276, 295, 306, 310, 329, 344, 350.
Pesado, José Joaquín, 32, 112, 145, 203, 254, 278, 306, 309, 333, 336, 351.
Peza, Juan de Dios, 12, 28, 92, 118, 164, 221, 276, 282, 344, 366.
Piña Izquierdo, Juan, 257.
Pizarro, Nicolás, 23, 24.
Quevedo y Zubieta, Salvador, 44, 119.
Rabasa, Emilio, (Sancho Polo), 96, 108, 120, 123, 165, 166, 261, 290, 329, 358.
Ramírez, José María, 7, 23, 24, 99, 235, 310.
Ramírez Aparicio, Manuel, 353.
Ramírez Cabañas, Joaquín, 44, 119, 332.
Reynel Hernández, Marcos, (Fray Miguel de Santa María), 61, 62, 112, 306, 309.
Ríos, Juan Pablo de los, 91.

Riva Palacio, Vicente, 20, 23, 24, 28, 87, 93, 101, 104, 164, 165, 166, 180, 221, 235, 261, 272, 282, 283, 301, 308, 332, 369.
Rivera y Río, José, 23, 24.
Roa Bárcena, José María, 6, 28, 112, 147, 165, 166, 273, 276, 292, 309, 329, 351.
Rodríguez Galván, Ignacio, 23, 24, 32, 33, 112, 120, 158, 203, 248, 254, 306, 309, 333, 336, 347.
Rodríguez Rivera, Ramón, 92, 235.
Rosas Moreno, José, 28, 50, 112, 174, 203, 221, 244, 254, 306, 309.
Ross, María Luisa, 44, 119.
Rubín, Luis G., 44.
Ruiz, Eduardo, 79, 118, 161, 234, 235.
Sánchez Mármol, Manuel, 236, 237, 300, 307, 329.
Sierra O'Reilly, Justo, 1, 18, 55, 79, 80, 112, 170, 175, 176, 201, 246, 257, 272, 276, 283, 306, 309, 313, 331, 348.
Sierra, Justo, (Hijo), 28, 38, 46, 56, 90, 98, 111, 118, 126, 127, 153, 165, 166, 170, 221, 274, 279, 310, 329, 344.
Sigüenza y Góngora, Carlos, 183, 184.
Silva, Agapito, 7, 92, 97, 181, 221, 310, 335.
Sosa, Francisco, 28, 44, 97, 99, 235, 250, 276, 329.
Sosa y Avila, Francisco, 351.
Sotomayor, José Francisco, 334.
Tovar, Pantaleón, 16, 23, 24, 84, 112, 254, 257, 306, 309.
Valle, Ramón, 2, 50, 174.
Vigil y Robles, Guillermo, 44, 358.
Villaseñor, Pablo J., 254, 332.
Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, 29, 197, 329.
Villaurrutia, Jacobo de, 9, 61, 62, 257.
Zárate, Eduardo E., 118, 221, 236, 292.
Zayas Enríquez, Rafael de, 23, 24, 92.

ERNEST R. MOORE,
Universidad de North Carolina.

(1).—Esta bibliografía ha sido compilada con la ayuda de una beca que recibió el autor del American Council of Learned Societies.

INFORMACION

A los colaboradores, autores y empresas editoriales

El material que se destine a esta revista debe ser rigurosamente inédito.

Como cada número debe estar preparado con tres meses de anticipación a la fecha en que aparece, los autores y las empresas editoriales que deseen ver comentada alguna obra en la Revista, deben enviarla, tan pronto como se publique, al coeditor correspondiente, según la siguiente distribución:

William Berrien — American Council of Learned Societies, 907 Fifteenth St., Washington, D. C.
Sector: Brasil, Uruguay, Paraguay.

John E. Englekirk — Tulane University, New Orleans, La.
Sector: Repúblicas centroamericanas.

Carlos García-Prada — University of Washington, Seattle, Wash
Sector: Colombia, Ecuador, Venezuela.

Raimundo Lazo — Universidad de La Habana, Habana.
Sector: Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo.

Sturgis E. Leavitt — Universidad of North Carolina, Chapel Hill, N. C.
Sector: Estados Unidos de América.

Concha Meléndez — Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, P. R.
Sector: Bolivia, Perú.

Francisco Monterde — Universidad Nacional de México, México, D. F.
Sector: México.

ARTURO TORRES-RIOSECO — University of California, Berkeley, Cal.
Sector: Argentina, Chile.

Los colaboradores que contribuyan con algún trabajo que, al imprimirse, tenga más de diez páginas, recibirán, además del número de la Revista en que aparezca, veinticinco ejemplares de sobretiro, con cubierta, de dicho trabajo. Quien desee mayor número de ellos, debe dirigirse al Tesorero, L. B. Kiddle, Universidad de Tulane, New Orleans, La.

Los estudios o ensayos deberán enviarse directamente al Editor en Jefe, Carlos García-Prada, University of Washington, Seattle, Wash. Las reseñas deberán enviarse al coeditor encargado del sector correspondiente, según el país en que se publique el libro comentado.

Las citas o transcripciones contenidas en los estudios y en las reseñas deben ser cuidadosamente cotejadas por quien firme unos u otras.

Cada uno de los coeditores, al aceptar una reseña, comparte la responsabilidad con el autor de la misma, por cuanto a fondo y forma se refiere. Por consiguiente, los coeditores deberán hacer las aclaraciones a que haya lugar, antes de enviar las reseñas al Editor en Jefe.

ADVERTENCIAS

Toda colaboración para la Revista Iberoamericana —estudio, ensayo, reseña o bibliografía— debe enviarse en español o en portugués, a máquina, a doble espacio y en papel de tamaño "standard".

Se aceptan estudios o ensayos de hasta treinta páginas — límite que podrá rebasarse en casos excepcionales, y reseñas de hasta seis.

Las reseñas deben dar una idea general del libro o libros reseñados en cada una, en cuanto a su estilo y contenido, y ofrecer el punto de vista crítico de quien las escriba.

Con el fin de facilitar y sistematizar las labores de estudiantes e investigadores, se suplica a todos los colaborado-

res de la Revista Iberoamericana que sigan *rigurosamente* las siguientes normas:

a). *Reseñas y fichas bibliográficas:*

Escríbase primero el nombre o los nombres de pila del autor, con letras mayúsculas, y el apellido o los apellidos del mismo, también con mayúsculas —punto—. El título del libro, en letra bastardilla o subrayado —punto y guión largo .— Dése el lugar de publicación —coma—, la imprenta o casa editorial —coma—, el año en que aparezca la obra —punto—. Póngase luego, en cifras romanas, con minúscula, la última página de la materia preliminar del libro —guión—, y, con arábigas, la última página del libro, incluyendo el índice sólo si va numerado —punto—. Y si se conoce el precio del libro dése en pesos o en dólares.

Ejemplo:

JOSE MARIA DE LA CUEVA RAMOS. *Campo libre.*—México, Editorial "Idea", 1940. xvi-240 pp. 3.50 pesos.

b). *Subrayados:*

Subráyense siempre: los títulos de libros, revistas, periódicos y toda palabra extranjera.

c). *Comillas:*

Usense las comillas dobles (") no sólo para indicar cualquier cita o transcripción, sino también los seudónimos de escritores, los títulos de artículos, estudios, ensayos, poemas, capítulos de libro, discursos y conferencias.

d). *Abreviaturas:*

Se deben usar las siguientes: vol. (volumen), vols. (volúmenes); núm. (número), núms. (números); cap. (capítulo), caps. (capítulos); p. (página), pp. (páginas); l. (línea), ll. (líneas); v. (verso), vv. (versos); sig. (siguiente), sigs. (siguientes); fasc. (fascículo); Bibl. (Biblioteca); RI (Revista Iberoamericana); IILI (Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana).

XUM

e). *Cifras:*

Usense las romanas, con mayúsculas, para indicar el número de orden que corresponda a un volumen (libro o revista), y los actos, cuando se trate de obras dramáticas.

En otros casos, úsense cifras arábigas.

f). *Títulos:*

En los títulos españoles, portugueses, franceses e italianos, úsense mayúsculas en la primera letra de su comienzo y en la inicial de los nombres propios, únicamente. En los de revistas y periódicos, series o bibliotecas, toda palabra importante debe comenzar con mayúscula.

En los títulos ingleses, alemanes, etc., deben conservarse las mayúsculas en aquellas palabras que las tengan en la obra citada.

g). *Notas al pie de la página:*

Evítense si es posible. Si son necesarias, deben ponerse, numeradas progresivamente, al final del estudio o ensayo.

XUM

NOSOTROS

Revista Mensual

Directores:

Alfredo Bianchi

y Roberto F. Giusti

BARTOLOME MITRE 811

BUENOS AIRES, ARG.

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura Hispánica

Director:

Joaquín García Monge

APARTADO LETRA X

S. JOSE DE COSTA RICA

Revista Nacional de Cultura

Director:

Mariano Picón-Salas

Ministerio de Educación Nacional

CARACAS, VENEZUELA

ATENEA

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

Directores:

Enrique Molina

y Domingo Melfi

Secretario:

Félix Armando Núñez

Mutual de la Armada y Ejército

SANTIAGO DE CHILE

HISPANIC REVIEW

A QUARTERLY JOURNAL DEVOTED TO RESEARCH IN THE HISPANIC LANGUAGES AND LITERATURES

Published by the University of Pennsylvania Press, Philadelphia, Penn., U. S. A.

Subscription price: $ 4.00 a year; single issue, $ 1.25